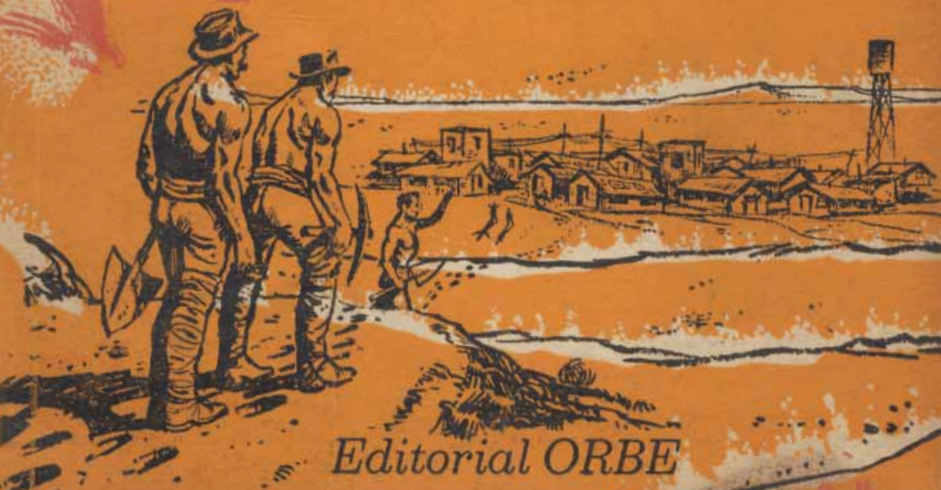


ANDRES SABELLA

NORTE GRANDE

NOVELA DEL SALITRE



Editorial ORBE

“NORTE GRANDE”, es la obra destinada a consagrar a Andrés Sabella como un revolucionario y potente innovador en la novelística chilena. Tres años tardó en escribir este libro macizo y hermoso, poético y realista, pero su elaboración mental data de 1934. Es una obra largamente meditada y compuesta con amor.

Como el mismo autor lo confiesa, en “NORTE GRANDE” *“ha querido resolver una forma nueva de novela, violando todos los límites y entroncándola al poema, al ensayo, a la historia y al símbolo”*.

De todo ésto hay, armoniosamente combinado, en estas páginas magistrales donde, por primera vez en nuestras letras, la pampa aparece en toda su grandiosa y desolada realidad. Toda una región del país, con su historia, su leyenda, sus personajes y sus hechos, queda aprisionada en estos maravillosos capítulos. El relato de la lucha obrera cobra aquí extraordinarios y vitales relieves, de acuerdo con la más escrupulosa documentación.

NORTE GRANDE

OTRAS OBRAS DEL AUTOR

BIOGRAFÍA DE LA LLAGA.

GÓMEZ ROJAS, REALIDAD Y SÍMBOLO.

LA SANGRE Y SUS ESTATUAS.

VECINDARIO DE PALOMAS.

LA ESTRELLA SOVIETICA.

LOS VIAJEROS OPUESTOS.

CHILE, FÉRTIL PROVINCIA (inédito).

HISTORIA PARA EL RELAMPAGO (inédito).

A N D R E S S A B E L L A

AAJ9807

NORTE GRANDE

NOVELA DEL SALITRE

Segunda Edición

E D I T O R I A L O R B E

ES PROPIEDAD
DERECHOS EXCLUSIVOS EDITORIAL ORBE
(C) INSCRIPCIÓN Nº 10123
SANTIAGO DE CHILE
1959

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

Verificación de Imp. y Bibl.

10 AGO 1959

Depósito legal

*Un día, papá, entre la tristeza y la leyenda de tu
Jerusalem, elegiste una ciudad del mundo para tu
vida. El azar la señaló en Chile, tan lejano y tan
dureo para tus sueños: Antofagasta sabe tu historia.
Yo pienso en mi madre y en los años de amor que
me otorgaste, y no atino sino a entregarte estas pá-
ginas que te devuelven la sangre que dejaste en la
pampa.*

“... la tierra del salitre había dejado una triste impresión en su ánimo. Por un lado el clima opresor, implacable y feroz del desierto, y por otro, un trabajo bestial, embrutecedor, y agregábase el alcoholismo que convertía aquellos cerebros en blanda pasta para la explotación capitalista. Todo estaba, pues, allí confabulado para mantener a esos hombres sumidos en la miseria física, intelectual y moral en que yacían. Y su propósito de estudiar y conocer a fondo aquella vida, aquellas faenas únicas en el mundo, se acentuó una vez más en su espíritu...”

BALDOMERO LILLO.

“El día que se aburriera, no había más que sentarse en la boca del tiro y encender la mecha. El dinamitazo lo elevaría seguramente a la gloria de Dios Hijo y tóo lo demás”.

CARLOS PEZOA VELIS.

CRONOLOGIA (*)

1528

En un documento oficial, de 24 de agosto, se nombra al salitre. Esto prueba que ya entonces se le conocía. Dicen las tradiciones viejas que el de Tarapacá fue usado, como abono, por los incas.

1556

Descubrimiento de Huantajaya. Lo hace casualmente el indio Cucumate.

1795

Comienzan a buscarse otros medios para beneficiar al caliche distintamente al procedimiento indígena, el de "las pailas de cobre". Sobresale, en las postrimerías del Siglo XVIII, el indio Mariano Ollero.

1809

El alemán don Tadeo Haencke da "el primer impulso a la explotación del salitre", al inventar "un procedimiento para extrair el salitre potásico del caliche de Tarapacá" (Semper y Michells).

1810

Entre este año y 1812, se fundan alrededor de 8 Oficinas, que se llamaban Paradas, en Negreiros, Pampa Negra y Zapiga.

(*) Según las obras de don Isaac Arce ("Narraciones Históricas de Antofagasta, 1930") y de don Roberto Hernández ("El Salitre", resumen histórico desde su descubrimiento y explotación, del mismo año), más otros apuntes relacionados con la lucha obrera chilena.

1820

Va a Liverpool el primer cargamento de salitre. Sin estimación, se le bota al mar por juzgársele "tierra inútil".

1827

Por decreto de 28 de diciembre, don Simón Bolívar habilita como puerto a la caleta Cobija, con el nombre de Lamar (en homenaje al héroe de Colombia, don José Lamar).

1830

18.700 quintales de nitrato salen de Iquique hacia Europa.

1841

Don Domingo Latrille descubre el guano en Mejillones. Mejillones fue fundado por decreto de Melgarejo en 1867. El primer embarque de guano alcanzó a 2.000 toneladas.

1845

Don Juan López, al que designan mal, llamándolo "chango", llega a las guaneras de Mejillones y permanece cerca de 10 años por estos parajes.

1853

Don Pedro Gamboni, industrial chileno, descubre el yodo en las aguas madres, o aguas viejas, del salitre.

1853

Hasta 1854 dura la expedición de don Rodolfo Armando Phillippi al Desierto de Atacama.

1857

Muere don Mariano Eduardo Rivero: fue quien dio a conocer, en 1821, el nitrato de sodio en Europa.

1862

Don Claudio Gay, en París, publica su primer tomo de *Agricultura*: en este libro alude a los chilenos como "los operarios y vendedores" de la riqueza salitrera.

1863

Don José Santos Ossa parte de Cobija tras minerales de plata. Va con él un indio (Hermenegildo Coca).

1866

En agosto, don José Santos Ossa recibe la noticia de la existencia de salitre en la zona de Antofagasta, de labios de su hijo Alfredo y de los de Juan Zuleta y Martín Rojas. En el lugar donde se descubrió el salitre se levantó la primera Oficina de esta región, la del *Salar del Carmen*.

1866

Don Francisco Carabantes descubre cobre en la Caleta Coloso.

1868

Don Jorge Hicns le encarga al minero Clavería que pinte un ancla en un cerro alto de Antofagasta, para orientar a los marinos.

1868

Llega el primer vapor a la bahía de Antofagasta. Era el "Perú".

1870

Juan Tomás North, el futuro "Rey del Salitre", es apenas un sencillo maquinista en el Ferrocarril de Carrizal.

1870

El 13 de mayo se dan las primeras noticias al Gobierno boliviano del descubrimiento de Caracoles.

1870

Antofagasta adopta su nombre, abandonando el de La Chimba: Antofagasta, según, Rómulo Cúneo Vidal, significa "Pueblo del Salar Grande" (del quechua).

1870

Don José Antonio Barrenechea, explorador chileno, realiza los primeros descubrimientos en Toco.

1873

Llega a Antofagasta, el 25 de noviembre, la primera locomotora.

1877

El 9 de mayo es la "Noche Triste" de Antofagasta: terremoto y salida de mar.

1879

El 14 de febrero las armas chilenas ocupan Antofagasta.

1884

El 1º de agosto se forma la primera combinación salitrera, "para limitar la producción y obtener con ella precios más remunerativos".

1889

El Presidente Balmaceda, el 1º de junio, en su Mensaje a las Cámaras, afirma que: "Es verdad que no debemos cerrar la puerta a la libre concurrencia y producción del salitre en Tarapacá, pero tampoco debemos consentir que aquella vasta y rica región sea convertida en una simple factoría extranjera".

1890

Huelga en Tarapacá.

1902

Se funda en Tocopilla la *Combinación Mancomunal de Obreros*; el art. 1º de sus Estatutos la define como "Asociación de socorro mutuo y protección al trabajo".

1906

Masacre de obreros en Plaza Colón de Antofagasta.

1907

Se ametralla a los obreros reunidos en la Escuela Santa María de Iquique (fines de diciembre).

1912

Fundación del Partido Obrero Socialista.

1921

Masacre de "San Gregorio".

1925

La Matanza de "Coruña".

"NORTE GRANDE", por Andrés Sabella, Editorial "ORBE", Santiago de Chile, 1944.

Por *The Ripper*, (1).

Andrés Sabella ha subtitulado esta obra de gran envergadura: "Novela del Salitre". Es decir, no de un personaje, de una familia, de un pueblo. Es la novela del producto que enriqueció y empobreció a Chile. Casi podríamos decir, la novela de una gran época de la historia del país.

Antes de analizar más a fondo la obra, podríamos preguntarnos si Andrés Sabella es novelista; es, indudablemente, poeta y literato. Es un lírico. Y la lírica y la poesía, aunque sea en prosa, invaden a cada rato este libro. Se siente la respiración sentimental de Sabella en la mejor parte de las páginas. Tal vez, eso podría sacarlo del género estricto de "novela", pero para dar un paso adelante. Hay algo de epopeya en esta obra. Por su tema, por el vuelo audaz que lo coloca encima de hombres y seres humanos individuales, por sobre toda una región y una época histórica, merecería más bien ese título.

Se nota, también, al poeta y al literato en el estilo. Citamos al azar:

"Cachetadas de sol.

Un tren cose la pampa. Es el tren de los enganchados. Trae más que hombres, ilusiones andrajosas que sueñan con un pan tibio, una chaqueta limpia y una casa para que vibren los buenos años."

(1) "*La Hora*", Santiago de Chile, domingo 4 de junio de 1944. El seudónimo *The Ripper* corresponde a Juan de Luiggi.

Se ve en estas frases la mezcla poderosa que Sabella ha sabido efectuar entre la imaginación y la descripción naturalista. Esta mezcla campea en toda la obra que viene a ser en buenas cuentas casi un repertorio de lo que Sabella puede dar y dará en el futuro. Por el momento, nos ha dado algo que faltaba en la literatura chilena: y es la gran obra sobre el norte, ese norte triste, estéril y, al mismo tiempo, pletórico de una riqueza que inundó a Chile. Ese norte que troqueló, nuevamente, la psicología de todo un pueblo de sureños, dándole características y rasgos que los distinguen sobre todos los demás habitantes del país.

La historia del salitre es una historia de ambiciones, de dinero, de sangre, de aspiraciones individuales y sociales. Es la historia de un sector del mundo, inconfundible. Sabella ha trazado los rasgos fundamentales, ha revuelto y ha dado nueva vida a toda una humanidad grande y pequeña, apasionada y sórdida: *Norte Grande* es un gran libro.

TH. R.

EL OJO SE LLENA DE HORIZONTE

PAMPA ABIERTA... No es posible que nada se esconda a los ojos de la muerte. Por los suelos se ven los rastos del más duro tiempo. Y en el firmamento, el sol se descompone en una furiosa carcajada llena de fuego. Las piedras esfuerzan sus bocas para gritarse, inútilmente, las consignas de la soledad. Las piedras evocan los cráneos malditos de una raza que quién sabe en qué sima de la desgracia encontró su adiós...! Cuando el viento se dispone a soplar sus flautas, las pobres piedras alzan, un poco, sus torpes orejas y dijérase que intentan moverse, en un baile grotesco y enternecedor.

Yo ignoro si el diablo tiene pañuelo. Un pañuelo grandote y fiero para secarse la frente, una vez que ha colmado el negro hoyo de su heredad, con las almas de los condenados. Si lo tiene, es la pampa.

Las nubes se deslizan, lejanas, con timidez. El cielo se abre en una bella sonrisa azul-perdida. Es un cielo barnizado, como un espejo imperial. Los niños creen que, con los años, serán capaces de tocarlo con las puntas de sus dedos, endurecidos por el sol y la tragedia. Creen... Un día, sin explicarse cómo, principian a curvarse a la tierra y en sus espaldas el sol patear, como un caballo habituado a comer furias...

El cielo de la pampa es la tapa amorosa de una charca que conviene no mostrar demasiado... Es la única pureza que flota allá. Por las noches, las estrellas se hinchan de luz y se quedan bajitas, como para cuchichearles a los hombres los misteriosos acontecimientos de su patria. Las estrellas parecen puntos de tiza azul

que un niño se entretuvo en rayar desde el techo de su casa. Fulgen ahí: ¡a un metro! Y llega la luna, con su panza de dulce preñada. Y es una luna como la "o" de la palabra *gloria*. Rueda, silenciosamente. Los soñadores quisieran hacerla caer, mediante una trampa de ensueño... Mas, la luna pasa. Y sus ojos apenas si se detienen, brevemente, en las calicheras abandonadas; apenas si advierten que, en las huellas, los hombres han ido dejando el polvillo de oro que se escapa del corazón, cuando no resta otra fuerza que la de la esperanza...

La tierra es seca. Un gris de olvido se escapa de las grietas. Y el desierto se queda plano, liso, macabro, igual que la mesa donde se juega, en un azar diabólico, el destino de un hombre...

Piedras: semillas del horror. Piedras para que la muerte marque su camino. Piedras que la sangre pinta, como terribles manzanas de una Hespérides muerta.

Y no hay más: los pájaros no podrían levantar sus casitas de cancionero; contra los pájaros irrumpe la atmósfera quemante y desgarradora. ¿Cómo vivirían las alas, sin la caricia del agua; cómo saldría el trino, si el horizonte es un guiñapo de maldiciones...? El árbol fue devorado por el genio subterráneo que, allí, gruñe, cuidando el caliche, como una leche maravillosa. El árbol es un país que limita con el cielo. Y, en la pampa, los límites se han equivocado, se han confundido en una recta de espanto!

Pampa abierta...

El viento se agacha y coge puñados de tierra. La tierra salta en un loco salto sin gracia. El viento se echa a galopar y silba para congregar a todos sus hijos en tan cómoda pista. Y los hijos del viento acuden, desde sus escondites, brincando, gozosos. Y en el desierto no sucede, entonces, sino un delirio de cuerpos que danzan.

JUAN ZULETA HA GRITADO : ¡ SALITRE !

EN 1857, los hermanos Domingo y Máximo Latrille pasaron por el sitio donde ahora se agrupaban, en la noche, tres hombres jóvenes y animosos. Los Latrille no detuvieron su fiebre en estas soledades, y el caliche permaneció intacto con sus perspectivas fabulosas. Entre la sombra azulosa de la pampa, con sus cabalgaduras y sus cargas, descansan Alfredo Ossa, Juan Zuleta y Martín Rojas. El aliento de agosto les quema la cara. Y tiritan en el tiempo el año 1866. Los hombres respiran fatigados y parece que del suelo asciende una neblina de angustia que opaca el corazón.

La pampa estira su longitud de mesa macabra. En otro sitio, reposa otra caravana bajo la noche que se inclina a causa de tanta estrella. Allí, manda la voz de un hombre que reúne todas las virtudes viriles del desierto; es llano y duro, de esos hombres que se ven hasta más allá del corazón, con sólo contemplarlos un minuto. Frisa los 40 años. Y su barba se ha ennegrecido de sol; en esos pelos anda toda la historia de esta tierra que va a sacar sus lamentos por la boca del mar. Es José Santos Ossa.

. . . .

Realiza una tentativa más para coger por las astas al toro de la fortuna: ¡ya suman cinco los fracasos! A su lado, Hermenegildo Coca coquea callado. Es una estatua que sobrecoge: las pupilas pequeñas se le han vuelto apenas dos lunas negrísimas, que no llevan esperanza de gotear la felicidad en parte alguna...

El mar salta, furiosamente. Es un esclavo condenado a desear el impulso que le permita tocar la barriga de aquel otro océano que resplandece tan quieto y tan límpido, con peces blancos, lentos y peregrinos...

En este campamento palpitan los apetitos sin felicidad de Juan Villarroel; Villarroel pateó mujerzuelas en California y mordió, ansiosamente, las pepitas de oro de sus amigos afortunados; hoy se apresta a encontrar la plata que don José Santos anda buscando. Lucen la pericia del arriero José Poblete y los brazos tatuados de Pedro Brechart y Carlos Nepont, quienes variaron la sorpresa del mar por la de la pampa.

"El Rubio", tendido cerca de la cocina improvisada, canturrea a media voz; las mulas duermen su sueño cansado, que llenarán imágenes tormentosas: caminos imposibles y suelos erizados de piedras filudas... Don José Santos se acerca a Hermenegildo:

—Dime, Coca, ¿crees que tendremos suerte, esta vez?

El indio se mira las sandalias de piel de guanaco y alza la voz:

—Todo puede ser, don José... ¡La estrella que yo quiero está muy linda...!

No habla más. Desde 1863, acompaña a don José Santos en la búsqueda de unos "rodados" de plata que deben quedar próximos a Mejillones y que guardan los dientes del mar. La desgracia se encariñó con la casa de los Ossa; don José ha sido varón de una pieza. Pero, la suerte es hembra, y hembra que gusta acostarse, de repente, con quien menos lo espera; es hembra alimentada con el cuerpo magnífico de los reyes y las reinas del naípe... En Cobija, él era un monarca: en su hogar, el piano y la seda fueron las primeras galas de sus noches con lámparas entontecidas de silencio. Y en Cobija, el fuego no quiso excluirse de la avalancha de infortunios que le azotaba y se metió en su casa, tragando el lujo y los ahorros. Son tres años de boca amarga.

—Hermenegildo, es necesario que encontremos la plata: ¡estoy hecho pedazos...!

Coca mueve la cabeza, enigmáticamente:

—Don José, algo me golpea en el corazón... Esperemos...

Parco el indio, puebla la ansiedad de su patrón, con enormes interrogantes. La fortuna ha sido extraña con este varón que no se amilana. Nació en Freirina, bajo una sombra de cateos y de sueños.

En su cuna, el balance amoroso se lo dio la leyenda y toda su niñez fue una humareda de ambiciones. Sus antepasados eran mineros curtidos, gentes que no retrocedían ante ninguna distancia y que parecían concentrar en sus piernas el envión misterioso de las raíces. Cuando el bozo cosquilleó en su cara, el joven José Santos pronunció una frase que, aparentemente, carecía de lógica; pero, que sería su profesión fundamental:

—¡La pampa cabe entera en mi mano!

Lejos de su padre, Alfredo Ossa medita, cara a las estrellas. En su destino se han metido leyes de *acaso* y de *puede ser*, y es el heredero de una tradición de años cubiertos en el desamparo. Martín Rojas ronca. Y Juan Zuleta piensa quizás en qué absurdos. La pampa se encarga de sacar al hombre de sus máscaras.

Estos tres héroes del trabajo vagan tras de un camino que les permita sobreponerse a la desesperación de la sed. Ellos conocen cómo arde la garganta cuando la sed decide tomar parte en las caravanas. Nadie la quiere. Ninguna boca la invita. Y, de golpe, en el anca de las cabalgaduras, aparece con su invisible látigo de llamas. Entonces, los animales hinchán sus ojos, de locura. Y los hombres comienzan a saborear las primeras frutas de la muerte; las frutas secas de la muerte que crujen entre los dientes, más blancos por el resplandor de la eternidad...

Juan Zuleta retorna de su abstracción. Le resta un cigarro. El suelo albea, como el cráneo infinito de la mala suerte. Mira su último cigarro. No es hombre de imaginación, a pesar de que el desierto agudiza la mirada, la hermana al más remoto horizonte. Si la poseyera, juraría por los cien mineros condenados que bailan cueca con las cien queridas del diablo, por no poderlo estirar hasta los cielos!

El cigarrito del minero es una estrella consoladora. Minero sin cigarro no sabe acariciar la fortuna: el cigarrillo le sensibiliza los dedos. Juan Zuleta lo mira y remira; es el último, y el tabaco emborracha a los hastíos... Los labios se alargan en un beso goloso. Se ha sentado en una piedra y sus manos juegan con las escamas blancuzcas que le sonríen desde abajo de sus zapatos. En Tarapacá,

esta blancura es una parte de la felicidad. Con estas "costras" se podría construir, hoja por hoja, el Arbol de las Sonrisas. Zuleta no se resiste: se dará el gusto, a riesgo de suspigar por el vicio el resto de la jornada.

Alfredo yace con los ojos repletos de inmensidad. Son dos ojos soñadores. Los hijos de mineros nacen con una vaguedad deliciosa en la mirada: la ilusión de los caminos se torna dulzura en estas pupilas. La noche bajó, silenciosa, hasta el fondo de ellos. Martín duerme a pierna suelta. Juan no duda:

—¡Me lo fumo!

Se agacha y recoge un pedacito de esa cosa blanca que le tienta en el suelo. Los "barreteros", en Tarapacá, acostumbran —recuerda— a colocar en la mecha un poquito de caliche: eso que pisa no es caliche, pero él desea imitarles. Enciende la mecha, espolvoreada por aquello que no sospecha lo que sea y que le llama. Y resulta que la mecha crepita y no sabe de qué parte de su cuerpo le sale este grito tremendo:

—¡SALITRE!

Alfredo salta sorprendido. Martín Rojas despierta. Juan Zuleta ha descubierto en la región de Antofagasta la más formidable vena de fortunas. Camina trémulo. El rostro de los hombres se ha transfigurado. Las manos de Juan Zuleta tiritan, nerviosamente. No atina a clamar sino:

—¡Salitre!

Repite la experiencia y la certeza le asiste. El cigarrillo ha sido despedazado por las manos febriles. Martín Rojas comienza a saltar, como un endemoniado. Alfredo Ossa se arrodilla para besar el suelo, movido por un impulso misterioso. Juan Zuleta ignora que él es la llave de una época; que de su mano encallecida acaban de salir, galopando, el Amor y la Embriaguez, las Calles y los Monumentos, la Miseria y la Traición...

. . .

¿Cuánto tiempo dura este frenesí? Cuando pasa, Alfredo pide a Zuleta que le cuente el poder de esta substancia que tanta maravilla ha despertado en su corazón. Zuleta se explica con los mejores adjetivos de su pobre habla. Sólo recuerda que en cada trozo de

caliche duerme una sonrisa, se desnuda la mujer imposible, todas las puertas se vencen sin protesta...

El Arbol del Bien y del Mal debió levantarse sobre un corazón de Caliche. El Salitre es como el Blanco y el Negro de la vida: vigoriza la entraña de la tierra empobrecida; y si es vida es, también, vértebra de muerte; Jano, mirando hacia la Salud y el Veneno...

Juan Zuleta se revuelca a lo largo de la tierra sorprendida. Cuando pisa el alba los últimos escalones del espacio, se pone en marcha la caravana: han trabajado sin descanso, excavando el suelo para llevar a don José Santos la sorpresa de este hallazgo.

. . .

Exactamente, cuando Zuleta gritó: ¡Salitre!, Ossa, el viejo, preguntó, por quinta o sexta vez, a Hermenegildo Coca:

—¿Qué te dicen tus amigos del otro lado, indio querido?

Y el indio, sin responder nada, sonrió como no había sonreído jamás. Don José Santos sospechó que en el mundo brotaba un surco inmortal para su sangre. Y se tendió a esperar el primer beso verdadero del sol.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

FUNDACION DE ANTOFAGASTA

EL MAR arrullaba la soledad. Juan López, semidesnudo, con el sol por la piel, como un poderoso reptil, miraba, fijamente, hacia distancias hechas de fatiga. Sus cabellos goteaban sombríos y la cabeza era, entonces, la única flor, palpitante y valiosa, en aquel brazo del desierto. La frente, como un mapa feroz de caminos: allí, quedaban impresas las huellas de los cateos; era una frente rugosa y vital, un cuaderno de rayas de fuego. Venían la nariz dominante y la boca con pronunciada manera de sendero, rematando el rostro en un mentón semejante a una curva de muchos metales. En seguida: el pecho. Pecho peludo y anchuroso, lo mismo que una corriente infatigable. Y las manos eran gemelas del hambre, con los enteros dedos del minero, firmes y rudos, iguales a tentáculos, o a víboras ansiosas.

Los pies tan anchos, que sugerían las bases del mito. Pies que recogían el polvo de la vida y que sabían del chisporroteo de las marchas sin remansos. Pies de bronce, sin duda. Pies para los que el desierto era una fruta partida en medio del mundo...

De tales proporciones era este hombre que levantaba recién una carpita con sacos endurecidos de sol y que veía alzarse hacia adelante al mar con sus rumores, teniendo en sus espaldas la lejanía de unas tierras poderosas y tercas, enrojecidas por la desolación.

El sol era un estremecimiento de oro. Juan López respiraba la soledad de la tierra y el mar se le mostraba como un infinito espejo, dedicado a su vida febril y acelerada. López, transpirado y solo, lleno de laxitud, tendióse frente al agua. Sus ojos descendieron a la evocación. El viento le cubría.

Estaba en 1866. Hacía poco más de veinte años que había entregado su destino a la aventura. Hombre de azar, sus días formaban una huella desventurada y solitaria. Había vivido en un cauce de sed. Las piedras y el mar eran sus alas... La costa le iba, poco a poco, identificando con sus cosas: una firmeza roqueña en el alma, una tonalidad, lejanamente, verde-azul entre los ojos. ¡Juan López equivalía ya a un latido de tantos elementos!

El guano fue una sombra en su destino. Por descubrirle y por enaltecerse, sufrió la maldición de las noches que rayan de obscuridad los sueños, sufrió el desamparo, sufrió el adiós de la mujer... Ahora era la última vez que intentaba buscar la raíz de la fortuna. ¿Dónde encontrarla?, ¿bajo qué misterio de sangre?, ¿en qué mapa hallar su indicio deslumbrante? Juan López lo ignoraba todo. Sólo una secreta iluminación ardía en el fondo de sus deseos, comparables a una legión de verdugos... Juan López, en el repaso de su historia, entraba al éxtasis.

Tardos rebaños de nubes infantilizaban el firmamento. La tarde se esfumó a lo lejos, como una mujer. Juan López juntaba a su cansancio los muchos kilómetros de su pasado. La mirada se vestía de antiguos cielos. Y con el olor del mar pleiteaba un olor a corazón volcado...

. . .

Juan López sintió un ruido potentísimo. Luego, mil. No era el viento que echaba a morir todas sus hélices. No. Era un rumor desconocido. ¿Un rumor de martillos? Quizás... Juan López presentía que una sombra gigantesca nacía más allá de sus piernas. Presentía una presencia que se negaba a reconocer. Se gozaba con la intuición de un espectáculo ignorado, pero deleitoso. Y el ruido vencía al mar y parecía aproximar los cerros.

La frescura de la noche era una niña en el rostro de Juan. López, en trance de alucinación, se dejaba repasar por la frescura. Y sus cabellos pugnaban por huir.

El ruido se mezclaba a otros. ¿Dónde sonaba aquella bocina? López comprendía, lentamente, que su sangre acababa de erigirse en tiempo y que, un día, prolongaría sus fatigas en una sucesión de calles y de seres.

López era capaz de permanecer con los ojos cerrados largas horas; en sus correrías aprendió que la paciencia es una gran gota de sol en mitad de la angustia . . . Juan había aprendido la ciencia de esperar, se había forjado artífice de su esperanza. Sabía no sobresaltarse: por esto es que, tranquilamente, dejó que aquel ruido floreciera, mientras los párpados continuaban flojos.

Cuando decidió abrirlos, la noche era la puerta de una alcoba madura de estrellas. Las sombras que cubrían el mar le enseñaron su completa y trágica desnudez. Juan se puso de pie y, rápido, como el que teme que se escape una cosa querida, dióse vuelta: su carpita temblaba. Pero, en maravillosa perspectiva, una mole monumental de luces brillaba a la distancia. Juan entendía sin análisis. El corazón se llenaba de alegría. El era el germen de algo: ¿una ciudad?, ¿un mundo? Su sangre fue un río de semillas. López, acostumbrado al hallazgo, no gritaba; mas, por primera vez, sus sienes se hincharon en una suprema intención de vuelo.

El suceso se borraba. Parecía que, únicamente, aguardó a que Juan le admirara, para desaparecer. De pronto, la obscuridad se desplomó, tal una siniestra montaña. Juan López, en silencio, buscó su carpita.

Con escaso abrigo, se acostó, como la más grávida de las madres. Afuera, quedaba una vibración casi humana. Juan no podía dormir. Una potente inquietud le perturbaba, cual una amante exquisita. Transcurrió una hora: Juan se incorporó. Desnudo, salió de la carpa. Su piel se cubrió de frío.

Las estrellas vivían su luz. Juan, presa de invencibles goces, era incapaz de dominarse. Se miraba entero. ¡Hombre era! Pero, en su fuero, precisamente, desde aquella tarde, se agitaba una delicada y extraña sensación, como si le naciese otro ser . . . Nunca lo sabría. Una ciudad es también una criatura; posee la ternura de un niño y la brillantez de una rosa viril.

LOS PUÑALES

SILVERIO LAZO

SE REÍA SILVERIO LAZO, apretándose el grueso cinturón, y los fuertes dientes blancos, de macho tórrido, le iluminaban, como un trozo de luna:

—¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita!

Y sus manos se golpeaban la cabeza con ruda ternura. Era necesaria, para la quietud parduzca de Antofagasta, esa cabeza que sólo parecía albergar mapas sangrientos, precisión de cuchilladas verticales a la muerte.

Silverio Lazo, “El Chichero”, protagonista de las sombras, era como un poeta de las blasfemias. La diestra segura, de piedras negras. Y los ojos, como espejos para adivinar las más finas defensas de la piel:

—¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita! ¡Cabecita mía!

Le miraba de arriba a abajo don José Sabaú, el cervecero: era altazo “El Chichero”, espaldas carnosas, boca de pulpo; era el ejemplar de hombre que las mujeres adoran sin saber si lo hacen como tales, o como madres: amor sin más luz que una gran equis, amor...

Bebía presuroso Silverio. Don José temblaba: el pueblo, reunido en el teatro, acababa de ofrecer 2.000 *bolivianos* por el cuerpo de “El Chichero”; mucha sangre clamaba debajo de sus puños.

—¡2.000 *bolivianos* por esta cabecita! ¡2.000 mojones para estos carajos, don Pepe! ¡2.000!...

“El Chichero” había sido antes un hombre de corazón diáfano. Trabajando en Tarapacá —durante la hegemonía peruana— mató

a un compañero en riña de burdel. Se le pegó con saña. Se le quemaron las palmas de las manos. Se le escupió. Entonces, de entre el hedor del calabozo y de la rabia, que era una tempestad encarcelada en sus ojos, nació del pecho de Silverio Lazo, "El Chichero", ágil de muñeca y de puñal florido.

—Don Pepito, ¡vaya por una niña! . . .

Salió don José para satisfacer a este huésped comprometedor. "El Chichero" quedó con su sombra y sus armas. 2.000 *bolivianos* costaba su pellejo. Tragaba el licor con avidez. Retornó don José con una gruesa muchacha de mirar sombrío. Podía esta hembra ser su última carta de amor:

—Mi reina, beba con este pobre diablo.

Y le ofreció una copa doradita.

Habíanle forzado a criminal. Tanta humillación le tornó en una charca las entrañas: mataría.

—Un beso y un trago, mi guairurito.

"El Chichero" caía, plácidamente, como un crepúsculo, sobre aquella boca que mordía, ¡qué boca!

Mataría: esta noche, cinco cristianos; mañana, un matrimonio rollizo; después, ¡los que vinieran!

—¡Déjeme olerle el alma, m'hijita!

Silverio Lazo olvidaba que el pueblo olfateaba sus rastros, que cada esquina podía ser su extor. Estaba feliz. Don Pepito sabía elegir el alcohol y las hembras:

—¡Ofrecen 2.000 *bolivianos* por su amorcito! ¡Voy a ofrecer 4.000 al que sea capaz de tocarme los pelos! ¡2.000 *bolivianos* por esta cosita!

. . .

Entró, sofocado, don José. Recién se acordaba, en el teatro, revisar la casas, una por una, para ubicar al "Chichero", y ya venía cerca la comisión. Era menester liquidar la fiesta, salvar las responsabilidades. "El Chichero" exprimió su instinto en un largo beso, y antes que la mujer atinara a nada, le envió un golpe formidable que la arrojó, sin sentido, lejos, como quien se desprende, rápido, de mucha luz.

—Perdone, don Pepito: ésta no debe saber nada. Tírela a dor-

mir en cualquier camastro, rocíele vino en la jeta para que le huyan los que entren...

—¿Y usted? —masculló don José.

—¡Ja, ja, ja! Yo tengo visto el burladero: voy a meterme en una pipa cervecera vacía que usted mezclará con las llenas que, allí, se ven... ¡Nada de mariconadas, don Pepe!

De un salto, desapareció "El Chichero".

La comisión no descubrió a nadie. Había una borracha desvergonzada. 30 pipas de cerveza.

—Ya se fueron... —anunció, a la sordina, Sabaú, el cervecero.

Y "El Chichero" resplandeció, llovido de capitosas fragancias.

—Ahora, don Pepito, compléteme el gusto: ¡présteme la cama para revolcarme con aquélla!

Don Pepe callaba. "El Chichero" se desnudó y fue un crisol. La mujer, semi dormida, sintió que una bestia alegre le lamía los orígenes.

Don Pepe fumaba en la penumbra, cuando "El Chichero", satisfecho, se le plantó al lado:

—Don Pepito, es usted muy hombre: ¡tome!

Y le alargó 4.000 *bolivianos*. En seguida:

—Y aquí va el abrazo del amigo.

Se fue "El Chichero" bajo la indecisión de la noche yodada.

Debía escapar. Y escapó hacia Chañaral. A pie. En diálogo con el sol. Allá, inesperadamente, una carabina selló su voz, en "Manto Verde": dicen que el cobre se apropió de sus entrañas...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS PUÑALES

QUE TRATA DE "EL PICOTEADO" Y SU AMIGO "EL RANCHO"

HOMBRE DE pelo en pecho era "El Picoteado": manazas de nervios duros, roto de tonada agria y de muchas muertes en su historia. Había en su vida un amigo, como él, diestro en escribir blasfemias en piel humana: era "El Rancho", residuo de ola sucia.

En Antofagasta, el dinero cantaba erguido. Había que saltar el mar y hacerse rico:

—¡Con tu amigo, "Ranchito"!

Y los dos pisaron la aurora de oro que despuntaba al borde de tanta lámina de soledad.

Trabajaron poco y remolieron más. La plata era preciso obtenerla de cualquier modo: mataron, robaron, jugaron, bebieron. Y parecían estar atados por una gran ligadura:

—"El Rancho" es como mi hermano, ¡más que mi hermano!

—El que ofende al "Picoteado" encuentra esta puntita —sentenciaba "El Rancho", mostrando el piquito brillante de su cuchilla.

Así, hasta que Lucrecia apareció detrás de una guitarra. ¡Magnífica copa de noche, Lucrecia! Estaban, como de costumbre, de juerga:

—"Picoteado", mira esa lindura.

—¡Es la misma estrella de Belén, hermanito!

Lucrecia coqueteó con uno y otro y los hombres comprendieron que esa mujer podía ser la nube de hielo en su cielo de rajadiablos:

—No puede dormir con los dos, "Picoteado"...

—Lo que ella quiera, pus, “Ranchito”...

Y Lucrecia no decía sino fuegos y más fuegos.

—Yo me voy “al interior”; ¡te la dejo! Saboréale como si fuéramos los dos —decidió “El Picoteado”.

—Así se hará, hermanito —concluyó, feliz, el otro. Se abrazaron los hombres y Lucrecia comenzó a dormir con su costilla.

“El Picoteado”, tragándose los deseos, se marchó a tantear sombras por el desierto.

. . .

La pareja glosaba el amor en terribles sábanas. Lucrecia era una abeja de miel embriagadora. Pero, la miel hastía y “El Rancho”, lleno de mundo, se fatigó y se desprendió de ella.

—¡No me dejís, “Ranchito” lindo!..., ¡estoy cosía a tu vida!

Inmutable, “El Rancho” liaba el cigarrillo del mal olvido:

—Pa’ una vez, pa’ veinte, hasta pa’ cien veces, estay bien... pa’ más, ¡hay que ser santo..., o tonto! ¡Me voy!

Empezó a recogerlo el desierto.

Lucrecia alzó un atadito de cosas queridas y se encaminó tras aquel pedazo de piedra que besaba, como un sol entusiasmado. Anduvo. Puna por adornos. Anduvo. La sed se enfurecía en su garganta.

“El Rancho” llegó a Carmen Alto: ahí, cantaba y era obrero de primera el terrible “Picoteado”:

—¿De dónde saliste, “Ranchito”? ¿Y la Lucre?

Escupió el recién llegado. Su cuerpo vibraba hediondo a sol:

—Vengo del “puerto”. ¿La Lucre?... ¡estará con otro, pus!

—¡Hija de una gran puta! ¿Te engañó, hermanito?...

—No, gallo: a mí no me deja naide. ¡La boté yo!

Silencio con una cuchilla al cinto.

. . .

Esa mujer embravecía el pulso del “Picoteado”. Nada dijo éste. Continuaron uno cerca del otro. Una tarde apareció Lucrecia:

—“Picoteado”, vos me habríai hecho feliz. Ese..., ¡es un mari-cón! ¡Se cansó el caballero!...

Una colina de rabia.

“El Picoteado” miró al “Rancho”:

—Agora, “Ranchito”, ajustaremos cuentas..., ¿verdad?

—¿Cuentas de qué, hermanito?

—Vos sabís... Vamos pa’ onde no nos vea ni un alma.

. . .

Tres sombras golpean la soledad caliente.

—Aquí será, “Ranchito”.

Y “El Picoteado” tiró su chaqueta, sacó su camisa, ¡bronce humano!, y comenzó a cortar sol con su cuchilla.

Lucrecia anduvo una vez más. Los dos machos brillaban. Cuchillas como flores de luna brava.

—“Picoteadito”, me da pena matarte...

Silencio de arterias grises.

—Estaría de Dios, “Ranchito”... Los dos no cabíamos en una mujer...

Un salto de sangre.

Pelean los hombres. Firmes. Las cuchillas rasgan la tarde. Pelean los hombres. La sangre ornamenta los caldeados pellejos. Uno mana sangre a la altura del cuello. El otro, siente que la sangre le huye desde un costado. Sangre.

Lucrecia aguarda.

Hace una hora que pelean los antiguos amigos: guñapos rojos. Los cuchillos van lentos y fieros. La tierra es una siembra de corales. Frentes, mejillas, gargantas, torsos, manos, todo es sangre. Las heridas increpan. Una gota de sangre en el aire. El sol huele a sangre.

Lucrecia se acerca.

Los hombres ya nada ven: es el odio la última hélice de sus puños. Jadean. Sangre y sangre.

De súbito, tácitamente, los hombres parecen pactar el fin del duelo: es preciso concluir. Y se lanzan, como emergiendo de una convalecencia insospechada, al ataque. Avanzan cuchilla enfrente. Y las cuchillas se encuentran y los enemigos se tocan, recíprocamente, y caen al mismo instante, agonizando: sangre y mujer arrojadas. Jamás ninguno volverá a lucir, como una canción, su

gracia y su coraje. Se mueren. Se aprieta el sol a tanto escombros húmedo y cansado...

—¡Mis pobrecitos!...

Lucrecia, como puede, les aproxima y les deja, dulcemente, cuerpo a cuerpo, para el sudario del abandono. Cien años más tarde pensarán en dos hermanos...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PERSONAJE PELIGROSO

BLANQUÍSIMA, PERLA vágabunda, perla desterrada. Blanquísima, como aquellas albas que sirven de leche al cielo. Su cabellera es de plata, de larga plata delgada: cabellera que ondula como la marea del sueño. Su rostro recuerda un agua labrada: la frente se abre en una suave comba de fruta. Las mejillas, como yacimientos de plumas blancas. Aun los labios de nieve fina. Brazos de luna larga. Pies como espuma eternizada. Una veste desmayada, de ópalos diluídos. Es la albura del mundo, cuando Dios todavía soñaba la paloma y trabajaba el cisne...

No tiene hogar: el suyo fulgaría como un canto de niño. Vaga por la pampa, aprende la piedra y el viento, raya con su imagen las hojas de este libro del demonio.

Es la palidez en viaje; rama del aire, flor del aire, aire cortante, júbilo del aire, aire contra el mundo, luz vencida, pecíolo de estrella, aire con un puñal entre los dientes, semilla de sol atardecido.

Es la aparición en el fondo del día, el hada de los gestos que enrojecen a la muerte, el espíritu de las piedras que enardece los labios y los vuelve dos miserables alas de blasfemia.

Camina casi como un espanto, alzándose del suelo, a ras de las bocas de los moribundos. Su voz nunca fue oída. Pero, sonríe a la manera de las hachas que iluminan la noche del verdugo.

La pampa parece mamar en ella: madre de los lagos que nunca recibirán al hombre.

Día y noche, con sus formas de azogado delirio, recorre las huellas. Se inclina hasta la boca de los varones que sufren: sal le llueve

de los dedos. Escarba la tierra, como para esconder una alhaja de lluvias. Endurece las horas.

Nadie la percibe; mas, todos saben que es el ángel maldito que talla urnas de fuego en las gargantas.

Ultima sombra sobre los agónicos, dueña de la mirada final de los perdidos en la inmutable candencia de la arena, ladrona de la postrera gota de agua de los cateadores desesperados, lápida flotante.

¡Oh, negación de los sueños grandes, escultora de caras que la muerte reserva para flores de manicomio!

¡Oh, reina de vientres secos, origen del guijarro!

¡Oh, sed, sed del desierto, sed más terrible que quedarse ciego, sed que sólo es comparable a una tormenta de flechas en el cenit de la cabeza!

¡Molino del infierno; aguja, ardiendo en las entrañas; pequeña palabra sin límite! ¡Sed!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DESCUBRIMIENTO DE "CARACOL"

ERA COMO una sombra blanca en la codicia de los hombres. Se hablaba de su bondad con la mirada abierta a la esperanza. El "Cerro de la Plata" bebía la ilusión de los cateadores de 1870. Alguien le había entrevisto, a la distancia. Y su resplandor le cegó. Otros juraban, por las cenizas de sus abuelos, que aquel cerro maravilloso cambiaba de sitio, que era un bello fantasma extraviado en el desierto. Nadie había dormido junto a su estupenda riqueza. Viejos mineros pedían prórroga a la muerte, ya no para enriquecerse, sino que para llevarse a la tumba la amada visión del cerro esquivo. Sería como llenarse los ojos de una dulce imagen inolvidable. Los mineros jóvenes, atuzándose los bigotes agresivos, lo soñaban: un cerro centelleante, parecido, acaso, a un seno lleno de fulgor...

Se contaba que el desierto lo guardaba, misteriosamente. El desierto es una hoja de fiebre. Difícil resulta la trampa. Pero, debía hacerse, puesto que cientos de cateadores envejecían en inútiles travesías. Ninguno, realmente, le vio. Sin embargo, muchos, en las noches, se alucinaban por un llamado de luz que temblaba, remotamente:

—¡Es él! —gritaban.

Y partían presurosos, como a una cita, largamente esperada. La noche se encargaba de bajar sus párpados enloquecidos de cansancio y de ambición.

El "Cerro de la Plata" pertenecía, por derecho de sueño, a los mineros de entonces. La fortuna yacía entre sus laberintos fecundos.

¿Es que el desierto aguardaba a un cateador especial para entregarle, dócil, el cerro fabuloso? “El Cangalla”, cuando el alcohol le hería de furor las miradas, se explicaba la dificultad del hallazgo, diciendo que el desierto se abría lo mismo que un sexo femenino y se chupaba al cerro maldito, en un espasmo bestial y gigantesco.

—¡Se lo traga el gran maricón! ¡Y gozan los condenados!...

“El Cangalla” se pasaba días enteros con las pupilas en trance de ventura y de aventura, tendido en la soledad de la pampa, solo, quemándose de impaciencia.

Ramón Méndez, “El Cangalla”, le hablaba a su hermano José acerca de sus cálculos. Un día, la plata retozaría con ellos, en el mismo lecho.

Ramón Méndez y su hermano José sirvieron a José Díaz Gana y al barón de la Riviére, en dos excursiones vacías. Ahora, emprenderían la tercera. Junto a ellos aguardaban el jefe de cateo, Simón Saavedra, Ramón Porras y Exequiel Reyes. Eran hombres en los que el sol confiaba: piernas que se habían endurecido en jornadas agobiadoras; labios donde la sed podía morir sin respuesta; y ojos hechos a la medida de los más tristes horizontes.

—¡Es la vencida! —decidió “El Cangalla”, en tanto que sus compañeros bebían la copa de los empedernidos en una fonda calameña. Y fue.

. . .

Los hombres dejaron el pueblo y se lanzaron a la conquista del cerro que constituía para ellos, para los mineros de avaricia en pecho, el nudo de sus vidas.

El sol era el mismo. Pero, latía un extraño matiz de presagio. Los cateadores avanzaban desparramados. El desierto se extendía en su brutal verdad de plato de sal. “El Cangalla” mascaba coca y sus ojos se habrían saltado de las órbitas por correr, velozmente, a todas partes, a objeto de agotar el panorama.

El trabajo no era nuevo: ¡cuántas veces cruzaron la pampa en idéntico esfuerzo! Sol y piedras. El silencio se podía tocar. “El Cangalla” transpiraba. Simón Saavedra, también. Porras le susurró a Reyes, envuelto en una sonrisa cruel:

—Si el sudor fuera plata, ¡ya estaríamos hartos!... — Reyes no contestó. El silencio era un látigo.

La tarde empezó a desplegar su tristeza. Los mineros, jadeantes, no querían perder ni una pulgada de claridad. Si una mano fuera buena lumbre, ¡la quemarían para mirar hasta las entrañas de la noche!

“El Cangalla” se frotó los ojos. Pequeño, igual a una cabeza de alfiler, algo brillaba. ¿Sería el cerro acariciado? Lo que divisó “El Cangalla” lo vieron los otros. Mas, las palabras perdían su eficacia. Mudos, como atados por una misma cuerda de oro, los cinco se arrastraron en igual dirección.

“El Cangalla” no soportó más. Una voz desconocida le murmuraba en el oído:

—¡Estáis cerca! ¡Estáis cerca!

Violento y feliz, besó a su hermano:

—¡Lo pillamos!

José asintió con la cabeza gozosa. Los otros sonreían. Habían cogido desprevenido al cerro difícil, al cerro macho. Allí, próximo y quieto, el “Cerro de la Plata” se alzaba con su magnífica realidad.

—¡Oh, saquito de los pobres! —clamó “El Cangalla”, mientras sus compañeros querían rodearlo en una ingenua cadena de brazos nervudos.

Por doquier, millones de caracoles muertos. La noche se asociaba a la felicidad de los cateadores con una luna grande, como lanzada por un mago jovial. “El Cangalla” besaba el nacimiento del cerro.

Simón Saavedra temblaba. La plata le abriría la blusa a la mujer amada, como una caricia imponderable. En el suelo blanqueaban caracoles y existían, así, dos cielos con estrellas diferentes.

Era el cerro en cuya busca murieron innumerables mineros. El cerro terco. El cerro que cientos de cateadores dibujaron en su deseo, como una enorme paloma de nieve.

Acampó la caravana. Simón se acercó al cerro y trazó una cruz en su falda. Era el exorcismo fundamental:

—Por si rondara El Malo . . .

“El Cangalla” tomó una estaca y la clavó. En seguida, amarró a ella un larguísimo cordel y con el otro extremo se fajó la cintura:

—¡Ahora no se nos escapará!

Una fogata llameó entre las grietas de la noche. Los hombres no hablaron.

Llegó la hora del reposo con su marea de suavidad. ¿Quién osaría dormir esa noche? Los cuerpos se tumbaron, no el ánimo, que siguió de pie. Languidecía la fogata. La respiración se percibía, nítidamente. El silencio agrandaba el contorno del mundo.

La plata, dentro de sus dédalos oscuros, trabajaba sus ruidos. En la noche del desierto se oyeron golpes sobrecogedores, alaridos, un gemido capaz de empavorecer al guerrero más firme. Los cateadores se recogían en sí mismos. A la voz de la plata le contestaba la respiración humana: diálogo desgarrador. La plata se rebelaba. La plata fingía el acento de las blasfemias. Los mineros no entendían. Sin embargo, comprendieron que el metal hablaba. Que el metal dictaba, tal vez, un mensaje tremendo.

Si "El Cangalla" hubiera poseído las claves de la Creación, habría interpretado aquel discurso conmovedor. La intuición traducía, únicamente, la furia de la plata vencida por el hombre. La plata sufría. Gracia de la Naturaleza, lamentábase derrotada en su orgullo de magnífica solitaria. Su virginidad se convertiría en gala de la vanidad de los hombres: su pureza quedaría reducida a un círculo de amor, a una longitud de muerte, a unos cuantos útiles de hermosa fatuidad!...

Los cateadores agitaban el pie de la fuga. La voz de la plata sonaba, roncamente. Era un mar pujante. Desertar equivalía a perder, para siempre, el tesoro tan fatigosamente logrado. Y callaban, inundados por un sudor que hería con la impiedad de los colmillos. Pensaba "El Cangalla" en poderes sobrehumanos que ayudaran a precipitar las horas para el canto del amanecer. El cerro rugía bronco. Amenazaba con reducirse a bestia y asaltar el campamento, como un espectro vengador. "El Cangalla" se tentaba el cordel con sumo cuidado. Su mano tiritaba y no era posible disfrazarla ni de noche ni de piedra.

Las estrellas vertían su luz. Nunca odiaron, como entonces, los hombres, este servicio leal del firmamento. El "Cerro de la Plata" se entregaba al hombre, llorando, como una mujer.

LOS CATEADORES

EL GATEADOR no tenía ojos. Llevaba dos nidos de lince en su lugar. Y adentro de él iba otro hombre sutilísimo, lleno de intuiciones para presentir el yacimiento con sus riquezas.

Ni la mujer ni el alcohol eran capaces de retenerle. Y cuando se acercaba a una amante, lo hacía con paso cauteloso, con la mirada interrogadora que tendía, en su derredor ávido, por los desiertos. ¿Era una forma de homenajearla, puesto que iba como en busca de la perla y del metal que duermen en la carne de la mujer amada? El vino lo bebían los cateadores, sin apuro, y acostumbraban observar, detenidamente, el fondo de sus vasos, por si una mano misteriosa ocultara, allí, un derrotero magnífico...

No era varón de palabras el cateador. Su idioma estaba hecho de miradas llenas de fuego. Esos ojos fulgían pulidos por la distancia y el color palidecía lejano en el iris, tornándolos en puntas de luz. Los cateadores vivían, en realidad, con sólo dos órganos: ojos y corazón. Ojos para abarcar el círculo gigantesco de la pampa. Corazón para impulsarse contra las tentativas desgraciadas y las apreturas cada vez mayores.

El desierto era una gran piel de oro en donde corrían pobres sombras ambiciosas en busca de la obscura clave de la fortuna. Algunos tuvieron suerte. Los más, vieron llegar la muerte y la vejez, con demasiada ligereza, sin disponer, en verdad, de tiempo para vivir: 50 ó 60 años los pasaron, andando a las espaldas del mundo, con la soledad prendida a sus hombros, desharrapados y barbudos, hediondos a exceso solar, a tierra virgen, maldiciendo y esperando. Cada amanecer les dejaba una miel optimista en los

labios. ¡Partir, de nuevo, a la hoya de la riqueza! Y las Estaciones pasaban con sus paramentos distintos y era el mismo tesón el del cateador, perdido más allá de toda ternura, más allá de todo ensueño.

¡Oro, salitre, cobre, plata! Palabras más gratas que nombres de mujer. Palabras que sostenían años y años de un destino. Palabras a prueba de sol y de espanto, de hambre y de llagas.

Muchos hombres del desierto engrandecieron de hombría la dura virilidad de las pampas y sus nombres han quedado como las denominaciones de una carrera de titanes, como los cardinales de un ciclo de epopeya: los copiapiños Diego de Almeyda, José Antonio Moreno, fundador de Taltal (en 1852), y Rafael Barazarte; José Santos Ossa; José Díaz Gana, porteño y arriesgado; el quillotano Enrique Villegas; y Justo Peña, muerto con la mortaja de su pellejo, roído por la miseria y con las manos ahuecadas, como para recibir un tesoro fantasma...

Y ningún relato —acaso— habla más hondamente del instinto del cateador, que la vida del español Victoriano Pig González. Creció con el hambre del azar en sus labios y se hizo al desierto como un marino que investigara el poder del viento en un océano desconocido. ¿Cuántos años vagó y vagó? ¿Qué importan las fechas! Una vez, un pie sintió la picada de la gangrena (lo devoraba el ateroma arterial). Don Victoriano se decidió: ¡cortarlo! Y, así, el cuchillo fue, poco a poco, subiendo por sus piernas, devorante, insatisfecho, hasta que sumó diecinueve amputaciones. Era, prácticamente, un busto tembloroso y sediento. Lo máspreciado del cateador quedaba en los recipientes de un médico cualquiera. ¿Era esto bastante para tornar al hombre en la estatua de la desventura? ¡No! Don Victoriano había sentido el rumor grandioso del infinito en sus temporadas de exilio y de esperanza, en el desierto. Se fabricó una carretilla y, sentado en ella, se lanzó, por quién sabe qué vez, a catear el pecho de la pampa. Es de imaginar la sustancia moral de este varón que no se detenía ni aun ante el fracaso macabro de su propio cuerpo. ¡Era cateador!, vale indicar, hombre de horizontes. Y, como tal, no podía permanecer en la paz de un hogar donde la caridad y la compasión abrían sus alas pueriles. ¡Ancha es la ruta de la muerte! Don Victoriano recorrió la pampa en su extraño carruaje. Se arrastró. Sufrió. Pudo morir,

lentamente, en la sombra de una casona vulgar. Pero, ¡cuán tentadora era la mejilla dorada del desierto! ¡Allá, a morir como un hombre de fuego, como los capitanes en el puente de mando de su nave!

Las huellas y la soledad, el calor y las “camanchacas”, la puna y el silencio, se hicieron un lado para dejarle paso a este hombre que les desafiaba con apenas un metro de humanidad.

¡Así eran los cateadores! . . . ¡Los reyes que despreciaron el mundo por una veta de fulgor, los novios de la virgen que sonreía intacta en la médula del oro, los cruzados de una Jerusalem enclavada en el confín de la plata!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS PUÑALES SANGUINEA

TREMOLABA LA ALEGRÍA. El vino era un encaje en el corazón de los hombres. Había plata.

—¡Métale voz a la noche, compadre!...

Sonaban las guitarras: un mar en puntillas.

“El Minero” llegaba de las minas de Caracoles con los bolsillos guatones de billetes. Pisaba con arrogancia y el bigote le caía como una lluvia filudita encima de la boca. Verdes los ojos de señor de los pueblos acogotados de sol. Era pendenciero y ladrón. No le quitaba el lomo al trabajo y, cuando debía cantar, izaba una voz linda y honda.

La cantina olía a corral de instintos. “El Minero” festejaba a su hembra:

—Es usted mi Nochebuena, joyita.

Y los labios se trepaban a la boca de la mujer.

Nadie reparaba en ellos: habían como extendido en su derredor un gas celeste y protector, una muralla de intimidad.

En el mesón, un bolivianito locuaz abofeteaba el aire y era un foco de rojas palabras. Tenía corro.

—¡Carajo que me costó sobarle a patadas el poto a ese chileno...! ¡Cómo se me daba vueltas el condenado! ¡Ja jay, paisano del diablo!

Y los amigos del bolivianito aplaudían y brindaban:

—Y, ¿quién era, pues, el chileno aquel?

—¡Quién había de ser, pues, tocayo: “El Minero”...!

—¡Oh, “El Minero”...!

Y seguía la historia: en una pendencia por mujer, el bolivianito se le iba encima y el roto se retorció. ¡Salud!

Tanto levantó la voz el bolivianito y tanto nombró al "Minero", que éste, a pesar de su distancia de alcohol y mujer, se oyó citar y puso atención. Una estrellita le quemaba las manos. ¿Dónde había visto a este hombrecillo que le ensuciaba la fama? ¡Ni en pelea de perros!

—Voy a negociar con ese un rato —le comunicó a su compañera.

Y se encaminó, recto:

—Amigo, déjeme que lo felicite: quien le pega al "Minero" es muy macho, ¡muy macho!

El bolivianito se encendió:

—Gracias, gracias... ¿Bebe con nosotros? Un amigo más...

"El Minero" se mordía:

—Cuénteme cómo se la zurró al chileno, amigo...

Y el bolivianito volvió a sus fantasías. "El Minero" sonreía con el alma bien al fondo de su bandera chilena desplegada. Era necesario castigar a quién barría el suelo con su orgullo, pero el minuto aún no surgía: el minuto de la reparación y de la revelación.

—¡Pobrecito "Minero", cómo hacía fuerzas para tragar sus lágrimas!

Más copas. Más fanfarronadas. ¿Cómo promover el instante de la reivindicación? ¡Ay, ángeles de la venganza...!

"El Minero", medio herido en los rincones raciales y medio mordido como hombre de vinagre en las entrañas, no aguantó mucho:

—¿Cómo es el tal "Minero", amigo?

El bolivianito trazó una caricatura. "El Minero" estalló:

—¡"El Minero" soy yo, "cuico" huevón!

Y, rayo en cólera, su puño aplastó la conciencia del bolivianito. El corro se le fue encima, veloz. Tarde era para un varón tan fino de alas, como el roto: ya estaba "El Minero", cuchilla en mano, arriba del mostrador, repartiendo cintas de sangre en los rostros, en las manos. La cantina era un pandemonio, un fracaso de cosas en el suelo. "El Minero" triunfaba, como siempre: otros rotos brincaban a su lado y las cuchillas imponían su ley.

Cuando "El Minero" fue dueño de la situación, buscó, por entre las sillas y las mesas derribadas, al bolivianito, y alzándolo se lo

echó al hombro, saliendo puerta afuera. La mujer le siguió. La cantina se quejaba. Volvió la paz. ¡Salud!

Con su cargamento auestas entró a su cuarto. ¿Qué haría?
¿Cómo castigar al ofensor?

Allá, volvió en sí el bolivianito. Era un espectro:

—Ahora, vas a terminar de pagármelas, indio jetón.

Y a su mujer:

—¡Empelótate!

Una escultura de cobre.

—¡Hácete hombre con ese cuerpecito, desgraciado: ahí tienes carne!

Una mujer espera. El bolivianito enloquece. “El Minero” toma asiento y le ríe la bestia de las venas. Se para.

—¡Este el “El Minero”, sabandija!

Y, rápidamente, lo ata en una silla. Luego, se desnuda y galopa en la mujer su más hermoso camino de macho. El bolivianito saliva desorbitado. El sexo le muerde más que una agonía. Allí, la carne agita su estupenda tonada y el mundo es una rosa echada a orillas del lecho.

Jadea la pareja: se le sale por los poros la salud. El bolivianito, temblando, ha sido la mujer de sí mismo: le gotea el placer avergonzado a lo largo de los muslos. “El Minero” lo presiente y goza: ¡ah, pequeño Prometeo en celo!

—¡Ya está, pues, valiente! ¡Andate regando las calles!

Un hombre lleva la lengua vuelta salmuera; las calles han variado de posición; el cielo parece de piedra; desde abajo de la tierra se oyen ruidos que encrespan el alma...

“El Minero” acaricia un pecho de su amante.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS PUÑALES

“EL COLORADO” SE ACERCA AL LLANTO

MÁS QUE A LAS MUJERES, aquellos bandidos amaban el ensueño de mujer que se desprendía del alcohol. La mujer, en verdad, es un delicioso país; pero, cede al tiempo. Por el contrario, aquellas que emergían desde las raíces poderosas del vino, vivían en una inextinguible y abrasadora juventud: eran amantes de una materia dócil y encantadora, de una pasta que entregaba contornos sorprendentes y embriagadores: por eso bebían. Ni “El Colorado”, ni Salomón, ni Bruno Guerra, los salteadores de carretas del camino a Caracoles, entretenían su soledad con el resplandor de un rostro de mujer. De las copas surgía una viva armonía humana, una calle que ofrecía la delicia...

“El Colorado”, Salomón y Bruno Guerra eran temibles. Individualmente, secaban toda valentía. Sus cuchillas, si no llameaban, destilaban la muerte, en cambio, con inexorable medida. Solos habían logrado el renombre sangriento y la gloria del arma que muerde, como una fiera. Las huellas que amarraban a Caracoles con Antofagasta sabían de sus galopes en mitad de la noche, ebrios de oro.

Ahora, bebían reunidos en torno a una mesa de “*La Dicha del Minero*”. Los tres hombres bebían, sellando la compañía: nunca volverían a desunirse, robarían en conjunto. Y si aislados empavorecieron, asociados serían los reyes del Norte.

—¡ Por tu cuchilla, Salomón!

—¡Salud por tus riñones, "Colorado".

Y Bruno Guerra, en pie, parecía que esperaba que una botella infinita colmara su copa en alto, trémula y brillante.

—¡Salud!

. . .

La noche comenzó a descolorarse. Los salteadores concluyeron de fraguar su primera aventura. Pronto se pondría en marcha la carreta en que viajaría un rico comerciante en joyas: la tentación soñaba. "El Colorado" daba vueltas a su bello anillo de oro, su querido amuleto. ¡Cuántas veces la sangre se enroscó, peregrina, a su brillo, y pasó sin que su sombra le fatalizara! Salomón, según su vieja costumbre, acariciaba los restos de su oreja izquierda, como si su diestra sacara de aquella ruina una secreta seguridad. Y Bruno Guerra bebía con una extraña solemnidad, gustando, lentamente, el licor de la partida.

En la calle, un farol enfermizo se apoyaba mendicante a las sombras. Los caballos relincharon, cubiertos de una helada manta de silencio. Los hombres salieron. El viento les comunicó un aroma de grandes distancias. Los pulmones sonreían. Debían correr fuerte para que el asalto contara con la complicidad final de la noche. Montaron y partieron. La calle tembló en su soledad.

Tres satanaces herían lejanías. Bajo sus ropas, las cuchillas reposaban, como pequeñas bestias habituadas al gemido humano. No había luna. El galope sensibilizaba el desamparo del desierto. La última luz de Antofagasta forcejeaba con el olvido...

. . .

La carreta de la fortuna no tardaría en entregarse. La esperarían. Saldrían en su busca. Estaban ciertos que al reconocer aquella trinidad siniestra, la derrota de los viajeros sería fácil. Una claridad temerosa albeaba al mundo. "El Colorado" ordenó parar.

Primero fue un presentimiento. En seguida, una sombra crujierte. Al fin, la carreta mostróse entera. Los salteadores, inconscientes, palparon sus cuchillas: eran nubes de acero sobre sus corazones.

"El Colorado" insinuó avanzar al encuentro. Salomón bajaría

a recoger el botín. Bruno Guerra y "El Colorado" vigilarían. La carreta caminaba, como un monstruo vacilante. La noche aún daba espacio para el crimen y para el beso.

Frente a frente.

"El Colorado" gritó:

—¡Nadie pasa!

Y un círculo de sangre apareció, como un halo, encima de todos. La carreta se detuvo. "El Colorado" habló, dueño de tantos pulsos:

—¡Queremos vuestro dinero, queremos vuestras joyas! ¡No nos importan las mujeres! ¡Cuidado con resistirse!

¿Quién pensaría en ello? ¡Nadie! Salomón descendió de su caballo y se encaminó en busca del dinero y de las joyas. Los viajeros no eran muchos. Saltaron carreta abajo, humildes y vencidos. Alguien reconoció, de golpe, la triple maldición que, así, les ultrajaba. "El Colorado" y Bruno Guerra, con sus cuchillas atentas, controlaban el acto. Los viajeros alzaron un valioso montón, depositando joyas y dineros. El comerciante que interesaba a los bandidos sabía que su revólver podía llenarse de muerte, mas, ¿con qué mano bizarra requerirlo y usarlo? Lentas caían sus joyas en lluvia de metálicas gotas. Y una pira deslumbrante se ofrecía creciente y segura.

Los caballos pateaban, como hundiendo la esperanza.

"El Colorado" componía la succulenta repartición. El silencio era tajeado por la caída de las monedas, por el ruido de algún anillo que se precipitaba a este holocausto delicioso. De repente, se incorporó al silencio un llanto. Los salteadores titubearon. Pero, la faena prosiguió. Entonces, "El Colorado" preguntó:

—¿Queda alguien dentro de la carreta?

No se respondió. Unas facciones débiles y puras, de doncella, aparecieron. Era una jovencita, recién parida, que tornaba a juntarse con su esposo. Su hija lloraba cerca de la muerte, fina y agresora en la punta de las cuchillas. "El Colorado" volvió a preguntar:

—¿Tú no tienes nada que dar...?

La jovencita respondió algo que el hombre no percibió. Molesto, bajó del animal y se dirigió a ella. La jovencita viajaba recostada y su hija lloraba, ajena a la sangre y al terror que eran el paréntesis de aquella marcha. La madre, serena. "El Colorado" ignoraba por qué era atraído a ese lugar.

—¿Tú no tienes nada que dar...? —insistió.

La mujer mostró su anillo de bodas. "El Colorado" sonrió desdenoso, al lado de la niña. Aquel llanto impresionaba. En el silencio, era una sensación como de súbitas frescuras. La mujer retiraba su brazo, dejando una impresión de blancos planos. La hija lloraba, convulsionando las simas del bandido. "El Colorado" estiró su mano y tocó la cabeza dorada y sutil.

—¿La conoce su padre? —inquirió, con repentina ternura. La mujer movió la cabeza. "El Colorado" vio la pobreza de estos tres seres, el triste horizonte que serviría de sueño a la niña. No era hombre de lana. Pero, tampoco lo era de sordas piedras. Si había robado y matado, ¡bien hecho estaba! Mas, hoy, alguien le detenía, alguien le insinuaba una frontera de agua en sus entrañas.

Su bello anillo de oro le quemaba el anular. No le podría sopor-
tar más. Con rápido ademán lo sacó de su dedo, colocándolo, dulcemente, en el pecho de la niña. La mujer se lo agradeció con la mirada. La niña lloraba. "El Colorado" cogió, ayudando a Salomón, el magnífico botín. Montaron recelosos, con las cuchillas dispuestas. La carreta parecía un inmenso ojo pronto al sollozo...

Un galope. Dos. Tres. Las manos de "El Colorado" iban suaves de un desconocido contacto.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL “79”

LA TARDE se agrandó con el rumor que hinchaba la calle *Santa Cruz* de Antofagasta. Los chilenos no cesaban de cantar. Irene Morales era una luz enrojecida, gritando:

—¡Viva Chile!

Aquella mañana del 14 de febrero de 1879, el “*Cochrane*” y el “*O’Higgins*” entraron a la desierta rada del puertecillo boliviano para impedir lo que el Gobierno de Hilarión Daza pretendía. El crucero “*Blanco Encalada*” les saludó con una bandera que ya gozaba la intuición de ese mar y ese cielo para la patria.

Los chilenos habían vencido al desierto y, ahora, se les entregaba dócil y pródigo. El primer ferrocarril que hilvanara distancias bolivianas, fue debido a mineros chilenos, que lo tendieron de Antofagasta “al interior”. Daza, presionado por el Perú, quería aplastar para siempre a la industria salitrera de Chile. En 1873, el Perú arruinó, en Tarapacá, a los industriales chilenos: ni éstos ni su Gobierno protestaron. Daza pensó que era la hora de repetir aquel zarpazo, y gravó con pesada contribución a la *Compañía Chilena de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta*. Las autoridades hostilizaron a los chilenos. La Compañía se negó al pago. El 11 de enero de ese año, el Prefecto y Superintendente de Hacienda y Minas del Departamento, el coronel Severino Zapata, expidió un decreto de embargo contra los bienes de la Compañía, ordenando la prisión de don Jorge Hicks, su gerente y representante. La deuda era de noventa mil ochocientos cuarenta y ocho *bolivianos*, trece centavos. Las cosas no quedaron así: pronto se decretó el remate de estos bienes. Serían subastados el 14 de febrero.

El Gobierno de Chile comenzó entonces su intervención. La expedición chilena que partiera con el objeto de impedir el remate era mandada por el coronel Emilio Sotomayor. Tras las notas de rigor, doscientos hombres desembarcaron, y el pueblo aclamó a los soldados que enrojecían el día y que hacían sonar sus tambores, como golpeando en la piedra. Las autoridades bolivianas palidecieron. Zapata redactó una proclama agresiva y la dio a sus compatriotas; con letra nerviosa escribía:

“... La primera autoridad, a nombre de la patria abofeteada, os llama a que os reunáis en torno del desgarrado pabellón de Bolivia...”

Por las calles, los residentes chilenos cantaban y las mujeres sonreían a las bayonetas brilladoras. En la plaza Colón los soldados aguardaban. Banderas chilenas gustaban del aire, y algunos patriotas, en torno de una mesa, que adquiriría, a ratos, brillo de oro, disponían los términos de una proclama. El más viejo dictaba en voz alta:

“... es la divisa honrosa de todo chileno: orden, moderación y respeto...”

Irene Morales actuaba penetrada por un cántico desconocido. Corría por las calles la próxima valiente “cantinera” y volvía hacia los doscientos hermanos que acariciaban sus largos fusiles, y se perdía por entre ellos, besando, loca y alegre, las mejillas coloradotas, las bocas que sombreaban algunos mostachos:

—¡Viva Chile!

Y el eco saltaba por los techos y pasaba escurriéndose por las banderas.

Los niños miraban, en la plaza, las gorras de largos kepis, los pantalones rojos, las chaquetas azulosas.

Empezaba la “Guerra del Pacífico”. Sobraba el sol y una corneta hería el silencio de un puerto quieto. Eran doscientos rotos los

que principiaban la conquista de la pampa: eran los rotos que casi tocarían los pies del Perú en la Campaña de Antofagasta, devorándose el desierto y su red embrujada de espejismos; eran los rotos que el 21 de mayo le dieron al mar de Iquique un sabor, profundamente grato: de sangre que inmoviliza a la muerte; eran los rotos pampinos que en la Campaña de Tarapacá, bajo el rayo señero del sable de Erasmo Escala, buscaron el corazón enemigo, cantando:

*"Del primer cañonazo
que tiró "el Uno"
cayeron los peruanos
y no quedó niuno..."*

Eran los rotos que en el Campo de la Alianza, en Tacna, formaron, para morir, una equis roja y caliente con "los colorados de Daza"; eran los rotos que en el Morro de Arica treparon con uñas y dientes y en tiempo rotundo avergonzaron a la dinamita; eran los rotos de Baquedano y Pedro Lagos; eran los rotos que dormían con un ojo vuelto llamas y con el fusil al lado, como una mujer; eran los rotos que se emborrachaban con el eco del clamor chileno: ¡A Lima!, mirando en la Virgen del Carmen a una niñita linda que no cabía en el rancho; eran los rotos bravos de Chorrillos y Miraflores: pelo revuelto, guerrera ensangrentada y "corvo" bailador y ágil; eran los rotos de la cueca con las botas teñidas de sangre:

*"La gloriosa "Covadonga"
nunca quiso ser peruana,
porque dicen que los "cholos"
tienen el corazón de lana".*

Doscientos rotos que Irene Morales contemplaba, como a doscientos hijos de su orgullo, como a doscientos brotes del fuego.

La calle Santa Cruz hervía por el vocerío. Allí, quedaba la Prefectura del Departamento. Un hombre tomó a Irene y la alzó. Luego, diez brazos la portaron. El escudo de Bolivia quedaba a su alcance: Irene lo arrancó. Los hombres cantaban. El sol se echó para atrás. Irene fue bajada con el trofeo en sus manos febriles. Se le formó rueda. Irene botó el escudo y sus piernas lo golpearon,

furiosamente. Los hombres lloraban. Arriba, las banderas juntaban la suavidad del crepúsculo para su fatiga. Nadie rehusaría el rifle. Irene era el corazón volcánico de la luz.

. . . .

Los doscientos soldados sumaron, al atardecer, muchos más: estaban el roto de la pampa que envejecería lejos de su tierra aromada y que, un día, al volver, se abrazaría a un árbol, llorando y besando el césped, como el rostro profundo y querido de sus muertos; y el roto del Sur que tornaba sus manos en doce o quince centímetros más del arado; y el roto que era capaz de cercenar los astros con su hoz, para colgarlos en el pelo de su "china"; y el roto de las lanchas maulinas; y el roto del invierno cruel del Austro; y el roto *pata' e perro*, que conocía el dormir de las *geishas* y de las gringas; y el roto que no le quedaba corto en refranes al demonio; y el roto que partía su pan y se lo daba al más pobre; y el roto que lloraba por una florecita pisoteada; y el roto a quien no le producían escalofríos los cuchillos; y el roto *curao*, que bailaba la cueca con sus "tres pies", sin robarle una pulgada de gracia al cielo; y el roto que comía, saliendo de una estrofa:

*"No hay como el poroto bayo
p'al hombre trabajaor,
cuando no lleva "color",
¡chitas, que "pitea" el gallo!"*

y el roto que llegaba a conocer la Cordillera, como si la nieve y el viento fueran asuntos de leyenda; y el roto minero con sus brújulas mohosas y su tarrito de agua; y el roto a quien la muerte equivocaba por una estaca de bronce!

Irene, aquella vez, hubiera querido que su cabellera creciese, infinitamente, para cubrirlos con su aliento maternal.

Antofagasta durmió con una bandera chilena por guía de la noche. Las casas se alentaban sin hacer diálogo ninguno. Ventanas y puertas enmudecían. Las estrellas del desierto descendieron, cautelosas, a probar el filo de las bayonetas. Era una masa sombría la calle *La Mar*. A lo lejos, el corazón del salitre parecía llamar a la muerte para contarle su verdadera historia.

VENENO DE COLOR

COMO LA PAMPA no tiene verde que encante al hombre con sus
COMO LA PAMPA no tiene verde que encante al hombre con sus
flúidos de sueño, ni el nido hace en ella su pequeño círculo divino,
debe otorgar otros espectáculos que pongan luz en su corazón.
Y los espejismos se encargan de ello. Pero, esta luz suele trocarse
en luz siniestra y, entonces, el corazón se retuerce, como en una
diabólica navidad de fuego.

En el aire límpido rutila el juego peligroso del espejismo. Vive
a la manera de una sutil arboración de magia. Los hombres se
acostumbran a buscarle con la ternura con que se busca una cosa
frágil y deleitosa: una fruta, por ejemplo. El espejismo es una
canción celestial que tomó contornos y robó la infancia del color.
De súbito, irrumpe en las afueras del cielo, como la última ciudad
del ángel. Se piensa en cúpulas labradas con madera de estrellas, en
ventanales donde la luna ha logrado, al fin, su forma natural: una
muchacha, intensamente blanca, que suspira presionada por un
nimbo de azucenas.

El espejismo es el dibujo que concluye la sonrisa de Dios: puer-
tos de naves agudas que sortearían, felices, una tempestad en los
mares verdaderos; océanos que hechizan nuestro aliento; alamedas
de un dulce rosado ingenuo, ocupan las páginas del aire y sensibi-
lizan la soledad de los hombres de la pampa.

Mienten las distancias. Los espejismos sustituyen la alegría que
cae del ala de los pájaros y existen como la cimera de las arenas.

En el espejismo arde la mentira más dura y más bella. La mentira
que asoma en nuestros labios y ya es sombra que acentúa el dedo
de la muerte...

Y si los espejismos vienen a ser el goce de los ojos que no crecieron al amparo de lo alado y lo fragante, llegan, también, a constituir el tormento cruel, el tormento seco de los hombres del desierto. Entre sus tonos ideales, la muerte, la flor agria de la pampa, no queda fuera. Y cuando las huellas se invierten en un loco y despiadado entretenimiento; y los extraviados lloran de sed; y sus lenguas empiezan a ser un trapo vil, morado, y lacio; y los ojos peregrinan por mapas de fiebre, la muerte diseña piélagos ingenuos y tentadores, piélagos donde la boca podrá beberse entera la maravillosa fuente de la felicidad.

Es el papel obscuro del espejismo, su revés sin sangre; pero, salpicado de cuencas sombrías y manos como estrellas crispadas. Los pampinos no le temen. Le miran, simplemente, como a las ramerías: carmín y pus...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

HOMBRES EN LAS HUELLAS

SE TRATABA de vencer a las distancias. Los hombres no le temían a la sed y portaban una botellita de agua para ahogar a la muerte.

Las Oficinas salitreras empezaban a levantarse y era necesario no quedar fuera de la fortuna. Los pampinos cruzaban el desierto sin más apuro que el de su sangre. El sol les tostaba y era una pequeña medalla infernal en el tórax del cielo. Las arenas hervían y los pies conocían las vacilaciones de la tierra. Dijérase que una boca infinita chupaba desde quién sabe qué hondura... Las huellas se convertían en moldes de fuego y el viento era el encargado de confundirlas en una sola fatigante planicie.

Las huellas no duraban demasiado. El viento no lo permitía. Cada huella era un trazo de esperanza extendido hacia el oro. La pampa no deseaba ningún recuerdo. El viento, su maestro de olvido, no cesaba en su ardor. Así, también, sucedía con los hombres. Se les veía un instante y, luego, desaparecían. Otro viento, el del azar, les movía siempre.

Con un sombrero de anchas alas, una bufanda, una faja de lana y los fieles "calamorros", comenzaban la aventura del desierto los que pretendían cruzarlo con tranco de ambición. Un tarro lleno de agua, o una botella, serían el talismán de buenaventura.

Los hombres no vacilaban. El sol les odiaba. La sed se acurrucaba en sus bocas y los espejismos retocaban su maldad. Nada arretraba a los buscadores de la felicidad. Había que recorrer kilómetros terribles. Y el saquito de ropa al hombro bailaba en las espaldas que el cansancio doblaba y que la ambición "hermanaba con la piedra.

Si hubo hazaña grande, ésta fue la de los transeúntes de la pampa. Ninguna alianza natural les ayudó. Durante el día, la blasfemia solar no cesaba de aullarles. Y en las noches, el frío y el viento se enredaban a sus cuerpos con furia y desesperación. Era preciso apretar los dientes y dejarse morder. Los rostros se partían y las piernas llegaban a lanzar gemidos...

Y existía fuera de estas enemistades, la tremenda posibilidad del extravío. No valdrían, entonces, ni la brújula ni la intuición. La pampa se trocaba, negra y dura, en un dédalo desnudo donde la confusión provenía de su misma horrible monotonía. Era una bandeja. Una página de cristal ardiendo. Los ojos se desarrollaban en un proceso de búsqueda y las lenguas resultaban teñidas de un triste morado de locura. Los gritos tropezaban con sus propios ecos... La muerte mostraba sus dientes amarillentos, escondida y repartida debajo de las piedras.

La sed empujaba en viaje de agonía a los desventurados y solían éstos agotarse en un círculo que resultaba su anillo de exteriores. La lengua se cortaba con la sed y su punta caía, como la de una flecha vencida. La pampa chilena empavorece llena de estas puntas de flechas secas y dolidas, apéndices con los que pudo lograrse un traje macabro para la muerte.

En 1910, Ceferino Martínez, dos días botado en la pampa, agonizó —por extravío de ruta— con entera y cruel lucidez. En este varón de testículos reales vibra la tradición heroica de los paseantes del salitre. Cuando fue recogido, pidió algo para “entonarse” e, inmediatamente, pretendió lanzarse a la incógnita del desierto. Quería trabajar: ¡eso era todo!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

“EL REY DEL SALITRE”

EN SU CABINA de seda, el Coronel North fuma, tendido entre cojines. El barco navega aún en aguas inglesas. Es en febrero de 1889. Y la cabeza del “Rey del Salitre” arde todavía llena por la música y el perfume de su despedida en el *Hotel “Metropole”*: Londres fue para este hombre una cortesana de rodillas; príncipes y bellezas disputaron el honor de sonreírle. En 1870, sufría un pobre maquinista, en Chile, que pagaba —carraspeando y molesto— algunos billetes a las mujeres de Freirina. Ahora, por la frente del magnate corre un tren perdido y sus ojos se nublan de asco, cuando medita en la silueta suya de casi veinte años atrás:

—¡Vida perra, vida bella!...

Por la cabina se derrama un olor agradable. El silencio se regocija en las sedas. El Coronel juega en dos horizontes: en uno es, simplemente, actor, un gringo bronceado y rotundo, Juan Tomás North; en el otro, sobresale un monarca poderoso que puede hundir, con su firma, no sólo a los hombres que le molestan, sino que —también— a las naciones que le irriten. Sonríe. Los viejos zapatos se trocaron en pantuflas de áureos dibujos. Los pies son los mismos: pies de aventurero, o sea, con dedos abiertos a la manera de proas.

El océano ruge amodorrado. La comitiva del “Rey del Salitre” se divierte en cubierta. ¿Qué hace, a esta hora, el Coronel? ¿Por qué gusta de huirle? ¿En qué piensa? La comitiva ignora lo que ocurre en la cabina decorada con suntuosidad oriental. El Coronel, a la hora de la siesta, escapa hacia sus interiores y, allí, se entretiene en un juego personalísimo: pesa su vida; controla su ayer

y su presente; atrae y retira el porvenir. Es como cumplir un rito, como pagar una obligación misteriosa: la de enfrentarse, solo y desnudo, ante su propio destino.

En los mástiles se enredan las tardes. En la cabina del dios del agio, el aire evoca una floresta magnífica. El Coronel, en la fiesta del "*Metropole*", asistió vestido de Enrique VIII: las prendas reales le quedaban, como medidas por el azar; su mujer remedaba a la Duquesa de Myne. El joven North entró a la fiesta en traje de Duque de Richelieu; y su hermana, en el marco de una tenida de princesa persa. Ha sido una fiesta inolvidable: diez mil libras esterlinas gotearon su poder desde el orgullo, y todo Londres oyó ese rumor.

Pero, veinte años atrás, Juan Tomás guardaba el dinero con la avidez de un colegial que juntara frutas deliciosas. ¡Oh, qué divertida prestidigitadora es la vida! Los músculos del Coronel se distienden. La seda resulta el compendio de mil labios amorosos.

El se apellida North. Es decir, Norte. El Norte de un lejano país le entrega lo que se llama "un río de plata". Este país es angostísimo. Parece que pudiera doblárselo en varias partes y meterlo, quien lo desee, en su cartera...

El Coronel desembarcó, del "*Panamá*", en marzo de un año ya cubierto por telarañas infinitas: 1869. Valparaíso le sorprendió. Era su época oscura de emigrante. Nacido en un villorio próximo a Leeds; en 1842, cumplía sus 27 años, afrontando la incógnita de América: acababa de renunciar al compromiso que le trajo a Perú, desligándose, sorprendentemente, de su contrato con la Casa Fowler. De Valparaíso viajó a Caldera, donde se apoyó en la amistad y consejo de Juan O' Donovan, el maquinista del tren de Caldera a Copiapó, cuyo primer pitazo rasgó el aire atacameño, en 1851. Hoy, la ternura viste de oro y es posible conservarle en un diamante. En cuanto a las flores, existen hetaíras cuyos cuerpos no ceden una corola al jardín mejor cuidado.

En cubierta, los cronistas de este viaje fuman sus cachimbas: Mr. Rusell, del "*Times*", y Mr. Vizatelly, de una cabellera atrozmente rubia. Ellos no adivinan el mundo fantástico que gira en la cabina donde nadie osa poner pie. Es un paréntesis de lujo y de misterio en esta embarcación que navega pesada de fortuna.

El Coronel se enriqueció con el guano y el salitre. Si se arañase

las raíces de tanta magnificencia, las manos retornarían hediondas y partidas.

El Coronel masca su cachimba, donde se queman las tardes aburridas, y reconstruye una Oficina salitrera; nueve letras descenden de algún rincón de los labios: SANTA RITA. Se acomoda y busca en un cofrecillo dos hermosísimos brillantes. Lanza una cargada imprudente: ríe con furia y tira por los suelos los brillantes, que le recuerdan dos ojos asustados...

—Entonces, yo ganaba apenas cuatro pesos diarios...

(En la "oficina" "Santa Rita", contó con la astucia financiera de Roberto Harvey: acá, despuntó su Alba de Oro. Rápidamente, el juego de las acciones de guerra del "79" afianzaron su destino, acumulando *"ganancias de más de mil por ciento, sin ningún trabajo"*).

Voces de fuera le traen a su presente y el cuerpo vuelve a constituir una especie de zanja donde cayeron inmundicias y rayos de estrellas. El Coronel es el amo de una zona: suyos son el alumbrado público, el agua potable de Iquique, y los ferrocarriles de Tarapacá. Se ha "northizado" una región de Chile. Y Chile es, para el viejo calderero de "Santa Rita", palabra que destila un néctar incomparable: sus molinos abastecen de harina a la pampa salitrera y al fundar el Banco de Tarapacá y Londres trazó con libras esterlinas el rumbo de su curioso destino.

El Coronel sale a respirar la brisa marina. Cambia de atmósfera y de estímulos. En su cabina, resta el fantasma de las flores: de frente le penetra un olor potente y revolucionario. El mar le agrada al Coronel. Se le acercan los amigos y todo es en su torno un anillo de zalemas. "El Rey del Salitre" carece de corona. La suya debería forjarse con los huesos de los miles de obreros que han rendido su vida para mantenerle más allá de cualquier competencia: ni reyes ni millonarios intentarían un torneo de billetes con este varón un poco ancho y curvo de espaldas, que habla con sequedad y que trae, en sus bodegas, como herederos cautivos, dos bellos reproductores.

—¡Vamos a saludar a mis queridos!

La comitiva le obedece. Los animales sugieren modelos de un ideal maravilloso: las testas grandes destellan; por las pupilas de

cuarzo, una mirada responsable. Las ancas se redondean en una copia de mundo y las colas son las banderas de su raza.

—¡Mejores que atletas! —sentencian los adulones.

Y *Mr. Russell*:

—¡Pegaso les envidiaría!

Los potros relinchan su coro de alegría. El Coronel les observa con terneza y abandona las pesebreras.

Por las noches, el barco es una rosa de luz. Los músicos trenzan un delirio de vales en las piernas imperturbables. El Coronel se entretiene, jugando a las barajas. *Mr. Vizatelly* ostenta un buen humor formidable:

—Para jugar con usted, Coronel, es necesario apostar cosas de mérito... ¡Le juego el Támesis...!

El Coronel sonríe detrás de su cachimba. Y las horas se que-man. De este modo, el 21 de marzo vuelve a pisar las calles de Valparaíso. Rojean heridos por el tiempo veinte años justos. El Coronel, antes de saltar a tierra, mira sus pies:

—Yo usaba zapatos descomunales...

Nadie le entiende. *Mr. Vizatelly* se atreve:

—Usted usa, Coronel, dos estrellas de la suerte descomunales...

. . .

En Viña del Mar, reposa el Presidente Balmaceda: ha concluído su viaje por las salitreras. El Coronel se muestra ansioso por visitarle.

Balmaceda pronunció recién el loor de la tierra salitrera y sus palabras de tutela al patrimonio nacional se rodean de signos proféticos. El 26 de marzo, el Coronel se enfrenta con el Presidente.

La entrevista es brevísima. Balmaceda, pleno de dignidad, escucha, sin despegar los labios. El silencio emula un prólogo de tempestad. El Coronel no se siente con los pies en tierra firme:

—Traigo, para usted, Presidente, un par de reproductores que me preocupan casi tanto como mis hijos —ofrece, hiperbólico.

Y Balmaceda:

—En la Quinta Normal de Santiago, señor, estarán mejor que en mis manos...

Los troncos relinchan lejos. El Coronel ve que, montadas en sus reproductores, escapan todas las argucias...

. . .

Juan Tomás North, "El Rey del Salitre", arribó a sus tierras iquiqueñas en abril. Y se cuenta que *Mr. Vizatelly*, después de beber *whisky* en abundancia, le espetó:

—Coronel, ¡cómprese el sol...!

Y *Mr. North*, para premiar la ocurrencia, le refregó en la cara un fajo de billetes.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ELEGIA DE LAS MULAS

“VARERAS”

EXISTEN ESCENAS que la memoria jamás destierra, porque se hunden en ella y, allí, sus raíces ondulan, como las ataduras de un sueño demasiado terrible y presente. Para mí, también, tiene vigencia esta ley obscura. Es una escena de la pampa vieja: la de las carretas aculatadas, entre blasfemias y huascazos, a las desventuradas “vareras”, para vaciar su caliche a los convoyes que lo conducirían a los “chanchos”.

Una carreta poderosa avanza. El suelo hierve. En el cielo parece que ardieran todos los hornos... Un panorama pobre repite su desnudez, hasta la fatiga. La carreta cruje, con la misma enronquecida desesperación de un ser humano. Sus ruedas, como dos ojos, inmensamente locos, devoran el aliento de fuego de las huellas: son dos pesadas hostias para la mañana ardiente y despótica, dos anillos para el noviazgo de la sed y del más largo silencio.

En la mula “sillera”, un hombronazo atlético y moreno; es la única sensación de sensibilidad en medio de las extensiones hostiles. Su cara acusa energía casi animal. El ritmo de la marcha le adormece. Pero, de vez en cuando, esta apariencia se difuma bajo la huracanada voz de maldiciones con que impreca a las bestias.

Estas son magníficas en su contextura de bronce sin medida. Altas, como naves del desierto, con la generosa gordura de la maldad, disfrutan de una atención singular. Cuestan libras y libras esterlinas. Más que una hermosa querida.

Gime el aire pesado. Las huellas se pierden en su misma largura.

La puna coloca visillos bailadores en invisibles sostenes. Avanza la familia sin otra unidad que la del dolor: la "sillera", la "vare-ra", la "de tiro".

Veinte ramales y argollas de acero luce el látigo de mando. Se destrenza, como una cabellera fatídica, y suena con rumor de aguas malditas en medio de los aires.

En la pampa, no sólo sufrió el hombre. Estas mulas "vareras" merecen un signo de compasión. Se las mantenía rodeadas de atenciones, se les daba la comida seleccionada y, únicamente, trabajaban día por medio. Pero, si las mulas hubieran creado un infierno, seguramente, habrían pensado que, allá, comenzaba su dominio de tortura.

Eran bellas en su amplitud, cuando aún el trabajo no pintaba sino las primeras nubes grises en sus ojos. Mas, andando el calendario, empezaban a desinflarse, a volverse un triste pellejo, a trocarse en un esqueleto crugidor, tapado por una capa sangrienta, pelada y feroz.

Entonces, aparecía una vejez rapidísima y, antes de ser arrojadas a una especie de jubilación, en sitios que parecían verdaderos hospitales, era menester esperar a que nuevas remesas briosas llegaran a repetir el ciclo doloroso. ¡Ah, si las mulas hubieran podido secretarse! ¡Cómo habrían huído, cómo habrían roto la distancia, escapando a su salvación!

La carreta... Lejos aguarda la "rampa". El suplicio se inicia en las calicheras. Yo creo que en el camino Las 14 Estaciones se multiplican. En la "rampa", concluye el suplicio, alcanzando un horrible volumen. Es preciso entrar al revés: hay una pequeña subida que debe la carreta vencer y en la que las mulas lloran; en el borde está el convoy que espera y, volando por encima de las mulas, del convoy y del piso quemante: blasfemias, blasfemias, gritos que niegan la garganta humana...

Las mulas sudan, como brutales forzados. El sol despliega sus ramas. Enferma el ruido que se forma. Los ojos de las bestias contienen una mirada que colinda con la desesperación. Todo es una escultura húmeda, ardiente, hinchada de venas, de venas en las que se desborda un río fantasmal. Después, procede el retorno hacia el punto de partida de la desgracia. Las mulas vuelven, como atletas exigidos hasta el delirio. El hombre de la "sillera" entona,

a media voz, una cancioncilla cualquiera. Sigue el sol en su actitud de gran espumarajo de oro. Sigue la angustia. Sigue el Vía Crucis de las bestias y, cuando se desploma la noche sobre el pellejo sanguinolento de las mulas, las estrellas quieren cubrir sus heridas con las diminutas flores de su alivio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS “MANCOMUNADOS”

EL 18 DE OCTUBRE DE 1903, rodaba por el aire de Tocopilla una densidad de promesas que ahondaba las pupilas obreras. Aparecería “El Trabajo”, periódico con que la Mancomunal alborozaría las conciencias en un juego dramático de hombres con la aurora escondida en los puños. La Mancomunal fue fundada el 1º de mayo de 1902, bajo las sombras de los Ajusticiados de Chicago. Los obreros chilenos, entonces, no pensaron en patíbulos: pensaron en los frutos sangrantes de su clase, como en los más hermosos rubíes de la tierra. Los “mancomunados” entendían que una vena que se une a otra y a otra, forman un tejido que la muerte, difícilmente, se atreve a roer. Así, surgió esta *Combinación Mancomunal de Obreros*, para extender la luz social en el socorro mutuo, en la instrucción del pueblo, en el establecimiento de cooperativas, en la defensa de sus intereses, en la propaganda reivindicadora que la prensa puede realizar, y en la protección integral de sus asociados.

En la calle *Sucre* número 128, hervía el domingo anheloso. Los hombres aguardaban las cuatro páginas batalladoras, con sus cuatro columnas, como surcos llenos de pólvora:

—Recabarren dice que los futres llorarán de rabia...

—¡Por fin tendremos boca...!

El sol mete su cabeza por entre los techos y quiere leer el semanario que se espera, como a un mesías bañado en tinta de imprenta y en sudores de trabajo.

. . .

De repente, empiezan a salir algunos obreros con ejemplares de

“El Trabajo”, y los que le aguardan comienzan a cogerlos con avidez. En septiembre de ese año, los “mancomunados” acordaron fundar su periódico y compraron, al momento, las máquinas que formarían, letra a letra, su esperanza. Los “mancomunados” hablaban de sociabilidad y conocían aquellos versos que una mano de mujer, la de Virginia Céspedes, escribiera, en Santiago, en 1899:

*“¡Compañeras del Mundo, es la hora
de luchar por la bella Igualdad,
manteniendo la luz de la aurora
que ilumina el problema social!”*

“El Trabajo” vino a sumarse, con energía, a la contienda social que se libraba a lo largo del país, con el despertar de una clase intuitiva y poderosa. Sería el hermano de “El Marítimo” de Antofagasta, y de todas las hojas que formaban las alas de una conciencia robustecida por la experiencia de sus dolores.

Si Chile es una espada, según le definió un militar letrado, es de empuñadura brava. Hacia el Norte, esto es, hacia aquel Chile que hiere con sus espejismos, la patria se torna seca y grave. Ha perdido la risa vegetal y los hielos del Austro, para adquirir un contorno de gris y de soledad. Allá, en las salitreras pródigas, el roto es más que una canción, sus músculos compiten con las “costras” calicheras; todo resume el gesto de sus héroes. Es preciso vencer a una naturaleza agria, y el viento y el sol parecen enemigos del hombre que, “picota” al hombro y fe en el corazón, se dispone a vencer a esa como casa del demonio. En este ambiente agresivo palpita, además, el cálculo burgués. La Mancomunal se levantaba para ofrecer una defensa a los explotados de Tocopilla. Y ya en enero de 1904 eran 3.000 sus componentes.

Madre que no se limita, la Mancomunal quiso derramar la solidaridad a manos llenas: atendió enfermos, creó una escuela taller de tipografía, aprobó un proyecto de cooperativas de consumo y, arrendando un local próximo a las salitreras, proyectó establecer una cooperativa donde sus socios se librasen de la succión despiadada de las “pulperías”. Una Compañía, la *Anglo Chilean*, declaró, sin avergonzarse, que sus “pulperías” “habían llegado a producir una utilidad superior a la misma explotación del salitre”. Las “fichas”, de caucho o de cobre, con que se pagaba a los obreros,

enseñaban su áureo corazón a los sonrientes dueños extranjeros. La Mancomunal intentó ayudar a sus socios, vendiendo las mercaderías con un 50% menos que en las Oficinas. En ellas imperaba un orden cruel; Recabarren las llamó "*especies de feudos*", puesto que, ahí, el hombre vivía atado a un cordel de injusticias, sin ningún respeto a su condición humana.

La Casualidad, el Hada Madrina de los mineros, operó el milagro de entregar las entrañas fabulosas de Tarapacá y Antofagasta a la codicia de los hombres. Ríos de sangre correrían por estos mundos de sacrificio y de leyenda. El "79", los rotos hirieron a la fama en mitad del corazón. Las máquinas cantaron su gracia en el páramo y, lentamente, Chile se extendió por las calicheras, como una dulzura. En la pampa, se sintió, como en ninguna otra parte del mapa, la capacidad vital de la raza: la sed y la muerte se cruzaron para oponer la equis de la desesperación a los chilenos; pero, éstos no dieron su brazo a torcer y la engrandecieron con sus vidas. La Mancomunal pretendía suavizar el horror —el humano—, que golpeaba a los hogares de esta zona.

Con paso de apóstol, Recabarren caminaba por la historia obrera de Chile, llenando su horizonte. Era el director de "El Trabajo", y pronto conocería el cuadrado de hielo de las prisiones: 20 días, 3 días, 210 días...

Siendo Ministro del Interior don Arturo Besa, y Gobernador y Comandante de Armas del Departamento de Tocopilla don Víctor Gutiérrez, el 15 de enero de 1904, don Francisco Basterrica, Promotor Fiscal del Departamento, acusó a Recabarren y al Directorio de la Mancomunal "*por subversión y amenazas*", a raíz de "*la propaganda social y antimilitarista*" que realizaba "El Trabajo"¹, cuyo epígrafe declaraba: "*Su misión es propagar la moral y la unión del elemento obrero, a fin de mejorar su condición social y económica*".

El periódico publicaba, en su número 4, un poema "Al Soldado", que firmaba E. Alvarez, y en los números 8 y 9 refulgió esta

¹ El Directorio de la Mancomunal era el siguiente:

Presidente: Gregorio Trincado,
Secretario: Pedro P. del C. Araya,
Pro-Secretario: Justino Bravo, y
Tesorero: Juan Figueroa.

En Enero de 1905, ocupó la Presidencia Luis Emilio Recabarren.—
N. del A.

sentencia: *"Es más digna la herramienta que el sable"*. Recabarren comprendía, como los "mancomunados", la extracción proletaria de los soldados y les rogaba (era el verbo empleado) respetar la vida de los obreros —sus hermanos. La tropa leía "El Trabajo" y el Cabo 1º Benjamín Ramírez abandonó su guerrera y sus jinetas, para volverse pasta de revuelta junto a los de la Mancomunal. El Teniente R. Valenzuela Hurtado le contaba, en nota sobresaltada, estos sucesos, al Gobernador: los sables se empequeñecían al lado de los brazos erguidos. Y, por las calles, ardían las Quintillas del poeta popular Francisco Pezoa:

*"Y amo al anárquico errante,
que desde oriente a levante
va predicando su Verbo,
como el ensueño radiante
de la esperanza del siervo".*

Era una hora caótica en que Anarquismo, Socialismo y Democracia brillaban, por igual, en las mentes proletarias. Ninguna de estas palabras lograba desplazar, enteramente, a las otras. Pero, las tres sumaban un ariete para herir a la injusticia social.

En la tierra del "oro blanco", no hay paisajes. La Naturaleza parece gozarse en una artesanía enorme: re-crear a los hombres que arriban en el "enganche", tras la ilusión de la fortuna. La pampa endurece, viriliza y corta toda retórica para la vida. De este modo, se explica que su historia sea fundamental en lo heroico de la epopeya obrera. La Mancomunal probaría, luego, la dimensión de la sangre pampina.

La burguesía sobornó a un ex socio —Maximiliano Quiroga— para que, en juicio civil, pidiera la liquidación de la sociedad. Don Pablo Echiburú, Receptor de Mayor Cuantía, irrumpió en los talleres de "El Trabajo", en la mañana del 7 de marzo de 1904, notificando el secuestro de la imprenta. Los operarios, abandonando las "cajas", se dispusieron a impedir el atropello. Recabarren trató de probar al Receptor la ninguna validez de su orden. La policía entró al local y principió a sacar las máquinas, sin cuidarse de los daños que las herían, botando "tipos" y rasgando pliegos. Los operarios, en vano, trataban de proteger lo que era patrimonio del pueblo. Existen órdenes que se disfrazan de infamia. Y razones

que no pueden ser oídas a causa del taconeo militar... Pero, el pueblo, ese pueblo que a orillas de la pampa vio a las piedras, como hitos de terror, sintió el escándalo, y penetró en el local, súbitamente, con el sol en la faz enrabada, y la bandera blanca de la Mancomunal, con un laurel al centro, en despliegue de fuego:

—¡Afuera los “pacos”...!

—¡Viva la Mancomunal!

Y las manos del trabajo rescataron las herramientas del pensamiento, mientras los cascos perdían su paz y los sables pretendían —desabridamente— equilibrar el orden. Mercedes da Silva, cogiendo piedras en la calle rumorosa, disparaba con puntería finísima. Y en el suelo, se quejaban los “mancomunados” Jenaro Matamora, Avelino Herrera y Juan B. Valenzuela.

Recabarren fue sacado del local entre las protestas y el grito caliente de los “mancomunados”:

—¡Abajo los enemigos del pueblo!

El robo no pudo consumarse. “El Trabajo” quedaba herido y silenciado. Mas, sus talleres pronto lograrían normalizarse: el 20 de octubre inauguró su segunda época, durando hasta el 3 de septiembre de 1905.

En la Cárcel de Tocopilla sufrieron 43 días los “mancomunados” Germán Olivares, José del C. Avila, Marcolín Núñez, Carlos Sanhueza, José Miranda, Ascencio Augusto y Amador Echagüe.

En todos los sitios de Chile, su ejemplo era copiado con solemne ademán. Cada “mancomunado” despedía un resplandor. Y en la frente de los explotados de Tacna a Magallanes se extendió una luz nueva y exaltadora: la influencia de la Mancomunal recorrió el país y —por años— fue la base de los principales avances políticos, sociales y económicos de las clases populares.

Si el 18 de octubre de 1903 nacía “El Trabajo”, el 7 de marzo de 1904 era bautizado con su propia sangre. El local se mantuvo protegido por hombres que se paseaban con una sorpresa de águilas en la médula violenta.

La noche se deslizó por los talleres ofendidos. La luz estelar suavizó las maltratadas especies de la imprenta. Afuera, la sombra de los “mancomunados” crecía, al punto de inclinar sus cabezas en los hombros de la luna.

P . O . S .

LA SALA DE SESIONES del Partido Demócrata azulaba llena de humo. Había un acento de combate en el aire nocturno. Era el 6 de junio de 1912. Recabarren se paseaba, nerviosamente, por los grupos, como si le llegaran secretas comunicaciones desde un oculto megáfono.

—Don Malaquías Concha no nos sirve, compañero.

—El socialismo se preocupa, fundamentalmente, de la cuestión económica.

Los obreros discuten.

Un viejo reloj da las nueve. Recabarren golpea las manos para comenzar la sesión. Asisten: Miguel Carrasco, Luis Figueroa, Francisco García, Salvador Barra Woll, Emilio Alvarado, Ignacio Salinas, Gregorio Salinas, David Barnes, Facundo Castro, Néstor Recabarren, Ruperto Gil, Eleodoro Rodríguez, Juan Alvarez, Vicente Cortez, D. M. Agüero, y los pampinos Ladislao Córdova y Vicente Olivos.

Recabarren preside. El compañero Gil lee algunas notas. Entran otros obreros. El tono de la asamblea es dramático. Recabarren razona en torno a la conveniencia de segregarse del Partido Demócrata, para proceder a la formación de un partido obrero, con sustancia y resplandor de clase, de un partido socialista¹. Sus palabras se llenan de luz. Los obreros le escuchan con amor:

—“...el Partido Demócrata no vaciló en unirse a los partidos de la clase capitalista que es enemiga de nosotros, de los trabajadores, enemiga de nuestro progreso...”

¹ El Partido Demócrata se organizó el 20 de noviembre de 1887. En 1894, eligió a su primer congresal, don Angel Guarelló.—N. del A.

Las cabezas asienten. Una bandera se iza en el corazón de los asambleístas. Una bandera que se reconocerá siempre por su matiz sagrado: fuego y sangre.

—“... con pactos comerciales, en cada campaña electoral, remachó más fuertemente a estos partidos en el poder; la burguesía nacional lo usó en su provecho y en perjuicio de la joven organización de los trabajadores...”

El gesto de Recabarren es grave. La frente parece que va, de pronto, a poblarse de luces. Su ademán mesurado serena las impaciencias y en la garganta debe esconder una cántera de verdad:

—“... ¿Se ha preocupado el Partido Demócrata de organizar a los obreros para defender sus intereses económicos? ¿Se preocupó de la instrucción del pueblo...?”

Los libros no abrieron sus paisajes para el pueblo. Recabarren lo sabe de sobra. El ha sido un león de llamas contra el analfabetismo. A donde fue quiso que el libro ocupara el lugar más bello de la pieza miserable². El libro siempre se ofrece en gracia de fecundidad.

—“... Cuando nosotros hablamos de pureza, muchos candidatos del Partido se han ensuciado con el cohecho, han corrompido las conciencias, como los enemigos del pueblo...”

En aquel instante surge de las sombras la verdadera aurora.

—“¿Las reivindicaciones obreras le preocupan al Partido? ¿Sus Convenciones han accedido a incorporarlas a su programa...?”

Un duro *¡no!* se oye en la sala.

—“... El despotismo está autorizado en el Partido...”

Los asistentes recuerdan que el inciso 7º del artículo 49 del Reglamento autoriza al Directorio General para anular cualquier disposición reglamentaria.

—“... ¿Cómo actúan sus parlamentarios? Son deficientes, incompletos, inconsecuentes... Cuando han hablado con aparente frenesí social, han pagado su atrevimiento, votando por las mayorías deshonestas, apoyándolas servilmente...”

Los obreros aprietan su asco contra el Partido. Es preciso saltar más allá. Organizar una trinchera. Levantar una bandera limpiísima del corazón mismo de la tierra.

² En 15 años de actividad social, Recabarren distribuyó, en el país, alrededor de 150.000 folletos educativos.—N. del A.

—“¿Qué hacer?”

Alguien resume el pensamiento colectivo:

—¡Nos vamos del Partido! ¡Nos vamos!

No basta. Recabarren encauza el turbión:

—No es este el camino... Irse: ¡naturalmente! ¡Pero, no a sus casas...!

—¡Viva el socialismo! —grita una voz augural.

—¡Vivaaa! —contestan los hombres puestos en pie.

Recabarren ve transparente el porvenir.

—Eso es, camaradas: ¡el socialismo espera nuestros brazos!

El Directorio propone que se cambie el nombre del partido y que se adopte el programa socialista.

Los obreros aplauden, largamente. Sobre sus cabezas no caen lenguas de fuego ni llamean aureolas.

Unánimemente, se acepta el rompimiento con el Partido Demócrata. ¿El nombre? 17 votos hablan de PARTIDO OBRERO SOCIALISTA; 5, de PARTIDO SOCIALISTA. Se prosiguen los planes inmediatos. Se habla de programa y de estatutos. Pronto es necesario que todos los obreros conozcan el nuevo puño que se alza para trazar una palabra fraternal entre los hombres.

—¡Viva el socialismo! —repiten los primeros militantes del P. O. S.

Recabarren sonríe, como si una avalancha de primavera le penetrara en las venas; los socialistas abandonan el local. La noche se pudre, luminosamente.

No pasan de treinta y tantas sombras las que llenan la calle desierta y dormida.

—¡Vivaaa el socialismo...!

Es una palabra nueva. No la han escuchado los viejos faroles, y el rostro de las casas iquiqueñas se frunce enigmático. Es una palabra nueva. Y una nueva gota de oro en el corazón de los trabajadores.

Los hombres se despiden. Recabarren marcha solo. En sus manos quema un algo desconocido.

Alguien, a lo lejos, se enardece, todavía:

—¡Vivaaa el socialismo...!

Recabarren oye satisfecho. El grito serpentea por los aires y sacude la sombra vacilante. Algún transeúnte recibe las palabras sin

sospechar que recién acaba de nacer, en Chile, la única estrella de los pobres⁸.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

⁸ El P. O. S., se convirtió, en 1921, en Partido Comunista de Chile, al adherir a la III Internacional en el Congreso de Rancagua.

El P. O. S. tuvo una anticipación en un grupo de obreros de la Oficina "Cholita", organizados por esa fecha como Partido Socialista. El mismo 6 de junio, paralelamente a la asamblea de Iquique, se realizó otra, con iguales fines, en la Oficina "Abra".

Elías Lafferte Gaviño se incorporó al P. O. S. el 6 de julio de 1912.—
N. del A.

UNO MAS

EL CREPÚSCULO caía en la soledad del puerto, como una solución de celestes compuestos. En la bahía, el rumor era una abeja que, lentamente, declinaba; los marítimos empezaban a dejar las callejuelas del puerto y atrás mecían los veleros sus arboladuras, que la noche confundiría con la distancia. Un faro, un breve pitazo, un grito, una gaviota: ornamentos de un atardecer que el mar no desdeñaría. Las casas eran alumbradas por temblorosas lámparas que parecían conversar de imposibles ideas. La sombra de un hombrecillo iba por las calles, con una escalerita negra y los artefactos necesarios para encender los faroles del gas. Llegaba a uno y, acomodando la escalerita negra, trepaba por ella hacia el milagro; después, descendía satisfecho y se inclinaba en una ceremoniosa cortesía. Era el viejo ángel de las esquinas de aquel Iquique de 1900 y tantos... Los cerros inquietaban, como la respiración de la noche petrificada. Una opresión de soledad soplaba por los aires; los hombres llegaban a sentarse al *club* y hablaban en voz baja, bebiendo, con la vista puesta en puntos inmóviles; las mujeres eran, entonces, las desamparadas rosas del hogar. Sonaba una hora y las puertas saludaban a los maridos presurosos; pronto comenzaba el sueño conyugal.

¡Oh, Iquique del coñac con hastío y de la tarde viva en las copas de la melancolía!

Es verdad que en las calles rondaba la sombra triste y solitaria. Pero, alguien, algunos, rompían el silencio, obligando a las ventanas a entornarse, cautelosamente. ¿Quiénes eran? Unos hombres mal trajeados, con sólo dos ojos llameantes, fuertes y cantores,

llevando grandes banderas del color de la sangre y una linda seguridad en el paso. Eran los viejos socialistas que desfilaban y querían saludar, al aire libre, la gravedad creciente de sus sueños.

¡Tanto como descendía la noche y no podía borrarles! Cantaban. Eran escasos, eran viriles; el aceite dormido en algunas ropas resplandecía, y un olor marcial, de machos, llegaba a las estrellas. Las mujeres ardían entre el coro y los niños se confundían con las banderas.

Portaban una silla y, arrimados a un farol, organizaban el corro. Cualquiera subía a ella y hablaba, como un trueno fervoroso. El viento cogía sus palabras y las desparramaba: ¡erán las únicas semillas que obtendrían algo en el desierto...!

. . .

El farol. Un hombre gesticula: isla de sol en mar de sangre humana. Un hombre. Le escuchan los compañeros. Una voz irrumpe:

*“El Partido Socialista
no tiene más que un color
y un letrado que dice:
¡No se admite a ningún traidor!”*

y la noche se puebla de ardores. La canción es llave de luz. Cantan los socialistas y sus voces encabritan el aire iquiqueño.

. . .

Una vez, los socialistas aparecieron más erguidos. Caminaban, cual si fueran los dueños de la noche. Sus cantos sonaban potentes y sus pendones enrojecían la brisa. ¿Qué sucedía? En medio de ellos, avanzaba un hombre de traza sencilla, con cierta solemne desenvoltura, pálido y ágil, con la mirada penetrante y la boca a la manera de un ala.

Los cantos izaron la plenitud del corazón.

El desfile buscó la Plaza. El verde palpitaba ebrio de “camanchaca”. Los farolitos vacilaron, como si temieran ser decapitados. Llegado que hubo el desfile al tablador, el hombre de traza sencilla, con cierta solemne desenvoltura, pálido y ágil, con la mirada

penetrante, y la boca a la manera de un ala, habló. Nunca los socialistas habían escuchado orador tan eximio. ¡Cuántos sentimientos podía exponer! Era suave, firme, conciso, simple.

. . .

Las banderas se plegaron. Los hombres marcharon a sus casas. El orador inimitable, las manos en los bolsillos, retornó a su alojamiento, rodeado de compañeros. El silencio se enseñoreaba por las calles. De súbito, al doblar una esquina, un policía detuvo al grupo.

—¿Qué se le ofrece? —preguntaron los hombres, a un tiempo. El policía, unciosamente:

—Dígame, señor, ¿es usted el mentao Recabarren?

—El mismo. ¿Desea algo de mí?

El policía avanzó, sonriendo, y sacándose la espada la arrojó al suelo; en seguida, comentó:

—Desde ahora, ¡soy de los suyos...! ¡Aunque me muera de hambre...!

Recabarren no agregó palabra: se limitó a tenderle su diestra fraternal. El grupo continuó con su aumento.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

MAR DE 1912 A 1900 Y TANTOS...

LAS BANDERAS se confundían en un arco iris embriagador. Las radas eran templos de nostalgia y los marinos oficiaban los ritos del horizonte en diez lenguas distintas.

Yo vivía frente al mar y todos los ojos de mi niñez sonríen en vértigo de colores: una bandera roja y azul duerme en el fondo de mi corazón. Y si los caracoles relatan, en verdad, las intimidaciones del océano, aprendí, entonces, cómo la ola es la música perdida de una flauta de pastor; y el coral, la primera gota de sangre que el mar le sacó al hombre.

Largas horas permanecía delante del mar. Mi pobre madre solía exclamar con tristeza:

—¡Ay, si me lo llevara el canalla...!

El canalla era ese mar hermosísimo y juguetón que me saludaba, en las mañanas, con su algazara de mil demonios y que me reveló cómo al otro lado de las aguas pende una escala por la que se baja, tranquilamente, a una fábrica de juguetes fabulosos. Allí, obreros geniales forman las ballenas con su chorrito encantador —el chorrillo de agua que en las distancias parece la columna de vidrio que sostiene el día—; obreros meticulosos, furia a furia, labran el corazón de los tiburones; operarios taciturnos dibujan los elegantes pejerreyes; y artistas que deliran inventan los ojos de tanto animal peligroso y grandote.

Yo nací al borde de la Gran Guerra. Mi bautizo pudo celebrarse con agua ensangrentada... Las campanas de mi pueblo doblaban, continuamente, a muerto, y las cartas que llegaban de Europa traían siempre una señal de luto. Mi padre leía los periódicos, con

desolación, y cuando les dejaba caer, decepcionado, sólo atinaba a comentar:

—¡Tantas muertes inútiles...! ¡Un día, el mundo será una huesera que no podremos aguantar!

Mi madre llamaba a las vecinas y rezaban por los hijos de otras madres que no conocían; pero, que las sabían iguales en sus cauces eternos.

—¡Morirán los niños, Dios Santo...! —repetían con angustia. Mi madre me acercaba a su corazón y me acariciaba, como rodeándome de una piel de más, capaz de protegerme de cualquier mal.

Las calles resonaban de marinos. Había pasado la etapa feliz en que la bahía reía, alegremente, con sus banderas y comenzaban a llegar los barcos que empujaban los monzones de la muerte. Veleros alemanes se eternizaban de hastío en las afueras del puerto. Se les veía con sus palos tristes en una inútil actitud de agujas enhebradas con lejanía... Erán marinos risueños, jovencitos, que fumaban en pipas gordotas y volvían más rubio el día de la pampa...

Sabían entretenerse, construyendo buquecitos perfectos: el maravilloso barco en la botella que todos los antofagastinos guardan, temerosos de soltarlo, pues podría arribar, en sus bodegas, la muerte en persona.

La bahía rugía ahita de barcos presos. Una mañana se oyó una explosión tremenda: un capitán alemán ordenó volar las calderas de su barco.

Lo que me importaba era el mar: el mar con sus perspectivas sugestionadoras; el mar, como un rebaño de canciones.

¿Existen las sirenas? En aquella época, pude cerciorarme. Los marinos debían tener nociones claras a este respecto. Más tarde, he viajado y he viajado con el oído alerta. En ciertas noches, creí escuchar una voz melodiosa y diabólica. Pero, luego, era el silencio. En todo caso, creo que las sirenas existen y que si el mar se mueve es a causa del vaivén que le producen ellas: sus brazos son dos ardientes impulsos; y el rumor del océano, el eco de sus cánticos profundos.

Los marinos pronto fraternizaron con los marítimos y comenzó una fiesta larga. En las noches, los gringos cantaban por las calles

y sus acordeones nos ponían a todos sedientos de un no sé qué de misterioso. Tardaba en llegar el alba intérprete. Mas, ¿se la necesitaba para brindar en el idioma universal de la alegría? El vino chileno hinchaba las venas y los marinos lanzaban siembras de oro en las sombras del amor...

En los bares de la calle *Bolívar*, se nombró, por primera vez, a puertos que no se sospechaban en la majestad de los mapas. La brújula se cambió por una temporada de amor, y la Rosa de los Vientos enseñó a las florecillas de papel de las tabernas, la gracia de una sonrisa melancólica...

Los niños aprendimos geografía, contemplando las banderas de esos barcos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

RECABARREN Y EL PAN

EL DÍA estaba fijado con caracteres de fuego: un fuego que salía apresurado de la entraña del trigo y que ardía ya en el sueño de los hornos que fabricarían pan para el pueblo.

Recabarren lograba llevar a feliz término un antiguo deseo suyo: había fundado la *Cooperativa Obrera del Pan*. El pan, ahora, rendiría un sabor especialísimo; de sus migas nacerían pequeños mundos alegres...

Iquique ardía, como un cántico. Los obreros comprendían que sus casas serían perfumadas por un pan que, pareciendo el mismo de siempre, era diverso y profundo. El aroma de las mañanas se llenaría de esta nueva fragancia singular. Fragancia de cosa casi humana.

—¡No comeremos pan envenenado por los explotadores...!—comentaron las madres.

Los niños escuchaban hablar a sus mayores sobre esta fábrica de pan y comenzaron a pensar que de sus hornos correría un río tibiecito y dorado de panecillos mejores que la miel. ¿O es que no sería pan, sino que una formidable maravilla, manjar de los verdaderos príncipes de los libros?

Pasaban por delante de la casa donde la Cooperativa funcionaría y la apuntaban con los dedos golosos de sorpresa. Recabarren, en mangas de camisa, andaba atento a todos los pormenores del local. Unas letras gordas y rojas, como para que las viera hasta el mismo Dios, anunciaron:

COOPERATIVA OBRERA DEL PAN
Pan para el Pueblo

Los hornos, con sus bocazas abiertas, sonreían. Los canastos colgaban serenos: sus cargas resultarían livianas y gratas. Los sacos de harina blanqueaban el aire y en la noche albeaban más valiosos que talegas de plata. Recabarren los golpeaba, cariñosamente. Sonaban su panzas con dulces ruidos familiares. Las manos de Recabarren eran parientes del trigo y nada que fuera vital se asombraba por el contacto de ellas:

—¡Nuestro pan...! —musitaba.

Los obreros le rodeaban con ternura. Una mañana de 1913 verían manos obreras, amasando el pan para sus hijos, sin que en su médula entrase una sombra de robo:

—¡Ganarás el pan con el sudor de tu frente! —comentó un anciano “mancomunado”, admirando la disciplina y la limpieza, las únicas alhajas de esta casa. Recabarren cogió la frase bíblica y la compuso a su modo:

—Abuelo, ganaremos el pan con el sudor de *nuestra* frente...

Y un panadero:

—¡Ganaremos el pan y *lo demás*...!

Esplendía la confianza. Recabarren visitaba a diario la futura casa del pan de los pobres. Sacudía el polvo de los mesones, metía su cabeza en los hornos, se paseaba por entre los sacos de harina.

. . . .

La Cooperativa se echaría a andar aquel día. Banderas y sonrisas poblaron las calles de Iquique. Recabarren caminaba emocionado. Los operarios de la Cooperativa, blanquitos y risueños, aguardaban en la puerta. Las letras recibían un chorro de sol. Un Centro de Mujeres avanzaba, vitoreando al pueblo y a su líder. Los panaderos no tardarían en llegar con sus estandartes. Y llegaron pronto. Un pan enorme, gigantesco, era portado por un grupo: el pan que sería como el padre de los que las manos proletarias producirían para todos los barrios populares del puerto. Las gentes aplaudían. El pan monumental despedía reflejos áureos; su corteza tostada y brillante incitaba a un hondo mordisco; un olor conocido y querido se derramaba por encima de las cabezas.

—¡Viva Recabarren! —salió de mil gargantas.

Recabarren miraba complacido. Los panaderos le rodearon y,

de súbito, le sorprendieron, sacando de sus bolsillos una banderita roja que empezaron a agitar con entusiasmo.

Recabarren subió a una tarima ligera. Sus ojos evocaban dos granos de luz:

—Compañeras y compañeros —princió— váis a comer un pan que jamás olvidaréis. Un pan que saborearán vuestros hijos como no lo hicieron antes con ninguna golosina. No es un pan extraordinario. Ha sido hecho como todos los panes del mundo. Pero, éste es vuestro: manos obreras lo fabricarán, lo compraréis vosotros sin que se lucre con vuestro estómago, y lo comeréis...

El aire se saturaba de humanidad. Las banderas se inclinaban. En los rostros de los panaderos llameaba el optimismo. Recabarren prosiguió:

—...lo comeréis, compañeras y compañeros, con la certeza de que todo os pertenece, y que en la levadura hubo una misma verdadera pasión: la pasión de justicia que nos conmueve y nos reúne. La *Cooperativa Obrera del Pan* es un templo nuevo: no hay hostias, sino que panes. Y este pan que estará en vuestras manos es el más vivo de los símbolos. Representa la solidaridad de la clase obrera que os nutre para que seáis fuertes y para que aplastéis al enemigo de vuestra felicidad!

Los obreros cantaron. Las mujeres alzaban a sus hijos para que divisaran al hombre que obrara un milagro: pan barato y para todos. Los niños le llamaron con sus manos puras. Recabarren abrazaba a los operarios de la Cooperativa.

Los hornos se prendieron. El fuego cabrilleó y fue una tempestad encadenada. Las llamas se alzaban y un color verde cedió a un color rojo; y un amarillo a un morado. Recabarren entendía que del fondo del pan aparecerá, la vez fecunda, el sol de los miserales!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

TITO SOTO, VARON 1918

LA PAMPA le concedió a Tito Soto una fisonomía de más; a su primitiva de varón del Archipiélago, habíase adherido esta otra: de siervo de la puna.

Diez años de pampa. Cargador: sacos de cien kilos, de ciento diez kilos; su espina dorsal era de acero. Capataz de cuadrilla de cargadores: ahora, podría casarse y sonreír, por las tardes, desde su silleta familiar, a imaginarias bahías azulosas. Capataz "suelto": los pulmones se distendían gozosos, no volverían a calentarse con el sol y los cien kilos de los sacos; en la "cancha" sería sólo un ojo vigilante en el embarque del salitre.

Tito Soto en "Sur Lagunas" representaba la sobriedad. Su casita relucía, como una pequeña masa de luz. Su mujer poseía gracia y él veía en el fondo de sus ojos a los animales de oro de la felicidad. Solían pasar temporadas en Iquique y traían, luego, a la pampa, una fina provisión de susurros celestes.

Un día, llegó a "Sur Lagunas" una desastrosa cantante: su cabellera oxigenada daba risas al sol pampino. Relamida, breve, gritona. El teatrito, la noche de su estreno, la vitoreó de modo cordial. Esa mujer vaciaba en la monotonía de la Oficina un collar de sueños. Más que el canto, importaban los caminos de ilusión que de él se desprendían. Todos se achicaban debajo de aquella voz sin brillo, como debajo de una tibia lluvia de alas. Los hombres, merced a esta voz, sentían que los ojos adquirirían una dimensión azul; las mujeres entendían la fragancia de aquellas noches de novela que entrevieran, trémulas, alguna vez, en su vida...

La cantante se llamaba Rita Persen. Sus gestos poblaban de

curiosidad la vulgaridad de las pampinas. Usaba las polleras a la rodilla y sus medias despedían una luz maligna.

El éxito fue entero. Tito Soto y su mujer no asistieron al estreno. A la mañana siguiente, "Sur Lagunas" adoraba la voz de Rita Persen y era necesario no perder función: aquella hembra portaba un soplo de las ciudades, levantando la tierra que cerraba lá ternura de los pampinos y la dejaba libre para recibir dulces mensajes.

—¡Linda gringa!

. . .

Tito Soto se peinó, lentamente, y asistió con su mujer al teatrillo. Los hombres alzaban ansiedad en sus pupilas. Las mujeres arreglaron sus ropas para demostrarle a la artista que ellas, también, eran mujeres: explotaban algunos carmines en las mejillas, sonaban blusas de seda, brillaban anillos de oro legítimo.

Rita Persen apareció en el escenario, luciendo un escote triunfal; las piernas se insinuaban, como vivos floretes de plata. Tito Soto miraba con tranquilidad. Su mujer jugueteaba con el abanico. Rita cantó, y su voz improvisaba estrellas: las estrellas rodaban por las venas de los hombres.

—¡Linda gringa!

Tito sintió que una mano tenebrosa le amarraba a aquella voz. Rita y su canto. Su mujer escuchaba, indiferentemente. Tito las comparó: la suya carecía de aquella luminosa corriente que la gringa derrochaba; era su mujer donairoso y pura; pero, la artista le interesaba, como un trozo de opio.

Las piernas de la gringa escribían un compás alegre. La seda de sus ropas encandilaba los ojos de Tito Soto; concluyó la función y retornó silencioso.

—¡Linda gringa!

Cuando su mujer se desvestía, observó sus formas. Morena arcilla de fibras solares, carne amada y conocida, país sin sorpresas. Las ropas se impregnaban del solo aroma humano: jamás un perfume encendería sus noches de lunas domésticas. No hablaron. Tito se tendió sin rozar la piel de su esposa.

. . .

Tercera función. Tito asistió solo. Rita no le veía. Pero, intuía el hombre que se mirarían, cara a cara, en un cruce de sus sangres. Rita Persen mostró aspectos de su piel: un tenue capricho de luna. Tito presenciaba el espectáculo con la garganta seca. Esa gringa la presentían sus manos, como la suavidad misma del cielo.

Cuando llegó a su casa, dormía, serenamente, su mujer. Tito se movía, ardiendo. Se desnudó y, pensándola aquella gringa fascinadora, comenzó a palparla con gula. Despertó la mujer y se dejó tocar. Fue una cópula desusada por la pareja: ayuntamiento de sed que refulge. Tito se derramó en la ilusión de la otra y su corazón cantó para aquella que flotaba en su miserable deseo, como un glóbulo de sangre... Aconteció la noche.

A la otra, Rita Persen abandonaría "Sur Lagunas". Tito sufría pecho adentro. Aquella gringa sería suya. El no comprendía sino esto: aliarse a la hembra, aunque debiera renunciar a todo. ¡Y renunciaría! Su mujer vivía ausente de sus pasos. Tito Soto concurre a la última función y no oyó nada. Su mirada lamía íntegra esa imagen que, lejana todavía, era un jardín para su instinto.

—¡Linda gringa!

. . .

Rita Persen se dirigió a "Granjas": dejaba en "Sur Lagunas" un sentimiento colectivo de ensueño. Su pobre destino escondía esta virtud. Era un hada, a pesar de su historia vulgar, de camarines turbios y fracasos incisivos. Tito Soto reunió su dinero y se marchó tras ella. Su puesto de capataz "suelto", su mujer, el prestigio, ondeaban en un pasado inmediato y sin remedio.

"Granjas" fue un pulso amoroso para Rita. Tito devoraba las funciones y las letras del repertorio de la Persen se alojaron en su cabezota, como en cofre especial. Era un viaje, persiguiendo la dicha.

Se conformaba con admirarla y pesarla en sus ansias. Terminada la temporada en "Granjas", Rita alcanzó a "Iris". Tito era su galán taciturno: bastaba para su pasión esa como aventura de ojos con garras. En "Iris", Rita resultó una rosa de fiebre para los hombres. Tito decidió abordarla, exponerle, de una vez por todas, su situación: le ofrecería su madurez, una vida tranquila, un techo

de anchas sombras cariñosas, a cambio de abandonar ella su carrera y cantar sólo para él, en los atardeceres en que el sol cava, en las hoscas distancias, su propia sepultura...

"Iris" y, luego, "Buenaventura": allá, Tito plantearíale su oferta. Rita ignoraba que un varón husmeaba las huellas de su jira, de su sino. Tito logró que en el teatro le concertaran una entrevista. Rita aceptó porque sí. Al fin, un admirador un poco más impulsivo que los otros, ¿que importaba?

. . .

Tito Soto, nerviosamente, arregló su estampa. Ensayó las palabras. Minutos antes de la función la vería, frente a frente, estrecharía esas manos que, sin querer, le ataban a la desgracia.

Camarín de mala muerte. Un espejo fatigado. Olor a polvos. A yodo. Trajes zurcidos que el público calculaba extraordinarios. Rita Persen, en persona, dándose rojo a los labios. Un golpe en la puerta:

—Adelante.

Por el espejo, Rita Persen midió al visitante. Un hombre bajo, corpulento, con un trajecillo negro, absurdo, y el sombrero enloquecido en las manos. ¿Era esta calamidad, su suerte?

Tito Soto sonrió. Rita se limitó a señalar:

—Tome usted asiento. Allí... Está bien...

Y prosiguió en su faena. Tito se paró y, resueltamente, se encaminó a su lado. Rita alzó la vista y esperó el fin de esta entrevista que no se parecía a ninguna que viviera. Tito habló: recordó su llegada a "Sur Lagunas", la súbita montaña de fuego que le creció en el alma. Rita se sobresaltó. Aquello amenazaba lindes trágicos. Escuchaba, no sin cierto orgullo. Un hombre honrado, distinto a los jovencitos idiotas de las filarmónicas, le extendía su vida. Era imposible. Insólito. Rita se dejó acariciar por la esperanza; sin embargo, su resolución sería fría: ¡no!

Tito Soto no descubría la raíz de este hechizo. Hasta minutos antes de conocer a Rita Persen, él amaba a su mujer y esperaba que sus huesos bajaran, serenos, a sumarse al vitalismo dramático de la pampa. ¿Qué oculto navegante austral removía en su sangre esta gringa que le oía sin entusiasmo?

Rita Persen no torcería su destino, odiaba la perspectiva de una

vidita regalona y mediocre: era ella una caricatura de artista; pero, así valía más que como mujer de un capataz "suelto"..., si es que Tito volvía a serlo...

—Señor —resumió la gringa—, yo le agradezco su afecto. Pero, es inútil querer fundir nuestras vidas. Vuélvase usted a su hogar. Su señora le perdonará. Sus jefes le darán, de nuevo, el puesto. Será feliz. Olvídeme. Yo soy una cómica y no conseguiría habituarme a esta nueva vida. Reflexione. Váyase y trabaje. Me olvidará...

Unas lágrimas perlaron la voz de la gringa. Ella, también, sufría: un hombre fuerte y sano había sido capaz de amarla con diestra limpia.

Tito no contestó. La contempló con avidez y se dirigió a la puerta, como quien conoce que más allá se inician los caminos de la sal.

Rita Persen cantó con angustia. Tito concurre a una "fonda" y bebió. El vino era una neblina tenue en el día oscuro de sus sueños. Bebió al día siguiente. Y al siguiente. Compró un caballo y regresó a "Iris". Vino y lágrimas. De "Iris" galopó a "Granjas". Tres días bebió en "Granjas". Una copa, como un ataúd.

. . .

La noche, cayendo, gota a gota. El caballo de Tito avanza a tranco de angustia. Tito: borracho. "Sur Lagunas" mueve sus luces. Tito ronca en el caballo, que camina sin dirección. Paso a paso, hacia la muerte: Tito lleva en el cinto un hermoso "corvo".

—¡Linda gringa!

El caballo tropieza y Tito rueda al suelo. Su propio "corvo" le rebana el vientre y, en su inconsciencia, siente que algo caliente le inunda. La sangre traza una copiosa y arbitraria ornamentación entre las piedras.

Agonía de entrañas anochecidas. Tito se queja y oye que desde la tierra asciende una voz que debió escuchar hace siglos...

"Sur Lagunas", a diez minutos. El caballo desorientado.

—¡Linda gringa!

EL MUNDO EN ANTOFAGASTA

NO ERA ANTOFAGASTA una playa con diez mil sillas para que hombres de todas partes las ocupasen y sirviesen, así, como ejemplares de la raza humana. Pero, los había de bastantes patrias, los suficientes para confundirnos. Sobre todo, tratándose de gente rubia. En Antofagasta, los yugoslavos, los italianos, los franceses, los yanquis y los ingleses nos creaban un barullo infernal con su blancura, sus ojos enormes, como dos mundos de cristal azul, y el pelo dorado y crespo. Eran, simplemente, gringos: el "gringo de la esquina", "el *bachicha*", "el *franchute*", "el *colorino*" y "el *bichicuma*"...

Las nacionalidades se repartían las ocupaciones: los yugoslavos y los italianos peleaban las esquinas para levantar almacenes que eran los relojes del barrio y que ostentaban nombres evocadores: ALMACÉN "LA LINDA RAGUSA", EMPORIO "LA RINASCENTE".

Los griegos se enriquecían, hundiendo sus manos febriles en la masa del pan y, bajo la mirada apacible de las vacas de sus lecherías, ordeñaban, en realidad, a la mañana tiritona.

Los japoneses nos cortaban el pelo: existía una relación misteriosa entre sus gestos finos y sus navajas.

Una carnicería era siempre el marco de un rostro amarillo e impenetrable, con los ojos rasgados y los pómulos brillantes y angulosos: el chino andaba, sigilosamente, en medio de la sangre y de la muerte.

Las tijeras armonizaban su equis con el misterioso mirar del boliviano; el alfiler y la tiza limitaban su día y eran retóricos y pasionales: cada sastre "cuico" encarnaba un personaje de crimen

de amor en ciernes. Sus tijeras cortaban el olvido y sabían picotear, como pájaros rabiosos, la carne amada y esquivada.

Los “turcos” vendían la baratija, brillante y banal, y el Agua de Colonia para la medianoche de las filarmónicas; con sus mercancías bajo el brazo, recorrían la ciudad y las Oficinas, ofreciendo, con voz doliente y cantada, la percala “dieciochera” y la “fantasía” esperanzada. ¡Cuántos “turcos” encontraron que la muerte brillaba en sus piedras falsas, una noche cualquiera, en el duro viaje de una Oficina a otra, y quedaron, en las huellas, con “la guata al sol”, rajada a cuchillazos!

Estos eran los extranjeros del trabajo a mano y angustia. Los ingleses usaban cuello y fumaban cigarrillos rubios, jugaban *tennis* y se casaban con la *miss* que azulaba de suspiros el aire de alguna ciudad de Gran Bretaña. Estos “gringos gringos”, con sus bastones inverosímiles, sus cachimbas altaneras, sus “palos” de *golf*, sus perros, altos como máquinas, tan despectivos como ellos, sus *jockeys*, y sus apellidos que tropezaban en la dificultad de nuestra lengua, eran empleados del FF. CC. de Antofagasta a Bolivia, o de potentes firmas importadoras.

Los españoles midieron todos los trajes “domingueros” que engalanaron las retretas de la Plaza Colón. Y, también, vieron la hora en los mil relojes de sus agencias de nombres absurdos (“LA FAMA”, “EL TIGRE”), y echaron cadena de oro y libras esterlinas, hongo y bastón, pantalón de fantasía y zapatos charolados, como dos soles negros. En sus negocios, los pobres dejaron sus fortunitas y salieron felices con el billete sobajeado y querido: las riquezas de los agencieros se formaron de infinitas pequeñas fortunas. Y de muchas más lágrimas...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ALABANZA DEL PIMIENTO

¿QUÉ NUTRE sus raíces que no temen avanzar hacia las entrañas de las piedras? El pimiento no es un árbol. Para crecer, generoso y solo, en la desgarradora infelicidad de la pampa, se precisa haber sido, antes que árbol, un minero: el pimiento es un minero que se convirtió, en proceso de sangre y de fortuna, en un árbol extraño, de pie más allá de toda flora, como pariente aventurero y solitario. Es un minero que se quedó, repentinamente, preso en sus alucinaciones y que varió su cabeza de áureas fantasías por un ramaje duro y verdoso, como cabellera de dios de pantomima; y que permutó sus manos por una fragancia que recuerda no se sabe qué bosques olvidados en el tiempo; y que dio a sus piernas destino diferente, de anclas de la soledad: las piernas de este minero son alimentadas por secretos jugos que le permiten alzarse, sin claudicar jamás, en mitad del desierto.

Allí, verdea el pimiento, como un padre de soles. Pastor de la distancia. Todo es plano y seco. Sólo él rompe las horizontales de la monotonía con su actitud de anacoreta, con su cuerpo de penitente, inmóvil y plácido. Se le ve desde lejos. Y uno, súbitamente, no podría asegurar que esa sombra que se yergue remota sea un árbol, o un ser que decidió su suerte en amor de brasas y espejismos.

El pimiento es un minero. Sí: un minero que, fatigado de explorar, decidió catear la soledad celeste que en la pampa parece tan próxima... Dejó que el viento le robara su mula; que sus alforjas fueran llevadas por los cateadores fantasmas que, en las noches, varían las huellas y derraman las cantimploras, vengando sus malandanzas; y se arrodilló en medio del desierto, y el desierto,

poco a poco, obtuvo de él un árbol: el único capaz de florecer en aquella cuna del tormento.

Sus raíces se hunden valientes en la piedra, ¡minero, al fin! Y su aroma no es sino un ardid del transfigurado para descubrir, un día, la veta del cielo!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LAS COCHINAS

CUANDO LA NOCHE se cobijaba en los pliegues tenebrosos de las cortinas del salón de mi casa y mis tías se despedían de las estrellas, comenzaba para mí un período de sugestión. El viejo piano se convertía en un barco siniestro y, sorteando muebles y sombras, se dirigía, como impulsado por un viento que sólo para sus velas existía, al medio de la noche, a surcar el piélago del aire. Las estatuas empezaban su terrible congreso y ya no era posible entenderse de sus discursos. Los antiguos retratos, complacidos, intercambiaban guiños maliciosos, y mi corazón recogía toda esta energía mágica con deleitosa sumisión. Naturalmente, nadie sospechaba la nutrición sorprendente que yo devoraba a esas horas; mis buenas tías se acercaban a mi lecho para besarme con una suavidad que no encontré jamás. Luego, era el silencio. Y, a intervalos prolongados, el reloj contaba un nuevo agujero del tiempo... No había más música, porque el lejano mar murmuraba apenas su endiablado monólogo, y los vecinos preferían la tibieza de sus sábanas a la aventura del flechazo marítimo, frío y penetrante.

¡Pero, estoy mintiendo!... Había una música... Y es la que nunca olvidó mi oído habituado a tantas voces. Y, aquí, está su encantadora memoria. El dinero derogaba la tristeza, y los pampinos llegaban a los burdeles de Antofagasta a divertirse, como príncipes del caliche. Al promediar la medianoche, alquilaban arrogantes "victorias" y —toldo abajo— recorrían la ciudad con sus mujeres, en un grito de amor y de locura. Atravesaban las calles, igual que un trompo de mil músicas, y la fanfarria de los trasno-

chadores avergonzaba, sin duda, al farol solitario y a los árboles que conocían, únicamente, el lenguaje de las *nurses*. No les vi ni siquiera en una fugaz ocasión. Mas, me despertaron sus cantos y, entonces, ¡ay!, cómo me volví nostálgico de una patria que excedía los límites del mundo.

Mis tías me escuchaban dar vueltas y vueltas en la cama y, con una mezcla de compasión y de molestia, comentaban:

—¡Ah, las cochinas!...

Y una guitarra me conmovía, misteriosamente, y una voz de mujer llamaba a incógnitos acompañantes, y diez voces de hombres coreaban, y en el silencio atroz de la burguesa ciudad acontecía una revolución de picardías. Los caballos golpeaban el pavimento con dureza. Las canciones se alejaban...

—Los perros han despertado al niño —continuaban mis tías. Y su ternura se reducía a un:

—¡Duérmase, m'hijito, no tenga miedo! —¡Qué miedo iba yo a tener!

¡Oh, cantores de antaño, cómo os hubiera detenido frente a mi ventana para escucharos, porque al percibir vuestros cánticos sentía que un hombre desconocido surgía de mí, queriendo escapar de las tías y del lecho cariñoso, para correr con vuestras queridas y beber no sabía qué, tal vez un néctar comparable a los sueños!

El coche se alejaba... Y una estela rumorosa flotaba en mis oídos. Noche a noche, aguardaba el paso de los trasnochadores que no eran los mismos; pero, que a mí me lo parecían: era como si una familia colorada y canalla transitara, invariablemente, una familia a la que apreciaba más mía que a mis lindas y buenas tías asustadas.

Esas voces me transfiguraban. ¿Qué misterioso llamado palpitaba para mí en sus acentos? Como quien espera la venida de una noticia de vida o muerte, en mi lejana infancia de niño nacido al borde del Bien y del Mal, me quemaba impaciente por coger, sílaba a sílaba, la grito que los pampinos agitaban en mi calle sin luna de tentaciones.

Aquellas músicas no se pueden olvidar. Una voz de mujer juraba entre las estrellas. Y un soplo de ilusión enronquecía la garganta de los hombres.

—¡Ah, las cochinas!

Y aquellas cochinas, sin siquiera presentirme, enseñáronme que el mundo es una copa de vino que debemos beber con sabiduría y que la noche, sin ser un museo, contiene las mayores maravillas: un niño que estudia el silencio, una romanza que apresura la sangre hasta aproximarla a los límites más quemantes del sueño, un recuerdo que brinda un ala feliz a nuestro corazón.

. . .

El piano retornaba avergonzado. Las estatuas callaban, de pronto. Los antiguos retratos recobraban su expresión de fantasmas retocados. Yo perdía la noción del tiempo y el mar no me importaba. Una guitarra descubría para mí la brújula del cieno y descansaba extrañamente alegre. Como la gota de agua que se reconoce pariente del océano.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL “ENGANCHADOR”

LAS OFICINAS necesitaban brazos. Las Compañías sabían elegir, de entre los viejos y ladinos hombres de la pampa, a los que servirían de cantos de sirena, en el Sur, para arrancar de los ranchos a los mocetones ebrios del sueño de la fortuna. Era un arte como cualquier otro: un arte difícil que exigía el labio presto y la voz plena.

La pampa brillaba en la imaginación popular, como una bolsa de oro abandonada. Chile vivía con los ojos puestos en el salitre. Se decía que la riqueza no requería más sacrificios que el viaje. Con estos antecedentes, fácil resultaba a los “enganchadores” el trabajo.

Las Compañías les proporcionaban bastante dinero, la llave para abrir el arca de las tentaciones. El “enganchador” partía bizarro, como un rey: el sombrero ladeado de los conquistadores; el diente de oro: una lámpara y un argumento; una chalina en el cuello grueso, de toro colorado; el traje de casimir inglés; y la cadena de oro con la libra esterlina, como un ojo que no miente. Los zapatos brillaban; y el reloj reía presto para anunciarle más tiempo a las fiestas...

¿Dónde hedían la “cotona” y los “calamorros”? ¡Mentiras! En la pampa, el dinero se recogía con sólo agacharse a los “rajos”. El “enganchador” era una prueba fuerte.

Viajaba en primera clase, hablando, como un trueno vuelto hombre, sacando por nada la cartera gorda de billetes: el “bolón” que obligaría a soñar a los huasos podridos de invierno y de hambre.

Desde Rancagua empezaba el “enganche”. El nortino no dejaba

sitio sin frecuentar. En las cantinas contaba historias de dulce hechizo.

—¿No toman los amigos? —preguntaba, rangoso.

Los hombres bebían, lentamente, retardando el final del vaso. El nortino ordenaba repetir los “tragos”; bebía, de golpe, sin mezquinarle gusto a la sed. El auditorio asentía, ganado. Entonces, hablaba con libertad. Surgía una pampa ideal, con el salitre a flor de tierra y el dinero repartido en todas partes. Los ojos de los oyentes se distendían ansiosos. ¿Dónde quedaba aquel mundo maravilloso y despreciado? El “enganchador” solucionaba las dudas:

—Es cuestión de decidirse... ¡A tres días de Valparaíso!...

Y hacía brillar el anillo del dedo y tosía para impresionar, como los dueños de un secreto quimérico. Los hombres se acercaban. La libra esterlina giraba rápida y fascinadora. Nunca la poseyeron los hombres de este lado de Chile. Semejaba un pequeño sol íntimo, un sol de oro que —algún día— ellos, también, usarían para su felicidad.

—¿Y cómo irse p'allá? ... —aventuraba, tímido, un muchacho.

—¿Quiere usted irse? —contrapreguntaba el “enganchador”.

—Si no es más que partir, clarito —terminaba el conquistado.

Lo demás, era obra del “enganchador”. El vino corría detrás de sus manos generosas: era el ángel providencial que iluminaba los ranchos y colocaba una cortina de plata delante de la miseria.

—¡Salú por los futuros millonarios! —insinuaba el embaucador.

Las copas se vaciaban, Las canciones cosían un adiós en las caras. Rancagua soltaba unos cuantos hijos. Y, así, cada pueblo entregaba su cuota de brazos al encantador de almas humanas.

—¡Los solteros se cotizan mejor! —gritaba el “enganchador”. Las mujeres y los chiquillos estorban las manos pa'ganar la plata...

Le lucía bien y noble el mechón del *curao* rumboso sobre la frente. Los ojos se le achicaban: el desierto se tornaba más pequeño en su mirada. Blanqueaba el amanecer al borde de una damajuana. Los hombres, idiotizados por el alcohol y la ilusión, roncaban a pierna suelta:

—¡Me recondenara con la tierra linda, hermanitos!

Un borracho abría un ojo y miraba. El aire se poblaba de moneditas. El “enganchador” deliraba. La mentira terminaba por atraparle a él mismo:

—¡ Las mujeres se visten de seda y parecen princesas! Yo conocí a un pampino que se bañaba en oro . . . Se metía adentro de un barril lleno de oro, en pelotas, aullando, como un endemoniado, y el oro le besaba con sus boquitas lindas . . .

Otro borracho juntaba el vino derramado en la mesa y le llamaba con dulcísimos acentos de animal:

—¡ Por fin te veo bien, caballito de Dios! ¡ Seremos ricos!

El “enganchador” colectaba juventudes. Los caminos se poblaban de carretas y de mantas que le buscaban para seguirle al Norte. En cada puerta de rancho una mano obscurecía el aire con un adiós . . .

Valparaíso les aguardaba. El rebaño humano llegaba todavía con la boca hedionda a vino. El viaje en cubierta de infernales “caleteros” les dolía, como una espina. El “enganchador” les alentaba:

—Un tranco más, niños, y comenzamos a ganar platita . . .

Y pasaban puertecillos tristes y días apuntalados a fuerza de esperanza y de pisco Pablo Rodríguez. Antofagasta emergía, con su miseria de cerros: ya se principiaba a metamorfosear el “enganchador”; la voz se le ponía agria y el gesto no era de campeón de tonadas.

En el “enganchador” se escondía siempre un resentido. Era el burlado que se vengaba de su fracaso, engañando a otros, a muchos, para no ser él, solamente, un defraudado.

Cuando el tren del Norte subía al “interior”, el “enganchador” se identificaba con el desierto. No se le conocía: se perdieron los ademanes cordiales y el ¡salú! Aparecía un dictador de piedra. Un ser agresivo que mandaba con autoridad desconcertante, de huasca.

Los hombres caían en la cuenta: estaban burlados. La pampa se extendía, de durísimo golpe, en aquella silueta que compendia-ba al espejismo y al pedrusco.

—¡ Estamos fregados!

—¡ Pisamos el palito!

—¡ A poner el cuero duro!

En Pampa Unión no cabía duda alguna. La pampa en persona les esperaba: era la pampa de los “barreteros” que huían con el grito en la punta de los labios:

—¡ Con fuego . . . , tiro grande! . . .

La adusta pampa que, únicamente, los "18" detenía las faenas embrutecedoras; la pampa que mataba de sed a los hombres que deambulaban, de Oficina a Oficina, tras el mendrugo de pan y que morían, con las manos despedazadas en mitad del desierto, echados sobre hoyos inútiles que la desesperación abría en su deseo de agua; la pampa de la Oficina "Rosario" que llegó a llamarse "la Cárcel" por la sequedad del amo y del paisaje; la pampa de los "bogates"; la pampa que denigraba al hombre por su ausencia de todo respeto humano y que los reducía en zahurdas de "calaminas", verdaderos infiernos en el día y que en la noche transmitían y "transpiraban"; la pampa de los "catres de elefantes": una "calamina" sobre cuatro tarros parafineros; la pampa de las "vicuñas": un saco salitrero que cubría los huesos doloridos; la pampa de las "casas de latas", con su alumbrado a carburo, sus naipes de maula y su gula de "fichas"; la pampa de los muertos por un cartucho de dinamita!

Los "enganchados" perdían de vista al culpable de su desgracia. Abierta era la pampa y, sin embargo, resultaba difícilísima de abandonar. El "enganchador", entregada su reserva, desaparecía.

Gozaba en el "puerto" del producto de su habilidad. Cuando juzgaba prudente, retornaba al Sur para proseguir su caza de jóvenes espaldas.

Mas, su oficio no era tan simple, tan pacífico. Debajo de su ropa guapeaba siempre una pistola. Sobraban huasos que no le perdían detalle a su cara; cualquiera medianoche revuelta le cobrarían el precio de su traición. Era preciso contestar, y la lengua más adecuada la desplegaba un cañón.

—¿Dónde te he visto? ... —indagaba un juerguista.

El "enganchador", con el vestón abierto, mostraba la panza feliz del favorito de rico.

El no recordaba tanta cara de tonto "empalicado".

—¡Salú!

El ademán no variaba: desenvuelto y cínico. El hombrecito del Sur lo reconocía por ese dedo meñique que se alzaba caprichoso en la empinadura de la copa.

Cualquier pretexto bastaba. Un cuchillazo marcaba el rostro del "enganchador". Eunucos morales, con la molicie del oficio, perdían la destreza del cuchillo, y al roto avecindado en aquellos

parajes de maldición, no le era arduo lograr la maestría del golpe preciso. El golpe del desquite.

“Enganchador” marcado poco servía después. Aquellas cicatrices proclamaban un alerta; gritaban: ¡*cuidado!* a los desconocidos vecinos lejanos, a los hermanos perdidos en la cosecha, el peligro del desierto. El “enganchador” las cubría con aventuras de mujer celosa, de señoras con marido bravo. Podían “engatuzarse” algunos huasos más. Pero, la marca quemaba.

El que tajeaba a un “enganchador” respiraba aliviado. Los pampinos le condecoraban con su gratitud.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL FRIO ES PADRINO

LA MISERIA era demasiado espesa; a pesar del trabajo exigente, que no perdonaba manos ociosas, Herminia sufría; su marido daba, silenciosamente, sus espaldas en las calicheras; el sol se agarraba a ellas, como a una extensión grata y pulposa; Herminia cocinaba a una veintena de hombres y los niños pronto se colgarían a la explotación, como a una ardiente pared irremediable; ya le servían, es cierto; pero, sus destinos no madurarían junto al fogón humoso y familiar, sino que lejos del hogar, en la dura dimensión de la pampa. Herminia les veía jugar, de repente, como si otro niño les brotase adentro; entonces, sonreía. Era la madre, y aunque "cos-tras" de maldición cubrieran su alma, no podrían arrebatarse la felicidad de contemplar jugar, siquiera por un rapidísimo instante, a sus hijos —ellos, los pobrecitos, que nacieron con un designio de alas grises en su estrella—. Esos niños ignoraban la suavidad de la mariposa, la alegría del aro corredor, echado más allá de las tardes; vivían, como pequeños hombrecillos desgraciados, en una secreta alianza con la tierra, tomándola y adorándola, en cascadas sin gracia, en construcciones informes. ¿Para qué precisaban conocer el diámetro de la risa? ¡En las calicheras sólo cantaban los "combos" tenaces!

Herminia suspiraba. Cinco hijos coronaban su vientre. Ahora, el vientre crecía, impulsado por una corriente secreta y, terriblemente, la maternidad no tardaría en empalidecerla, una vez más. Los ojos le concedían con el embarazo una ternura potente; caminaba, solemnemente; el suceso próximo no disminuía los rigores y Herminia actuaba despreocupada, sin concederle importancia a

lo que venía... Los porotos salían duros... El pan encarecía... Los niños tosían demasiado...

Amarga era la vida en el Cantón Negreiros, de Iquique, y en la Oficina "Aurora" el bienestar no llovía del cielo, sino que emergía de las gotas de sudor caídas en la tierra.

A Herminia le escaseaba la leña. A casi una hora de distancia negreaba una Oficina abandonada, la "Amelia". ¿Por qué no ir en su busca? Herminia palpó su vientre, tan semejante a un mundo.

La comida humeaba lista. Los niños la servirían. Por los cielos pasaba un murmullo perdido. El viento del crepúsculo arreaba nostalgias. El Campamento empezaba a encender sus lucecillas. Herminia no dudó. Echóse un chal a la espalda y salió a las huellas. Luego, las estrellas invadirían los ojos.

. . .

La pampa fingía un pliego de silencio. La tierra chupaba el ruido de la marcha. Herminia, jadeante, no miraba para atrás. Sabía donde concluiría su viaje. La Oficina "Amelia" parpadearía en palpitante luz. Los perros del cuidador ladrarían al oírla caminar y sus ladridos tajarían tanta obscuridad. Ella conocía esos perros que restan en las Oficinas abandonadas, como infectados de lejanía y autoridad. No les temía.

. . .

Un suspiro. Las piernas, como atardeceres. El vientre en un vaivén acompasado y rudo. El chal, suave, igual a su madre.

Herminia escucha el ladrar de los perros. La luz vacila a la distancia. Avanza.

La Oficina "Amelia" es una terrible complicación de noche y de silencio. Los perros se precipitan derechos contra ella; Herminia los esquivo y grita; el cuidador aparece, súbitamente.

Herminia pretendía robar madera para el fuego, algunos carbones olvidados. El cuidador la comprende. Herminia ruega. El cuidador quisiera ceder, a cambio de una caricia que borrara los demonios sueltos por su carne... Pero, esa mujer está encinta. El cuidador piensa: "¿Y qué importa la preñez?" Y, sin brumas, lo

propone. Herminia retrocede y principia a desandar el camino. ¡Malditos perros! El cuidador la observa achicarse en la noche.

La Oficina retorna a su paz desesperante. Antes que Herminia, acaban de huir varios gatos enloquecidos en dirección a la muerte; un perro ha muerto de hambre. Son las contribuciones calientes al mal recuerdo que dejan los que se van: en las Oficinas abandonadas, restan gatos y perros que el tiempo asemeja a la fatalidad.

Al cuidador lo atraviesa una obscura piedad. ¿Por qué no permitirle lo que la trajo de tantos kilómetros? A voces, le llama. Herminia duda: en su casa necesitan fuego. Y, recelosa, escucha el permiso:

—Llévese la madera que guste...

El cuidador se pierde. La noche triunfa. Frío en fibras. Herminia comienza a rastrear, forcejea contra algunas paredes. Su vientre amenaza estallar. Se queja.

Distantes, como envueltas en terciopelos, las luces de la "Aurora". Herminia trabaja, ardorosamente. Sus manos no ceden. Crujen algunas murallas, saltan ruidos. Herminia se entrega a su tarea con pasión. Transpira. Su vientre es una fruta balanceada por el viento. Sus dedos rajan madera, rastrean. La cabeza de Herminia vacila en llamas.

El esfuerzo pule su cara.

. . .

Herminia siente que su carne volará, milagrosamente. La madre no olvida el trance de luz. Su vientre florecerá, en seguida. Herminia tiembla. Sola, en un inmenso tálamo de espanto, será madre; por sus venas pasan mensajes del mundo; se dobla sobre la tierra negra y muda. La madera rueda. El carboncillo dejó en sus manos una marca de angustia. Herminia en los suelos quiebra su noche de madre y el hijo inicia su aurora: Herminia, fatigosamente, muerde sus labios; sus entrañas proletarias se agigantan. Sus caderas crecen, como los bordes crecientes de una copa misteriosa y pura; la sangre salta y enrojece madera y carboncillo, goteando a la tierra, sin cálculos.

Herminia se contorsiona. El sudor la invade. Los gritos y el heroísmo en esta mujer: pare. El hijo acaba de tocar la costra de

la tierra y este roce es un beso cósmico al nuevo explotado que entra a desafiar al destino.

Herminia háse revolcado, como una bestia potente y solitaria; su hijo llora, desnudo, sucio, ensangrentado y valiente. No debe detenerse; se para. La sangre baja por sus piernas. Se acomoda presta y, rompiendo flaquezas, envuelve en su chal al recién nacido, recoge su carga y, así, emprende el regreso.

Llora el niño. Su llanto derrama una extraña sinfonía en el desierto. El niño llora. A Herminia le arde el sexo. Su vientre es una rosa apagada. El niño llora. El cuidador, remotamente, escucha, y desde su puerta iluminada palpita por ignorados sentimientos. La mujer camina sin más fuerzas que su sino. La noche echa sobre sus facciones desfiguradas un aliento de mármol. El niño llora. La sangre de Herminia brota calientita y terca. El niño llora. Las huellas se llenan de fugaces rubíes. Las piernas de Herminia, tiemblan, como las columnas de un templo abandonado por los dioses. El llanto del niño la engarfia a la noche. Sus pechos se pueblan de ríos azules. El cuerpo del hijo retiene carboncillo, astillas, una arenilla tenue, sangre. Llora. La madre declina; pero, no se detiene. Piensa en el cielo: —¡Ah, si fuera un pañal...!—. El niño llora. Para Herminia, el camino es un cuchillo: un largo cuchillo inolvidable.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL "CAPOTE"

PARA AQUELLOS HOMBRES, Rosa Hormazábal fue una aparición. Sus cabellos castaños despedían una dulce fosforescencia, y sus ojos se rasgaban igual que dos frutas de ternura. En la boca de esta mujer, posiblemente, encontrarían la clave de la vida. Sus carnes retenían un vaho desconocido: una especie de perfume primitivo y poderoso que, cada vez que la sentían cerca de sí, les abría una violencia que ninguna otra hembra del Campamento exaltaba. Pero, Rosa, esa Rosa que lograra sombrear de angustia el corazón de todos los machos de la Oficina, aparecía solitaria y dura, ausente de su propia belleza, sin oídos para el amor. Indiferente a los halagos, vivía en un mínimo de gracia para ellos, preocupada de su casa, siendo para su jardincillo el hada y la dulzura.

Ni Roberto Meneses, ni Lucho Lira, ni Juan Campos, consiguieron que Rosa reparase en sus virtudes viriles: por primera vez, los reyes de la Filarmónica sufrían derrota en manos de una mujer. Encendieron lances y aventuras que, pronto, se desvanecían en el olvido. Ahora, se trataba de ganar la partida más bella. En su desesperación, los hombres no agitaban molestias de rivales: se trataba, solamente, de vencer a la desdeñosa; no importaba con quien se quedara: lo interesante llamábase: sumisión. Acostumbrados a elegir, como en caja de muñecas, la frialdad de Rosa les unía, rompiendo orgullos y amalgamando instintos.

La lucha, en el fondo, era la contienda del Desierto y la Campaña: los hombres encarnaban a la piedra que rompe y que brilla. Rosa, al Sur de las perspectivas tranquilas, con sus múltiples encajes de aromas y su suelo blando, como colchón del mundo. Rosa

llegó con su padres en cualquier “enganche”. Desde el primer momento, deslumbró. Las mujeres de la pampa tenían la piel reseca y negra. En su carne no transcurrían sino derrames de sol. Echarse encima de ellas era como tenderse en un lecho de piedras tibias, oliendo a sol, a tierra, con una pátina de yodo, como la más imperceptible y última vestidura... Los hombres intuían en la piel de la forastera una suavidad adormecedora, una fragancia que penetraría en los sentidos, como un río de saludables sales, y presentían que al poseerla viajarían por un país maravilloso, el entrevisto en la más hermosa tarde de la infancia, un país en cuyos límites esplendían la Muerte y la Vida, a la manera de dos columnas de triunfo.

Mas, ni Roberto, ni Lucho, ni Juan, impresionaron a la muchacha. ¿Es que sus ojos carecían de espacio para el deseo, es que en éstos vagaba la forma perdida y nunca olvidada de algún galán de frescas mejillas y de manos besadas por la tierra? A los pampinos, verdaderas esculturas de piedra, el sol les esculpió el rostro con decisión; las espaldas parecían trozos de un planeta demasiado ardiente; y sus manos hablaban un tosco lenguaje de amor... ¡Eran vigorosos y ganaban dinero!

Ni lo uno ni lo otro estremecían a la muchacha. A veces, una sonrisa. Otras, nada. Para Rosa, la pampa se mostraba hostil. Las mujeres la odiaban, sin cálculo. Públicamente. Rosa no era responsable de ninguna infidelidad. A ratos, daba la impresión que ni siquiera lo era de su juventud magnífica y viva. El Campamento se dividía por su causa. Los hombres la soñaban imposible. Y por imposible: deseada. Las mujeres pasaron, luego, del murmullo procaz al ademán injurioso. Rosa, sin embargo, no reparó en aquella batalla sexual que palpitaba a sus pies, en aquella batalla por su cuerpo —que era una fortaleza labrada en materiales de oscura arrogancia.

Para Rosa compartían iguales condiciones los adoradores y las ofendidas. Le bastaba con ayudar a su madre, enredarse en evocaciones con su “viejo” y, cuando el crepúsculo enviaba su adiós de colores, coger la guitarra y cantar, como si, cantando, se iluminara el alma:

*“La suerte que es tan tirana
fijó la existencia mía;*

*me tuvo a tu lado un día,
para ausentarte mañana..."*

Los rasgueos del instrumento repartían nostalgia. La madre, a través de las cuerdas, volvía a contemplar los álamos gigantes, coronados por el viento de la noche, y el "viejo", por los caminos de la guitarra, se marchaba a quién sabe qué recuerdos... Rosa cantaba. Únicamente, ella medía las simas que las canciones le reservaban:

*"Por eso mi amor se afana,
porque así tiene que ser,
no me puedo detener
¡ay, bien que de ti me alejo!
Este recuerdo te dejo
por si no te vuelvo a ver".*

¿Que Roberto penaba por sus cabellos? Rosa llevaba en sus sienes el tamaño de una palabra inolvidable. ¿Que Lucho dejaría el vino por nombrarla su mujer? Rosa quemó su dedo de amor con un anillo de ensueño. ¿Que Juan podría matarla, exasperado? Rosa comprendía que morir era preferible a soltar una imagen que, yaciendo en el corazón, lo erguía más diáfano...!

La Oficina le recordaba una cárcel sin barrotes; pero, excesiva en verdugos. La actitud suya, de esfinge sutilísima, hería a todos. Las mujeres deseaban verla rodar, convertida en un pobre juguete deshecho; verla casada con el peor de los hombres, golpeada y humillada, madre de engendros. Los hombres, no: se limitaban a desearla más y más, a poseerla en los turbios jergones de la subconsciencia.

A medida que el tiempo cruzaba por la pampa, la disputa por Rosa adquiría una tensión dramática: no porfiaban ya la Mujer y el Hombre en su desnuda posición de fuego: era una lidia telúrica, de la tierra húmeda y fecunda, con la tierra estéril y agresiva; Rosa representaba a la felicidad de una tierra donde el árbol dialoga con los pájaros y los ríos son las venas del paisaje; Roberto, Lucho, Juan, y los demás varones de la Oficina, más que tales, resumían el territorio de la soledad en trance de instinto: ¡era

como si la Pampa quisiera volcarse en el Sur, en un infinito deseo de madurez y de alegría!

Matarla, como proponía Juan, no solucionaba ninguna cosa. Sería, al fin, entregarla a la voracidad de otro amante que gozaría, largamente, en su única posesión... ¿Cómo vengar tanta frialdad? Entre Roberto, Lucho y Juan desaparecieron las rivalidades; conformaron una sola masa de lava, persiguiendo el cauce fascinador. Una noche, mientras bebían en *Sierra Gorda*, Roberto deslizó, al azar:

—¡Un “capote” se merece la lobita...!

La intención giró sobre sus copas y se perdió en medio del vino. No pareció anidar en ninguna mente el desquite tremendo. Las copas siguieron, puntuando la tertulia y, al amanecer, el gallito del día no cantó para los tres amigos.

Y no cantó en cinco madrugadas más. Fueron cinco embriagueces en que la efigie de Rosa enrojeció el más allá de los vasos colmados. Horrendos, hediondos, volvieron a la Oficina. *Sierra Gorda* permanecía con sus cuecas y sus “potrillos” dispuestos y generosos.

Roberto recordó su revancha: un “capote” se merecía aquella mujer. La noche acababa de incendiar sus fanales. Los caballos pisaban, silenciosamente. Lucho y Juan saboreaban la tonada del adiós.

—Niños, y ¿si “capoteamos” a la Rosa? —gritó, de pronto.

Lo miraron los hombres, como retornando de una gran obscuridad. ¿Era posible aquello? ¿Por qué no? Se juntaron las cabalgaduras y un plan —odio y sexo— clavó los ijares vacilantes. Galoparon a la Oficina: era preciso que Rosa, esa misma noche, tributara su cuota de pureza a los pampinos.

Se trataba de sobornar al sereno, de penetrar a la casa de los Hormazábal sin que se sospechase nada; y, si era necesario, matar a los viejos.

.

El Campamento dormitaba en calma. Roberto instó a que los otros le esperaran en la huella: iría solo. Los caballos debían permanecer lejos para evitar los ruidos. No se opusieron los hombres

y Roberto se encaminó al Campamento. La noche ondeaba, como un trapo maldito. Lucho y Juan, de pie, vieron cómo la obscuridad devoró la bizarría del amigo. ¡Buen camino!

Roberto, inteligentemente, esquivó, con lentitud y sigilo, al sereno: ¡que nadie más terciara en este asunto! Demoró largos instantes para enfrentar la casa de los Hormazábal. Convenía saltar por los pies: diestramente, trepó y descendió, en seguida. Un silencio cargado de estrellas bajaba del firmamento. Rosa dormía en una piecesita contigua al patio. Roberto se aproximó y reconoció a la muchacha. Con un grueso pañuelo avanzó, en puntillas. A lo lejos, Lucho y Juan debían pasearse impacientes por su tardanza. Roberto dudó un segundo. ¿No sería oportuno un golpe para evitar cualquier movimiento delator? Empuñando la diestra, descargó un puñetazo en mitad de la frente de Rosa; después, se apresuró a colocar el pañuelo en su boca. Echándosela al hombro, en camisa, con los pies desnudos y la cabellera desplomada, salió al patio. Escuchó: nada, nadie.

Con aguda viveza escaló la pared de "calamina" y, cuidándose, extremadamente, saltó a la calle. Empezaban el peligro y la grandeza de su misión. Con pies de algodón, anulando casi el respirar, avanzó. Las sombras prometían, a cada paso, una sorpresa. Era indispensable ganar la huella y: ¡a saciarse!

¿Cuánto duró este peregrinaje arriesgado, dulce y amargo, a la vez? ¿Cinco, diez, treinta minutos? Por fin, Roberto distinguió a sus compañeros. Lucho y Juan se aproximaron. Rosa, desmayada, respiraba, ahí, cerca de sus manos, como lianas voraces: se admiraban sus cabellos finos, sus facciones de blancas piezas, sus pechos de colinas encantadoras, sus muslos de apretados racimos. No se habló. ¿Para qué? Montaron y huyeron. Roberto jadeaba. El corazón se distendía en embrujos.

Cuando la distancia fue cómplice, los hombres se alejaron de la huella y se dirigieron a una extensión de la derecha. Para aquel festín de vehemencia, ¡qué mezquina la alcoba! Rosa volvía en sí; sus ojos se poblaron de tristes y aterradores interrogantes. Roberto bajó del caballo con presteza y la dejó en el suelo. Sus compañeros le imitaron. El viento alzó la camisa de la muchacha, enseñando su pubis de tenebrosa gula; sus muslos tiritaban, como dos leños en la hoguera de la lujuria. Roberto habló:

—¿Quién será el primero y quién el último?

Rosa temblaba. Las piedras mortificaban su cuerpo. Yacía anublada. Con esfuerzo describió el pañuelo de su boca; pero, no articuló palabra. Una cruel certidumbre le dictó la inutilidad de su llanto y de su grito. Se defendería, sí, a conciencia de que aquello no presentaría sino una débil muralla de pudor, un “por si acaso” de su virginidad desgraciada.

—Empieza tú —propuso Juan—: lo ganaste. Yo seré el último.

Lucho asintió con la cabeza. Roberto sonrió, ferozmente. Rosa fue penetrada por una flecha de caos. La cabeza le pesaba, como una bola de plomo. El alba izaba sus alegres tintas, con tímida diestra. Roberto se acercó a la mujer y la contempló con fijeza: era una potente beldad, agreste y terrible.

—Poco te durará el “cartucho”, preciosa... —la explicó Roberto.

La mujer anheló que la voz se le trocase en rayo, para atravesarle el pecho con una blasfemia. Roberto se bajó los pantalones y el viento le clavó las piernas velludas. Rosa tanteó la tierra: era una atroz cama de espinas. Entendía su fin de asco y desventura y callaba con trágica mansedumbre. ¡Sea la vida, sea mi desgracia!, meditó. Y los sentidos se le diluyeron en una resignación pesada y superior.

El sexo del hombre, palpitante y bestial, avanzó para escarnerla: espada de la muerte... Roberto, en un silencio dramático, se desplomó encima de la mujer. Forcejearon un minuto. Las piernas de Rosa adquirirían una súbita firmeza. Roberto jadeaba. Su sexo ardía. Desesperado, repitió el golpe del Campamento. Rosa se desvaneció; se aflojaron sus músculos. Lucho y Juan fumaban trémulos. En la penumbra del día en marcha, sus ojos recogían aquel panorama de carne, como el más opulento de los horizontes. Roberto, con manos torpes, entreabrió las piernas de Rosa y principió a desvirgarla con ciego furor. Las entrañas de Rosa gimieron... Agrio combate. Las nalgas de la mujer se herían. Lucho y Juan eran invadidos por una desazón brutal: les subían por las piernas numerosas corrientes de fuego. Roberto se paró satisfecho. Una charca de sangre quemaba a las piedras...

Y Lucho y Juan gozaron.

. . . .

La mañana columpió sus ramas azules en el cielo. Rosa sollozaba, perdida en la fatiga y en la angustia... Los hombres, silenciosos. Roberto desviaba con su pie algunas piedrecillas.

Cegado en mal, Juan determinó:

—A ésta hay que darle el bajo... Déjenlo por mi cuenta...

Roberto consintió. Y Lucho: Juan se arrodilló al lado de Rosa; tomando una piedra, comenzó a descargarla contra la indefensa y consumida.

Un caballo relinchó. La mañana vació su realidad de colores. Roberto y Lucho se alejaron. Juan golpeó, endemoniadamente: Rosa no hablaría más.

—Nadie sospechará nada —comentó Roberto.

—Dirán que se arrancó...

Los hombres cavaron un hoyo profundo y la enterraron cabeza abajo.

—Vamos, niños...

—Vamos...

Los hombres partieron a carrera, como anhelando recortar los metros, con desesperada ansiedad.

El viento del desierto movía sus brazos.

Rosa no se pudriría. La eficacia del salitre la conservaría, como una estatua de la ferocidad humana.

. . . .

El viento del desierto pasa y pasa por la pampa, rastreando el suelo. Es un labriego de arado violento. Alza y empequeñece montañas. Cambia los pedruscos livianos. Arremolina el polvo en espirales tercas. Aúlla, como una manada de fieras celosas.

Esa misma mañana inició el desentierro de Rosa. Una capita de tierra fue la primera en ceder. Y más tarde, otra. ¿Cuánto duró este trabajo? Un día, sobre la planicie gris, apareció un talón pálido, asomándose indeciso. El otro surgió. Y, en paciente faena, se descubrieron las piernas. Asombro en el páramo, las piernas de esta mujer fueron los árboles más conmovedores de la Creación...

“EL 137”

SI LA INFANCIA es un camino, por la mía corre y corre un cochecito rojo.

Yo lo recuerdo con sus grandes ruedas negras y su caballo inquieto, como flor de llamas, con su auriga descomunal y su látigo brioso: una verdadera cauda de cometa.

Era el carro dentro del que iban los borrachos del pueblo, recogidos y vencidos sacos de alegría, despreocupados en su derrota, y llenos de un duro sueño, coronado por fragantes gotas de vino!

No cesaba de recorrer las calles esta pequeña ambulancia de los gestos destrozados. Más que un vehículo, era un paraíso oscuro donde los ángeles de la guitarra dormían, confiadamente; un refugio en que la noche vivía, plácida, en la luna rumorosa de los relojes de oro...

Siempre era una fiesta extraña su pasar: los niños le gritábamos, como queriendo atajarle con nuestras voces. Ese carrito no parecía destinado, precisamente, a tan arduos menesteres. Nosotros le queríamos para carroza nupcial de nuestros muñecos; ¡qué hermosas sus ruedas incansables...! Le queríamos para compañía de juegos sutiles...!

“El 137” atravesaba con sus ocupantes nuestro asombro cotidiano, como si viniera de un país extraordinario, completo por demonios capitosos. ¿Se dirigía a un punto al que no podríamos alcanzar, sin antes beber la copa de sangre de la vida...?

—¡El 137...! —y corríamos en su siga, ignorando razones: ¿acaso por qué, secretamente, ansiábamos entrever el olvido del hombre en su anillo de alcohol?

Aquel carrito veloz ocupaba casi un rango familiar. Y, ahora, su sombra fantasmal continúa su tránsito en nuestros más caros recuerdos: ya no van ebrios adentro; lo sé: vamos nosotros en nuestra primera y más pura borrachera de mundo. Vamos nosotros, ¡cantando!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

ORO POR LATIDOS

ROMUALDO CUEVAS prefirió las calicheras para moldear su destino con mano generosa. En el campo no existía más fortuna que un rayo de agua y una gran sábana, succulentamente, verde. Crecían, en el Norte, las talegas gordinflonas de la fecunda suerte y era torpe encanecer entre el mugir apacible y el estribillo adormecedor del viento. ¡Al Norte, pues! ¡A la tierra en que la plata imponía su ley de buenaventura!

El tren del "enganche" lo acogió con duras palabras de madera. Y en el desamparado viaje en la cubierta de un "caletero" entendió que la felicidad se escondía bajo siete palmos de tierra. Los "enganchados" sufrían. Una comida de perros ayudaba a la lenta agonía del mareo. Las mujeres desgredadas y demacradas sugerían escalofriantes diseños de la desgracia; en la promiscuidad, se perdía el pudor y junto a la bacinica hedionda yacía la guitarra muda. El "caletero" zurcía el litoral, con su agujita de humo. Surgían los puertos con su rostros bañados por la sal benéfica y el verdor se empinaba, a lo lejos, para recordar a los viajeros que aún restaba esa sensación de bondad con que la Naturaleza habla a los hombres: una arboleda rompía su gracia, allá, donde las olas se tendían a morir.

A la altura de La Serena, el mar cobraba un matiz dulcísimo y si Romualdo hubiera podido imaginarlo, habría pensado que Chile, precisamente, era dividido, ahí, por un hacha gigantesca: al Norte le correspondían la desolación, la trágica hermosura del hueso blanqueado a fuer de soledad; en el Sur, se concentraban los aromas y a los ojos refrescaba la caricia del paisaje.

En Antofagasta, Romualdo Cuevas comprendió, de golpe, la magnitud de su aventura; se arriesgaba a todo desde el momento de arribar. Los cerros crecían, cual monumentales guñapos de rencor, y prolongaban el drama sediento que acontecía a sus espaldas.

Un vecino de asiento, en el lanchón que les traía al muelle, no resistió tamaña economía de gracia y blasfemó en voz alta.

Romualdo asintió. Las cumbres de los cerros se dibujaban, nítidamente, en el aire de la mañana. Cuevas apretó los dientes, como se hace ante un gran peligro, y se juró no echar pie atrás. El marcharía dispuesto a enriquecerse, aunque el mundo se despedazara. La pampa, ya lo veía, bordeaba el infierno.

. . .

La Estación: trámites y papeleos, un pitazo: ¡a la Oficina! Desde la ventanilla del vagón, Romualdo puntualizó el panorama. La pampa comparábase a un jardín momificado. A una serie de cerros grises seguía otra idéntica; de repente, los minerales que descansaban bajo la superficie coloraban el exterior de oro y de salmón. Las cadenas de los cerros se disparaban encima del paisaje, lo mismo que formidables chorros pétreos, que borbotones de un grifo maligno.

Cuando concluyó el viaje, la "Oficina" sonrió en sus descoloridas "calaminas". El humo levantaba su columna fugaz contra un cielo empedernidamente azul y se notaba en las caras de las gentes que la vida salitrera manejaba un buril siniestro; las frentes se quebraban en muchos surcos (en "rajos" corregiría un pampino) y los ojos, oscurecidos por el sol, cedían a influjos de una orden sombría; los labios quemados se ennegrecían y era de proponerse qué sabor delicioso, qué sabor humano concederían en los besos.

Tras idas y venidas, Romualdo se instaló. Al bramido de una "sirena", saltó a su nueva vida. En la pampa, el trabajo se realizaba a pleno sol. Los torsos desnudos ofrecían espacio para sus caprichosos dictados. Cuevas, habituado a trabajar al aire libre del Sur, ¿soportaría aquella atmósfera agresiva en que la sed revoloteaba con sus avispas? ¡Triste ejercicio de penitente! Al con-

cluir su labor, el primer día, sus músculos gemían. Mas, era joven y animoso y, sobre todo, cultivaba una recia voluntad de vencer. Y fue acostumbrándose al trabajo de las calicheras.

Se ganaba dinero. Las ocasiones no sobraban para botarlo. Pero, se botaba en los bulliciosos burdeles del "puerto", en que las mujeres, noche a noche, conocían a un varón diferente y que era, sin embargo, igual al anterior y al que vendría después, porque todos guardaban la misma hambre celosa y brutal, y huían de las garras del sol, con unos tremendos deseos de besar y de olvidar, por unas horas, la esclavitud de una soltería bastante cruel, puesto que a los pampinos ni siquiera les permitían esos desahogos de la ciudad que son la caricia furtiva, la ilusión, la mirada que ablanda los rigores. La prostitución era la natural confidente de la pampa chilena. En los burdeles, bastaban un espasmo y un trago para anular largos meses de sufrimiento. Las camas meretricias retenían una doble fatiga cada amanecer: la que la pampa introducía en sus obreros y la que las hábiles rameras prodigaban, como un premio absurdo y deleitoso.

En estos lechos quedó escrita la historia del salitre. Romualdo durmió en ellos muy pronto. Sin embargo, no se enloqueció, derrochando: su ambición le impedía "quemar la plata" de una sola vez. Romualdo ansiaba triunfar sobre esa tierra madrastra y regresar, un día, a la suya feraz, con dinero y con respeto.

. . .

Los pampinos conservaban una tradición que les distinguía sobremedida. Cuando ganaban suficiente, "bajaban al puerto" a comprarse el reloj y la cadena de oro; esta cadena gruesa y brillante cruzaba sus barrigas con orgullo de banda presidencial; colgando de los vientres endomingados su columpio fabuloso, confirmaba el bienestar. Romualdo no excepcionó el tributo. Al cabo de algunos meses, obtuvo la cadena que representaría la contribución final de su avecinamiento; era, en verdad, "la cadena" que le amarraba a tanta extraña y fascinante sequía. ¡Las cadenas de oro no cedían...!

Romualdo Cuevas era un pampino completo. No obstante, ansiaba proclamarlo, más y más. El jornal aumentó; en Cuevas, mu-

rió el hombrecito tímido del Sur: precisaba vengarlo. O mejor, recordarlo con ternura. Romualdo ideó la forma de probar su renacimiento. El oro era la demostración última. Ahorró, trabajó con ahinco. Y, una mañana, aprovechando un permiso, "bajó al puerto". Su dentadura no relucía hermosa: los dientes le faltaban en demasía; los pocos que le servían podían sacarse de un tirón tremendo. Romualdo no vaciló: con fuerza los extrajo y aguantó el dolor y la sangre. Desdentado y dolorido visitó Antofagasta.

—Doctor —le explicó al dentista—, ¡póngame todos los dientes de oro!

Y el dentista obedeció. Los pampinos gustaban del diente de oro: lo lucían, como un trofeo en medio de una sonrisa siempre dispuesta. El diente de oro rubricaba su máxima elegancia.

Romualdo cargó una pequeña fortuna en su boca. Pero, en realidad, lo que exhibía era su juventud despedazada en la miseria compensativa del metal. Cada diente de estos brilló con luz amarga. Romualdo retornaba feliz, sin percatarse de ello. Y abría su boca áurea, como el que muestra una urna maravillosa. En el oro que amarilleaba su realeza en la boca de Romualdo Cuevas, retenía éste a la pampa vencida y vencedora, al mismo instante...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

COSAS DE LA SANGRE

EL SUDOR DE LA FRENTE...

NO ES UNA ALEGORÍA DE SANGRE. Pero, allá, la sangre del hombre encontró que el horizonte se vencía con un extertor. La pampa está llena de huesos calcinados y de calaveras que hacen más blanco el reflejo de la luna. Ha sido la universidad de la hombría. Cuando uno se coloca en sus arenas, siente que la tierra hiérve, y parece que, de súbito, crecerá un bosque fantasmal donde no habrá más río que una franja de sangre salpicada de caliche, ni más pájaros que los que sean capaces de nacer de un pecho destrozado por un cartucho de dinamita!...

¡Cuántos muertos nutren al desierto de su amarilla soledad! Los cateadores febriles, los soldados del "79", los reventados por la sed, los siervos de la miseria que lo medían con pasos de locura, los asesinados con la complicidad del silencio...

La pampa destella, como una mano con cinco dedos ensangrentados: huelga de Tarapacá, en 1890; baleo de Antofagasta, en 1906; matanza de la Escuela "Santa María" de Iquique, en 1907; sangramiento de "San Gregorio", en 1921; y masacre de "Coruña", en 1925. ¡Qué mano de varón hirsuto y resuelto! Mano que desalojaría del cielo a las estrellas; mano que se metería a través de la tierra, abriendo un túnel tenebroso a los satélites de la muerte; mano que si se agitara dentro del mar, dispersaría a todas las posibles cortes de sirenas...

Los "vales" perjudicaban a los pampinos. Así, se les pagaba el trabajo: dinero efectivo no sonaba en sus manos. La comida y la ropa debían comprarlas en la "pulpería" que las Compañías man-

tenían en las Oficinas. El monopolio asfixiaba la economía pequeñísima de los obreros. Esta razón caldeó el ánimo de los que, en 1890, sudaban en las "calicheras" de Tarapacá. Las llamas pintaron el cielo de la Oficina "San Donato" y el caliche crujió en su derrota: "Ramírez", "Tres Marías" y "Rosario" supieron que un muerto mellaba la tierra con su gesto... El Presidente Balmaceda entendió que los obreros no afilaron porque sí sus largas cuchillas. Y el Diputado Pérez Montt advertía en la Cámara que: "*De aquí ha nacido la desconfianza entre patrones y trabajadores*": del maltrato y de la rapiña, del día casi animal de los explotados y de la avidez helada de sus amos.

. . .

La Plaza Colón de Antofagasta creció encima de sangre obrera. En la mañana del 14 de febrero de 1879, un fusil secretó a los árboles un recado forestal. Y las balas, en 1906, enseñaron a sus escasos pájaros un idioma que ninguno se atrevió a repetir: 3.000 obreros en huelga se hallaron con que la mejor palabra no crepitaba en los códigos, sino que en la carabina.

Los obreros del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia pretendían conseguir una hora y media diaria de descanso para almorzar. Les era negada. El 6 de febrero, un martes que aún pone vergüenza en los calendarios, se declaró la huelga general. Los obreros de la *Compañía de Salitres*, de los Muelles Lhin & Cía., y Barnett & Cía., y de la Fábrica y Fundición Orchard, vincularon su ardor a la justicia de la causa.

Frente a don Daniel Santelices, Intendente de la Provincia, se alzaba el desborde humano de Alejandro Escobar y Carvallo, poeta que, con Policarpo Solís Rojas, editó, en 1904, un tomo de "*Poesías Acratas*", verdadera antología de puños crispados donde arrojaron su grito fraterno Luis Emilio Recabarren y Magno Espinoza, Marcial Cabrera Guerra, el gran radical, y Luis Olea, quien, dos años después, probó que la poesía ennoblece sus cauces, cuando se carga de semillas humanas: en "El Cantor del Pueblo", de Coquimbo, publicó "Hoja de Laurel", que le cruzó catorce caminos de odio al rostro de Roberto Silva Renard, el protagonista fatídico de la indeleble deshonra del gobierno de don Pedro Montt: la matanza de la Escuela "Santa María", de Iquique, en 1907:

*Amparado en la Carta Nacional
se creyó con derecho el pobre roto
para unirse en legión y poner coto
al abuso sin ley del capital...*

*Y en enjambre creciente y colosal
el Desierto cruzó con alboroto,
reclamando más pan y más poroto,
como ley de equidad y orden social...*

*Y tú... ¡Gran Capitán! En tu estulticia
defendiste al Becerro en tu batalla,
y colmaste de gloria a tu milicia,*

*resolviendo con sangre y con metralla
la Razón, el Derecho y la Justicia
al reclamo que hacía la canalla!*

Escobar, Secretario del Comité Huelguista, condujo la reunión pública que repletó la Plaza Colón. Ahí, las palabras del anarquista Luis González y las vivaces de Recabarren fortificaron el templo de los huelguistas. Hacia las siete y diez, el cielo de Antofagasta fue incendiado por un infame baleo de tres minutos: los comerciantes bajaron los ojos de Cristo en la Iglesia, cambiando su gesto meloso por el ceño de las armas. Surgió una "Guardia de Orden" que, unida a los marinos del "*Blanco Encalada*", permitió a la muerte devorar, tranquilamente, un espléndido racimo de corazones...

. . . .

Al año siguiente, Iquique vivió treinta segundos horribles. El cambio bajó en perjuicio de los pampinos. Era menester que las Compañías lo oyese de labios directos: los obreros se concentraron en el puerto. Las autoridades los asilaron en una escuela, la "Santa María"; grupos dispersos recorrían las calles, gritando. Los bolivianos y sus mujeres ensortijaban su extraño acento en los aires:

—¡Dieciocho *peneques*!

—¡Dieciocho *peneques*!

Los dieciocho peniques costaron centenares de vidas.

El 21 de diciembre, a las 5.45 de la tarde, Roberto Silva Renard baleó a los obreros reunidos en la escuela "Santa María". Se proponían las autoridades amenguar los temores del comercio iquiqueño, llevando a Cavancha a los cientos de huelguistas. Estos no querían permanecer lejos de la ciudad. Se planteó la discusión. Nadie pronunció la última palabra. ¿Nadie? Sí. Alguien de finísimo garbo: las ametralladoras. Escupieron sombras. La escuela se enorgullecía de sus vidrios de color. Los vidrios lloraban. Los colores debieron cubrirse con sus mil manos para que el rojo no se aferrase, totalmente, a ellos.

Antes de proceder, Silva Renard trajo a algunos cónsules para que intercedieran con sus compatriotas; muchos salieron de la escuela. Pero, otros, bastantes más, se sintieron hijos de una sola gran bandera: la del trabajo. Y continuaron junto a los chilenos.

—¡Dieciocho *peneques*! —se escuchaba entre el murmullo desesperado y el galopar de los caballos, entre el griterío de los chiquillos y el ruido de las piezas de artillería.

—¡Dieciocho *peneques*!

Silva Renard ordenó el fuego. Las ventanas temblaron. La puerta fue un corazón mordido por el crepúsculo y la muerte.

30 segundos se oyó bramar a las ametralladoras. Caían los obreros. Las mujeres no poseían más escudos que sus pechos: ¿qué valían? Esa noche, en carretas, rápidamente, fueron llevados los muertos a grandes hoyos que no contarían el número de sus bocados...

Y en "San Gregorio" y en "Coruña", la lucha social (el Pan arde en una mesa con cuatro patas de oro) gravó al mundo con un aroma acre, de sustancias que volverían piedra a los ángeles, y que serán, sin embargo, las que dorarán el trigo feliz de una época en que los museos guardarán, como algo cruel, cobarde y lejano, una palabra. Una sola: *Hambre*.

“EL CALAMEÑO”

¿Es VIENTO, o NIÑO, empedernidamente, travieso? Cuando aún permanece la noche ovillada en las estrellas, “el calameño” cae de los cerros y galopa la ciudad. Una extraña sinfonía de puertas y ventanas habladoras se oye, entonces. Y los vidrios tiritan. Los árboles de las plazas se sujetan, unos a otros, ante el temor de ser separados por ese infernal jugueteón que quisiera colocar un cerro en mitad del mar y trasladar los árboles hasta los confines de las huellas...

Los árboles temen, como nadie, al “calameño”. Familia querendona, se le ocurre que pronto será rota por las manos de este visitante nocturno, que si bien no viene de la fábrica de los ciclones, hace pensar en lo que sería, si tuviese un parentesco con aquéllos...

“El calameño” ha perdido alguna cosa. No es fácil adivinar qué. De vez en cuando, se acuerda que algo le falta; deja la pampa, y se cuela a la ciudad, y comienza a revolverlo todo, por si el malhadado objeto extraviado aparece. ¿Estará entre las olas, al pie de los árboles, o en los techos frágiles? “El calameño” no pregunta. Por su cuenta y riesgo, se lanza a las búsquedas.

Antofagasta cruje. “El calameño” le pisa sus prados, le despeina su mar. “El calameño” es un huésped gritón, intruso y peligroso. La noche que arriba, se le oye silbar, como un vulgar trasnochador, y, a ratos, su voz pone en pie a las sombras y las gaviotas deciden huírle: ¡es demasiado violento para sus alas de nácar!

Nunca conoceremos qué anhela hallar “el calameño”. No será una muchacha. Ni una bolsa de oro. Lo más probable es que no rastree nada y que sólo sea un hijo del desierto, bastante inquieto, que gusta saltar cerros y mojar sus pies en el Pacífico, como un espectacular mayorazgo consentido.

EL “CIELITO LINDO”

ERA ALGO MÁS que un nombre: era una luz que se escondía entre las sienes:

—¡Viva *El León*...!

Las muchedumbres, de pie, llenaban la pampa con su vocerío resuelto. 1920 debía marcarse con sangre y vino:

—¡Viva don Arturito...!

Los trenes bajaban “al puerto”, con miles y miles de obreros. Ninguno quería dejar fuera de sus ojos la visión del hombre que encendía un nuevo evangelio en la rudeza y la miseria de Chile:

—¡Viva Alessandri...!

Rojeaba el ardiente año del “*Cielito Lindo*”. Sobre el pecho de los pobres de Chile crecía un relámpago. Se pensaba que la tuberculosis huiría del país, con sus máscaras de hielo; que la prostitución cesaría de entregar muchachas al tonel sin fondo de la lujuria; que el trabajo se desarrollaría bendito por el pan y la salud.

Banderas rojas surgían a lo largo de los caminos. Yo recuerdo las elecciones presidenciales de entonces: por Antofagasta circularon “victorias” descubiertas con una banderita colorada en el pescante. La gente no sabía si era sangre en pos del rubí, o un rubí que se disolvía en pliegues amenazantes...

Ganó Alessandri. Los obreros soñaron el 29 de septiembre de 1920 que el trigo se inclinaba hasta besar los yunques.

Nada extraordinario, sin embargo, aconteció. El suburbio continuó con sus espumarajos y sus toses, y en los ranchos siguió, llorando, el invierno.

Los oprimidos cantaron “*Cielito Lindo*”, creyendo que tras el

hombre que hablaba, como un ruiñeñor humano, existía, realmente, un *cielo lindo*: grandes mäsas repletas de viandas, camas blancísimas, un libro, en fin, la *vida linda*:

*“Si ay, ay, ay,
canta y no llores
que yo te daré la esencia,
cielito lindo,
de mis amores...”*

Alessandri viajó por Chile en un delirio de confianza; no olvidaré jamás la mañana que pasó por Antofagasta. Desde un segundo piso, pude verlo bloqueado por miles de pampinos que lo vitoreaban.

No observaba sino cabezas descubiertas y subía la grito formidable, como un incienso:

—¡Viva *El León*...!

—¡Viva don Arturito...!

—¡Viva Alessandri...!

¡Nunca contemplé gentío mayor! Alessandri no andaba. Lo conducían suspendido. Era un trofeo largamente esperado; una bandera que con sus ondulaciones borraría la infamia, para ceder paso a una era diáfana y creadora.

¿Para qué citar las penas del pobre?

¡El León de Tarapacá...! Los pampinos lo querían. Pero, muy pronto, su amor durmió en los “albergues” de la Plazuela Torreblanca de Antofagasta; allí, el hambre y la desolación bramaron más fuertes que el mar. En casuchitas inmundas, se esperaba cualquier cosa. ¿Qué vendría? Un perro aullaba en las noches. Algunos pampinos se mataron. Las mujeres salían con sus crías a la rastra, en demanda de limosnas. Los sábados eran días hediondos: todos los mendigos y los “albergados” imploraban “*un diecesito, por el amor de Dios*”. ¡Pobres míos! ¿Es que Dios no olía la mugre, es que Dios, ¡tan alto!, no divisaba aquellas hileras mendicantes que entristecían la mañana del sábado, con su lastimada vocesilla?

Los “albergues” fueron la más dura humillación para los pampinos.

La crisis (¡cómo hería la palabra!) los lanzó pampa abajo y llegaron a los puertos, como rebaños peligrosos. Las carabinas hablaban con elocuencia. En Santiago, las mujeres de los “albergues” fueron baleadas¹. En mi pueblo, los “albergados” lloraban, mirando sus manos toscas y potentes, cayéndose en el vacío incoloro del tedio.

—¡Puchas, Diego, don Arturito...!

Imperaban el hambre y la muerte.

*“... que yo te daré la esencia,
cielito lindo,
de mis amores...”*

¿Para qué historiar la noche horrible? El “*cielito lindo*” les dio el piojo y la roña a los que no conocían otra sombra que la del sol y la de la tierra movida a dinamitazos. Y, andando los años, les dio el dolor de “San Gregorio” y de “Coruña”, donde —cuentan los viejos “federados”— la sangre pintó las piedras, por semanas.

¡Ay, Cielito Lindo verdadero, cielito de los pobres, un día, colmarás la Tierra y te tocaremos con estas manos que te llaman!

¡Cielito con voz de pólvora, cielito en que los hambrientos encontrarán a Lenin sentado a la cabecera del banquete, con las manos cansadas de acariciar el pan!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

¹ El 27 de mayo; fue el balco. Gandulfo en junio publicó su “Cartel” en *Claridad* de 3 de junio de 1922. N. del A.

UNA HUELGA

—COMPAÑERA, ¡apúrese! Pronto saldrá el tren...

Un rostro asoma por entre la maraña de sombras. La mujer que hablaba aguarda impaciente. El sol amenaza con reventar de ira. Por las calles se presiente un olor a pólvora y a sangre. Antofagasta soporta una huelga: la del "tarro". Los maquinistas de trenes se niegan a trabajar. Las autoridades encontraron con sus ojos, perversamente, exactos, a los traidores que moverán las máquinas. Pronto saldrá el primer tren a Mejillones. Pronto el humo de una locomotora tenderá sobre la protesta su acento negro, de risa mala.

—¡Vamos, compañera...!

Las mujeres avanzan en dirección al Cementerio: frente a él se extiende la línea férrea y el tren de la traición deberá cruzarla muy luego. Encuentran a otras esposas de huelguistas que caminan, como ellas, presurosamente, acaparando todo el calor del mediodía para echarlo encima de los rompe-huelgas.

El Cementerio.

Las mujeres suman un ciento. O más. Nadie sospecha qué llevarán a cabo. Sus ojosardean el aire.

A lo lejos, se escucha el pitazo del tren de la traición: ha partido. Las mujeres sonríen, fieramente. El tren aparece, como un monstruo cínico. La policía ronda sin resolver nada: ¿qué realizarán estas mujeres? Rápidas, seguras, se agrupan, de repente, y vuelven a separarse: bastó un segundo para oír la orden del combate.

La línea férrea tiembla; presuroso corre el tren. Las mujeres le

miran venir y le desprecian. El humo del tren miserable ensucia el cielo. La policía vaga desconcertada. No suena un grito. No se ven un arma, un garrote.

Las mujeres guardan el secreto bajo la piel, en la médula misma de su destino. Cuando parece que el tren atravesará de largo con su bazaría, saltan a la línea y se tienden, como si fueran durmientes palpitantes: que si pasa el tren, ¡pase por encima de sus cuerpos! Frena la máquina estupefacta, casi sobre la primera mujer que le corta la ufanía.

En el suelo, cara al sol, serenas, las mujeres forman una sucesión de abismos. El tren ya no podrá continuar. La policía actúa: sí, allí, levanta a culatazos a una mujer, acá, vuelven a tumbarse otras.

Un hombre corre más allá de los grupos y, sacando de sus ropas una bandera roja, la clava, medio a medio, de los rieles. La bandera es el corazón de este día de 1919.

—¡Muy bien, Herminio Suárez! —le alienta una viejecilla. Y Herminio Suárez se dobla en dos: ronca una descarga. Herminio Suárez muere al pie de una bandera roja, bajo el acorde humano de esta huelga.

La policía apalea mujeres. Pero, el tren empieza a recular. Se vuelve escarnecido. Las mujeres no abandonan sus puestos. Ahí, rondarán, hasta que oigan el grito victorioso de sus hombres en huelga.

El Cementerio es blanco, como una perla fantástica. Un muerto alarga el frío de la Morgue. El sol quiebra piedras en el cielo. Las mujeres se acuestan en sus lechos gloriosos. Los "pacos" se cansan.

—¡Viva la huelga!

El tren retorna, mientras los huelguistas reciben un emisario que les promete satisfacción a sus demandas. Las mujeres esperan que un mitin venga a levantarlas. El mitin llega, como si hubiera nacido de aquella banderita roja que vio caer a Herminio Suárez. Las mujeres se paran y marchan con sus hombres.

En los rieles, queda una tibieza inolvidable.

El mitin llena la tarde que iza el aroma del mar.

COSAS DE LA SANGRE

HISTORIA DE UNA MASACRE

"Todo parecía rojo y negro". - A. S.

UNA GRAN OLA de fuego cubría el cielo.

La cesantía punzaba, como una abeja macabra. Los obreros veían que la pampa se transformaba en una horrible poza de hambre. Era la época amarga de los llantos y de las angustias. Los niños se esforzaban por sonreír y muecas atroces se quebraban en sus caras. La cesantía surgió: ¿del fondo de los "ripios", del vientre mismo de las máquinas quietas, o bajó del aire, como una peste cruel, del pico de los jotes...? No era hora de averiguarlo. Lo que dolía era el estado total de abandono en que se quedaba. Los días parecían más largos, con un cielo diverso, ennegrecido a punta de blasfemias.

El 3 de febrero de 1921 sorprendía a los obreros de la Oficina "San Gregorio" en una inquietante tensión. El anterior fue, duramente, ganado a la Compañía. Hacia mediodía llegó el tren que bajaría hasta Antofagasta a los obreros cesantes. Se acordó con *mister Jones*, administrador de "San Gregorio", un desahucio de quince días. El desahucio les sería pagado momentos antes de la partida. Los obreros confiaron. El gringo no era taimado y salía de sus ojos azules un destello de simpatía.

Pero, cuando sonó el instante de pagar, los obreros se indignaron. En vez del desahucio acordado, se les entregaba a los solteros \$ 5. Y a los casados \$ 10. ¡Y que se dieran con una piedra en el pecho!

—¡ Cómete el billete!

—¡ Anda a reírte de tu abuela!

¿No les agradaba el billete? Pues, ¡ que lo devolvieran! La Compañía no discutiría con nadie.

Mister Jones comprendió que una razón rotunda y simple endurecía el puño de sus operarios. Mas, ¿qué podía él? Los obreros se negaron a ocupar el tren. Allí, se quedó con sus ventanillas ciegas y sus ruedas chirriantes.

Los obreros celebraron una reunión. No era posible que la burla rubricase sus miserias. Una Comisión hablaría con *mister Jones* para que éste consiguiera de la Compañía el cumplimiento de lo convenido. *Mister Jones* accedió y aconsejó esperar el día siguiente. Sería jueves. El jueves amaneció en "San Gregorio", algo que brillaba, como el sol: carabinas. Había subido un destacamento del Regimiento "Esmeralda", de Antofagasta, a cargo del teniente Buenaventura Argandoña. Gabino Gáinza le secundaría con sus "pacos".

¿Era ésta la réplica? ¿Cabían los quince días de desahucio en el filo de las bayonetas? No, desde luego.

Los obreros presintieron que el cielo sería venda para más de una herida abandonada... Los soldados miraban con desprecio. Sus armas, lindas y bizarras, arrojaban reflejos ennegecedores.

. . .

Mister Jones recibió, de nuevo, a la Comisión:

—Aguarden hasta las 8 de hoy —advirtió.

¿Para qué? ¿Se quería complicar a la noche en la cuestión? ¿Se esperaban más soldados?

Los obreros no carecen de paciencia. ¡Bastante lo probaron frente a los explotadores! Pero, saben madurar la protesta. Canturreaban las tres de la tarde del jueves 3 de febrero de 1921.

—¡Vamos a la Administración! —propuso un dirigente.

Era menester que, allá, se pesara el ademán de los treinta mil cesantes que se negaban "bajar al puerto" con las manos, tristemente, vacías, la boca seca y el estómago, gritando su derecho de vida o muerte.

Se formaron columnas de a cuatro. Las mujeres fueron colocadas en la avanzada, con sus hijos. El pelo revuelto y duro se agitaba,

como una banderola caliente. Los chiquillos florecían en desnudez y en escrófulas. La debilidad les aguzaba los huesos y en sus ojos sobrababan lágrimas y legañas.

Era posible aprender los mil tonos macabros del hambre en esta multitud. Las mujeres no hablaban. Caminaban con su cansancio. Y no se echaban de menos los carteles, porque los rostros poseían una elocuencia profunda y conmovedora.

Los pampinos negreaban atrás.

El viento del desierto cumplía su absurda sanción de cabriolas.

Mister Jones, desde la Administración, contempló esa cinta cruel. En aquellas miradas se ovillaban la piedra y la sed. La dinamita debía agazaparse en tanto iris, como una partícula infernal. Argandoña y Gaínza tranqueaban próximos al gringo. Sables y pistolas, aquí. Allá: algunas "picotas", las manos robustas, la seguridad de un corazón vigoroso.

La Comisión pidió entrevistarse con el Administrador. Se pidió, también, que los tenientes sirvieran de testigos: era una fórmula probatoria que se creía eficaz en los conflictos del trabajo.

Mister Jones oyó. El teniente Argandoña pretendió que los obreros se retirasen a 50 metros de distancia de la Administración.

—Usted está para servir de testigo y no para imponer órdenes —argumentó un obrero.

Lava en las pupilas del teniente. Su sable se lució desnudo.

—¡He ordenado retirarse a 50 metros de acá! —tronó Argandoña. Y, altanero:

—Si no obedecen, ¡hablarán mis hombres!...

Los hombres uniformados no hablarían. Pero, sí las carabinas.

Un obrero reconvino al militar:

—Hay que saber hablar a los hombres, teniente... No pedimos otra cosa que justicia.

Mister Jones tendió a apaciguar los ánimos. La columna obrera se cubría de sol y cielo.

¿Quién disparó?

De repente, una bala partió la tarde. *Mister Jones* gritó cordura. El teniente Gaínza, violento, inoportuno, disparaba. La tropa le imitó. Era el prólogo de la masacre.

Los obreros retrocedieron. Frente a ellos, la muerte brilló, insolentemente. Algunas mujeres conocieron la ondulación de su san-

gre. Los niños lloraban sin objeto: el llanto no es trampa contra la muerte.

¿Quedaríanse fríos los pampinos? ¡Jamás! Cualquiera traía dinamita. La disparó, como quien envía un puñado de rabia. Mientras las mujeres se dispersaban bajo esa lluvia sorpresiva y única, los obreros se lanzaron hacia la Administración. La cuchilla mostraba entera su delgadez. El filo de la cuchilla sonreía. Las "picotas" en alto lastimaron al viento. Los niños, por el suelo, distinguían los pies de la muerte: pies con botas ensangrentadas.

Los obreros cortaron con sus pechos las mallas de la muerte. La sangre cobraba su vaso de heroísmo. *Mister Jones* entendió lo inútil de imponer conciencia en aquel mar que no detendría valla alguna.

La costumbre varonil adquirida en mitad de la pampa resurgía plena. Los brazos se levantaban, como palancas de odio. Los soldados disparaban. ¡Qué importaba aquello! Los pampinos conocían de cerca a la muerte. En los "tiros" estallaba con su varillaje trágico. La muerte no les arredraba. Estaban habituados a encontrarla en los ojos de los compañeros que el trabajo les devolvía en estropajos de carne.

Las herramientas de trabajo fueron utilizadas con ardor. Las herramientas giraban desconcertadas. Hasta ese día servían a la tierra. Ahora, penetraban en la carne y se entristecían, un poco, por el papel que se les asignaba. Pero, hermanas del hombre que trabaja y que sufre, pronto sometieron a sus dueños y, entonces, los bordes de las "picotas" lograron una dentadura certera.

Mister Jones fue apuñaleado. El teniente Argandoña cayó de un "barretazo". La sangre tiñó el uniforme, copiosamente. ¿Qué diestra clavó, una, dos, tres veces más, su "barreta" en ese cuerpo que semejava un trapo sacado del infierno? Un tiro de dinamita mutiló al cabo Faúndez. Los obreros yacían a montones. La sangre abrazaba desorientada a la tierra...

Lágrimas y sangre. Lágrimas, como alfileres. Y sangre fuera de la vida. Y sangre en pos de la muerte.

Llegó la tregua.

—¡Pobre gringo! —recordó un obrero—, ¡a ver si lo salvamos!...

Los operarios de *mister Jones* no olvidaron su rasgo de com-

presión. Lo curaron. Los heridos gemían. La muerte, golosamente, chupaba la sangre de sus víctimas. ¡Oh, festín maravilloso! Los soldados se movían abrumados. Sus jefes, horribles. La sangre le jugaba una mala partida a la gala militar.

Por el Campamento circuló el pavor. Los muertos fueron recogidos en silencio. Murió el gringo. Los heridos gimientes poblaron de presagios el atardecer. Nadie se atrevía a comentar nada.

Como una losa funeraria: la noche. Noche atroz, con olor a sangre y a muerto. Las estrellas se reflejaban en los charcos de sangre.

. . . .

En seguida, vino la revancha: carabinas frescas amanecieron en "San Gregorio". A culatazos respondieron los soldados. A culatazos ayudaban a la muerte. Murieron más obreros. Muchos más. Se encerró a los hombres en una bodega y en la puerta se acostaron dos ametralladoras, como dos perros furiosos. ¿Los heridos? ¡Que se pudrieran! El extor y el pus. La agonía con sus pies de plomo. Algunos moribundos creyeron que la muerte brotaba de la punta de un zapato de soldado...

. . . .

Amarrados con alambres fueron traídos los obreros al sobresaltado Antofagasta. La "Guardia Blanca" vengaba a su clase en las llagas de los heridos. ¡Era una ebriedad siniestra!

En el local de la F.O.CH., el doctor Gregorio Carranza curó a los obreros. La ciudad presentaba una faz lúgubre. Muchos obreros morían despreciados.

. . . .

Los obreros no lloraron a los muertos: en sus pechos flameó un juramento de auroras. ¡Un día, dormirán, en el corazón de los niños felices, todas las víctimas de la lucha social! ¡Un día, los muertos del pan sonreirán con las cabezas llenas de flores rojas! ¡Un día, cada muerto de nuestro "San Gregorio" cantará junto a los hombres que devolverán a la vida su dignidad materna y luminosa!

“LA VUSCOVICH”

ENTRE EL RAYO que escapaba del rubí, la gota de agua real de los diamantes, y la pupila de sirena enamorada que es la perla, aprendí a saborear la infancia. Mi padre era dueño de una joyería. Y si los armadores guardan en sus maderas el rumor del bosque y lo entregan al mar, los joyeros conservan el secreto de la miel en el oro —que no es sino miel en sed de eternidad.

Era en el tiempo azul, cuando en los anillos ardía un pájaro de amor y el relojero colocaba en su ojo derecho un cristal maravilloso que le permitía ver agrandadas las vértebras de las horas. Antofagasta gozaba. Las mujeres visitaban el negocio de mi padre, como si entraran a un invernadero donde era posible escoger flores delicadísimas, con el perfume trocado en resplandor.

Yo no gasto gran memoria para reconstruir la cotidiana clientela, no siempre extraña, puesto que en aquellos años se compraban alhajas con la periodicidad con que se adquiere cualquiera cosa indispensable. Y la verdad es que las joyas lo eran: ¡al beso venía bien la gota plateada del medallón y para las ausencias nunca sobraron lágrimas de aros rutilantes!

Las prostitutas engalanaban sus pechos con *pendentifs* semejantes a pequeños barcos donde la tempestad cruzaba apenas un gemido, y por las calles iluminadas, en el atardecer, sus lujos proclamaban la belleza del brillante en su tránsito de tal a semilla de la luz. Los ojos de las prostitutas rivalizaban con el ópalo y yo las veía en el negocio de mi padre, altas y finas, como gacelas de un Paraíso delicioso, gacelas de piel dulce y enervadora...

. . .

Detrás del mostrador conocí a "la Vuscovich". Era una mujer que usaba un manto amplísimo, dijérase que su oficio nocturno lo simbolizaba en la negrura que se echaba encima, con donaire fascinador. Porque parecía ir cubierta de noche. "La Vuscovich" era la "cabrona" de mayor renombre en aquella época del salitre. De ella solo puedo evocar su manto y una alhaja que no sé qué fuera, reposando en su ancho pecho de madrina del amor.

Sin esfuerzo revivo su llegada a la joyería. Solemne y silenciosa, entraba, como dispuesta a llevarse lo antes posible la joya de su deseo. Ardía en su gesto un lejano aliento de fuga y su blancura resaltaba desde su marco obscuro con provocadora limpidez.

¿Qué fue de su carne, qué de sus manos protegidas por mil saetas de reflejos? Acaso, en su vejez, en alguna silla sombría de la tierra, viviese atenta al tráfico de las sombras que ella condujo hasta una alcoba donde era posible percibir la caricia de las alas. Para mis ojos no ha variado y supervive, como en la tarde de mi niñez, joven y anegada por un manto oloroso, que inspiraba el nacimiento de una luna especial para adorno de sus hombros...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA OFICINA ABANDONADA

EL HUMO de aquella Oficina era un fantasma perdido más allá del cielo. Había, ahora, en las dependencias de ella una pesada arboración de soledad: soledad de sol ensimismado y terco, de vientos que parecían escapar de alguna fábrica infernal, de olor agudo a casa abandonada, a orín de años, a yodo invasor. ¡Qué pequeña ciudad sin corazón! La Oficina que otrora ondeara vida, permanecía reducida a una dramática efigie de lo que el tiempo castiga y desdeña: puertas sin mujer para el adiós del atardecer; panaderías donde la noche gemía, penetrando en los hornos, con desesperada avidez; piezas en que el frío se hospedaba y en las que las ventanas eran como las cartas de una baraja inútil y olvidada: la baraja del juego de los rostros en la fortuna de la vida.

Aterradora Oficina abandonada, república del silencio, dominio de crueles dimensiones; allí, las Estaciones reinaban, como en sitial de copas rotas; allí, la muerte no hallaba cauces y podía mirarse en tanta quietud, lo mismo que en un espejo imponderable.

Era la Oficina abandonada un silencio lleno de astas: hería.

Jotes, como rosas de un cielo sucio y desgarrado. Jotes, como única vibración para la soledad de la Oficina abandonada. Jotes. Y un golpe de viento, quebrándose en sus propias pezuñas. Viento con tambores hondos en plenitud de hoguera; viento poseso por quién sabe qué espíritu de sombra; viento entregado a sus iras; viento que inventaba cornetas potentes y arrastraba el ¡ay! de los ahogados, de los atravesados por una aguja de quebranto, de los hombres que entraban al delirio.

En la Oficina abandonada: jotes y viento para la contienda con el silencio. Y el silencio con la sabiduría de los huecos, del rincón

cordial, del agujero donde se esquivaba a la muerte. Y los jotes hambrientos con una ilusión de osamentas en el pico. Y el viento, turista de estas arenas, con los talones devorados por los siglos.

No era la Oficina abandonada un cementerio; era más: ¡era un jardín donde el color se olvidaba de sí mismo! Bajo la presión de las noches, la Oficina abandonada murmuraba imperceptibles blasfemias y la obscuridad cogía de sus casas desamparadas los filos con que ayudaría al crimen en la vorágine de las ciudades.

La Oficina abandonada labraba sus joyas con los huesos de los animales muertos que blanqueaban su pecho oscuro, los animales que restaban en medio de sus marañas de silencio cuando los hombres huían, como arcángeles malditos.

Los perros de la Oficina abandonada hacían caer la luna, con sus ladridos helados y la muerte les brindaba una eficaz semilla de locura; eran estos perros, como siniestros soldados sin estrellas: sus ojos recordaban una ventana rota por la que se veía una lluvia de fulgentes puñales; eran diestros en percibir el corazón humano en sus flaquezas, con los colmillos más firmes que punzón de cuarzo.

Decir: *Oficina abandonada*, es decretar a los dedos la gangrena, tapar el sol con piedras negras, alistarse en las huestes de la sombra.

Una Oficina abandonada en los límites del tiempo... Un perro con las fauces palpitantes. La luz, como llorando.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS “18” DE MI INFANCIA

ERAN UNOS “18” multicolores los de mi infancia. Unos “18” con el azul y el verde del mar, a un lado; y con el blanco nuevecito de las “colizas” en fiesta, con el morado elocuente de los vasos, continuamente, desbordados, y el amarillo, y el lila, y el negro de los trajes de las mujeres y el rojo tajeante de sus bocas, por el otro. Eran los “18” del Antofagasta ricachón y salitrero, con pampinos “bajados del interior”, llenos de oro: oro en los dientes y por encima de la barriga, campanudos y reidores, guapos y enamorados.

Ya por la tarde del 17, se poblaba el “centro” de caras entusiastas que no conocíamos; pero, que sospechábamos de dónde venían, por las tostaduras brutales de sol y yodo. Los *restaurants* y los cafés tiraban la luz al medio de la calle y sus orquestas despertaban los últimos rincones de nuestra alma. Se inauguraba una infaltable “kermesse de caridad” que servía para que las señoras lucieran sus *toilettes* costosas y provincianas y para que “las señoritas de la sociedad” bailasen hasta la primera sonrisa de la madrugada.

Los “jaivones” relucían entre las sedas su perfumada estulticia, en tanto que en los cerros los salnatrones movían sus lenguas ardientes, como despejando las incógnitas celestes.

Pero, eso era el júbilo dorado y oficial. El “18” vivo, chileno, rumoroso, como feria ideal, ardía en las “ramadas” de la Plazuela Torreblanca, a la orilla del mar, frente al Club Hípico, donde hervían sangre de uva, sombra de parrones y muchísima vida apuntalada con arpas inmensas, como crecidas flores de música, pampinos gigantes y chiquillas con todo el corazón tendido al viento marino y cortante de nuestra costa.

El "18" era, allí, el "18": color de pueblo, pueblo de risa y coraje, coraje de rotos con la muerte a la altura de los riñones, muerte, perfectamente, manuable en un cuchillo. El Chile del requiebro florido, penetrante y simple; el Chile del pecho sin límites; el Chile de las hembras sabias en la curva y en el embrujo de la cueca, huía, un poco, de la ciudad empenachada de extranjerías, y se abría bajo el cielo y junto al Pacífico.

Aquel era para mi infancia el "18" —el que olía a empanada jugosa, a sudor pueblerino, a vino desparramado, a mar, a polvos de bazar, a tierra . . . — El "18" que se quedaba tendido y encendido hasta el mismo 20 clásico, y hasta el 21, en medio de carretelas y lámparas gordotas, de banderitas y "pacos", de damajuanas y *curaos*, y sobreviviría un año en nuestros ojos de niños acodados en el marco de las primeras aventuras.

Los "salones" se trasladaban a las "ramadas" y la burbujeante noche perversa se desnudaba al aire libre. En los "18" conocimos, los niños, a las reinas del beso y recibimos la primera noción de las "remoliendas con arpa y guitarra".

He celebrado después otros "18", los "18" vegetales, y para mí no poseen esa gravedad y esa autenticidad de los que yo quise y sentí en los años en que una bandera chilena se izaba en mi corazón, como si fuera, justamente, su brote más fino: aquellos "18" eran más libres, más naturales y menos encajonados en patas de caballos y preceptos de ediles; "18" con chilenos crecidos al amparo del recuerdo de *don Reca*, pasado, de corazón a corazón, por los "fochistas" del salitre, y con diez, doce o quince muertos por una mujer, ensangrentando la luz ruda de Antofagasta.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

COSAS DE LA SANGRE

“PALOMEAR ROTOS”

JUNIO DE 1925. En el Sur, las lluvias zurcen el paisaje. En el Norte, sonríe el firmamento, porque el sol es su Navidad continua. Pero, pronto el firmamento refleja sangre, chorros de sangre que revientan, como surtidores humanos, y llenan de rubí las distancias. De rubí herido.

Arde una huelga, hipnotizando las banderas: la multitud levanta sus brazos, como un hermoso espectáculo de mástiles. Salta la protesta por entre los hombres, tal una luz que astillara los corazones: la huelga tiene bellos dientes y su frente llamea; la huelga pisa con firmes zapatos de fuego.

El trabajo ennegrecía el corazón de los pampinos, “vales” y “fichas” desmedraban su ganancia. Los pampinos querían conquistar un guiñapo de dignidad humana: ocho horas de trabajo, abolición de los “vales” y las “fichas”, salarios menos groseros, libertad de comercio. 130 Oficinas de Tarapacá colgaron las ropas de trabajo; una marea de manos rojas convulsionó a la pampa. Entonces, en Tocopilla y Antofagasta, se pensó imitarles, solidarizar. Las Autoridades temblaron durante ocho días y se dijeron:

—Escuchemos a los obreros...

Y los obreros hablaron. Su voz recordaba al trueno. Las Autoridades afilaban sus sables en el lomo de las sonrisas oficiales. El conflicto se resolvería según los dictados de Londres y Nueva York:

—Esperad, amigos míos —concilió una voz.

Pero, mientras se esperaba empezó una diestra viscosa a estrangular el movimiento: de la Gobernación de Pisagua salió una or-

den que prohibía manifestaciones proletarias; después, otra en que se impedía circular a la prensa obrera; pronto, una tercera daba nombres de dirigentes que serían apresados y deportados, y, por último, una decretaba la expulsión de treinta y cinco pampinos en la Oficina "Jazpampa", embarcados, con precipitación, en el vapor "Chiloé", sin advertirles rumbo.

"El Despertar de los Trabajadores", de Iquique, fue acallado; los obreros sintieron la puñalada¹.

La "*Asociación Productora de Salitre y Yodo de Chile*"*, escribía con humo de habanos su molestia; los abogados vende-patria cuchicheaban a la puerta de los potentados y el sol pateaba, como una bestia real, en los cristales de los escritorios extranjeros.

Los obreros fueron defraudados. La respuesta representaba grillos, pan duro, hogares pintados de angustia. Como un aluvión de blasfemias, azotó a la Pampa de Tarapacá un ciclo de huelgas de 24 horas. Don Recaredo Amengual, Intendente de la Provincia, era "veterano del 79" y lucía medallas. Pero, eficiente amigo de los potentados, olvidaba la generosidad de los rotos que engrandecieron el mapa chileno, ricos de "pana", de "ñeques" y de "corvos" calientes de honor varonil.

. . .

En la Oficina "Coruña" abrióse, el 31 de mayo, la primera página de la huelga general. Los obreros nombraron una Comisión que se entrevistaría con la Administración para "*la entrega de fichas correspondientes a sus haberes en libreta*". La Administración se negó. Los obreros se encaminaron a la Pulpería "*para pedir que se les entregara mercaderías, en relación a los valores que descontarían de sus haberes en depósito, en la Caja de la Administración*". En la Pulpería, el Jefe de ella ofendió con armas a un obrero. Este disparó. El Jefe de la Pulpería quedó solo con su sangre. Huyeron los empleados. Los obreros, dueños de la Pulpería, organizaron una

¹ "El Despertar de los Trabajadores" apareció, por primera vez, el 16 de enero de 1912. Pertenecía a la Sociedad Cooperativa Tipográfica Organizada Entre los Trabajadores del Salitre.—N. del A.

² Era integrada por W. R. Grace, Gildemeister, Gibss, Sloman y otras firmas.— N. del A.

Comisión que distribuiría los víveres y otra que custodiaría la Administración y las máquinas de "Coruña".

Dirigía a los obreros un hombre en cuya frente anidaban los soles morales de la raza: Carlos Garrido, Secretario General de la Sección Sindical de la Oficina, varón de puntería maestra.

La huelga general corría, como un aceite escarlata. La policía blandía la muerte en Alto de San Antonio y azotaba a los arrojados de la Oficina "San Pablo", llegados hasta allí, con sus "monos" y su hambre.

. . .

De Iquique, subían trenes sonoros de material guerrero. Las piedras se regocijaban ante la esperanza de un baño numeroso en sangre humana. Los obreros en "Coruña" ensanchaban sus latidos y traían en su defensa contingentes de las Oficinas "Santa Lucía", "San Lorenzo", "Felisa" y "Resurrección". Escaseaban las armas. No, la dinamita, la noble dinamita que es una canción rabiosa expandida en los aires de la esperanza, cuando vuela de manos obreras contra los opresores. Además, cuatro fusiles *Combler*, dos carabinas *Winchester*, revólveres, puñales, trozos de fierro, palas y coraje.

El cielo de la pampa ordenó un repliegue de nubes. Goteaban los filamentos de la puna. Se olía la entraña de la muerte.

Carlos Garrido era el eje del día.

Vomitó sombra la Artillería. El campamento tembló. Los niños escarbaron la tierra estupefacta en busca de la escalera que les conduciría lejos. Las mujeres trazaban una cruz sobre sus vientres, y la cruz era de vinagre y de odio. Ancianos más blancos que el silencio, sollozaban, eternizando sus ojos asombrados. La artillería abría túneles negros en el aire.

. . .

Se produjo la ocupación militar de la Oficina. Una bandera roja palpitaba en cada corazón obrero. Ninguna agonía la arrearía jamás.

Carlos Garrido, pleno de grandeza, con todo el sol pegado a sus facciones, a paso de tormenta y de conciencia, se desprendió del

mar insurrecto y afrontaba a quienes le necesitaban para las responsabilidades:

—¡Yo soy el Secretario General!

Y lanzó su revólver a la franja enemiga: un cóndor en la elipse del desprecio. Suspiraron los espacios; las mujeres acunaron este gesto; los hombres comprendieron que Carlos Garrido cruzaría un espacio de sangre para flamear —luego— en la historia de la liberación chilena.

Carlos Garrido murió, así: a la medianoche del 4 de junio fue llevado a unas calicheras abandonadas y las lanzas lo puntearon. Después lo clavaron en cuatro para desampararle en la adustez del desierto. Los oficiales con sus pistolas jugaron a marcar fama en su corazón.

“Coruña” fingía una enorme casa de perlas negras.

Y en su derredor, el lápiz de la muerte dibujaba las circulares de la venganza: en la Oficina “Marousia” morían los obreros, protegiendo las puertas del local de la Federación Obrera de Chile; la muerte vaciaba miles de litros de sangre humana.

. . . .

—¡Hay que “palomear rotos”! Debían colocarse al borde de los “piques secos”: allá, se les pasaba una pistola para que se disparasen en la boca y rodaran al fondo, sesenta, setenta, ochenta, noventa metros; para que, como palomas desventuradas, aplastaran su propia sangre.

—¡Hay que “palomear rotos”!

Y manos enguantadas relucían, como los peces del escarnio. Y los rotos eran “palomeados” en “Coruña”, en “San Pablo”, en “Galicia”, en “Argentina” y en “San Enrique”. La tierra, con el peso mortal, se hundía hasta los confines del horror.

—¡Hay que “palomear rotos”!

Y la noche contempló el descenso de cientos de formas maltratadas.

—¡Hay que “palomear rotos”!

Los horizontes enmudecieron para siempre.

. . . .

La muerte se fabricó bocas para tantos festines. Mirad hacia el Cementerio de Huara. Los "federados" aguardan, en fila, con los torsos morenos desnudos y las pupilas, como granos de hombría. Mientras unos cavan sus fosas, otros, a la orilla de las suyas, ya terminadas, son baleados y caen, como a barcas, trágicamente, silenciosas... Exortores y tiros. Los "federados" trabajan con la serenidad del que busca una alegría desplegada. Los agonizantes apuntalan las luces indecisas del día: ¡todavía son fuertes!... Y lo que pasa en el Cementerio blancuzco de Huara, sucede en "Santa Rosa", en "Marousia", en "Mapocho", en "Ramírez", en "La Santiago" y en "Constancia". Y en todas, dos gritos son las sienas del martirio:

—¡ Viva la FOCH! ³.

—¡ Viva el Partido Comunista!

. . .

Viento agresivo de Pozo Almonte. Viento, como animal con pezuñas de vidrio. En los postes telefónicos, en sucesión fatídica, a lo largo de los caminos, amarrados y desfallecidos, agonizan, desde dos días, cientos de obreros. El viento corretea, de poste en poste, con recados de energía; con sus manos acaricia las frentes quemadas de los hombres, afloja los alambres que oprimen. Pero, los hombres no ceden y morirán, como sus compañeros: "pistola en boca", saltando la horrenda cabriola del "palomeo".

En Iquique, el edificio del "Granaderos" es aislado: "palomean rotos" en el patio de la caballada; existe un hoyo: lo repletarán de pampinos. Y con la monotonía de un telégrafo de vergüenza: tac, tac, tac... Un obrero. Otro. Otro. Otro...

Es menester tapar tanta carne sacrificada: llueven guano por carretadas. Mas, la sangre trepa y el guano rojea. La sangre emerge. La sangre vuela. La sangre apostrofa y alza sus corolas en un fiero ademán de Apocalipsis.

. . .

³La FOCH fue fundada el 18 de septiembre de 1909. Hasta 1921 no fue propiamente un organismo combativo. Por indicación de Recabarren, en la Convención de Rancagua (25 de diciembre de 1921) adhirió a la Internacional Sindical Roja, de Moscú —tal paso fue ratificado en la Convención de Chillán de 1923. Recabarren la presidía desde 1919 (Convención de Concepción).—N. del A.

Recuerdo a Dinamarca, pudriéndose en una lanza; a Barahona, con el pecho derruido contra un palo telefónico; a Céspedes y su cabeza convertida en máscara de invierno; al niño Garrido, en trance de ser trofeo de la Vida.

Veo la pampa del Tamarugal, como una gigantesca copa de sangre que se ofrendara al sol; una copa de cuyo fondo arranca el coro de los estigmas:

*"Baldón eterno para las fieras
masacradoras sin compasión:
queden manchadas con sangre obrera
como un estigma de maldición."*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA ABUELA DE LA REVOLUCION

CUANDO LAS BALAS desistieron en su empeño, que no era otro que servir de semillas mortales en la soledad del firmamento, apareció, por los pliegues del sol, una silueta que caminaba con rapidez. No era posible advertir, entonces, si se trataba de una mujer que huía de la muerte, como de una peste feroz, o si era un hombre con toda la sombra engarfiada a su cuerpo. La silueta, a paso de ansia, se perdía en dirección desconocida.

Las arenas abrían sus minúsculos ojillos para medir al viajero desconocido: era una viejecita. La frente echaba su flor de agua y por las partiduras de la carne se formaban ríos silenciosos. El sudor recogía el panorama, como un ojo: crecía una sensación de sales por todos los sitios de la pampa; en el suelo negreaban grandes bultos: los muertos recién instalados en su eternidad zurcida de parias.

La viejecita marcha apremiada. La pampa fue una página de rayas oscuras y de estertores agudos, y en los charcos de sangre hubo regatas de pólvora... La Oficina "Coruña" muestra sus labios hinchados de blasfemias y lamentos.

—Allá... —masculla la viejecita.

Y sus pasos se encaminan veloces, sobre un montón de cadáveres. La tarde acomoda sus matices. La viejecita llega a donde la muerte guarda quince sacos de provisiones.

—¡Pobrecitos...! —reza casi la viandante. Sus manos se alzan, como deteniendo la luz. Y en el piso aterrado, los obreros deciden su noviciado sombrío. Algunos muestran la frente y es una muralla con un solo agujero: allí, empieza el túnel de la injusticia. Otros

ostentan, entre el vello del pecho, dos o tres hoyos que todavía expulsan la sangre que el porvenir se apresura en cobrar. El viento bate la limosna de unos puñados de tierra. La viejecita se arrodilla.

—¡Malditos!

Sus manos bajan los párpados de Humberto Recova. Los asesinados que se quedan con los ojos abiertos son los más terribles: éstos no olvidan, por los siglos, el rostro que les empujó hasta el confín de las cenizas. Humberto Recova es de aquéllos. Cuando todos los muertos de hambre y justicia comiencen su marcha solidaria con los vivos que decidirán el nuevo gusto de la vida, Humberto Recova gritará un nombre. Y el cielo se cubrirá la cara con vergüenza. Y un rostro seco y feo, con la gorra militar, bailoteando en el cráneo infernal, avanzará para que un escupitajo de odio resuma su último epitafio...

—¡También le tocó al Lucho...!

Lucho era un "ripiador" de torso fuerte y grande. La viejecita es la dueña de este jardín dramático: flores de carne humana sostienen tan desolada primavera. El viento —aquí— no coge polen. Pero, si la maldición es un polen necesario, no cabe duda que la toma y se encarga de repartirle por el mundo.

Dos manos arrugadas y maternales cierran los párpados de los muertos en esta masacre. Dos manos que siguen, infatigables, por el tiempo, en esta labor pequeña y grandiosa. Cuando el Mundo esté viejo y laxo y sus párpados de piedra permanezcan altos, sin decidirse a caer, las manos de esta viejecita acudirán, solícitas, y el Mundo entrará en el Silencio.

La viejecita concluye su labor. Los muertos reposan tranquilos: para descansar sin sobresaltos, esperaban la visita de esta aya de la sombra. Y la silueta se pierde en dirección de otra población de infortunados.

Días de días, por el desierto, se divisa a una viejecita que cultiva la ternura final para sus camaradas. Nadie se atreve a detenerla. Los soldados se sienten infames, cuando ella se acerca a una Oficina. Da la impresión de conducir un rebaño de sombras. Se tacta el aire de gravedad que se formó, como dos alas, en su espalda.

Por las noches, esta mujer no reza. No lo aprendió. Pero, repite el nombre de los muertos que ha reconocido. Y el eco se torna alia-

do y un centelleo de fuego se desliza por las venas del Universo.

—Juan Ponce, Miguel Jeria, Ramón Castro...

. . .

En una bodega se improvisa un hospital. Los gemidos acuchillan la atmósfera. El yodo se encuentra con el yodo; de las calicheras arriba su aroma, y en los frascos mueve su gesto pesado. Vendajes y horas sanguinolentos. En la puerta de la bodega, dos soldados. Adentro agoniza un hombre. De repente, se yergue y, como si ordenara al viento, clama, desesperado:

—Compañeritos, ¡traigan pa' que me cuide a la agüelita!... ¡A la agüela de la revolución!

Jesús Godoy y Nicasio Puelma comprenden de quién se trata. Nadie la llamó, así, antes, a la viejecita. Mas, ¡qué importa! Un moribundo la bautizó de este modo, como secreteado desde la Epopeya.

—¡Andate en busca de doña Irene! —manda Jesús.

Nicasio parte con el apodo noble en los labios.

—¿Dónde para la Agüela de la Revolución? —pregunta. Y todos asienten y entienden que alude a Irene Vargas.

. . .

Juana Barraza y Lucía Zajaya le salen al encuentro; la pampa tiritita agarrada a su manto desplegado.

—Misiá Irene, la necesitan pa'ayudar a bien morir. En la bodega...

La Abuela de la Revolución, arreglando su manto lustroso, atraviesa la puerta en que dos carabinas sostienen el tedio opresor de la tarde. Entra. Y tras de ella se recorta un cielo cristalino. Hija de la brisa, Irene Vargas se allega al moribundo y sus manos le ponen una venda cordial a su delirio.

—Agüela... Agüelita...

—Cállese, m'hijito —musita la Abuela. Y la muerte se aliviana y penetra por la boca del agónico, como una plumilla. Irene continúa quieta, empequeñecida. Nicasio le tira al muerto la sábana mugrienta. Se erige el silencio en vaga autoridad. Las moscas giran en sus tornos de asco. Irene sale. En la puerta, mira despectivamente

te las carabinas. Y —por primera vez— las armas quisieran doblarse en un avergonzado desmayo.

La Abuela de la Revolución respira, fatigosamente. Sus nietecillos sonríen dentro del Cobre y se asoman, cantando, del fondo mismo del Salitre.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

L A S ‘ ‘ N I Ñ A S ’ ’

Yo no conocí a las heroínas del placer que llenaron de carmín el cielo de Antofagasta. Era niño, entonces, cuando los nombres de ellas relampagueaban en los labios de los hombres, como una fórmula de alegría. No he olvidado los apodos de algunas y, particularmente, recuerdo que oí ponderar a “La Pero No”, a quien dibujo, en mi memoria, como hembra muy blanca con un hermoso lunar en la perilla fina y tentadora.

“La Pero No” debió ser una especie de abismo, pues, más tarde, escuché contar que, a cada oferta de amor, replicaba con un mohín que atraía, a pesar de la desconfianza que pregonaba su “*pero no*” delicioso.

Sobresalían las francesas opulentas que resplandecían con luz singular en la constelación de las muchas amadoras. Eran “las caras”. Las que olían a perfumería costosísima y de tanta seda nunca parecían desnudas, puesto que su piel lograba ser, también, un arrullo de seda: *Margot, Lulú, Marion, Odette*...

En las calles *Coquimbo y 14 de Febrero*, temblaba la felicidad escondida. Era la bella época de los pampinos que “compraban la casa” y pagaban, rumbosamente, la autoridad del grito. En los salones” la remolienda corría —por días— a cuenta de un solo calichero: los que hipaban dentro gozaban “a costillas” de tan desbocado “piloto”. Era la época loca en que por el placer absurdo de romper botellas, un pampino destrozaba, a balazos, la botellería de un burdel y pagaba, en seguida, riendo a gritos, con lindos billetes “de a cien”.

. . .

Resonaban números célebres que nadie ignoraba: el 330 y el 338. Bastaba pronunciarlos, para que el cochero supiera el destino de sus ocupantes.

Ordenar 330 o 338 era anunciar parranda en grande. Estos números constituían la cábala sexual.

—¡ Al 330!

—¡ Al 338!

La carne lograba la tensión de un arco colosal y el dinero convertíase en un charco de vino que recogía el gesto de la noche y de sus criaturas...

Las “cabronas” sonreían desde los inmensos espejos de marco dorado, espejos que reemplazaban a los ojos del mal, tremendas lagunas donde navegaba la medianoche sobre un son de guitarra... Elegancia del hampa, estos espejos formaban verdaderos cementerios de semblantes idiotizados por el alcohol y la lujuria.

“La Empaná con Canto”, “La Carolina”, “La Pica la Cebolla”, “La Belleza”... Alias que resumían el ingenio y que abreviaban una vida, dejándola en su sencilla picardía de patronas del jolgorio.

Y los homosexuales, que vertían una extraña sensación de bestialidad en la pupila de los hombres enloquecidos por tres, cuatro y cinco días de borrachera, adquirirían una libertad inexplicable: “Copito”, en Antofagasta, vestido de mujer, paseaba su equivocación humana, descaradamente, por las calles y, en medio de la fiesta, disputaba, provocación a provocación, el cliente a las mujeres.

“Copito” amaba los trajes blancos y su rostro combinaba su matiz lunar con las prendas que le aderezaban, casi más que a las hembras. En las calles, se le distinguía, creándosele, en torno, un halo de vaga superioridad. Un día, un infeliz lo mató por celos. Con su traje de baile magnífico, desmelenado y ensangrentado, era una caricatura de la vida...

. . .

La pampa bramaba, solamente, para enriquecer a las ramera. Practicábase una treta ingeniosa y vil: cuando un borracho “doblaba el asta”, con bastante dinero, la mujer que lo guardaba en su pieza, se encargaba de “limpiarle los bolsillos”, separándole una

pequeña cantidad que, a la mañana siguiente, se le entregaba con ostentación y bellaquería:

—Anoche estaba usted tal mal que le guardamos la platita...

Y el hombre recibía los pocos billetes con gratitud: ¡en “la casa” trataban muy bien a los clientes! De este modo, el pobre se tornaba en propagandista entusiasta del “salón”. Así, se costearon los encajes finísimos, las cremas extranjeras, el perfume que obsesionaba el corazón de los pampinos, cuando regresaban a su averno espiritual...

. . .

¡Bien valen una elegía las evas de aquellos paraísos! “La Guacolda”, “La Muerte del Cisne”, “La Gioconda”, en la estrellada algarabía de la aurora iquiqueña; “La Cucalón”, “La Alcayaga” y las “niñas” de “El Cholo Tacconi”, bautizando con pisco el día de “Punta de Rieles”; y las muchachas de “La Empaná...”, “La Carolina”, “La Pica” y “La Belleza”, en los colchones confundidos en el olor abismal de la carne, del yodo y del perfume barato, como las puertas mismas de las noches que son el azahar del olvido!...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

L A S ‘ ‘ C H A T A S ’ ’

COMO PAUSAS DE modorra en medio de la inquietud verde-azul de la bahía de Antofagasta, balancean las “chatas” su vejez de horizontes. Una actitud de trotamundos desencantados las inviste. Y cuando las estrellas apuntan su luz encima del puerto, las pobres crujen, como los esqueletos de las más envanescentes aventuras...

Las abraza el mar con su rumor de caballerías desbocadas y en una secreta tentativa de piedad, les gotea una carcoma de muerte, para evitarles la vergüenza de permanecer, indefinidamente, con la proa marchita, ante la arrogancia de los barcos que resbalan por el mundo, abriendo las puertas de la distancia.

Yo siento por las “chatas” la veneración que inspiran los ojos de los vagabundos que enceguecieron después de haber presenciado el duelo terrible entre el tiempo y el olvido... Mi corazón anhelaría extenderse, como una vela fabulosa, en sus mástiles podridos, para empujarlas, de nuevo, a la sed de los caminos.

Son cementerios de brújulas y mapas.

En su madera, clava la lejanía sollozos de ausencia y la desesperanza es el agrio capitán que las transita.

A estas “chatas” de Antofagasta, ¿les echará una canción la luna de los navegantes?

II

A Raúl Finsterbusch Labarca.

EL PRIMER TURNO

YA ROSENDO AGUILERA tiene un número: el 3785: Ha logrado trabajo en la abrumadora "Pedro". Entre cientos de brazos que se ofrecen, el quedar es suerte. Y Rosendo, ahora, entiende otra forma de la felicidad. Larvas de amargura empezaban a despuntar en sus sienes. Largos días anduvo ocioso y anhelante, a la deriva, por la Oficina, aguardando el momento en que, por fin, pudiera emplearse. De cualquiera cosa. Lo interesante no eran ni el puesto ni la remuneración. En esa febril atmósfera de esfuerzo, el contagio de la actividad se metía en el cuerpo, como una ola desbaratadora, y el ánimo declinaba, horriblemente. Un mero número, el 3785, bastaba para devolver su júbilo. Con él dejó la incómoda situación del que busca, para ser el que actúa, como todos, con sus gestos y sus fiebres; hasta con el derecho a desesperarse de la monotonía de los años paralelos e iguales!...

El orgullo, aquí, no poseía ninguna cabida. Rosendo Aguilera moría, como tal, para ser el 3785, simplemente. ¿Importaba aquello? En manera alguna. Si por un lado el hambre punzaba con su inclemente ademán y por el otro crecía la salvación, a cambio de un nombre y un apellido, la elección era clara. Y él designaba su nuevo destino: el de 3785.

¿Qué puerta se abría en esta cifra? ¿La de la buenaventura o la de los infortunios? Cualquiera que fuese no significaba mayor atención para Rosendo, que, únicamente, deseaba trabajar y cobrar pronto el primer sueldo. Después, ¡que se volcara el cielo!...

El dinero huyó de sus manos. Casi no recordaba la suavidad de las monedas. La miseria le tornó seco y duro y marchaba a su lado

con desagradable constancia. Era feísima la miseria. Olía mal. Y su abrazo se parecía a un anillo de mar frío y brutal. Rosendo terminó por odiarla.

. . .

El 3785 sería su guirnalda y su verdadero rostro: 3785 para los jefes y su suerte, para las planillas de pago y su libertad del grillete de la pobreza.

La Pampa se extendía a su alrededor, como desolada cáscara de fruto infernal.

Rosendo Aguilera, listo para penetrar en el 3785, abandonando su nombre y apellido, revisaba su escaso equipaje en el "camarote" en que residía con otros hombres que, como él, venían del Sur, dispuestos a morir de gris y de sol . . . ; para proseguir viviendo!

Esa noche inauguraría, acaso, su definitivo rumbo. El 3785, de la Sección Vigilantes, iniciaría su jornada, a breve plazo. Era sencilla: se reducía a cuidar el sitio de trabajo que le fijaran. Pero, en ello dos problemas gravarían su conciencia: la extrema perspicacia que debía mantener y la noche que debía vencer no sólo contra su sueño, sino que, también, contra los embrujos que en la soledad fraguaba; oyó relatos tétricos que hablaban de vigilantes muertos por dedos fantasmales, de vigilantes enloquecidos por ciertos ruidos nocturnos, de vigilantes que preferían el hambre a continuar en sus puestos. Mas, Rosendo disponíase a triunfar del miedo y de la miseria.

. . .

Su ropa, liviana para combatir el frío de la noche pampina, le preocupaba demasiado. Puerilmente, zorcíala, como si con esto pudiera amenguar el pinchazo del hielo. Le absorbía la idea de sufrirla y examinaba su chaqueta, minucioso y reposado.

Terminado que hubo, se encaminó a la "cantina" y comió, rápidamente, sin reparar en la charla que sus compañeros de mesa sostenían. Quería, antes de lanzarse al trabajo, contemplarse, detenidamente, hacia adentro, aquietarse y ponerse de acuerdo consigo mismo. Luego, su cabeza no ofrecería lugar sino a las sombras.

Se caló el sombrero y, como en sus lejanos buenos tiempos de

paseante despreocupado, se metió las manos en los bolsillos y recorrió la calle principal de "la Pedro", con el propósito de acopiar la serenidad precisa para su próximo oficio. Enterneció la paz de la calle. Algunos camiones polvoreaban la noche indecisa. Andaba el viento de carrera y en el cielo las estrellas semejaban un manchón de abejas azules.

Rosendo Aguilera todavía no era el 3785. Tal vez, por esto es que aún retenía retazos de su vida pasada. En esta hora, se agolpaban en su frente caras perdidas, frases, escenas borrosas. Sus pasos eran los de un borracho interior.

Cuando juzgó oportuno, se dirigió a la oficina donde le destinarían. Llegó con bastante adelanto. Dos empleados comentaban un robo reciente en "La Planta". Se trataba de un motor y conjeturaban, a grandes voces. Rosendo curioseó la oficina. Entró el Inspector. Anotó el nombre y apellido que no repetiría y el otro, el que adquiriría cuerpo: el 3785. En seguida, lo condujo al sitio que vigilaría.

El 3785 antes visitó "La Planta", sus huesos negros de animal fabuloso le impresionaron. Mas, en este instante, bajo la densidad de las sombras, lograban contornos terribles y un vaho de horror emanaba de las máquinas. El 3785 sintió un temblor naciente en su cuerpo. Era menester contenerse. Y reunió sus energías para el éxito de la primera batalla: la que acontecía en su propio corazón.

—Poco trajo para abrigarse —reprobó el Inspector.

—No tengo más... —respondió el 3785.

El viento, acróbata loco, bailoteaba en los ángulos de las maquinarias.

—Veremos modo de hallar algunos "gangochos" para los pies —insinuó el Inspector.

No replicó el 3785. Sus ojos pretendían absorber la complicada geometría de la vasta selva de hierro por donde caminaban.

. . .

Un edificio de varios pisos. Suben. En el cuarto, ordena el Inspector:

—Aquí; este es su puesto. No le quite los ojos a esa polea de goma y mucho cuidado con estas herramientas. En fin, mi amigo,

controle desde aquella luz, hasta aquel puente; ¿entendido? Buenas noches...

El 3785 apenas si contestó. Comprendía su responsabilidad. Millones de pesos se confiaban a su mirada.

Signió con la vista al Inspector. Una bocanada de sombras lo tapó. El postrero lazo que le amarraba a un ser, como él, carne y hueso, se cortó. Quedaba a merced de la materia dura y de la obscuridad, del silencio peligroso y de su propia confianza.

Sus ojos se dedicaron a identificar ese como país íntimo en que pasaría las noches, siendo un poco monarca de él y otro poco su esclavo: ruedas inmóviles; marcos de fierro; poleas; brillos de grasa; motores adormecidos; y soledad a horcajadas del silencio.

Cauteloso, recorrió un trecho de su radio de custodia. Encontró, en unas vigas, varios sacos, que le sirvieron, providencialmente, de abrigo. Encendió un cigarrillo y se acomodó.

La luna ascendía con su faz de sonámbula y el tiempo se movía desganado. El pensamiento del 3785 se pobló de evocaciones. El perfil de la pequeña Lina descendía, como una niebla amable. La silueta de su madre la percibía asociada a su amplio chal negro. Calles de Santiago que se caracterizaban por una esquina, por una música sentimental, por un beso rápido en bocas que se le ocurrían extraviadas para siempre, sombrearon su memoria. Forzado a mirar, a levantar con sus pupilas un cerco de resguardo a tanta pieza callada y cuantiosa, dejarse golpear por los recuerdos era lo único posible. Al 3785 lo flechaban despiadados. El vino al Norte para ganar dinero y casarse, más tarde. En Santiago, hervía la pobreza; su amor por Lina exigía la aventura: por ella soportaría este manicomio sórdido y nocturno, en que el silencio era roto por un aullido de viento herido en las distancias.

. . .

Se trizaron algunas horas. El 3785, habituado casi a su nuevo empleo, comprobaba que los temores se alejaban, poco a poco, de su cabeza. Cuando no lo esperaba, sonaron repetidos golpes. ¿Quién turbaría su sosiego? Se inquietó. Pero, la reflexión acudió en su ayuda: el fierro, que durante el día sufría un violento peso solar, se distendía a influjos del frío. Resonaban golpes uniformes, broncos. Golpes que reventaban en diferentes lados y se repe-

tían con extraño compás: el concierto sin batuta que acompañaría al 3785 por un buen espacio de noche. En el silencio gigantesco de la pampa, los golpes trituraban el alma del desierto. El eco se desprendía hacia las sombras, como un duendecillo travieso.

Los golpes iluminaron la imaginación del 3785 con una risueña esperanza: descubriría al ladrón del motor. Los jefes premiarían su sagacidad. Ascendería. Las manos de Lina avanzarían, rápidamente, a las suyas, para el dulce nudo amoroso. Este pensamiento le sirvió de aliciente por bastantes minutos.

. . .

Aduñado el 3785 de su papel, no titubeó en averiguar la razón de una luz que temblaba, como a cien metros de distancia. Bajó. La quietud ennegrecía los nervios. El frío. ¡Qué deseos de que las máquinas gritaran, de que se movieran, aplastando el silencio! El 3785 calculaba los millones de pesos que, allí, se reunían: con tantos billetes, ¡qué acariciadora fogata se podría encender!

Penetró a un galponcillo en que lo único viviente era un fuego sobre el que temblaba un tarro parafinero lleno de agua. Varias banquetas rústicas. A regular alcance, "El Molino" vomitaba su polvo agresivo. El 3785 se acercó al fuego y se solazó con largura. Impensadamente, se vio rodeado de obreros que provenían de los pisos subterráneos de "El Molino". Un pañuelo les cubría la cara, como a los bandoleros, salvándose, únicamente, los ojos. El polvo blanqueaba sus ropas, como una segunda vestimenta. Reían con brutalidad. Sin ceremonia se distribuyeron. Portaban "loncheros" rojos, azules, verdes. Una vez que hirvió el agua, se preparó, cada uno, el té, en tarros de conservas. Bebían el líquido y mascaban su pan con despreocupación. Alguno le pasó un tarro de té. El 3785 lo aceptó y fuera de esto no trabó ninguna ligazón con estos hombres, que permanecieron sujetos a un cuento infantil que uno de ellos, un vejete con ojillos de perro diablo, contaba animado por absurda ternura. El 3785 dudaba que estos pampinos, todo contundencia, se recrearan en forma tan ingenua. El polvillo del caliche se asentaba en sus pulmones y los roía. Sus manos eran aptas, más que para la caricia, para la herramienta golosa de "costras". Y, sin embargo, oían con aire pueril el simplísimo relato:

—La Bruja amenazó a la Princesa: —Te convertiré en rana por orgullosa...

El viento andaba riéndose en un arbitrario ir y venir por la pampa.

—¡Bien hecho, por desgracia!...

—La Princesa lloraba y no aceptaba, claro, el papelito de rana...

—Era el castigo de Dios...

El fuego pretendía asaltar el cielo.

—La Bruja no tuvo nada que ver y mirándola con rabia, la volvió el animal verdoso y tonto...

—¡Bonita quedaría!

Transcurría la narración en medio de exclamaciones y comentarios. El 3785 optó por retirarse. Sonó una campana. Los obreros continuarían su faena. Un día, sus pulmones serían un estropajo, y, entonces, espaldas sanas ofrendarían su tributo.

La fogata disminuía. No, el fantasma del hielo. El 3785 retornó al piso que cuidaba. Los golpes proseguían.

. . .

La aurora levantó sus banderas. La pampa se distinguía, débilmente: una aguda sensación de alas caídas.

De su mirador, el 3785 atisbó la ascensión del día. Pensó —al azar— en una canción, escuchada en un mitin, en que se comparaba con el amanecer a la nueva vida que los pobres anhelaban.

Como el amanecer: una claridad limpia, una rojez sutil, una franja luminosa alrededor del mundo. Después, se tuteó con el sol.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DOMINGO, EVOCACIONES

LINA VIBRABA en las sienes del 3785. La tarde vertía una variación de colores sucesivos. El 3785 vagaba lejos del Campamento: humos torcidos, relumbres que eran una morisqueta de luz.

Domingo de plomo.

El 3785 recogía el crepúsculo en el hueco de sus manos. Los hombres jugaban fútbol. Las mujeres preparaban la comida, se divertían en la cancha, o remedaban, simplemente, un bulto en el fondo de las piezas. Y los niños, en su abecé de pobres explotados, se entretenían corriendo detrás de una pelota de media y papeles.

¡Era aquello demasiado soso!... El 3785 no podría charlar con Pedro González, porque éste dormía, reponiéndose de largas trasnochadas al borde de sus libros monumentales.

Y, como siempre que era su corazón la otra voz que le acompañaba, pensó en Lina. Santiago fulguraba en los límites de su memoria: un tranvía pisa las luces, una larguísima calle, una vuelta, mil árboles, el Cerro "San Cristóbal", un paseo donde sus bocas enardecían a las estrellas...

Rosendo sentía que una lepra azul le amenazaba. Cuando decidió venirse al Norte, comprendía que aquella solución significaba endurecer los ojos de soledad, renunciando a los bellos sueños de artista, para regresar "con sus pesitos", y casarse y permanecer hasta que la última hoja del calendario de su vida se desprendiera, ayuntado y feliz, dueño de cama ancha, gozando en lo propio y seguro, y llenándose de hijos: un jardín menos suntuoso que los sueños que se perdieron... ¡Pero, él la quería! ¡Qué diablos! ¡Y quién sabe si después reanudara sus golpes de espátula y cayera, una tarde, la rama de laurel, al fin de su ambición!...

El se dijo:

—El Norte es la salvación.

Lina lloró. Diez crepúsculos formaron el campo de batalla de sus corazones. Al último, un tranvía se robó el trajecito rojo de la muchacha y Rosendo se quedó con su cigarrillo atontado en una esquina.

A su amigo más hondo contó esto en una carta: *“¿Cómo saqué dinero para el viaje? ¿Lo he olvidado? No: empeñé un abrigo, vendí un par de zapatos, negocié un paraguas que no era mío y salí de Santiago con un montón de cuadros, una camisa zurcida y un par de calcetines para muda”*.

Santiago se le perdía.

El tren y sus anillos de cielo; estaciones que sonreían, como humildes niñas de provincia; telones de montañas; pentagramas verdes; agua en procesión de muchas lunas: VALPARAÍSO. Y el mar en sus territorios de león de la distancia.

Un barco caletero. Una chimenea amarilla. La tremenda tercera clase en cubierta: fritangas, colchones, bacinicas; olor a bueyes, a miasmas; traseros temblones, sobacos al aire, sexos entrevistados, mareo; canarios adormilados, javas de animales, sacos de papas, canastas de verduras, cajones de frutas, guitarreos, imprecaciones, victrolas...

Aguilera se acomodó en la barandilla y se dispuso a contemplar el puerto. Un brazo de casas en los aires. ¡Regia ofrenda al cielo! Los vidrios de las casitas en los cerros parecían llamear. Cerca de él, las lanchas raspaban el agua. Un remolcador entraba al puerto, como una gallina satisfecha.

Un pitazo. Se mueve el barco. Santiago palpita lejanísimo. Rosendo imagina que el rostro de Lina asomará de un momento a otro, tras de los cerros. No sucede sino la lejanía. Valparaíso se enciende. El mar es ya una realidad profunda. Corre un viento duro. Altamar. La noche viene empujando al barco, porque no se divisa una luz... Rosendo no prueba nada: la comida, ¡una bazofia! La gente vomita. El hedor ondea sus filos.

—¿Un cigarrillo, amigo?

—Gracias.

Y una cara rasurada se ilumina con el fósforo junto a la de Rosendo. Pronto charlan. Las olas rumorean. El nuevo amigo luce

prestancia de "hijo de familia": es cortés, pronuncia bien, sonríe, escucha. Representa el reventón negro de las familias. Era estudiante de Leyes: se aburrió. Pasó a Medicina: aquello olía mal. Arrastraba dos *ex* en sus 20 años; se agregaron otros: *ex* empleado de banco, *ex* teniente de carabineros, *ex* amante de una "cabrona" francesa, *ex*...

—Me voy a Bolivia. Con la Guerra del Chaco, allá, escasean machos y las mujeres suspiran por casarse, por emporcarse en los colchones... ¡Lindo negocio, amigo! Me voy seguro de volver, macanudamente. Confío en la "pinta" y en la sangre: ¡un chileno es carne cara!... ¡Ja, ja, ja! Estoy "cabreado" de mujeres: necesito una mujer que me arregle el destino: "tiro" desde los 12 años... ¡Si probaría carne en mi vida! Tengo una sola angustia, sin embargo, ¡no haberme acostado con mi madre, que era más hermosa que la Virgen María!...

Una risotada. Otro cigarrillo.

Rosendo se asquea:

—Buenas noches...

Y se tiende en cualquiera parte a dormir.

Al otro día, Coquimbo le enseña unas letras gigantes: "GIANOLI Y MUSTAKIS", unas casas aferradas a los cerros, un mar dócil. Los fleteros invaden el barco. Mujeres de guardapolvos blancos y pesadas canastas estorban a bordo. Se pierden algunas en los camarotes de marineros: Negocio de la Manzana. ¡Cómo se amosazarían las pasas de Huasco en sus cajitas sin suerte!

Aguilera gasta la mitad de sus pobres haberes, comprando una concha de mar arreglada con olorosa sencillez primitiva. Circula un hombre ceremonioso y cheuto: ¿qué mercadería ofrece?; un roto le palmorea las nalgas; el hombre le muestra los dientes en amorosa gratitud; le llaman los marineros; desaparece.

Rosendo cambia su comida por una taza de chocolate. Lina le muerde el corazón: ¡Piiiip! ¡Piiiip! ¡Piiiip! El barco cabecea.

Los tranquilos puertos de la costa asoman sus perfiles de gaviotas fatigadas: Huasco, Caldera, Chañaral, Taltal... Radas vacías, mar de infancia, paz, silencios que los pájaros marinos tratan de comer, como una miel celeste, caseríos breves, calles que se divisan anchas de abandono, un campanario de sonos puros, saltando más allá del mar...

El viaje continúa con su aspecto de miseria: los enfermos mantienen acre el ambiente. Vómitos. Relinchos y mugidos. El 3785 marca estos días con guano de gaviota.

. . . .

—Encontraron muerto a un “pavo” en las calderas...

—¡Pobre “ñato”!

En efecto, en las calderas del barco se carbonizó un muchacho de unos 22 años, que, oculto, pretendía realizar el soñado viaje gratis: el calor lo trocó en una desventurada masa negra. ¿Quién era? Sin duda, una víctima del hambre que huía del suburbio santiaguino, un hechizado por el resplandor legendario del salitre. El olor a carne humana quemada se restriega en las narices de los zaparrastrosos de cubierta.

—Otra ofrenda al Moloch burgués —glosa Rosendo— y se dirige a saludar al camarada desconocido que yace en las bodegas, lo mismo que un habitante de los pantanos de la miseria. Se descubre y, como no sabe rezar, le mira, le mira, le mira, con una piedad rabiosa, y guarda su imagen, como esculpida por la furia, en el fondo de su ternura:

—Casi soy yo mismo —argumenta.

Fuma y fuma. El carbonizado limita sus ojos. En la noche, el muerto se enrosca a su sueño y un aroma oscuro se extiende por su memoria.

. . . .

ANTÓFAGASTA.

Término de tanto vaivén en la mugre. Cerrotes, desesperadamente, secos. Unos letreros anuncian en ellos: CALZONCILLOS, “NO ME ROMPO”, QUINTA DE RECREO “GRECIA”... En la punta de uno: el ancla de Clavería. Las calles se advierten delineadas con justeza. Rosendo se empina en sus sueños: detrás de ese cordón de grises triunfa lo que busca: la pampa. Un autito resbala, a lo lejos. Trajines. Botes que se chocan:

—¡A tierra, a tierra!

—Conmigo, patrón . . . ¡El "Lucindita"!

—Lo esperan en el muelle . . .

Rosendo Aguilera desciende del barco con las manos en los bolsillos. Su único equipaje sobra en un puño: es un montón de esperanzas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CIERTA MAÑANA UN “ENGANCHE”

CACHETADAS de sol.

Un tren cose la pampa: es el de los “enganchados”. Trae más que hombres, ilusiones andrajosas que sueñan con un pan tibio, una chaqueta limpia y una casa para que vibren los buenos años. Es gente del Sur que canceló con la campiña sus sudores y trocó la hoz por la pala, y borró de sus ojos la canción verdosa del pasto por este plato de fuegos crecidos.

Rostros pulidos por el buril austral, rostros donde un jugo silvestre dejó sus huellas: hombres que sostenían noviazgos con la guitarra, mujeres rivales de la miel, y niños bautizados por una luna de ovejitas de plata...

Vienen alegres con sus “monos” llenos de tierra. Chile les reluce en la mirada pícara y, entre la humareda y la tierra, gritan a la nueva vida que les saluda con detonaciones lejanas y saltos de oscuras explosiones.

La pampa echó sobre ellos su primera pintura solar; muchos viajan asorochados; algunas mujeres se quejan de dolor de cabeza; los niños dormitan. El vaivén brutal es cuna ruda y salmo negro a los pulmones que, un día, serán comidos por el desierto...

Un tren largo. Planos los carros. Colchones, guaguas, sillas, una guitarra, mujeres, saquitos gordos, hombres, jaulas. La tierra trepa a todas partes, como bienvenida pampina. Trepa la tierra, arañando la piel en busca de los ríos sanguíneos.

Se para el tren. Los hombres saltan a tierra. El polvo se aprieta a sus zapatos. Aguardan las mujeres. Empiezan a descargar los bártulos. Se rompe una mesa. Chilla un perrazo. Los niños gritan. Grita el sol. El tren resopla y, cuando nadie lo imagina, retrocede,

y sorprende a todos, cayendo varios en medio de los carros. Primera contribución humana. Carreras. Grita punzante. Muebles al suelo. Llanto. En los rieles, la sangre esparce una caligrafía loca. Los molidos por el tren yacen en una espantosa situación de carnes transfiguradas. Sangre enlazada a la muerte: senos deshechos, niños empequeñecidos. Las mujeres buscan a sus hombres y, al encontrarse, se abrazan. Los niños, con los mocos floridos, no aciertan a entender esta batahola. Las mujeres que tienen a sus esposos bajo el tren, tiran sus cuerpos, inútilmente. Cruje la muerte. El tren resopla tranquilo. Llegan las Autoridades: una ambulancia para los heridos, un carretón para los muertos. Un instante bastó para que estas mujeres odien, hasta la eternidad, aquel panorama sordido.

Los perros lamen la sangre. La sangre brilla al sol y el sol baña sus fauces en las pocitas ardientes. Los perros rondan estos espejos irregulares y se miran en ellos, chupando tanta bebida inesperada.

Los sobrevivientes abandonan el lugar. La pampa les dio su lección de prueba.

El 3785 contempló el suceso y tiritó de rabia. Conoce al maquinista culpable. Le asiste la seguridad de que no recibirá sanción alguna: "regalón" de la Oficina, trabaja, como maquinista; pero, su oficio es muy otro: le utilizan como "jurero" oficial y seguro de la Compañía en cualquier conflicto; *está siempre presente*, aunque se encuentre en "el puerto", en el momento preciso en que pasan los percances y concurre a declarar contra los explotados:

—Estaba curadito, señor Juez, mi amigo Pérez... Del pobre fue la culpa. Usted comprende.

Y sonríe, como un lagarto miserable.

Después: un bonito billete colorado.

—Estaba curadito, señor Juez, mi amigo Gómez...

Le tiemblan las quijadas rebeldes al 3785.

—¡Hijo de una gran perra, perro traidor de su clase!

Las viudas de este "enganche" serán devueltas a Antofagasta. ¿Indemnización? ¿De qué? Retornarán con sus "monos" salpicados de sangre, su manto de angustiosas desventuras, y sus chiquillos a la rastra. Mañana contarán que pisaron el umbral del infierno...

. . .

El 3785 se topa con Pedro González a mediodía, y le cuenta el accidente. González se soba las manos y arrastrándolo fuera de los grupos le instruye en peores negocios:

—¡Buena cosa con el sentimental éste! La Compañía posee un rápido servicio de atención a las viudas: fíjate que cuando alguien muere accidentado, antes que la viuda se reponga, la Compañía le ha exigido firmar un documento en que se prueba que recibió lo que la ley manda y, ¡asunto concluido! La viuda guarda \$ 500 y la Compañía se libra de indemnizaciones legales: la viuda marcha en un camión, la Compañía ahorra sus pesitos y, ¡siga la danza!... La gente no lo ignora y promete “engallarse” cuando eso ocurra. Mas, cuando le toca la mala, cede, gime, y se restriega los ojos...

El mediodía tritura un limón caliente sobre la pampa.

La voz de Pedro detalla miserias que dora la infamia:

—Un obrero electricista murió electrocutado. Todos lo supieron. Pero, como el médico del Seguro gana más por servir a la Empresa, extendió un certificado en que se leía: *muerto de tifus exantemático*. La Compañía evadía la paga de indemnización. Al día siguiente, dicho certificado se exhibía, como una prevención a los obreros. ¡Cuidado con el tifus! El médico se gasta auto, bencina, invitaciones, porvenir...

Esa tarde, el 3785 vuelve a contemplar la sangre en los rieles. Los perros la succionaron. Pero, resta una tonalidad que golpea la vista. El 3785 la besa con los ojos.

El 3785 y un perro.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIOGRAFIA DEL TREN

EN LA "CANTINA", flotaba un sabor a sangre entre los platos. La desgracia del tren rayaba de luto la mirada de los obreros:

—¡Mierda debería volvérselo el pan a ese bestia del maquinista!
Mandíbulas de piedra tibia.

Una viejecilla mascaba, cuidadosamente, atisbando en su alrededor, como si esperara a alguien. Y en verdad que esperaba a alguien: a sus perdidas remembranzas. Pronto llegaron y la viejecilla empezó a conversar con un tono de guitarra oscura. La escuchaban los obreros y un solo ruido de cucharas sinfonizaba su charla:

—El tren es obra del Malo, m'hijitos... El Malo anda metido en su barriga. ¿No ven cómo corre, cómo escupe fuego, cómo huele a no sé qué cochinada? Los trenes de hoy son menos criminales que los de mi juventud: ¡están bautizados!... El primer tren era "moro" y el Malo lo guiaba como un loco, para que los cristianos se mataran, a montones. ¡Ay, las desgracias que nos daba el tren! Un curita arregló la cuestión y se propuso bautizarlo. Juntó a dos señoras y a dos generales para padrinos y una tarde que lo pilló tranquilito, le echó agua bendita con un hisopo grandazo... ¡Estaba bautizado! Le pusieron Santiago:

*"Santiago se llama el tren
porque corre muy ligero,
porque mató a un caballero
luego que empezó a correr..."*

—¡Güeno la agüela memoriona! —subraya una chiquilla que se ha quedado con los platos en el aire, durante el relato.

—Es cosa de Dios, mi linda...

Un tajazo de viento salta por la ventana. La viejecilla quiere desembuchar todo lo que recuerda a propósito del tren:

—Cuando apareció el tren, un cuyano vino a conocerlo y, como era tan reintrusazo, no se cansaba de mirarlo; de repente, el tren movió sus patazas y se fue; entonces el cuyano le gritaba:

—Ché, no te *vayás*..., *dejáme* verte, conocerte bien..., *esperáte* un momentito...

—Y el tren le contestaba bien relejos con una risa de endemoniado:

—Píllame si podís, pus, cuyano e'mierda...

Un carpintero se paró y tosió, irónicamente, como un catedrático. Se caló el calañés y se marchó, silbando. La viejecilla reparó en su actitud y sentenció:

—¡Tan diablazos que son y cuando divisan al Malo se cagan tóos!...

Volvió la muchacha con el té. La viejecilla proseguía:

—¿Conocen la herejía que vomita el tren cuando se echa a correr?

Se le corea:

*“¡Quién me ataja, quién me ataja
con cuchillas y navajas!...”*

La narradora, confundida de voces, no se amilana y prosigue su lección:

—Es el Malo el que lo hace tirar la provocación, porque el Malo necesita gente que perder...

Ultimo sorbo. La viejecilla entorna los ojos. Cae el silencio.

El viento blande estrellas en las calles. Los obreros se retiran. La viejecilla dormita. Un trencito de fuego le cruza la frente: la muerte se lleva a los cristianos en un trencito negro, como culebrón de azogue. La viejecilla, despierta, temblando.

Un canto de mujer joven levanta el pecho de la noche.

PEDRO GONZALEZ ESTA TRISTE

TENÍAN QUE SER AMIGOS. El 3785 era sensible; había sido alumno de Bellas Artes y por sus manos cruzó el fugitivo elogio de los dueños de la crítica; Pedro González caminaba a la eternidad salpicado de poesía y como los que cultivan un mismo vicio, misteriosamente, logran fundirse en un solo bloque de fraternidad, ellos fueron amigos. Al fin, los dos envejecían enfermos de fracaso. Atrás se perdían los pinceles y las espátulas del 3785, a Pedro no le restaban sino poemas sueltos en la memoria:

*"Un ángulo me basta entre mis lares,
un libro y un amigo, un sueño breve
que no perturben deudas ni pesares."*

Poemas de colegio, de su época azul, de joven contagiado por las nubes.

Tenían que ser amigos, porque, vagando desamparados, cualquiera vez, se darían un encontronazo en la desesperación de la pampa. Y se lo dieron; pero, de muchas copas en la "fonda" de Estatópulos.

Deambulaban con la nostalgia en creciente. Pedro preguntó una nimiedad.

Respondió el 3785 y, de esta manera, brotaron las confidencias, hasta azular el vino.

A Pedro punzaba la necesidad indomable de hablar y habló, como si después, a la salida de la "fonda", lo esperara un coche ardiente que lo llevaría a la muerte. El 3785 escuchaba, a ratos;

durante varios minutos, sus oídos eran un tonel sin fondo donde caían ilusionadas las palabras de Pedro.

—¡Salud, amigo!

—¡Por la suya, camarada!

Y el vino crecía en sus corazones, como una sombra peregrina.

Pedro evocaba su primera "mona". El 3785, con el busto tirado en la mesa, entornaba los ojos y suspiraba, repetidamente, como el herido de una exagerada comprensión:

—Crecía... Crecía... Mi pensamiento enrojecía en la trastienda del negocito de libros de mi padre; los libros pornográficos apresuraron mi pubertad... A pesar de mi buena salud, mi textura daba frecuentes ocasiones para que mis compañeros se limpiasen los puños en mi cara... Yo me vengaba *haciendo el artista* en las fiestas del colegio, el loco que declama para la barriga satisfecha del señor Rector... ¡Ja, ja, ja!

—Otro trago, Pedro.

—¡Este va "hasta las cachas"!...

—¡Hasta los alamitos!... ¡Salud!

—Bueno, escúchame: era un niño oloroso a ropa limpia; pero, odiaba la vida que se me ofrecía, tan blanda, tan sin sorpresas; aullaba frenético de entusiasmos por los viajes; soñaba, ¡palabra!, con ciudades que después buscaba en las tarjetas postales sin reconocerlas; allí, surgía lo amargo: ¡lloraba, como un perro borracho!

—¡Parecerías la Rosa de los Vientos oprimida, pobrecillo, mi Pedro!... ¡Una rosa!... ¡Ja, ja, ja!

—Rosa, o lo que quieras, ¿cómo te llamas? ¡Oh, Rosendo! Eso es: Rosendo. ¡Qué nombre tan redondo!... Mira, iba para hombrecito y debía comunicar a mi padre lo que ansiaba: ¡irme! Nada más que irme:

—Padre —le dije una tarde—, déjame viajar.

—Me miró el viejo. Frunció el ceño:

—Viajar, ¿con qué, con quién?

—Pues, con nada, ni nadie.

—Rió mi padre:

—Lo que te falta a ti es una zurra, y, luego, trabajar.

—No hablamos más. Fui una gran bandera ultrajada. Efectivamente, una gran bandera ultrajada...

—Pedro, ¡tú no te sirves ni una gota!... ¡Salud!

—¡Salud por la amistad, Rosendo! ¡Saluud!

Maduraba el vino en los ojos de los hombres.

—Empecé a trabajar con mi padre; para conceder más garantías a los clientes, me alargaron el pantalón, le suprimieron el diminutivo a mi nombre y gané el primer sueldo, bajo cuyo brillo se enterraban, para siempre, mis pequeñas ambiciones de pequeño burgués: un médico, un escritor, una planchita lustrosa al sol y un libro que me protegiera de la vulgaridad... ¡Ja, ja, ja! ¡Salud! Tres billetes de \$ 10 sumaron mi primer sueldo. Los guardé, y para disfrutar la sensación de riqueza, para predestinarme millones, los cambié en pesos fuertes: eran treinta ruedas para mis locuras. ¿En qué invertir el dinero? Marsella cantaba lejos; ¿sabes?, siempre que oigo *Marsella* me corre por la boca un sabor a guindas y cuando digo *Hamburgo*, veo un barco muy alto del que salen canciones... Marsella, ¡tan lejos!... Pero, las calles del puerto podían pisarse con unos minutos de marcha. Me dirigí a ellas. Todavía diviso una ancla de madera, danzando entre el aire celeste y oro de la tarde antofagastina. Una cantina. Entré. Cuarterolas. Una mesa coja. Una tarima donde un piano machacaba tangos. No conocía a nadie. Al instante, lo advirtieron; era el futrecito diablo que quiere echar su meneada de potó en el vino...

—Venga, amigo, aquí hay lugar para usted.

—Un hombrecito aparatoso, bizco y cordial, me invitaba. Acepté.

—Póngale un vaso al amigo —ordenó a un muchachote a quien llamaban "El Tomoyo".

—Bebí. Y bebí, como un demonio nuevo. Saqué los treinta pesos y los tiré a la mesa:

—¡Para vino!

—Y me creía el eje del mundo. Una mujer se aproximó a mí y pronto sentí que unas llamas apremiantes me rasgaban el ser; la mujer me acariciaba, maliciosamente, y ninguno se oponía. El hombrecito de la invitación chasqueaba la lengua. Alguien aconsejó salir para la casa de "la Mercedita": "la Mercedita" era la que me sobajeaba. Partimos. Llegamos a un rancho miserable. Siguió la fiesta, no sabía de mi alma y, sin embargo, recuerdo esto con absoluta claridad: "la Mercedita" me condujo a su cuarto y me recostó, como una madre; se lo agradecí; ¿qué hora sería? Quedé, un instante largo, solo en la pieza. De súbito, "la Merce-

quita regresó y, con tranquilidad, se desvistió; me quemaba en mí mismo; ostentaba grandes pechos y unas caderas firmes, de barca de amor; los pelos del sexo me taparon el mundo y, macho recién inaugurado, me tiré sobre ella a probar la mujer: la recorrí, como descubriendo el universo; olía a mar, ¡a mar! Y en el mar rugen todos los sueños, Rosendo, ¡todos los sueños! Me “descartuché” entre un lejano canto de guitarra y un tremendo sabor a trago malo; no he olvidado aquella cueca que remecía a la noche.

(La voz se llena de un pasado que refleja carne y vino:

“¡Viva Chile, viva Chile!
¡Viva la flor del pepino!
Toda niña buenamoza
se casa con santiguino”.)

—¡Era hombre, Rosendo! “La Mercedita” me limpiaba, se restregaba gozosa.

—Tu madrina de los colchones...

—Cerca de la medianoche arribé a mi casa. Me aguardaba mi padre, indeciso, oscilando por el temor y la rabia; encontrarme desencajado, pasado a trago, fue remecerle la bestia que le brincaba dentro: descargó sobre mí un trancazo y no “aletié” más... Al otro día, de mañanita, paseándose por la pieza me sermoné, largamente; al final sentenció:

—Estoy convencido de que tú no serás nada; absolutamente, nada.

—Me vestí, meditando en la profecía: *nada*; ¿qué es *nada*? ¿Un hombre, un poeta, un criminal? Hoy pienso, Rosendo, que *nada* es una infinita cinta blanca que, saliendo de mí, culebrea hacia adelante sin mantener en sí ni una sombra... Nada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA PAMPA AL DESNUDO

EN LA FONDA de Estatópulos, aprecié la feroz verdad de la pampa salitrera. El caso es simple. Una tarde de verano, cuando recién el mediodía empezaba a declinar, entré a beber una copa. Una pesantez abrumadora descendía del aire. Los ojos equivocaban el tiempo y se venían abajo, como hacia una noche de plomo. Mientras bebía, reparé en una jaula colgada, prudentemente, bajo techo. Fue la primera que descubrí en "la Pedro". Dentro de ella palpitaba algo. ¿Un canario, o un puñado de plumas amarillentas? Más que un canario, aquel montoncillo desolador debía ser una mofa olvidada al trino, a la alegría, porque, ¿cuándo cantaría, si es que fuese un canario este ser desventurado que, sin duda, resultaba la más débil criatura de tal comarca olvidada por las ternezas?

El canario (convengamos en esto) no daba señales de vida. Un alfiler caliente debía atravesar su corazón. Estaba, ahí, a la manera de un desorden alado y, seguramente, su garganta se convertía, tras lento y desgarrador proceso, en una piedrecilla...

Ya no existió para mí otra cosa digna en "la Pedro" que este pajarito, cruelmente, condenado a la más dramática agonía: liberarlo, ¿era, acaso, una solución?, ¿dónde encontraría el árbol, el cobijo cordiales?

La pampa se distendía, como un cuero amargo. Moriría con angustia.

La pampa, el pedrusco solar, le apretaban hasta reducirlo a un guiñapo, y en una jaula que no precisaba, puesto que la soledad y la distancia, el bochorno y la aridez, constituían, sí, una jaula peor que la que lo contenía, representaba el drama del desierto.

Entonces, aprendí que la pampa es una dentellada del infortunio, y escondó en mi corazón, desde aquella experiencia, una charca de plumitas amarillas...

¿ D I E S T R A O S I N I E S T R A ?

EL 3785 en sus vagabundeos recogió una hermosa piedra que aparenta una mano. ¡Curioso hallazgo! Casi del porte de las tuyas, el sol la patinó de un tono semejante al humano. Mano de la pampa para estrujar al 3785 los vanos romanticismos.

La lleva en uno de sus bolsillos y cuando en la noche se queda con todas las sombras por baranda para sus pensamientos, la saca y la coloca cerquita de él, como si fuera su ángel venturoso.

Frecuente es que el viento y el tiempo pulan, en el desierto, las piedras, tornándolas aparentes a las más desconcertantes cosas: abnegados artífices, restauradores de la naturaleza, preocupados, noblemente, en embellecerla. Estrellas, animales, hojas, viven ocultos en la pampa, esperando al que, casualmente, las valore y las sustraiga a sus mil grilletes de soledad.

También, en los cerros acontecen maravillosas sorpresas: el paso del sol ayuda a las piedras y, así, vanse formando figuras colosales que representan testas de una augusta presencia, torsos, perfiles que parecen genios de la Tierra, atisbando lejanos mensajes. Es éste el festival gracioso de una naturaleza severa, y su única manera de sonreír.

El 3785 juega con "su mano" de piedra y la besa, como si sus labios estremecieran la diestra novia de las distancias. Es la mano fraternal, íntima, la que no apretará puñal en su contra. El vigilante 3785 con la mano de piedra entre las tuyas actúa siempre más seguro: ¡triple defensa que la Compañía debiera pagar mejor!

Comprende el 3785 que esta mano es su trébol de buenaventura y la mira y admira, la acaricia y custodia. Algún día, bajo un rumor de guitarras, en el Sur, esta mano fiel le devolverá, en garúa

cariñosa, fragmentos de su juventud: será la mano que agitará el pañuelo de los días muertos en un saludo cordial.

—Cuando me muera —piensa el 3785— entraré a la muerte con tres manos, y nadie se agarrará, como yo, a las pretinas de Dios para saborear el Cielo! ...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA MUERTE NO ASUSTA A NADIE

LA MUERTE es en la pampa una cosa blanca y sin olor. Los cementerios pampinos la retienen, como si quisieran que ella presidiera toda la luz de los desiertos. Los muertos en la pampa "no mueren": aquí, la muerte no es disolverse en una hedionda nube de olvido, entre las capas salitreras: los cadáveres permanecen intactos, con su gesto helado y las manos dispuestas a volverse dos ramas de vida, si el sol se decidiese a besarlas...

Se vive cincuenta o sesenta años, agonizando. Porque en "los rajos" la piel, poco a poco, va chupando muerte. La carne se endurece en anticipaciones macabras y si los pampinos hablan, parcamente, es porque la sombra funeral cercena palabras en su corazón... Y, súbitamente, llega la muerte con naturalidad. Se la tuvo en potencia, durante una vida; no es de alarmarse cuando se decide a madurar con sus frutos semejantes a gotas de esperma. La muerte sonreía en los "corvos"; ondeaba desnuda en las mechas de dinamita; graznaba en la soledad de las huellas; era el borde mordiente de las piedras: ¿cómo asombrarse, entonces, al recibirla plena; al sentirla, buscando su acomodo en las vísceras ya familiarizadas con su presencia?...

Y en los cementerios de la pampa, los muertos enteros, como vestidos para una tertulia feroz, comprenden qué doloroso es no descansar en la difuminación de la carne. Su pelo crece, sus uñas alcanzan la dimensión de una hoja de árbol (El Arbol de los Recuerdos), las orejas escuchan los lejanos clamores de la pólvora, los ojos sufren con la visión de un solo horizonte, y la boca es la única feliz, porque muere bien: no pronunciará más palabras: la palabra arrastra la maldición del Paraíso.

En el desierto no cabe el olvido: se cree que, de repente, los muertos cobrarán su cuota de amor y saldrán secos, íntegros, con la elocuencia tremenda de la conciencia, a recordar a los vivos que ellos reposan allí no más, a metros de su día moribundo, viviendo el verdadero exilio del cielo, en una especie de plenitud de la piedra.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

‘ ‘ L A C H A N A ’ ’

“LA CHANA” nació en la pampa. En su sangre, reposaba intacto el desierto y esto se veía, fácilmente, mirando al fondo de sus ojos. No corría en ellos ninguna sombra. La luz se estiraba, largamente, en esa mirada, quieta a fuerza de probar todos los matices de la distancia. “La Chana” tenía a la sazón quince años y su carne áspera, de muchacha crecida sin melindres ni afeites, era glorificada por la eficacia de su bella dureza. No se caían sus formas y su busto erguía con donaire. Era una flor —si es que esto puede asegurarse en un sitio donde las flores sólo batían su gracia en un duro atardecer de tarjetas postales.

“La Chana” vivía con sus padres y hermanos: familia pampina de las viejas, con una tradición sagrada de antiguos hijos del caliche. En los pergaminos que no poseían los parientes de “La Chana”, yacían fornidos “ripiadores”, soldados de los que nadie se acuerda, porque su guerra fue casi irreal —una guerra con la naturaleza del desierto, a pala y dinamita, con la vida en un pelo. “La Chana” traía en su gesto un no sé qué de orgullo, de aristocracia heroica. Y este gesto la tornaba en presa deseable, porque le concedía un aire diferente a las demás chiquillas del Campamento.

El padre ya no trabajaba. Pero, ¡cómo trabajó cuando la pampa fue una fábrica de fortunas y de muertes! En la pampa de hoy, resultaba un monumento curioso. Había conocido las Oficinas bravas, con “pulperías” atestadas de buen licor y calicheros del porte de un dios. Ahora, en “María Elena”, todo era un hermoso reloj. Y en “La Pedro” los cinco motores Diesel, con sus 4.700 H. P., cantaban un largo salmo a la industria.

El hermano mayor trabajaba en “la Centrífuga”: hielo y reumas. Envolvía su día en un saco y atendía tres motores. Los otros eran obreros de “La Mina” y sus “golondrinas” no dejaban hueco para el silencio... La madre equivalía a un trozo de pan querido, yendo y viniendo por la casa. En medio de estas personas, “La Chana” erguía una adolescencia apetitosa y su goce vibraba en los labios de la madre, cuando ésta, caída la noche, reclutaba en su derredor a los chiquillos vecinos y contaba los últimos retazos de sus memorias sureñas; la madre era la única que en casa de “La Chana” valoraba los verdores opulentos del Valle Central. Venida mocita a la pampa, pronto atrapó al que fuera su marido y en este contar reposaba su felicidad; hablando de lo que no volvería a ver, se compensaba. Las escenas no cambiaban; pero la forma de narrarlas dábanle un color siempre novedoso:

—Yo vide, una noche, una gran bola de fuego por los aires... ; Por Diosito el susto grande, m'hijitos! Esa bola era un peazo del cielo que se venía abajo para aplastar a unos malditos que ofendían el nombre del Señor...

Los chiquillos alzan los ojos hacia el firmamento vicioso de astros y querrían, también, que una bola de fuego pasase por encima de ellos en dirección desconocida. La voz no descansa:

—Pu'allá, la noche habla... ; Por Diosito! Se la oye “difariar” des'que asoman las estrellas...

La noche rumorosa no existe por estos descampados. El silencio tiránico reina, como una gigantesca ola de algodón; apenas suena el viento su murmullo consolador. Pero, a veces, se trueca en blasfemia y descarga sus azotes con furiosa altanería.

—Mis tíos vivían en la montaña, haciendo carbón...

—¿Carbón? —pregunta un chico.

—Cállese, lindo, y escuche —concilia “La Chana”.

—Se cortaba el quillay, el litre y el algarrobo, se arrancaba el espino, y se apilaban los peazos; se los cubría con “chamiza” y se picaba tierra para taparlos. A las veinticuatro, se “aguaitaba” por si salía humito azul: si el humo era de este color, el carbón estaba cocido...

Los niños cierran los ojos y un humo celeste les cose los párpados. “La Chana” suspira.

—Cuando “hacía mis necesidades” me entretenía, mirando las

telarañas que temblaban entre las plantitas... Los cielos se ponían rojos con "la oración" y había tres vacas que yo correteaba, a esa hora, como una condená... El viento remecía a los álamos y se escuchaba cantar a los árboles...

La noche cava en las pupilas de los chiquillos. Llega el sueño. "La Chana" se marcha a dormir.

. . . .

Pero, no siempre sucedió así.

Pedro Flores, de "la Cristalización", fue para el corro el hacha que partió los relatos deliciosos y pueriles. Se enamoró de "La Chana". La muchacha consintió, entregándose entera a la primera llamada del corazón. Pesaba demasiado la soledad y, aunque los cuentos de la madre eran hermosos, mucho más lo serían los que le narrasen los labios de Pedro. El hombre había viajado y no parecía presa de hogar. "La Chana" se le presentaba, como una plaza magnífica a la que no era difícil asaltar. Treinta y tantos años sufridos y gozados le concedían a Pedro un mirar seguro y descuidado.

"La Chana" entendió que los espejos modulan un idioma que habla al corazón. Se acicaló. Las medias no volvieron a caerse en torpes arrugas y, por primera vez, su pelo buscó la curva graciosa y le pidió algo insólito a la vecina: un poquito de "rouge".

Pedro recibió este tributo ingenuo y profundo, con alegría. "La Chana", súbitamente, traspasaba las fronteras de la pubertad a la mujer —a una mujer dulce y simple, con prestancia y finura de daga. Y es que "La Chana", como cualquiera otra mujer, no era sino esto: finura de daga.

. . . .

Ni el padre ni los hermanos se resignaban al idilio. El viejo dudaba:

—No me gustan los "patas rajás"... —argumentaba. Y los hermanos:

—No parece varón de ley.

Y se equivocaron todos, pues Pedro Flores era sólo un siervo dócil de su sangre. Desde niño, sintió que el mar le llamaba en el

humo de los barcos que tatuaban el horizonte de su Valparaíso: "Pancho" incitaba a la aventura. Cada tarde resultaba, en el puerto, un navío mayor empavesado de estrellas. Era cuestión de poner el pie a bordo y nada más. Los mástiles suplían a los árboles del romance. ¡Partir! Los porteños debían llevar un corazón diferente al resto de los demás chilenos; un corazón, no: ¡un velero blanco y lindo en mitad del pecho, siempre vivo, como un oleaje!

Pedro navegó. El mar es la continuación de Valparaíso; andar en las cubiertas de los vapores es seguir el tranco del puerto, continuar más allá de sus cerros equilibrados en el lomo del viento.

El mapa se le enredó en las sienes y, una mañana más ruda que las otras, se "enganchó" y pisó la pampa, dispuesto a proseguir el viaje por un océano diferente: océano feroz donde los peces yacían convertidos en pedruscos.

"La Chana" no era, precisamente, una sirena. Pero, allí, cualquier rasgo podía aceptarse en pago de soledad, máxime si el rasgo no era vulgar. Y "La Chana" sobresalía con poderosa bizarría.

—Niña, ese hombre no te conviene —aconsejaba el padre—. Mira como un perro celoso...

"La Chana" no admitía razones. El amor la convertía en un racimo palpitante. Tímidamente, pretendía persuadir con una sonrisa tristona, con su tesis de ningún antecedente:

—¡Si es bueno, papá!...

Pedro no era bueno ni malo. Era hombre.

. . .

"La Chana" resolvía la gran equis negra que le quemaba el alma. El estaba dispuesto a casarse, a probar con severa conducta que había encontrado el anillo perdido que buscara por el mundo. Pero, los que cuidaban a la chiquilla no prestaban crédito a su corazón.

La pampa, ¿es un veneno sin "contra"? Lentamente, cae, gota a gota, en sus criaturas indefensas. Y la muerte la concede, cuando por dentro no se es sino un vacío espectral. Es un veneno que desfigura el semblante y que eriza el alma de colmillos. De este modo, se explican las mayores crueldades.

Con Pedro no varió su costumbre. El burló las ataduras de cientos de puertos y aprendió a zafarse de los lazos que la lujuria

inventa. Mas, la pampa era diversa a los puertos y al beso siniestro de los camastros en que gime, no una mujer, sino que un resumen de los siete pecados capitales. Se fue transformando. No perdió la risa, sin embargo. Esa risa anchurosa, de salud, que enamorara a "La Chana" y que la hacía sentirse feliz.

Una noche, Pedro decidió conversar con el viejo. No toleraría inquietud semejante. "La Chana" lo quería y él no era hombre de perder una mujer por caprichos de nadie. El viejo lo oyó, silenciosamente, y se limitó a contestarle con monosílabos y meneos de cabeza.

—¡Viejo testarudo! —pensó el galán.

Pedro Flores se puso en pie y el viejo lo imitó. ¿Huía perdida la esperanza? Flores insistió. El viejo llamó a los hijos, y el mayor expuso una solución razonable:

—Puesto que se quieren, ¡que se casen! . . .

Entonces surgió el viejo pampino, el que se crió en medio de la boca de la muerte:

—Bueno, que se casen . . . ¡Estaría de Dios que se la llevara éste! . . . Pero, escuche, mi amigo: si la chiquilla sufre, si usted se burla de ella, ¡lo pagará muy caro! . . .

De golpe, la boca de "La Chana" le llegaba, flotando, en el aire, como una joya, maravillosamente, tibia. Era el novio. "La Chana" lloriqueó. La vieja la contempló, tal si una prolongación de sí misma comenzara a vivir.

. . . .

Cuando Pedro Flores estuvo seguro de que "La Chana" le pertenecía en cuerpo y alma, empezó a echar de menos el riesgo, la sed de los peligros. "La Chana" le aguardaría. El Pedro de los propósitos claros cedió al Pedro andariego y burlón, al señor de azares. No es que la dejara de querer. Y, no obstante, lo parecía. Los viejos no comentaron nada. Ni los hermanos. Pedro fue una sombra natural en la casa: ¡"La Chana" lo quería!

Un año.

El casamiento no salía de parte alguna. Pedro no mostraba interés en realizarlo. La pampa lo mantenía seco de sueños. Se amoldó a una ternura mínima. ¿Irse? No, no. Pero, ¿casarse?, ¡después . . . ,

más tarde! El viejo dudó. Y los hermanos. El mayor planteó a Pedro la decisión: era preciso no dilatar más la boda.

—Lo haré cuando me vengan las ganas... —replicó Pedro.

El hermano mayor se tragó la respuesta y supuso que en la pupila del porteño se movía un adiós...

De arriba dificultoso eran las ganas de Pedro. Pasó otro año. "La Chana" esplendía.

A Flores lo ganaba para siempre el desierto. No se movería jamás. "La Chana" aceptaba, resignadamente, esta antesala de la alcoba nupcial que eran la espera y el coloquio sentimental en la plaza y en el teatrillo. Al viejo no le acontecía lo mismo:

—Este carajo se está riendo de nosotros —repetía, a menudo.

—No seai aprensivo —le contestaba su mujer.

El viejo seguía en sus trece.

—Quiubo, amigo, ¿cuándo nos casamos? —solía preguntar a Pedro. Y Pedro con un broma disolvía la interrogante. Los chistes no eran el fuerte del viejo.

. . .

Las cosas habrían continuado, así, hasta el día del Juicio Final, a no mediar un golpe de la casualidad. Gervasio Rivas fue el puño de la casualidad que destruyó el ritmo fatigoso del idilio. Era dirigente sindical con el hermano mayor de "La Chana" y el fuego social les unía. Visitó la casa de "La Chana" para conversar de asuntos difíciles y, a pesar de la discusión, reparó en aquella escultura sensible y morena que enternecía el hogar. Gervasio no perdía su tiempo en concesiones sentimentales; la lucha era demasiado grande para que en su corazón cupiesen además de los sueños y las arduas palabras del combate, las formas de una mujer. Pero, esta muchacha sí que encontraría espacio en su destino. "La Chana" estaba acostumbrada a escuchar de boca de Pedro historias distintas a las que su hermano mayor y Gervasio repetían.

Rivas hablaba de un país donde la explotación de los pobres no acibara la vida. El hermano mayor pronunciaba, dificultosamente, nombres que sonaban desconcertantes en el aire tranquilo de la casa. A los relatos presuntuosos de Pedro, se oponían estos sencillos, de una vibración desconocida para la chiquilla.

El hermano mayor, mientras discutía, soñó, fugazmente, en una

posible combinación favorable que desterrara de "La Chana" al Pedro palabrero y engreído, que ejercía tres años de absurdo dominio sobre la muchacha, colocando a Gervasio junto a ese pedazo de su sangre.

"La Chana", al quedarse sola esa noche, meditó, por primera vez, en su noviazgo. Antes soñaba. Antes soportaba el imperio de su fantasía. Ahora, un destello de la frente hendía su noche de virgen y pesaba situaciones: Pedro no pensaba casarse. Ganaba dinero. ¿Qué se oponía a ello? ¿Otra mujer? ¿Hambre de nuevos viajes? Como si las sombras tomaran parte en su meditación, dibujóse en la sombra el rostro limpio de Gervasio. Rivas era, como su hermano: batallador, desinteresado, sobrio, hijo de estas piedras que lloran. Su palabra no prendía vendas en los ojos extasiados; al contrario, destruía las vendas, incitando a mirar hacia adelante, hacia un mundo que, vagamente, presentía crecer la muchacha, como un resplandor desconocido en su mentalidad no ejercitada en cuestiones tan complicadas. Rivas ostentaba una vida ejemplar. En el Sindicato, se le estimaba. Y su cuerpo era una estatua viril.

Gervasio no ignoraba que entre "La Chana" y Pedro Flores temblaba un nudo. Mas, ¿quién podía impedirle pensar en ella? Y, como "La Chana", en la soledad de su lecho, entre los planeamientos y las cifras, advirtió su perfil. ¡Diablo de chiquilla! ¡Cómo se igualaba a una canción marcial!

. . .

El dado de la vida nunca cae, como se espera. Y a los hombres les rige, mala o buenamente, un rey con los ojos llenos de lágrimas; pero, que ríe con una monumental boca de payaso. Dicen que es el Destino.

Echemos a este personaje la culpa de lo que sucedió a nuestros enamorados. "La Chana" se cansó de esperar, y, una mañana cualquiera, su corazón amaneció con el rostro de Pedro destrozado, y, en su lugar, ascendió un débil contorno de hombre. De un hombre que ella comenzaba a sentir cerca de sí, como una necesidad.

"La Chana" no le contó a nadie lo que alteraba su alma. Pedro llegó esa noche con su vasta sonrisa de macho satisfecho. Era el dueño de un porvenir de lindas caderas y de labios pulposos.

El diálogo fue seco. Pedro notó un no sé qué agresivo en el dejo de la muchacha.

—¿Tenís algo? ¿Estai enferma?

“La Chana” era una copa de fuego encima de la noche:

—No tengo ná...

—Entonce, ¿a qué viene là terquedad?...

Y preparando un beso:

—¿Que ya no me querís?...

Pedro habíase habituado a recibir, cada vez que preguntaba ésto, la respuesta de un beso muy hondo. Pero, esa noche le sorprendió su ausencia. Y luego que quiso tomar la iniciativa, lo que pronunció “La Chana” le horadó la conciencia:

—Me aburríste, Pedro... ¡Qué querís!...

Y con naturalidad aplastante:

—¡Ya no te quero!...

Pedro quedó perplejo. “La Chana” le sostenía la mirada y en sus ojos se estiraba un fulgor de puñales. Habló, gritó. La chiquilla evitaba las explicaciones. ¿Para qué? Se ama, de golpe, como se deja de querer en el instante menos pensado. Dar vueltas a ese puñado de cenizas era absurdo. A los gritos de Pedro apareció el hermano mayor:

—¿Qué te pasa, hombre? —interpeló.

—¡Qué me va a pasar!... Dice “La Chana” que me vaya...
¡Que ya no me quiere!

—¿Y qué?...

“La Chana”, en un rincón, deseó ser fuerte, como su hermano, para echar a empujones al hombre que, sin saber cómo, aplastó contra el olvido. ¡Aparecía tan poquita cosa, mendigándole lo que tanto demoró en gozar!

Pedro presintió que un minuto más en esta casa era ofrecer tiempo suficiente a la locura para que le saltara por los ojos. Y se fue.

. . . .

Macho de pelo en pecho, no rogó más. La pampa le había recubierto con una pátina gris. Renacía, a los treinta y tantos años, de una nueva madre áspera. Y se lactaba todavía de su pecho brutal que nutría a la soledad y a la muerte. Y a él, hombre,

hombre nada más, la leche le caía, como un bautismo de guerra en su alma.

"La Chana" pololeó con Gervasio y se habló de casamiento. La noticia sacudió de pies a cabeza al pobre Flores. No podía huir. Sentía la necesidad de verse hecho pedazos en el abrazo de los nuevos amantes. Un masoquismo borroso le consumía. El navegante había muerto en él: la pampa es un ancla demasiado cruel. Ancha la entrada, todo el mundo es puerta para ingresar al desierto. Mas, no existía sino una salida: mostraba la forma de un ataúd.

Pedro Flores bebía. En el trabajo no habló más.

Gervasio Rivas ganó prestigio. En el Sindicato, fue la flor camarada. Poco o nada se preocupó del antiguo novio. Con su cariño se inauguraba un camino más a la vida.

"La Chana" se analizaba, gozando:

—Si debí estar lesa, yo... ¡Mamarracho siútico!...

La pareja agradaba a los viejos. El hermano mayor creía que al emparentarse a Gervasio subiría su nivel político. En las veladas hogareñas discutían los hombres, y "La Chana" oía a su prometido, como a un oráculo infalible.

Por la Oficina se veía a Pedro dejado de la mano de Dios; los ojos, tirando a dos bolas de odio.

. . .

En la "cantina" recibió la noticia: "La Chana" se casaría a fin de mes con Gervasio Rivas. Pedro terminó de comer malhumorado y la idea malsana que le mató, se le prendió en el cerebro, como una garra. Mucho faltaba para fin de mes. Pedro trabajó en hambre de hojas de calendario.

El día de la boda fue una miserable caricatura humana. Pudo escapar al mar, reiniciar su vida marinera. Pero, la pampa le ató a su tragedia y le obligó a decidir su destino, con la mano de piedra que ella coloca en el corazón de sus esclavos.

La boda se efectuaría a las siete de la tarde. Pedro esperó, reloj en el alma, la caída del día. Próximo a la hora fijada, salió del Campamento y se perdió hacia la pampa. Caminó, rápidamente. Un frescor penetrante rayaba la atmósfera. A lo lejos, se matizaban dulces colores en derrota.

No despegó los labios. ¿Cuánto tiempo caminó? De repente, se detuvo y miró hacia "la Pedro". Se encendían las luces. Juzgó llegado el momento. De los bolsillos, sacó un cartucho de dinamita. Las manos le temblaban. Su carne se encrespó en un celo mortal.

—Aquí, aquí —indicó, hablando recién, como ante su fantasma. Y señaló su sexo.

En "la Pedro" se casaban su verdugos. Pedro no habría sopor-tado que, bajo el mismo cielo que le albergaba, se amaran, esa noche, los que enterraban para siempre un alfiler de horror en sus entrañas.

. . .

Las manos de Pedro van a desprenderse de su violento bailoteo. Se ha recostado y el cartucho le carga el sexo. La mecha tiembla entera en su finura de vena amarga. Las campanas de "la Pedro" gotearán su alegría sobre el azahar de "La Chana". Gervasio Rivas, vestido de negro, ostentará una florecilla de cera en el ojal. Pedro transpira. La noche ha puntuado la longitud del cielo.

Pedro aprendió, concienzudamente, el dictado de la pampa. Sus manos abren la caja de fósforos y la cerilla se prende, nerviosamente. La mecha comienza a recorrer su trayecto terrible. Pedro se ha recostado con los ojos abiertos y aguarda el desenlace. La mecha avanza.

"La Chana" acaba de pronunciar el "sí" de la dicha. Hay viento en la pampa. Las estrellas no se preocupan de aquella línea roja que se arrastra perdida en el desierto. ¿Es otra estrella? ¡Qué importa!

El cartucho pesa en el sexo de Pedro. Gervasio ha besado a "La Chana"... La detonación abre forados en el cielo. Un hombre vuela astillado a veinte metros de altura. El humo se interna en su patria...

Pedro reposará para siempre en el corazón de la pampa. Su cuerpo descende, como una lluvia monstruosa: ¿dónde caen el corazón traicionado, los ojos que se convertirán en piedras, el sexo sin fortuna?...

S. R. I.

LUISA ROLDÁN ofrece, cautelosamente, bonos del *Socorro Rojo Internacional*. Es una mujercita delgada y nerviosa. El 3785 la ha visto, conversando con Rigoberto Tapia: no cabe duda que se trata de dos camaradas. A Tapia, los obreros lo señalan, como a un leal comunista. El 3785 no militó en ningún partido político; en Santiago, frecuentaba la amistad de estudiantes revolucionarios, y se siente, aquí en la Oficina, terriblemente maltratado por la sequedad humana que rigoriza los destinos. El necesita ligarse a alguien que agite una imperiosa sed de justicia, porque, después de todo, no es una piltrafa romántica y bohemia. En Santiago, pintó letreros para los universitarios de izquierda y leyó su literatura clandestina. Pero, aún pesaba mucho en su corazón el cielo del arte. Individualista y revuelto, era simpatizante del P. C.

Ahora, la pampa le abofetea de realidad: el imperialismo no es una palabra. Estruja, oprime, impone. Acá, en "la Pedro", su prepotencia se evidencia; él mismo sirve como instrumento policial del imperialismo: come, porque protege intereses que se ventilan a mucho mar de distancia de esta costa blanca y sufrida. El 3785 precisa la amistad de los que llevan en los ojos un horizonte fraternal.

—¡Eh, compañera, una palabrita!...

Gira su cabeza Luisa Roldán:

—¿A mí?

—Sí. Déme un bono del Socorro.

Luisa duda; es demasiado directa la demanda:

—¡Yo no vendo *eso*, compañero!... ¿Por quién me confunde?

El 3785 sonríe, puramente:

—No tema, compañera. Yo soy uno de los suyos...

Lo confirma su clara mirada.

Luisa lo coge de un brazo y lo desvía de la multitud. Se apaga el rumor de la plazoleta endomingada.

Alguien, cualquiera, misteriosamente, mostró antes al 3785 un bono del Socorro adquirido a Luisa. Ella le entrega un papel de letras rojas que el 3785 guarda con amor en el bolsillo: s. r. i.

—Parece que en estos feudos del imperialismo, compañero, se temiera, constantemente, a alguien, como si un poder invisible sembrara ojos centinelas en el aire... ¿Lo ha notado usted? Como si hubiera oídos, oídos-espías por todos lados. Nosotros vivimos andando a mucha altura, nerviosos, inquietos, con la policía por aliento...

El 3785 escucha a esta mujer que posee un perfil de verdad:

—¡Gringos de moledera!

Luisa estira su mano:

—Ya conversaremos después...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

AGUA FUERTE NOCTURNO

ERA UNA NOCHE MÁS. La costumbre lograba acomodar en los ojos del 3785 una especie de esponjas para succionar las sombras. Era una noche más, vale escribir, una agonía más para quien sostenía largos diálogos con este mundo agresivo y tenebroso.

El 3785 estaba en su puesto, como siempre, desgarnecido y sin defensas. La plata no le restaba, suficientemente, para procurarse abrigo, pues, en el Sur, muchas bocas recibían su pan de este oficio en que él iba, aprendiendo, poco a poco, a penetrar el sentido de las cosas en su toda libertad.

El viento poseía disfraces. Fingía, a veces, una canción imperceptible, una canción venida de remotas tribus felices. Otras, era un lamento del porte del cielo. Y no pocas, una caballería que derramaba su furia por encima de las casas. El viento era el único cordial camarada que el 3785 sentía cerca de sí, rondándolo, cuidándolo, quizás, en sus horas de crucificado en la noche... El 3785 imaginó en su hastío que bien podía el viento colocarse al servicio de la Compañía para espiar a los vigilantes amodorrados. ¡Eran tan listos estos gringos!...

Y no sólo el viento provocaba imaginaciones en el 3785. El silencio monstruoso era una espina mental. ¿Cómo concebir el silencio, cómo dibujárselo? ¿Una mano cortada en un hueco de sal? ¿Un cántaro de agua en una habitación abandonada? ¿Un inmenso charco de sangre custodiado por una pantera ciega?

Y con el viento y el silencio: la noche. Sobre todo, la noche hundía, profundamente, sus garras en el 3785. Amigo de estudiantes que más que amar códigos o logaritmos, amaban la bohemia, amigo de los que rayaban las mesas de las cafeterías de *San Diego* y *San Pablo*, en Santiago, el 3785 conoció e intimó con la noche

ciudadana, la de lunares falsos y ancha boca de "rouge"; una noche que alojaba en los silenciosos hoteles, donde las sábanas son las olas indudables de la fuerte y desastrosa miseria santiaguina. Pero, esta noche del desierto era muy otra: noche como bandeja de caminos al misterio, noche que se alzaba a la manera de una gigantesca puerta en que golpearan fantasmas sin otra historia que sus formas talladas en espanto.

Y como la cabeza del 3785 ya estaba repleta de leyendas y de espectros pampinos, alguna noche sería invadido por aquellos conocidos de quienes él ni siquiera sospechaba su número exacto. Porque los muertos, enteramente, fuera de lo normal se buscan y agrupan, hasta constituir asambleas que un elegido, únicamente, puede presenciar. El 3785 era un elegido. Y si *era una noche más* ésta que viviría, lo que soportaría, en verdad, era su bautismo de sangre, ungiéndolo para siempre en el dolor de los hombres.

Negreaban las máquinas con sus sistemas silenciosos. Pequeños brillos simulaban salpicaduras de la noche. El 3785 fumaba. Una carta de Lina le entibiaba el corazón. Para ella seguía siendo "*Mi querido Rosendo*"...

Alcanzaban las inmensas perspectivas nocturnas al borde de su alma. Las piedras, ahitas de obscuridad, eran los cráneos diseminados de un ejército deshecho y olvidado. El 3785, en cuclillas, equilibraba trozos de su vida pasada: una calle con árboles en la que formó con Lina el monograma del atardecer; un tallercito de escultor donde la greda odorizaba ensueños tenaces; una mesa de cafetería, rodeada de muchachos: allá, el humo evocaba una vegetación ideal. El 3785 vivía nutriéndose de su propia sustancia; ¡había, en sus veinticinco años, acumulado savias vitales para más de cincuenta! Santiago no le reservaba secretos, y, cuando decidió acogotar la vida para que le soltase las monedas necesarias a su ternura, era, lo que se dice, un hombre hecho y derecho. En la pampa, no bastaba para subsistir el pan; el 3785 lo comprobaba; era preciso chuparse hasta la médula de la memoria para no devenir, triste, irremediablemente, en un muñeco desventurado: la mejor nutrición salía de uno mismo, de sus recuerdos. El se mantenía frente a la noche, atrincherado en sus propias sombras.

Y su mirada realizaba el doble juego peligroso de atisbar hacia dentro y tutelar lo de fuera. Entre evocaciones se le escurrían las

horas y la madrugada le sorprendía, frecuentemente, charlando en una esquina cualquiera de Santiago...

Ahora, Lina dormía entre sus sienes.

. . . .

El 3785 era un vigía inútil en aquel barco sin destino; la vida rodaba, a la deriva, por sus orillas, y los hombres sufrían; nadie intentaría nada contra tales monstruos mecánicos; su puesto era una prevención; acontecían robos, es cierto; pero, ¡a las mil y quinientas! La Compañía se aseguraba convenientemente. El no representaba otra cosa que un "por si acaso"... En cambio, tantas vigiliass le habían limado ilusiones, endureciendo su reflexión; esto era el sobresueldo moral.

. . . .

Miraba. La negrura pendía de las vigas del cielo. Miraba.

Primero, fue una luz. Lejanísima. Una luz que tembló, como una esperanza. Después, otra. Y, pronto: cientos, cientos, cientos de luces que reventaron en derredor y que le rodeaban como una multitud de extrañas luciérnagas. ¿Qué era este mitin irreal? El 3785, inmóvil y sorprendido, no podía articular palabra. Despedía esta escena una imposición de silencio sobrenatural, emergía de las luces un mandato de aguardar y callar. Tácitamente, el 3785 aceptó el suceso. Las luces caminaban, describían ilegibles caligrafías.

El 3785 miraba, como si él fuera enteró un ojo palpitante. Las luces titilaban próximas y el fulgor impedía identificar qué manos las portaban.

No. No eran luces. El 3785 recién percibía la verdad. Eran hombres iluminados. Hombres que empavorecían. Hombres que, seguramente, escapaban de un museo de pesadilla. ¿Qué esperaban de él?

El 3785 dispuso sobreponerse a todo evento. Los hombres no trazaban ningún ademán. Sencillamente, andaban, y su proximidad era mayor a cada instante. El 3785 distinguía rostros a los que faltaba la mitad, sangrando desde un hueco de nervios y tenebrosos abismos de carne y hueso; el 3785 distinguía cuerpos que, mal-

aventurados San Dionisios proletarios, marchaban sin cabeza, mostrando un cuello garabateado de sangre; el 3785 distinguía troncos carcomidos por la dinamita, cavados en su mitad, como los pozos mismos del infortunio; el 3785 distinguía hombres sin brazos, sin manos, en una primavera tinta de arterias vaciadas; el 3785 distinguía horripilantes troncos que se arrastraban, caracoles de sangre, regando la noche de una leche siniestra para amamantar las lejanías calcinadas; el 3785 distinguía mineros ebrios de sed, con sus cabalgaduras y sus mulas desfiguradas por el sol, arrastrándolas, como a hijos de su agonía; el 3785 distinguía rotos hermosos que forcejeaban por arrancarse un puñal perdido en sus espaldas...

Eran los muertos del salitre que llegaban, desde sus parcelas desdichadas, a historiarle la pampa: ¡sangre, sangre, sangre!

El 3785 tragaba el espectáculo. Los muertos del salitre traían la elocuencia muda y directa, inolvidable y concisa, de su tragedia. Ambición vuelta gesto final, amor que encontraba el tálamo solitario de más allá de las huellas, rebeldía del hombre que una bala ennegrecía de eternidad.

El 3785 sudaba emoción. Los muertos, inmóviles ahora, bajo la sorprendida noche, le mostraban el horror de aquellas tierras donde la mano de Dios no se posaba; aquellas tierras en que el agua era una guirnalda de plata extraviada y el sol humeaba, lo mismo que la fogata en que se quemara la vida!...

¿Qué pretendían? Se quedaban como las estatuas del más crudo delirio. Sus cuerpos fosforescentes transpasaban a las máquinas un mediodía inolvidable. El 3785 ardía. ¡Tantos ojos para su insignificancia! Los muertos no gesticulaban, no pronunciaban palabra; pero, transmitían solemnidad. *Eran*, simplemente.

ROSAURA TIENE UN ORGULLO

ROSAURA sonríe cuando Genaro Huerta enseña una cicatriz al 3785. Genaro advierte que esta cicatriz es la firma de un sablazo brutal en un mitin lejano: de Antofagasta se trajo Huerta una guitarra española, tersa y límpida, y esta cicatriz endemoniada en mitad del abdomen.

—Cada uno está orgulloso de lo que tiene, y nada más —se defiende Genaro.

Los cigarrillos apresan la tarde curiosa. Rosaura continúa, sonriendo con desconfianza:

—Yo sí que luzco un orgullo legítimo y grande —sentencia la mujer: el de haber aprendido, cuando chiquita, en Antofagasta, La Internacional, en brazos de *don Reca*...

¿Quién osará discutirle? He ahí agigantada la cerosidad de Rosaura. Toda su cara de pómulos tristes se borra. Bastaría esta sola circunstancia para respetarla:

—Recuerdo una casona inmensa, rodeada de "calaminas". Una puerta ancha, como para que nadie se quedara fuera... Funcionaba, allá, un teatro y tras el escenario y bajo el escenario, se extendía la imprenta: imprimían "El Socialista". Era el Teatro Obrero, el hogar de los "federados"...

(La calle *Covadonga* alzaba montones de arena, piedras, tierra; el Cementerio de Antofagasta plateaba próximo y, como una musiquilla remota, se escuchaba el mar...)

—... Los chiquillos jugueteábamos en la calle y, "a la oración", entrábamos al local: mocetones tostados discutían, se veían banderas rojas, se leían diarios, se fumaba. Nosotros nos metíamos en todas partes y nadie se preocupaba de corretearnos...

El 3785 se dibuja para sí el rostro de Recabarren; sus ojos le proyectan contra su alma: la frente alta, con el arado a fuego de las preocupaciones; los ojos encapotados; y la recia boca para gritar verdades.

—¡Eramos los niños los dueños del local!...

Un suspiro.

Una vez, Recabarren, viéndonos así, tan llenos de ardor, preguntó a un dirigente:

—¿No han aprovechado esta energía?

(Silencio).

—¡A ver, niños, vamos a cantar!

—Corrimos a rodearle.

(Pronto su voz fue la única alegría...)

*“Arriba los pobres del mundo,
de pie los esclavos sin pan.”*

—Cantábamos. Era la más pequeña y me limitaba, entonces, a correr detrás de los versos... Al día siguiente, volvió Recabarren. Ansiosamente, desde la víspera, aguardábamos este nuevo juego que él inventara para nosotros. Me sentó en sus rodillas y, en el caballito de ellas, principié a memorizar la letra:

*“Y gritemos todos unidos:
¡viva La Internacional!”*

—Tarde a tarde, en su falda, iba yo grabándome la canción. Sus pies controlaban el compás. Sus manos sostenían mi curiosidad. Llegó la ocasión de mostrar a los grandes que éramos capaces de trabajar, como ellos, en el escenario del teatro. Fue en un 1º de Mayo borrasco. Recabarren ordenó que nosotros iniciáramos la función: se levantó el telón y treinta o más niños, peinaditos y limpios, como nunca, empezamos a cantar: los hombres temblaron, nuestras madres miraban, felices. La Internacional adquiría un sentido especial. Recabarren nos dirigía desde bastidores y sonreía alentándonos. Terminó la canción; el teatro nos ovacionó. El nos acariciaba. Me tomó en alto y me besó: jamás olvidaría este minuto. Fíjate, compañero, que era comprometerme para siempre con mi clase.

Genaro muequea presto a lloriquear. El 3785 comparte este jirón de ternura que ondula entre ellos.

—La Internacional es una, claro está... Pero, a mí, me parece que la que entono es diferente, una Internacional, ¿cómo decir?, mía, para mi pobre vida de explotada... Dime, ahora, Genaro, si mi orgullo no resulta más legítimo y grande que el tuyo, que el que pueda cargar el compañero, que el de todos. Me moriré de vieja, perderé mi voz, me pondré fea; pero, mi memoria no expulsará aquella niñita que, acunada por un hombre sencillo, modulaba a media lengua:

*“Cambiemos al mundo de fase
hundiendo al imperio burgués.”*

—¿Te das cuenta, Genaro? Una niñita de delantalcillo de saco harinero, albita, cantando con Recabarren...

Genaro no discute. Cree que *don Reca* resurge, a ratos, en el timbre querido de esta voz de mujer, como un espíritu de júbilo. Cree y, palmoteando el hombro del 3785, se acerca a Rosaura y le besa, profundamente, la cabeza tocada por el atardecer.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LOS PULMONES DE TIRSO CANTOYA

LA CARNE de Tirso Cantoya no habría podido evitar que la muerte fragmentada y sigilosa le subiera, como una nube siniestra, hacia la boca y, luego, buscara los pulmones para mutilarlos y cegarlos. En "Los Molinos", el polvo es una endemoniada porción de muerte: se encrespa y trepa por invisibles escalas hasta la boca reseca y, en vuelo de sombra, desciende a los pulmones. En los pulmones, la muerte levanta su solio y los hombres, poco a poco, sienten que la vida es una copa inclinada de la que cae y cae la sangre, sin que ninguna mano se compadezca y busque el nivel que equidiste con la risa y con la vida...

El polvillo, ¡qué maldición! Para los obreros de "Los Molinos" recuerda una noche disgregada, una noche en que la luna no esculpe su diámetro risueño y las estrellas han sido reemplazadas por una salpicadura de sangre en las espaldas... Imaginad un surtidor gigantesco que, en vez de erigir su columna fresca y pulida, lanza, desordenadamente, tierra traidora, tierra que al bajar no se avecina, gustosamente, sino que en los pulmones, para gozar en ellos, como una patrulla de satanaces furiosos, agujereándolos y llenándolos de sombrías cavidades.

Tirso Cantoya era obrero de "Los Molinos". "Los Molinos" es un edificio de varias galerías, donde los hombres cumplen las ocho horas de su turno en medio de una llovizna feroz de polvo y muerte. Las máscaras protectoras poco sirven. Los hombres, en cambio, usan los pañuelos, como los apaches, y con tal defensa mínima no logran, naturalmente, impedir que al cabo de los años la silicosis les pique los pulmones y los mate, un día cualquiera, de manera rápida. La tierra en "Los Molinos" es una red de la

muerte. Baila el polvo en el aire y la atmósfera se ve plena de astros urgidos, astros arteros, que se reparten los pulmones de los obreros, como vías lácteas, extraordinariamente gratas.

Tirso Cantoya trabajaba ocho años en "La Pedro" y en ellos fue siempre obrero de "Los Molinos". Su cabeza funcionaba ordenada, como el edificio: sus pensamientos eran terrosos, grises. Su cabeza se habituó a imaginarlo todo como a través de un velo de tierra. Y sus pulmones —principalmente, sus pulmones— eran una pared en que la muerte incrustaba sus flechas, lentamente, segurísima que, al fin, caerían a su lado.

La silicosis había chupado el color a Tirso Cantoya. Sabía cómo se muele el caliche y esta sabiduría cruel le costaba metros de felicidad: 21 galerías forman los "arneros" y, a través del viaje que el caliche realiza en ellas, se torna más fino; bajar a los "arneros" es desafiar el polvo; en la galería quince, termina el trabajo de los "arneros": apocalipsis de granos despiadados. Tirso sabía que unas correas potentes conducen el salitre y que a la entrada de los departamentos por donde pasa, grandes imanes colgados atrapan latas y cosas que dificultan el trabajo. Tirso sabía que en aquella especie de silo que es el "Depósito del Polvillo", éste se vuelve jirón de infancia con la visión de chocolate que lo contiene en su fondo. Pero, ignoraba que la muerte labraba los pulmones, como un fantástico edificio de mil ventanas por las que la eternidad mira a desolados paisajes de sangre demacrada...

Ocho años de labor en "Los Molinos" son daga suficiente para que cualquier varón se tronche sin remedio. Es lo que sucedió a Tirso Cantoya, que aprendió a leer los abecedarios de la ceniza en aquel infierno de sombra y tierra, donde la muerte es una infinita polvareda y la carne del hombre, una luz que escupen tremendas gotas de infortunio.

La "trompa" no sirve. Por la boca, por las narices, el polvillo se desliza a los pulmones y empieza a golpearles con obstinado martillo. Entonces, comienza la tos. Se tose con ronquido trágico y la fatiga se desliza a lo largo de la espalda, como la caricia de una inmensa aguja caliente.

. . .

Tirso Cantoya no había sido un hombre afortunado. Silencioso,

retraído, la simpatía le ayudaba sólo para la sonrisa del “Buenos días” con que saludaba a sus camaradas. El amor le cogió, serenamente. Una mujercita tímida ensanchó su corazón. De “Los Molinos” a su lecho. A ratos, un poco de pasión. Y, en seguida, de nuevo, el ceño áspero. No le odiaban sus compañeros. Pero, tampoco le querían. Tirso Cantoya de no trabajar en “Los Molinos”, acaso, jamás hubiera recibido, al final de su vida, tal contribución de ternura de parte de quienes le rodeaban.

. . . .

La tos. Una mordedura negra en la espalda.

—¡Ay, qué cansancio . . !

Su mujer le cuidó con algún afán. Tirso tosía. Así, es el prólogo de la silicosis.

A Cantoya le vieron faltar sus camaradas de los “arneros”. Nunca fallaba el hombre. ¿Qué podía amarrarle en casa? ¡No habría de ser el amor . . !

La tos era la música de su agonía. La mujer de Tirso se inquietó. Alguien sospechó que —en la misma cama— la muerte se acostaba con Tirso y su mujer: trinidad diabólica. El doctor, también, lo conoció. Le recetó reposo. Paz. A su mujer no le ocultó la verdad:

—Es la silicosis . . . Cuestión de meses . . . De repente, sin que lo espere, morirá . . . Una muerte plácida . . .

La pobre mujer no opinaba lo mismo: “Una muerte plácida . . .” no justificaba, en absoluto, la viudez y la hiel que movería los hilos de su vida futura.

. . . .

Los compañeros de los “arneros” recibieron la noticia con cierta indiferencia. Muy pronto los conmovió ese Tirso Cantoya que se paseaba solo por la Oficina, tosiendo y blanqueándose, como una hoja que el invierno lavara con su agua más dañina.

Hasta el momento aquel, la bondad no desplegaba su estrella para este hombre. Se iniciaba para él, gracias a la silicosis, como una dramática compensación, una época leve, de manos solícitas, de voces que llegaban a sus oídos con la suavidad de un mensaje sutil.

Tirso no reparaba, claramente, en la transformación que aliviaba su destino; el trato cordial le sorprendió al principio; mas, no concedió margen a las preguntas. Se dejó mecer por el cariño que, de golpe, le llevaba, con la pequeña luminaria de los ojos amables, a una etapa que no gozara; pero, que soñara: una etapa de agua diáfana, de arrullo, de enormes alas azules.

Si la muerte es una quietud de canción dicha a media voz, el cuidado que a Tirso envolvía, ahora, era su dulce anticipo. Su mujer no lloraba en su presencia; no obstante, detrás de la sombra del atardecer solía desahogar su corazón. Los camaradas le encontraban en la plaza y se esmeraban porque a Tirso se le tornase amable hasta el detalle insignificante. ¿Soportaba Tirsa Cantoya, entendiendo su fin, o se vengaba de treinta y tantos años de miradas sin bondad? Es el caso que a la indiferencia siguió el calor. Y Cantoya se volvió un ser de mimo y de atención. Los trabajadores de "Los Molinos" solidarizaban con su curva de término, gastaban para Tirso un trato nuevo, de compasión y adiós... Tácitamente, se ablandaba la caída.

El que vivió huérfano de interés, súbitamente, era disputado por el afecto. Tirso se resignaba a esta importancia que le permitía el sol y la buena amistad. Adentro de él, sin embargo, la destrucción continuaba. ¡Esa tos...! Sin ella, Tirso habría amado las distancias azuladas del desierto, el ruido de los "arneros", habría deseado, ardorosamente, a su mujer. La tos le dictaba los minutos.

—¿Cómo va, camarada Tirso? —indagaban los antiguos compañeros. Y Tirso explicaba un proceso optimista donde, únicamente, la tos era el obstáculo.

—Cuando se vaya esta tos rebelde, compañerito, volveré a "Los Molinos"...

Y en sus pupilas fulguraba una línea de confianza.

No se reintegró Tirso a los "arneros". La silicosis le ahogó una mañana en mitad de la calle. El sol se paseaba con su prestancia de capitán. La tos sonó a golpe de muchas aguas contenidas. La sangre conoció el sentido de la comba. Tirso se desplomó. Una mano le cerró la puerta a su respiración. En sus pulmones, acribillados por el polvillo tenaz, la muerte probaba los alvéolos, como las celdillas de un colmenar delicioso...

LA NOCHE EN EL CATECISMO

PARA ACOMPAÑARSE en la brutal soledad de las noches, el 3785 se echó al bolsillo un pobre y desnutrido catecismo que halló en la "cantina". No era una compañía ni comprometedora ni alegre. Dios sonreía, con sus barbas de algodón, en muchas páginas, y los ángeles parecían señoritas cursis.

El 3785 tendría en qué agarrarse para no caer al sopor. No era ni creyente ni ateo: Dios no le inquietaba. De los borrosos años escolares no era Dios, precisamente, la imagen más acentuada de la alegre clase de Religión: era el frailecito que la enseñaba. Un frailecito con voz de flautín, seco y miope, que llegaba con cuadros de colores y que, colocándolos en la pizarra, explicaba el mundo con palabra sencilla y fervorosa:

—Dios hizo al Hombre de barro...

¡Vaya, qué artífice! —pensaba, entonces, el 3785 de chasquilla y pantalones zurcidos—: ¡y qué manos! ¿Por qué nacerían jorobaditos y niños con dos cabezas, criaturas con siete dedos y monstruos?

El frailecito repartía chocolates pastosos; a veces, regalaba estampas y rosarios. Los niños le conocían muy bien y, cuando le avistaban por la calle, le gritaban en coro infernal:

—Una medallita, padre... Una medallita...

El buen fraile se enrojecía y comenzaba a entregar, a troche y moche, las medallitas codiciadas que hinchaban, infaltables, sus viejos pantalones.

El 3785 recordaba a esa Eva, opulenta y candorosa, que no sugería a la madre del género humano, semidesnuda en los cuadros del frailecito. Era una Eva blanca, de peinadas trenzas largas y de pechos opíparos. Una Eva de pura tentación. Adán, a su lado,

resultaba una caricatura. Y la Serpiente parecía una tercera trenza, más profunda y diabólica que las otras...

. . .

La noche se arrastraba a dos trancos. La costumbre le había ligado a las sombras. El 3785 ya no temía a nada. Dijérase que al penetrar a su turno se envolvía en otra piel, dejando su verdadera en plena libertad. El trabajo era simple y sólo requería paciencia y párpados duros.

El catecismo le entretenía. Su médula ingenua se le escabullía hacia los últimos jirones de su infancia. Para defenderse del tedio habituóse a la lectura. En el "camarote", le prestaron el "*Manifiesto Comunista*". A sentimientos, se allegó a los comunistas. En Santiago, aprendió a cantar "La Internacional", "Bandera Roja" y alguna otra canción de lucha. En la cafetería popular de *San Diego* con *Eleuterio Ramírez* intimó con estudiantes y obreros. Fueron noches fecundas: "El Guagua" distribuía la prensa ilegal del Partido Comunista¹. Un muchachote polaco, Efraim Szmulewicz, a media lengua, explicaba episodios sociales de su tierra. Y el dibujante Wences, con Araya Busto, decoraban las mesas de extraños dibujos que ornaban el encanto de la medianoche, celeste y lenta, como el tango. Los poetas no quedaban fuera: Carlos Poblete usaba una capa inverosímil y hablaba como con brumas en la garganta; Helio Rodríguez y Volodia Teitelboim divagaban, en voz alta; Andrés Sabella dibujaba fantasías, mientras el peruano Raúl Valencia inventaba sirenas; otro peruano, el poeta Luis Nieto, madrigalizaba para las chicas de las mesas; y Raúl Finsterbusch, con una chalina blanca al cuello, se acodaba para soñar los mapas más afiebrados. ¿Qué fragarían sus amigos, a esa hora, bajo la estrella romántica de *San Diego*? El 3785 saltó al otro lado de la bohemia. El amor y la aventura eran los polos de su corazón. Cuando abandonó Santiago, el comunismo le teñía de un rojo suave los contornos de su vida. En la pampa, codo a codo, con los obreros, comprendió que las palabras que, en 1848, escribieron Marx y Engels eran las únicas posibles de amarse cuando no era Dios la flor central de una vida. ¡La justicia! ¡Qué bien sonaba la pala-

¹ Zorobabel González, "El Guagua", dirigente del Gremio de Suplementeros.

bra! ¿Era morada, o roja? ¡Demonio de pregunta! El 3785, a impulsos de corazón, se acercó a las trincheras marxistas. Muerto el artista, el 3785 no quería que lo sustancioso de su destino se perdiera, enteramente, y pensaba en la obligación de ser útil a los demás. Si el arte no le permitía brindarles el don de la belleza, que el sacrificio le dejara, al menos, la alegría de contribuir al ennoblecimiento del hombre. Los comunistas que en "la Pedro" le hablaban, remacharon en su conciencia los postreros clavos de una convicción política. "*El A.B.C. del Comunismo*" permanecía debajo de su almohada. Y en sus labios quemaba una frase alentadora del "*Manifiesto*", que superaba a un poema: "*Los proletarios no pueden perder más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar*".

A los obreros juzgaba el 3785, hoy que era una ola de su océano bravo, la mejor gala del mundo.

Los obreros levantaron las ciudades casi hasta las entrañas del cielo. Los obreros tornaban posible el idilio de las distancias. Los obreros enjoyaban al Universo con la espiga trabajada y su rocío de sufrimiento.

En el catecismo le detuvieron dos Mandamientos: "No robar" y "No desear los bienes ajenos". El 3785 rió con todas sus ganas. ¿Se robaba porque sí, o porque se moría de hambre? El robo, ¿era resultado de un mal pensamiento, o de una necesidad invencible? Y la codicia de los bienes de otros, ¿surgía por maldad, o por ausencia de ellos? ... Cuando todos poseyesen lo suficiente para subsistir, ¿por qué robar y "desear los bienes ajenos"? Sin duda que la sociedad actual propiciaba el robo y la codicia.

En la cartulina, de la noche se podía diseñar a Dios. El 3785 lo concebía, como un nudo de llamas que se balanceara encima de la Creación, a gigantesca distancia de los hombres. Mejor, no lo concebía. El no sabía explicarse cómo apareció la primera montaña, ni cómo la pampa se extendió en el mundo, lo mismo que una sábana de odio. Dios ... Dios ... ¡Qué corazón sordo el suyo, si existía, realmente! Infinito artista, no debió fallar en su obra: el mundo no era una bola perfecta. La misma pampa, a pesar de su riqueza, torturaba. ¿Qué era preciso que bajo esta faz severa se escondiese la fortuna? Bien. Pero, existían trozos de la tierra que

no eran una canción... Los desiertos, por ejemplo, debían ser el tedio de ese Dios...

El 3785 mostrábase dispuesto a militar en el Partido Comunista. El compañero Gil le prometió incorporarlo a su "célula". En la noche, el 3785 medía su responsabilidad. El compañero Gil le repetía:

—El Partido es cosa seria...

El 3785 no lo dudaba. En la pampa, giraba vivo y pleno el alien-to revolucionario de Recabarren. Todavía vivían antiguos "mancomunados", camaradas de *don Reca*, llenos de esta circunstancia, como de una aristocracia singular:

—“Yo fuí de la Mancomunal”, resultaba más valioso que asegurar:

—Yo fuí millonario.

Y el 3785 lo entendía de sobra. Don Jesús Beltrán se lo probaba cuando la conversación recaía en el pasado: perteneció a las huestes de Recabarren y los labios le temblaban evocando aquellas horas quemantes de su juventud de “mancomunado”:

—*Don Reca* fue gallo de estacas... Hablaba, como un ángel... ¡Los gringos no lo pudieron comprar renunca!

El 3785 admiró varias reproducciones de Recabarren en la Oficina. Si Balmaceda se eterniza en pueriles tricromías, *Don Reca* preside la vida de estos hogares, desde unas fotografías amarillentas, y es sinónimo de esperanza y alimento de fe proletaria.

. . . .

Se desteñía la noche. El 3785 bostezó. El catecismo, en los suelos. El viento pampino apagaba a las últimas estrellas.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DONDE MR. BARK HABLA DE LOS PAMPINOS QUE NO TEMEN A LA MUERTE

EL TREN recibía toda la presión del sol y dentro de los coches se filtraba la modorra, como un aceite peligroso. El viento de la pampa arremolinaba la tierra y la tiraba a grandes alturas, en un diabólico juego de espirales. La tierra era, a lo lejos, una sola plancha de hastío. Se sucedían los metros hoscós. Pequeñas nubes se dibujaban en el cielo de la siesta. Montecillos grises atajaban la vista aburrida de los viajeros y, de repente, alguna estación adormilada nos saludaba con el banderín flácido de su guardavías: aparecían el pimientó con su mechas verdosas en desorden, lo mismo que un muchachote sin gracia; la campana de la estación que el viento parecía desdeñar; las puertas vacías y las ventanas pobres donde solía sonreír una matita de flores, ahogadas por el sopor y la ausencia de familia. Rodaba el *Longino* con desesperante lentitud: una oruga floja, arrastrando su cuerpo herido por los reflejos de la tarde. Las ventanillas del tren: cerradas. El polvo del desierto se amontonaba fuera y era una trinchera obscura contra la monotonía que emanaba de las piedras, de ese crudo paisaje que nos envolvía con su pobreza.

En los coches de "tercera" el cansancio y la incomodidad se traducían en los semblantes ceñudos; sin embargo, flotaba un no sé qué de cordial: el vino y los quesos, la guitarra y las morbideces de algunas muchachas, tendían una simpatía modesta entre los hombres. La pampa quedaba atrás. Pronto se daría un salto hacia el verdor y, entonces, a pesar del hambre y de las asperezas del viaje, entraría en los viajeros una corriente animada. Más allá de

Pueblo Hundido, Chile comienza a pintar sus venas con esmeraldas feraces.

Pueblo Hundido es esto: un pueblo metido en la amarillez del desierto. En sus calles, el abandono es el dueño de todas las casas. Los cerros pelados de la costa se calculan a dos trancos de la línea férrea y adormecen sus letreros algunos hoteles. Unas mujeres gordazas, envueltas en seda chillona, mostrando pechos que son escándalos de carne, suelen asomarse al paso del tren. La plazoleta representa un cuadro de tierra hostil.

Cuando el *Longino* se desprende de la estación y chirría pampa adentro, el corazón empieza a atascarse de piedras, de perspectivas lúgubres. La pampa tiene, allí, su pila bautismal: la sal le cae a los viajeros, como un llanto de Satanás. Pero, cuando el viaje es de vuelta, *Pueblo Hundido* equivale a la última blasfemia...

. . .

En el coche-comedor, bebíamos tres personas: un ingeniero norteamericano, un comerciante y yo. Nuestros vasos hablaban, elocuentemente, del calor... *Mr. Bark*, reparando en un libro que leía, exclamó con entusiasmo:

—El pueblo chileno es un pueblo admirable... admirable...

El comerciante acaso no pensara lo mismo. Ingerió más cerveza y se dispuso a dormir. *Mr. Bark* aprovechaba, ahora, sus vacaciones; era hombre listo y observador. Me tocó en suerte oírle hablar del roto pampino, auténtico pariente del sol.

—En “*María Elena*” —me contó— tenemos obreros magníficos: ellos, a pura intuición, han armado maquinarias que llegaron de fuera, ¡y no erraron en la justeza de un tornillo!... Hoy, contamos con obreros chilenos capaces de reponer una pieza, por difícil que sea, en la misma Oficina. ¡Poseen una riqueza mental formidable!

Le preocupaba sobremanera una actitud de estos hombres: era su desprecio por la muerte, esa como capa de hielo con que se cubrían para hacerle frente a la vida.

—En “*Pedro*” —narró— conocí un obrero muy mal querido. Le apodaban “*El Borrado*”. Trabajando en las “*chançadoras*”, cayó, un día, dentro de ellas y, naturalmente, no quedó del pobre hombre nada, nada... Estas maquinarias muelen el caliche, y en el largo proceso de este trabajo hierven los caldos de temperaturas

fantásticas, 300, 350 grados. Cuando supe el accidente, ordené parar las máquinas y las recorrí, aun cuando sabía lo imposible de hallarle: era esta pausa, un homenaje a la Especie... Los obreros me seguían sin darle importancia al asunto. Alguien me aconsejó no buscar más. Yo conocía que a lo largo de tanta pieza "había" un hombre muerto. ¿Dónde estaba? No era fácil ubicarlo. Las "chancadoras", seguramente, le redujeron a una simple aliación, fundiendo la carne humana con el caliche. ¡Ni las suelas de los zapatos encontramos, por supuesto!... Decepcionado, cavilaba, cuando un compañero del "Borrado" me zambulló en una feroz realidad, con este comentario:

—¿Se da cuenta, *míster Bark*? ¡El viajecito a Estados Unidos que se va a pegar el huevón!...

Evocaba excitado. Bebimos.

—Un pueblo así, mi amigo —siguió— oculta algo singular. Ese roto que glosaba un destino en tal forma, abría en mí un interrogante tremendo. Se producía una fusión desconcertante: carne y caliche, un hombre ya no era sino un poder más del fertilizante. ¿Dónde rodaron la sangre, los ojos, el corazón, las piernas? Nada golpeaba a aquel roto. Para su fuero interno no vibraba sino una carcajada... ¡Un viaje al extranjero, como un ingrediente más del noble nitrato!

El comerciante dormía. La tarde acomodaba sus fauces frías. Yo pensaba en aquel "Borrado" *borrado* de la pampa, por un golpe funesto. Pensaba en la calidad de los sacos en que fuera repartido: acaso, lejos, la cal de este chileno fuera un florecer más bello... Descubría un simbolismo trágico en este relato. *Mr. Bark* fumaba su pipa, en silencio. Y, poco a poco, llenó mi atardecer con historias tan hondas, como ésta: no es ejemplar; pero, duele silenciar la hombría de esos pampinos que, al empezar a indemnizarse los accidentes del trabajo, saboreando la vida de unos meses holgados, sacrificaron un dedo, una mano, un pie, intencionalmente, provocando el chorro de sangre y, callando, como si tuvieran cosidos los labios con alambre, el grito de dolor. Con sangre fría innarrable, colocaban el dedo que pretendían triturar para el festín que soñaban; la mano volaba, desprendida, sin que un ¡ay! enturbiara las bocas; el pie esperaba el tren elegido, con serenidad macabra, y, ahí, se quedaba el pie deshecho; por el boquerón de la herida la sangre manaba sin que el "accidentado" arrugara un músculo

de la cara. Probablemente, no sea un signo de integridad esta treta. Mas, no cabe duda que es un testimonio de coraje que no cualquiera es varón de afrontar y sobrellevar.

Mr. Bark recordaba cuán poca cosa es el hombre en estos recintos de amargura: una vez, un obrerito se cortó un dedo. Fue atendido en el botiquín y —así— a sangre fría, le cosieron; en seguida, retornó a su puesto. Lo terrible del caso aconteció, entonces: sus compañeros de labor se dedicaban a jugar fútbol con el dedo: volaba, como una extraña pelota, y la sangre garabateaba el suelo.

—Son hombres de piedra —definió el ingeniero.

Yo miraba la noche que pulía sus armas más allá del horizonte. El comerciante despertó. Ni *Mr. Bark*, ni yo, atinamos a descifrar qué enigma sangraba dentro de los pampinos, haciendo que la muerte fuera para ellos una sencilla caída en un hoyo más hondo que los “rajos”... ¿Era exceso de vitalismo, o, por el contrario, una degradación de sangre? Ensimismados, bebimos, una y otra vez. El gringo hojeó el libro que llevaba en mis manos. Meneó la cabeza ante algunas frases.

—Yo creo —resumió antes de marchar a su cabina— que los chilenos desprecian a la muerte, porque les sobra vida... Juzgan que, así, como se “compone el cuerpo” después de una “mona”, se arreglan las cosas en la eternidad...

Sonrió, idiotamente, el comerciante. Continuamos solos. Pensé que si el roto se pelea a cuchilla por una bagatela, y si en la pampa no se arredra ante nada, se debe a que es parte de un pueblo brotado de conquistador y de combatiente, y le manan energías dobles para desafiario todo: el español vencía distancias y soledades; la diestra del araucano fue renuevo del rayo... Es un pueblo, el chileno, crecido con la muerte junto a su corazón: por ello es que la toma de tú a tú y la supone apenas sueño del que no es difícil despertar... El *pro* y el *contra* viriles le trazaron el alba a sus venas.

Dibujaba, en mi interior, a las “animitas”, siempre custodiadas por el fervor popular; a las “quiscas” agresivas debajo de las almohadas; a la medianoche de los velorios donde se ríe y se bebe, perfumando de vida a la muerte; a los entierros en que llegan los deudos al cementerio con el aliento agrio a vino y casi a rastras con el ataúd...

(—¡Eh, muerte, “achíllate” con este juguetito!...—. Un roto adelanta su corvo contra el Más Allá).

. . .

El tren era una rúbrica de la tierra vencida por los hombres. En algún conventillo chileno, la muerte remolía, como una mujerzuela, y un roto la palmoteaba las nalgas de cera, saliendo puerta afuera con su esqueleto...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SOLDADO DE LA I. C.

GIL TOMÓ DEL BRAZO AL 3785 y lo condujo fuera de la plaza:

—Mañana, a las tres, en casa de Godofredo Hermosilla, habrá reunión de “célula”. Vaya para que lo presente a los camaradas.

El 3785 sonrió complacido. Su definición humana hallaba, al fin, un cauce donde correr con amor. Su vieja tradición de arpas y de lunas se destrozaba. La pampa le vigorizaba el corazón. Le proporcionaba anchura a su destino.

—Estaré a las tres en punto, compañero.

Se despidieron.

Era la víspera de un domingo cualquiera. Para evitar sospechas, los comunistas se reunían en casa de simpatizantes desteñidos, con el pretexto de una fiesta familiar. Godofredo Hermosilla, ¿cómo era? El 3785 buscó su rostro. ¡Ah! Era aquel hombrón que trabajaba en la “Casa de Yodo”: dos ojos azul de Prusia y la boca de niño.

La tarde caía con su peso de colores.

Genaro Huerta y Rosaura le abrazarían felices cuando les comunicara que ya no caminaba al borde del combate, sino que en el combate mismo. Continuamente, Genaro le repetía:

—Hay que decidirse, camarada: ¿por los perros o por nosotros!

El 3785 se decidió desde el principio. Pero, una honrada visión de las cosas le impedía entrar, de golpe, al fuego social. Precisaba la certeza de que nada ni nadie le destruirían la llama que sería su corazón militante. Ahora vivía seguro de ello.

Buscó a Pedro González. ¿Convendría contarle su próximo día? González no era hombre de traicionar. Se lo explicó sin rodeos. Pedro lo miró, de hito en hito, y se redujo a comentar:

—Si yo no creyera en Dios, te seguiría...

Descendió la noche y sus taras. Y el día siguiente. Al 3785 ganaba una inquietud sosegada. De alma adentro. A las tres de la tarde golpeó la puerta de la casa de Godofredo. Le abrió éste:

—Adelante.

En derredor de una mesa que cubría un hule de flores rojas y azules, conversaban siete obreros. Godofredo le ofreció una silla. Gil lo presentó:

—Un nuevo compañero.

Las manos se iban en vuelo de águilas jóvenes. El 3785 se mostró sereno. Una victrola giraba y giraba; los obreros, acodados en la mesa, parecían ídolos. Se fumaba. Gil se paró y comunicó algo a Hermosilla. Este sentóse contra la puerta. El 3785 quedó en medio de un viejo carpintero y de un operario de "Lixiviación". Gil anunció el comienzo de la sesión. El 3785 sintió una sensación nueva en su cuerpo. Como si le vertiesen un licor fresco y exaltador.

Gil, con voz acompasada:

—El camarada Rosendo Aguilera ingresa a nuestro Partido, compañeros. Es un elemento sano y, seguramente, servirá con valentía y honradez a la causa de los trabajadores. Yo he conversado mucho con él y sé que no será un traidor. Es de Santiago; se ligó, allá, con grupos revolucionarios de estudiantes y artistas. Era pintor. Hoy se ha proletarizado y es nuestro.

Los obreros le miraron, cordialmente, asintiendo en su incorporación. El 3785 estaba a punto de estallar en una desconocida euforia. La pampa le ungía Hombre Social. Hombre del Mundo. Gil siguió:

—El camarada Aguilera sabe que nuestro "P" no es un pasadizo... No se entra y se sale. Cuando se es combatiente de la Revolución Mundial, se contrae un compromiso de vida y muerte con los trabajadores del Mundo. Al Partido Comunista se ingresa para no salir sino muerto... o expulsado!...

La victrola no cesaba de tocar. Godofredo Hermosilla fumaba sin abandonar su postura: su espalda era otra puerta tras la puerta.

El 3785 creyó de su deber hablar:

—Compañeros, estoy muy contento de ingresar al Partido Comunista. Y más de ingresar, aquí, entre obreros y revolucionarios

del combativo salitre. Ustedes todos me han enseñado a ser, enteramente, hombre. Creo que no defraudaré la confianza de todos...

La reunión continuó. Se discutieron resoluciones y, al final, se repartió, a cada militante, algunos ejemplares de "Bandera Roja", el órgano del Partido, que circulaba en forma ilegal y que enviaban de Santiago. Eran cuatro hojas *en 16*, impresas a "rodón".

El 3785 pensaba en el heroísmo de los que, en plena persecución, se atrevían a trabajar por el porvenir de la clase obrera. El era de Santiago y nunca sospechó que, entre los pliegues fríos de la noche, latiese un corazón despierto y vigilante que arriesgara su vida por formar, letra a letra, los periódicos que repartían en todo Chile el pensamiento revolucionario. Imprimirían en una pieza casi a oscuras, con mil precauciones, tratando de no despertar curiosidad de nadie: ningún ruido. Y mucha fe. El alfabeto se estremecería de una dignidad comparable a la de las madres.

Expresó sus pensamientos al camarada Gil. Así era, en verdad: el encargado del periódico debía estar probado a fuego y a balas. Gil, sin ocultar su orgullo, le contó:

—En "Bandera", trabaja un muchacho pampino: "el chinito Santibáñez". ¡Todo un revolucionario!

(Dos ojos oblicuos se llenan de banderitas rojas).

Se retiran los obreros. El 3785 sale. Ha demorado casi dos horas la reunión. Godofredo se queda y la victrola prosigue su canturreo:

*"La cumparsa,
de miserias sin fin..."*

El viento despliega sus abanicos.

. . . .

El 3785 es un hombre diferente. Desde ese instante, una nueva fisonomía espiritual le cubre. Para todo deberá usar un tacto diverso al viejo.

Encerrado en sus cavilaciones se encamina a la casa de Pedro. Le detalla la sesión y no da nombres. Pedro le palmorea el hombro y se van a la plaza. El 3785 pisa, como recién llegado al mundo. Ser comunista (se lo repite su conciencia) impone una vida al

margen de la comodidad, al margen de los estériles, al margen del ocio y del mal. Una vida que es más dura; pero, más profunda. Y se desprende la tarde.

. . .

El comunista Rosendo Aguilera no debía despertar recelo alguno. Sus amistades no variaron y su vida, aparentemente, fue la misma de siempre. Un compañero más, sin embargo, engrandeció sus horas libres: un antiguo operario "barretero" de los tiempos de la Mancomunal, Filiberto Reyes. Filiberto era una especie de arca de recuerdos proletarios. Por él supo Rosendo episodios que le caían en la confianza, como savias renovadas:

—¡*Reca* peleó, como ninguno, por los pobres de Chile! Cuando se vino a la pampa, aprendió a ser duro, igualito a las piedras...

Reyes es un viejito de incansable charla. Sus labios parecen iluminarse con las evocaciones de su mocedad:

—Los gringos no lo pudieron amansar: ¡ni a palos, ni a pesos! ¿Sabe qué fue lo primero que exigió? Pisos de madera para las viviendas pampinas. Vivíamos en ranchos de fierro galvanizado y maderas inservibles; el suelo era pelado: tierra dura, tierra y piedras.

Rosendo mide la conquista. Recabarren no peleaba porque sí. En la petición había un destello medular: un símbolo. El hombre ascendía. La comunión de su planta y la tierra se deshacía en una elevación. Si era hermosa la unidad de la piel humana y la corteza terrestre, mucho más lo era la del hombre con el reino de las alas.

—Hablaban, como un pajarito con pico de oro... En un mitin celebrado en Santiago, un sargento que le oía se volvió loco de contento y sacándose las jinetas, las tiró al aire, gritando:

—¡Viva Recabarren!

. . .

Rosendo Aguilera se aproxima a Filiberto Reyes para nutrirse de tradiciones. Es su libro de sangre:

—En Antofagasta, hubo un Prefecto muy bravo: Quinteros. Tenía una cara adusta, con los lagrimales pronunciados, como bolsas llenas de lágrimas... ¡No debió llorar nunca ese cristiano!

—Era cuando imponían su ley los pobres “pacos”. Los chiquillos les insultaban:

—¡Pacooo! ¡Paco asoleao!

(Los “pacos” eran risibles. Sus cascos incitaban a reír de buen grado. Y sus yataganes, las “catanas” sonadoras, remedaban una juguetería).

—Quinteros se jactaba de disolver con un solo hombre una concentración obrera... ¡Y lo conseguía! Mandaba a un provocador y, en lo mejor de la cosa, el hombrechito vil comenzaba a promover desorden, entraban los “pacos” y... ¡san se acabó! Pero, con cabezas rotas y moretones...

. . .

Filiberto guardaba folletos de Recabarren. Rosendo los leyó con avidez. En una libreta, copió pensamientos del Maestro. En 1906, Recabarren llegó al Parlamento, representando a Tocopilla y Taltal; pero, le expulsaron por triquiñuelas de fórmula: se le achacó que negábase a jurar por Dios, conforme a lo establecido. El y Bonifacio Veas, su compañero de elección, fueron expulsados. La teología ofendida de don Alfredo Barros Errázuriz fue la gran ola que les empujó fuera... Recabarren escribió un folleto llamado “*Mi Juramento*”; por sus páginas, conoció Rosendo que Recabarren ya, en 1910, cercenó a Chile entre “caballeros” y “pobres”, con el bisturí tremendo de la lucha de clases.

Reyès, enronquecido y desentonado, cantaba, sin embargo. Era siempre una cancioncilla de pelea en que llameaba la seguridad de los explotados por la Unión Soviética:

*“Cantemos unidos
los pobres del mundo
el triunfo social,
que el triunfo de Rusia,
la gloria de todos,
es triunfo inmortal,
de Rusia sin par,
de Rusia inmortal”.*

Eran estrofas de Recabarren.

Filiberto recomendaba mucho a Rosendo Aguilera que se aprendiese de memoria algunas definiciones de Recabarren. Y en el folleto sobre la masacre de Iquique, en diciembre de 1907, le marcó la siguiente: *“Lo que buscamos, lo que queremos es la mayor suma de felicidad, de comodidad e instrucción, de completo bienestar para cada ser humano, e indudablemente cargamos nuestras afec-ciones primero para los que más sufren”*. A Reyes esta enunciación del comunismo le bastaba. Rosendo descubría en su fondo el cristal de una espiga. Para mover el mundo, realmente, basta una palabra verdadera.

—Yo he conocido rotos bravos —le contaba Filiberto—. Pero, como los “fochistas”, ¡ninguno! En “San Gregorio”, pescaron las balas con las manos. Y en “Coruña”, morían, por montones, sin hacerle un feo a la muerte... Los “piques secos” se “aguataron” con cadáveres de comunistas que hasta el último respiro avivaban al Partido...

Si la magia de la Poesía participara en la realidad, estos gritos debieron convertirse en pequeñas flores rojas.

Rosendo quería de veras al buen Filiberto Reyes. Los domingos los disfrutaba en su compañía; las reuniones transcurrían, cambiando de lugar para no provocar dudas, en ambientes de pasión. Rosendo engrosaba su decisión. Era un militante capaz. Gil sonreía satisfecho del muchacho. Lina se borró de su corazón: piedras y soles la cubrían. Lo imposible fue: el que se escapó de Santiago para no sucumbir de amor, respiraba curado. La pampa no permite huellas indelebles.

El camión del camarada Juan les aprovisionaba de propaganda. La ilegalidad era una madrina propicia para el joven comunista. En “la Pedro”, las máquinas amanecían llenas de “hoces y martillos”, de: ¡*Viva el P. C.!* y ¡*Muera el imperialismo!* Rosendo, durante sus turnos, con tranquila diestra, dibujaba lindas hoces y martillos —el monograma del porvenir.

. . . .

Filiberto, un día, bramó excitado:

—Hijo de una gran puta... ¡Era “soplón”!

Rosendo inquirió mayores datos:

—¿De quién me hablas?

—Del griego Almenakis.

El Partido ponía en guardia a los obreros. El griego Almenakis llegó en un barco a Antofagasta. Se allegó al local de la F.O.CH. Vestía pobremente, y andaba, a todas luces, dispuesto a ofrendar la vida por el proletariado. Aseguró haber militado en Grecia. El Partido le creyó. El griego se portaba bien. Pero, solía no respetar la disciplina: partía, de repente, a Tocopilla, ¡y juraba no tener con qué comer! Fue escalando, no obstante, cargo a cargo. Cierta noche, en que asistían cinco personas a una reunión interesantísima, entre ellas Almenakis, no pasó inadvertida para Investigaciones. “El Tirabuzón”, conocido detective de la Policía Política, que era El Enemigo Número Uno de los Obreros Revolucionarios, rió entonces, con su más frío cinismo. La Sección. El silencio. A la mañana siguiente, salieron todos. El Partido se sobresaltó. ¿Quién podía “llevar el soplo”? En el misterio de estas cinco personas se movía el delator. Almenakis caía siempre preso en los mítines; hablaba sin cuidarse: era el más fogoso. Mas, antes de dos horas, era dejado en libertad. Y las pruebas se sumaron. Almenakis en tales simulaciones de prisión, se entrevistaba con los jefes de Policía. El Partido descubrió la trama y lo expulsó. Una vez fuera, se avecinó en Inca del Oro, donde un minero, a quien le vendía un revólver, le mató durante su prueba. ¿Fue una certera revancha de clase?...

—El Partido crece, Rosendo —constataba Reyes—. Los obreros advierten que nosotros decimos la verdad. ¿Has notado cómo nos respetan, a pesar de todo?

El “a pesar de todo” eran la policía, la mordaza a la prensa obrera, la cárcel.

Rosendo comprendía que su Partido es el brazo derecho del futuro social. En los cerros de la pampa, los obreros pintaban, con fina conchuela, la enseña de Lenin. En la distancia, impresionaban aquellas inmensas hoces y martillos. De este modo, saludaban los pampinos a sus jefes en viaje.

—Cuando Dávila —glosaba Filiberto— los marítimos “del puerto” le hicieron la grande a un barco yanqui que visitaba Antofagasta: en los cerros pelados pintaron, por la noche, una hoz y un

martillo gigantesco: en la mañana, la ciudad contemplaba intriga: ¿quién osaba desafiar a la Policía? ¡Más de siete horas Antofagasta mostró en el pecho ese adornito!...

Era la época en que los volantes quemaban. Era la época en que se lanzaban a la calle, conscientes del peligro, dos o tres comunistas a formar *algaradas* en las esquinas: uno hablaba incoherencias a todo pulmón; la gente se agrupaba y —entonces— el orador designado por el Secretariado planteaba lo que les sacaba a la calle. Era la época en que el Partido se reorganizaba después de los años de resistencia, sin trizaduras, a la dictadura ibañista¹.

Rosendo Aguilera no escogió la pampa para enriquecerse. Emigró por miedo a su propio corazón. No era hombre de lucir un “bolón” respetable en el bolsillo: “calamorros” y cuatro “monos”. El 3785 no superaba demasiado al Rosendo Aguilera que trató de “empatillar” en cualquier “pega”. Y, no obstante, era dueño de una fortuna: la fortuna del que se encontró a sí mismo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¹ 1927 - 1931.—N. del A.

P A M P A V I E J A

LUIS OLAVE siente caer en su corazón una piedra de ruina. Esa piedra no le permite sino los movimientos oscuros del día que no tiene belleza alguna. Es un viejo cincelado por el viento pampino. En las tardes, cuando los muchachos del Campamento no hayan en qué emplear sus energías, suele vérselo sentado en la plazoleta —una caricatura cruel... La antigua estatura imponente se ha derrumbado.

En su memoria ya no caben los años. En un lejano “enganche” partió, ilusionado, hacia el desierto. Sobresalían sus manos, poderosamente, tejidas por la sangre. Y una gota clara de optimismo sazónaba su mirada. Los cerros graves le ensuciaron la alegría. Pero, ¡qué hacerle! Los hombres se forman con tornillos de carácter.

Ahora, todo está borroso, como embutido en un espacio de humo. La pampa cambió de traje. En el fondo, en la médula agria, es la misma. No botó su piel de monstruo. Mas, en ella, en la superficie opaca, no triunfa lo de antes: los torsos que cabrilleaban, lo mismo que estacas de plata; las mulas sudorosas que se hundían, por el declive de la fatiga, en la arena hedionda de la muerte... Hoy (los ojillos de Lucho Olave se abren con el ímpetu de una lágrima): chimeneas y palabras extrañas. Los viejos pampinos restan para el museo del heroísmo humano. El es un viejo pampino.

Los chiquillos le gritan, cariñosos:

—Agüelo Lucho... Agüelo Lucho...

Y el Abuelo Lucho sonríe, como a cien espejos que le devolvieran, en grata prestidigitación, su primera silueta viril.

—Era por “el 7”, cuando los pampinos “bajaron” a Iquique

y llenaron las calles, pidiendo justicia pa' sus vidas... El hambre les pisaba los talones... Era inmenso el coraje de esos gallos... ¡Hasta las mujeres peliaron!...

—¿Y qué pasó, Agüelito?

Nubes de angustia.

—Ná, m'hijito... O casi ná: los balearon, como a perros, encerrados en una escuela...

Los muchachos piensan: en una escuelita de alegre campana, los obreros cayeron, ensangrentado las bancas rústicas. Al pizarrón garabatearía la sangre y la tiza forcejearía por trocarse en una buena luna de muertos sin piedad.

—Así, es, m'hijitos... Esta tierra está preñá por la sangre humana... Si se escarbaba bien readentro, nos asustaríamos de encontrar tanta sangre...

Los muchachos ven las casas iguales. Los techos sin alegría. El sol que se apresura a tumbarse, para descansar quién sabe en qué colchón infinito.

—Cuéntenos algo que le pasó a usted, Agüelo —propone alguno.

Lucho Olave cierra los ojos y las manos del corazón arañan las costras de olvido que le guarecen.

—Yo juí siempre un hombre de ley... —se defiende.

—¡Bah, pero algo le pasaría! —se apresura una boca anhelosa.

Y Lucho comienza su conocida historia:

—Había mujeres muy lindas por esos años del demonio... Una noche, yo vide matar a un cristiano, en un "salón", porque se atrevió a palmostrarle las nalgas a una "rucia".

Los muchachos conocen muy bien esta historia. El abuelo se las contó tantas veces... Sin embargo, ninguno protesta. Ningún gesto enturbia el relato.

—La mujercita estaba "quedá" con un "barretero", mi amigo Pancho Rojas. Pancho no quería que ni la mirasen. Andaba "al palo" muchazos meses y la "rucia" era una joya. El finao Ardiles tuvo la debilidad de acercárseles, después de una cueca, con un vaso de vino:

—A tu salud, Panchito... ¡y por la prienda!

—Pancho Rojas aceptó de malas ganas. Ardiles, de pura mala suerte no más, le golpeó las nalgas a la "rucia". La mujer se mordió de rabia. Y Pancho, sin apuro, echó mano atrás y sacó la

cuchilla. Ardiles retrocedió. No creía que la muerte le mostraba los dientes en aquellas varitas de luz que serpenteaban en el arma:

—¡Pelea, mierda! —dijo Pancho.

—Y peliaron...

El "salón" se estremeció. Las mujeres se acercaron a los hombres sin saber qué buscaban en sus brazos. Los espejos jugaban en la visión brutal. La "cabrona" pretendió impedir la pelea. Pero, alguien la tiró a un lado... La música callaba. Pancho ordenó seguir el tamboreo. Las guitarras se lanzaron en un rasgueo trágico. El arpa puntuaba las voces. Los hombres, frente a frente, se midieron. Y principió la lucha. Al chocar de las cuchillas se sumaba el canto. Y la sangre volaba, en gotitas, hasta las paredes. El agua de los espejos multiplicaba el drama. Pancho era diestro. Y mató. Ardiles cayó de espaldas.

(¿Cuántas veces agonizó en la perspectiva del vidrio?...)

Lo demás, el corro lo recuerda demasiado: Pancho Rojas le tiró un vaso de vino al muerto y se lanzó a la calle. Las guitarras continuaron. Nadie supo más del "barretero": la noche se tragó a un hombre que olía a sangre. ¡Era la vieja pampa!

Lucho Olave chupa su cigarrito. No atina a narrar otras cosas. La pampa que él vivió era así: trabajo y placer. Un trabajo largo y extenuante, en que los obreros se desmayaban, muchas veces, a causa de la sed, del hambre, del calor. Un placer efímero y caro, en "remoliendas" célebres, de Cresos torunos y espectaculares. Lucho Olave recuerda a borrachos espléndidos que encendían sus habanos con un billete de \$ 100. Era la pampa de las baratijas insignificantes que se pagaban a precios fantásticos. La pampa en que hombres vestidos con *jerseys* azules, ostentando en el pecho cuatro iniciales: P. S. N. C., recorrían las Oficinas vendiendo casimires ingleses que se pagaban carísimos. La pampa de los crímenes lejos de las huellas, por robar a los comerciantes la mercancía y las ganancias. Lucho Olave vivió aquella época de las "fichas" traidoras, de las "casas de latas" donde la "naipada" era una cascada de latidos y de sorpresas: de las manos de los jugadores salían las cartas y en sus filos latía el perfil de una cuchilla. Era la pampa donde se "bautizaba a saquetazos", enrojeciendo, así, el lomo de los obreros nuevos; la pampa de los "ripiadores" que recogían con sus palas voraces la entraña de la tierra —palas en que

el brillo era una luz capaz de cegar al espejismo; la pampa que lucía “ripiadores” con gruesas polainas bolivianas hasta las ingles y el torso desnudo, como el verdadero espejo de la varonía; la pampa de los “tiros grandes”, los “pampinos”, que al resonar en Pampa Unión entusiasmaban a las mujeres, arrancándoles un grito de orgullo y descaro:

—¡Ese es mi lacho, mierda!...

El último nieto se acurruca en las rodillas:

—Agüelito, ¿cómo son mucho árbole?...

Olave siente que en el pecho se le rasga algo demasiado querido. El Sur verdea mustio en la memoria, como un nudo de ríos y de viñedos. Estos niños no conocerán, probablemente, jamás, lo que él conoció: el secreto de las luciérnagas, cuando encienden sus lamparitas para seguir los rastros del día; la hermosura de un campo que amanece cubierto de rocío —que es la perla con que el mundo se acicala para reírle al sol—. Muchos de ellos ni siquiera sospechan de qué modo trenza y destrenza su gracia el mar que brama al otro lado de la pampa. Han observado los pescados, colgando en la “pulpería”: en ellos, el mar no es ni un aroma; en estos ojos, el mar permanece, como una sombra miserable. Olave, tampoco, se acerca hoy al océano. El “puerto” no le interesa. Agoniza, empampado, como un león que no se decidiera a romper todos sus sueños. Por ello es que charla de una existencia en que la vida vibraba sujeta a un chorro de hombría.

. . . .

Se desmadeja el ovillo de la noche y las sombras atan las cosas. Luis Olave, casi a tientas (está ciego de porvenir) retorna a su casa. “La Pedro” enciende sus luces y la “Planta” ilumina el fondo del cielo. Un ruido lejano martilla la noche.

El auditorio del viejo pampino se ha dispersado. Algún rotito sigue, imaginando el desarrollo de los tiempos en que los niños eran “cafeteros” y “herramienteros” y ganaban, apenas alzaban un jeme del suelo, su triste comida. Tiempos de Oro y de Muerte que entraron a la eternidad en las mulas que se quebraron con el esfuerzo de su trabajo...

Lucho Olave guarda en sus arrugas a la vieja pampa. Y es su única riqueza. Cuando se muera (y no falta mucho para su en-

tierra) bajará a los sótanos del caliche un memorialista de su más tempestuosa palpitación. Las venas del Abuelo Lucho son las galerías de un río de rostros que no volverán . . . Así, es la pampa: muchos hombres, muchas huellas. Pero, un viento infernal que aplasta a unos y borra a las otras, se encarga de exilar cualquiera presencia que pese en el tiempo. El viento es, aquí, el enemigo de los fantasmas: Lucho Olave lo ha vencido.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

DONDE LOS HOMBRES SON PENTAGRAMAS

Los CINCO motores Diesel echan al aire su gran tonada bronca. Es una demoledora avalancha de ruidos que atraviesa los oídos y los destroza. Las ruedas cepillan la luz. Un olor a mucho aceite comprende la atmósfera. Los hombres sudan.

Juan Romero ha visto encenizarse los sueños en la "Casa de Fuerza". Tanta ensordecedora compañía le inflamó de truenos la cabeza y, ahora, diríase que oculta en ella una enorme marea prisionera.

Un vidrio amenaza con romperse: las vibraciones potentes castañetean contra su delgadez. Es un vidrio. Pero, todos los vidrios castañetean bajo esta pulsación, bajo la amenaza de saltar en pedazos: mar encrespado en dique de transparencias.

Juan Romero responde por su cabeza. Sin embargo, intuye que Luis Cerda, que Ramón Hurtado, que José Cuevas, guardan, como él, en la caja peluda de su cuerpo, un puñado de grillos que chirrían sus instrumentos torturantes.

. . . .

"CASA DE FUERZA": vuelan flechazos de asfixia, el suelo tiembla, las puertas son de piedra, los rostros muestran un sudor tenaz. Más allá de su algarabía, en semillas de silenciosas progresiones: la pampa.

Un cuadrado rojo. Un cuadrado negro. Un cuadrado rojo. Un cuadrado negro. Los pies de Juan Romero perciben cómo debajo de ellos se enarca algo semejante a un océano. Sale.

Jugo dorado de la tarde. En sus sienes, cantan mil guitarras continuas. Detrás de su sombra, se alza la "Casa de Fuerza", como un templo lleno de moscardones. Quiere arrancar de la cabeza esta sinfonía constante de hierros activos, meterse la mano en la cabeza y arrojar lejos el nidal de voces antipáticas que le pudre los sesos.

. . .

Su cama deplorable. ¡Eh, bestia, tírate a dormir! Juan Romero hunde con su cuerpada la cama y chilla el *sommier*. ¡Maldición de ruido! Entorna los ojos, suspira. Ninguna palabra enturbia la tarde. Una mosca rasga la penumbra. ¡Podrían morirse todas las moscas del mundo!

Yace fatigado. Desde meses, siente que su ser empieza a rodar hacia arenas peligrosas. Al fondo de su cerebro arde una espina. ¿Una? ¡Mil espinas!

El insomnio le agarra y, entonces, en el silencio, repercuten, con fatal nitidez, ruidos y golpes en su cabeza. ¡Interminables noches con ese martilleo brutal! Juan Romero cree, a veces, que pequeñísimos demonios habitan su cabeza y cortan las raíces de su pelo y con ellas se fabrican violines que suenan y suenan en un sacrificio sin igual.

Es un frotamiento de lijas. Un sobajeo de cuerpos mojados. Chasquidos. Fustazos. Sufre la sensación de que su cabeza crece y es una bola rellena de piedrecillas bailadoras, de cataratas enormes.

Alguien resbala por dentro. Las circunvoluciones sirven de ríos a barcas runforosas. Juan Romero comienza a enflaquecer y odia el trino, las risas, su propia voz.

Cruje el *sommier*. Es imposible escapar a esta ley sonora que plantea sus ecos, copiosamente, en la cabeza de Juan.

Romero abandona su cuarto. Los ojos se agrandan de un fulgor trágico y triste. Juan siente que su cabeza se desvincula del cuerpo y corre en su persecución. Juan no desea sino recuperar su cabeza, su greñuda cabeza, y corre, desesperadamente, por el Campamento: ve su cabeza por los aires y estira las manos para cogerla.

. . .

He ahí la cabeza de Juan Romero, motorista de la "Casa de Fuerza": es un planeta que se incrustará en las murallas del tiempo, una granada para estallar en medio de las nubes.

Juan Romero corre, tratando de alcanzar su cabeza. La cabeza suena. Puño del aire, golpea distancias; sus cabellos arden; las cenizas blanquean el silencio.

Una cabeza entre el tráfago del viento: la cabeza de Juan Romero, motorista de la "Casa de Fuerza".

La cabeza se transforma en una música de flautas. *Juan aceza.* La cabeza repite murmullos perdidos, cascadas. *Juan tropieza.* La cabeza recoge un cantar de lluvias. *Juan llora.* La cabeza vaga lejos. *Juan cae y sus manos, inútilmente, se agitan contra el cielo.* *Juan mira cómo su cabeza es una campana, tocando, lúgubrememente, encima de las estrellas...* *Juan contempla su cabeza:* la noche se la traga con sus terribles fauces embadurnadas por la angustia.

A Juan, de bruces en la pampa, comienza a devorarle el silencio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA PRUEBA DE FUEGO

SE NECESITABA un hombre dispuesto. El compañero Gil pensó en Hernán Ibarra. Pero, Ibarra mantenía demasiada familia. Era la abnegación en persona y esta misma circunstancia impedía aprovecharle en una misión en que se obtendrían, además del "azul", los golpes de la policía.

Reunidos en casa de Manuel Pimentel se planteó el problema. En Santiago, los carabineros disolvieron una asamblea de Municipales concentrados en una casa donde les resultó facilísimo el apaleo sin misericordia.

—Los camaradas saben ya que en el local de la calle *San Francisco* se golpeó a los compañeros, como a bestias. Corrió sangre... Hubo más de un muerto... Dicen que las ambulancias fueron avisadas y puestas cerca del local para acudir a un servicio que se anticipaba numeroso...

Rosendo recogía los detalles, con asco. Se procedió, tercamente. Un jefe que los pampinos conocían fue el arcángel negro de aquella tarde de llanto. Su sable partió la cabeza de "El Guagua". Rosendo reconstruía con calidez la estampa del valiente militante, su talla de estatua y su corazón de verdadero puma.

—¡Cobardes! —marginó, escupiéndolo.

Gil informó de una resolución procedente del "puerto": debían arrojarse, a la salida del turno de las tres de la tarde, tres mil volantes peligrosos. Mostró un ejemplar: se pedía la cabeza del Presidente de la República.

La prensa ilegal detallaba los sucesos. Los ánimos precisaban de lava. Gil detalló su plan:

—El "tarjetero" en que marcan la entrada y la salida los compañeros, queda frente a la "Máquina Granuladora". Burlando al

Jefe de Guardia, se puede uno trepar en ella y tirar, de allí, los volantes...

Los ánimos precisaban de lava: ella crepitaba en aquellas cinco palabras.

—El camarada será perseguido, golpeado, “azuleado”... Se le cerrarán todas las Oficinas... Para el éxito se requiere un hombre audaz y sin compromisos...

Los obreros se miraron entre sí. Ninguno rehusaría esta labor. Gil condujo el silencio a un resultado:

—El compañero que se designe quedará “fichado” y es imprudente sacrificar a gente que precisamos en la Oficina...

Aunque Gil no se refería a Rosendo, éste creyó del caso ofrecerse:

—Creo, camaradas, que ese hombre soy yo. No estoy ligado a nadie y puedo volverme al Sur... Decisión no me falta...

Gil fue de su parecer. No se discutió. Rosendo recibió con regocijo aquella terrible muestra de confianza en su calidad partidaria: la aventura y el honor se le confundían en los ojos.

—Yo le daré las instrucciones y los volantes —le habló Gil.

. . .

La prueba de fuego sería al día siguiente. Gil le entregaría a las dos y media los tres mil volantes en casa de Godofredo. Rosendo cruzó la noche en una sola profunda abstracción. Cuando se dirigía al turno, estudió, con detención, “la Granuladora”. Su altura sobrecogía. Las equis de hierro se le ocurrieron los interrogantes de su gran responsabilidad: emplearía astucia y agilidad.

Cuando retornó, a las siete de la mañana, insistió en observarla. Pensó en los astilleros. “La Granuladora” se erguía dominante. La mañana la durmió sin sobresaltos y a las dos y media le recibía la madre de Godofredo. Gil le aguardaba silencioso. Los hombres se saludaron, serenamente.

—Compañero Aguilera, ¡piénselo, una vez más!...

—Lo pensé bastante: ¡procedamos!

Gil le tendió la mano. En aquel apretón se forjaba un nuevo nudo para el cordel de llamas con que los obreros ahorcarán a la injusticia.

Los volantes albeaban escondidos en un cajón de azúcar. Gil le obligó abrirse a Rosendo la chaqueta y la camisa, y le llenó el pecho, con los papeles. Entre el género y su piel hervía intacta la furia proletaria. Cerradas, Aguilera sintió que sobre su corazón se extendía una gravedad santa, un peso de surcos fecundos; Gil terminaba sus consejos:

—¡No vacile un minuto! ... Trepa ligero y con tino lanza los volantes ... Déjelos caer, como una lluvia sorpresiva ... Ojalá que no lo pesquen al subir ... Procure que no lo vean ... Nosotros le alentaremos ... ¡Buena suerte! ...

Ya las palabras no se oían; la cabeza de Rosendo obedecía sólo a una orden. Ganó la calle y, con paso resuelto, se encaminó a "La Planta". Faltaban quince minutos. Contra lo que esperaba, logró deslizarse sin molestias: su puesto de vigilante le servía para algo. No fue incomodado. El sol derramaba su aliento de príncipe borracho. "La Granuladora" derramaba una sombra mezquina para su tamaño.

Cuidadoso, esquivó el control del Jefe de Guardia. Faltando cinco minutos para las tres, se lanzó al azar de su tarea. Con soltura, escaló y el suelo se le fue alejando. ¿Qué sucedía? Rosendo jamás podría contarle. Sus piernas vibraban fuertes. Su pecho era una nidada de cóndores.

¡Las tres! Cumpliría su empresa sin apuro. Salieron los primeros obreros. El Jefe de Guardia le ordenaba bajar, revólver en mano. Rosendo se abrió la camisa y sacó un puñado de volantes. Automáticamente, actuaba, con tino sorprendente. Abajo, los obreros se detuvieron curiosos. Los comunistas presintieron qué intensidad alzaría el corazón de aquel hombre.

Los volantes blanquearon en el aire, cayendo en un desorden que provocaba más inquietud. Los obreros recogían la consigna quemante. Rosendo apresuró su faena. Su diestra repartía los últimos papeles. El turno que entraba y el que salía se encontraron bajo esta lluvia de combate. El Jefe de Control llamó fuerzas de Carabineros para detener a Rosendo. Disparó al aire. Ningún obrero le secundó. Rosendo Aguilera concluía la primera parte de su heroico comportamiento. Le restaba la peor: los azotes, el vejamen.

Los obreros permanecieron quietos. Los comunistas disponíanse

a defenderle de todo abuso. Los carabineros le gritaron ordenándole bajar. Rosendo no se explicaría nunca la sangre fría que le permitió cumplir con su Partido. Nadie se movía; mientras descendía, contempló los cientos de puntos suspensivos de aquellas cabezas. Lentamente, se deslizó. Los carabineros se precipitaron a golpearlo. Los comunistas saltaron en su defensa. Los volantes llameaban en todas las manos. Alguna garganta llenó la tarde:

—¡Viva el Partido Comunista!

No sobraba tiempo para que los carabineros se fijaran en el que lanzó el grito desafiante. Rosendo recibió un puñetazo en el pecho. No le importaba nada. Se propuso asilarse en una resignación satisfecha. ¡Era un Hombre! Los obreros exigieron trato prudente para el compañero. Nuevos ¡vivas! dardearon la tarde. Rosendo no reconocía ningún rostro. La verdad es que, únicamente, distinguía una faz resplandeciente de mujer: la Madre Revolución que le sonreía.

Rosendo, casi al entrar al Retén, reparó en Gil y Rosaura. Sus ojos despedían ternura y admiración:

—¡Gran muchacho! —susurró Rosaura.

—Con un corazón de oro —le concluyó Gil.

En el Retén, fue golpeado. Un carabinero corpulento le despa-
chó una trompada, tronándole:

—Queríais ser Presidente, ¿no? ¡Presidente!...

La sangre le bañó la boca.

. . .

Noche de perros. Rosendo soportó las humillaciones y los golpes, con altivez. Su destino era un as rojo. Un as de corazón.

El sumario. Una prisión. Nada entendía Rosendo. Su boca hinchábase adolorida. La sangre se lucía, espléndidamente, en su camisa.

Rosendo Aguilera le agradecía a la pampa su renacimiento en sangre:

—Me enseñó a ser un hombre hecho y derecho —resumía en su abrumadora soledad. Probablemente, no le permitirían despedirse de nadie. Los obreros comentarían, entusiastamente, el ardor de su misión cumplida. A Rosendo le bastaba con que a Gil, a

Genaro Huerta, a Rosaura, a Godofredo Hermosilla, a Lucha Rol-
dán, al queridísimo viejo Filiberto, a sus compañeros de "C", les
asistiese la certeza de su militancia ejemplar, de camarada que no
vacilaría jamás de libertar a la tierra de sus grilletes de infamia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

CUESTA SER HOMBRE

A LAS DOS de la tarde saldría el camión que traería a Rosendo Aguilera hasta el "puerto"; dos carabineros viajarían con él. Rosendo aguardaba tranquilo. El cielo de la pampa mostraba sus dientes blancos y lejanos.

La camisa no perdía su gala de sangre y era muy posible que ganara otras. Aguilera sabía que en Antofagasta no le darían miel: la Sección ostentaba fama por su lucha contra el comunismo: su jefe se vanagloriaba de conocer el marxismo mejor que un militante del Partido.

A las dos, Rosendo subió al camión y dos carabinas le gruñeron. Su equipaje se perdía en el fondo de la cabina: un paquete de ropa envuelto en diarios. Rosaura y otros compañeros se apostaron cerca para alentarle al partir. Rosendo guardaba en sus bolsillos el "azul" y el escaso dinero que sacara. Partía demacrado y deseaba entrar pronto a ese más allá de golpes que presentía en Antofagasta.

Arrancó el camión. Rosendo, desde la ventanilla, alcanzó a divisar a Rosaura que le sonrió en un vago gesto de adiós y de buenaventura. Los carabineros no hablaban. Rosendo encendió un cigarrillo. Salieron del Campamento: atrás se resquebrajaban los últimos sueños celestes de un hombre, entre un endemoniado mundo de hierros y de fuego. Nunca más vería, seguramente, los "hornos" donde el salitre se volvía líquido y el caldo hervía a 350 grados, calor suficiente para que de un ser no quedara ni un pedazo miserable; ni visitaría la "Cristalización" a la hora en que los compañeros comían en medio de un ruido fatigante y de los tarros de basura; ni recorrería las "Cámaras de Aire", aquel infierno de viento helado que parecía un túnel en cuyas bocas soplaran

mil gigantes; ni andaría por los "rajos", tan semejantes a los surcos, surcos tercos de donde se extrae el caliche; ni oiría a las "golondrinas" en su canción monocorde.

La pampa abrió su panorama seco. Los carabineros abandonaron su armas y comenzaron a charlar con el detenido. Rosendo les ofreció cigarrillos. Ellos no odiaban a los obreros. Era necesario entender que se ganaban la vida, nada más: ¡debían comer! Este era su argumento. Rosendo habló, vagamente, de la justicia y el chofer intervino en su apoyo. Los carabineros no comprendían demasiado y la modorra invitaba a siestear.

Rosendo se aisló. Roncaron los carabineros. El paisaje, si es que se podía llamar, así, a lo que rodeaba al camión, mostraba su fiera. Centelleaban las piedras desparramadas, algunos tarros vacíos. A lo lejos, la tarde se entretenía con supuestos mundos de agua. Tronaba el motor. La atmósfera de la cabina era pesada. El olor del cuero de las correas y de las botas echaba un tufo anti-pático. Rosendo fumaba en silencio.

El chofer le advirtió que empezaban a cruzar el Llano de la Paciencia, extensión que demoraba una hora en recorrer el automóvil. Una verdadera sábana gris. No se divisaba sino un cerrito remoto que no crecía, en absoluto, a medida que el camión avanzaba. Rosendo comprendía cuán terrible debía ser este cruce a pie, desguarnecido de toda sombra, con la soledad manifiesta y el silencio engrifado, como un animal indomable.

Los carabineros dormían. Las carabinas bailoteaban en un rincón. El chofer le prevenía del porvenir de perro que le aguardaba "abajo". Aguilera no pensaba en ello. Ruido y humo fue para él "la Pedro". Ruido y humo en un principio. Después: una escuela de honor y de coraje. Cuando conversara con los antiguos amigos, en Santiago, exhibiría no sólo la cara quemada del pampino, sino que, también, la riqueza humana que lograra reunir en su ausencia. La lucha social le destruyó ídolos y abalorios, comunicándole bríos de bandera. Y las banderas eran algo más que un trapo: eran latido y empuje, eran alba y muerte. Rosendo se anticipaba a todos sus amigos en la comprensión del problema, en su realidad. No eran despreciables ni el cartel ni el poema. Pero, no resultaban suficientes. La lucha no podía ganarse con soldados dispersos. Era preciso la unidad. Y la unidad reposaba bajo el aliento del Partido.

Rosendo recordaba fragmentos de libros que le conmovieran. Leonard Frank, por ejemplo, se preguntaba: "*Tenéis valor de matar al hombre y no el valor de amar al hombre?*" Y Ernest Toller, a quien admiraba por préstamo de González, conjeturaba con tremenda exactitud: "*Me parece que hoy la vida lleva un traje sucio*". Se trataba de "*amar al hombre*", de emplear la inteligencia en provecho del hombre, de no seguir en la absurda y criminal rueda de hambre en que millones y millones de seres perecían sin piedad. Se trataba de cambiar el traje de la vida y, en vez de permitirle con su "*traje sucio*", desnudarla para entregarle uno brillante y atractivo: no pedían más los obreros ni los amigos de los obreros. Rosendo no calculaba; pero, imaginaba cuántas obras realizaríanse en favor de la humanidad, si en lugar de invertir fortunas en guerras y en ejércitos fratricidas, las consumiesen en hospitales, en laboratorios, en jardines infantiles. El mundo ahorraría millones y ganaría la Alegría. El hombre se dignificaría. El hombre alcanzaría al Hombre. El pensamiento de Gorki, en cuanto a huir —día a día— un metro sagrado de la bestia, sería alcanzado con rapidez.

. . .

El camión tajeaba el hastío de las cuatro. Los carabineros despertaron. *Baquadano* les recibía con su única calle y su hotelucho. El chofer les invitó a servirse algo. Rosendo traía hambre. Se ganaba confianza. Los hombres saltaron del coche y entraron a la casa que limitaba una esquina donde, únicamente, se divisaban sol y piedras. Un farol lleno de tedio.

Los carabineros toleraban todas las libertades. El sol se venía cielo abajo. Bebieron cerveza. Rosendo se hallaba a una hora de su nueva experiencia. El chofer le tiró algunas puyas a los carabineros:

—No es tan bravo el león como lo pintan... —se defendió el más viejo, tratando de disculpar a los "tiras", que en golpear a los reos políticos no se hacían repetir las órdenes. "El Tirabuzón" alcanzaba la nombradía de un mito anti-obrero. Se trataba de un agente especializado en la persecución de revolucionarios en la zona del salitre.

Rosendo conocía muchas historias de este hombre, su estada en

Chuquicamata, donde los operarios le temían por su tacto obscuro y certero. *Baquedano* se poblaba de un gangoseo: la victrola del hotelucho giraba en su inútil carrousel de música.

Se reanudó la marcha. La calle estaba desierta. Frente al hotelucho negreaban las calaminas del cierre de la Estación del Ferrocarril: el *Longino* pasaba dos veces a la semana desde Iquique y serpenteaba, como la Culebra Madre, por el desierto.

. . . .

El motor. Polvo. El camión dejó envuelto al pueblo en una liviana iluminación crepuscular. Rosendo no preguntó nada. Los carabineros le trataban ya con simpatía. El más viejo le aventuró un consejo:

—Será mejor que “cante” todo lo que sepa . . .

El otro:

—Si se pone testarudo, la sacará pior . . .

Rosendo les sonrió sin rencores.

Por las quebradas de los cerros que, ahora, acercábanse al camino, se notaban dispersos brochazos verdosos. Las montañas alzaban su majestad de sierpes monumentales. Eran gigantescos nudos que amarraban estos metros desolados.

El mar se divisó, de repente. En el descenso del camión, Antofagasta crecía. Las primeras viviendas miserables les saludaron con sus techitos de latas; hedía el famoso “Barrio de los Chanchos”: grasa y moscas.

El camión entró a la ciudad por una calle en que la noche vestía, indecorosamente, de fiesta: *cabarets* y prostitutas. Nombres sugestivos colgaban de letreros multicolores: ¡AQUÍ ESTÁ CAPETANÓPULOS!

. . . .

La Sección. Los carabineros ensayaron una cara agrevisa. Rosendo se despidió del chofer con un vago ademán.

Los trámites de rigor. Y las primeras bofetadas de quienes castigaban, de esta manera, los ataques a la sociedad. Un hombre vigoroso lo condujo a un cuarto y, sorpresivamente, le despachó unas palmadas a la cara:

—Es mejor que no se “engalle” y diga todo lo que sabe...
¿Quién le dio los volantes?

Aguilera lo miró, de arriba a abajo, limitando su respuesta a un:
—¡No sé nada!

El hombre se enfureció. Se fue encima del muchacho y principió a golpearle. Rosendo se cubría la cara: sangró. El hombre, entre tanto, gritaba:

—¡Habla, mierda, cuenta!

Pasado el período de furia, el verdugo pretendió conciliarse con su víctima:

—Díganos lo que le preguntamos y quedará libre...

Se frotaba las manos. Rosendo escupió. La sangre le corría una acritud molesta en la boca.

—¡No sé nada! —repitió Aguilera.

Los golpes se reiniciaron. Rosendo esquivó algunos; se enardecía el “tira”. Aquello terminó. Rosendo, en el suelo, jadeaba:

—Estos no hablan... —escupió el matón. Y salió detrás de una palabrota.

La noche vencía. El frío. Sin tener dónde estar cómodo ni con qué cubrirse, Aguilera pesó las horas. Una. Dos. Tres. Hacia la medianoche, el Jefe entró, con sigilo. Una linterna ubicó al preso. Rosendo se puso, fatigosamente, en pie. El Jefe procedía con cautela:

—Es muy “cabro” para meterse en estas cosas...

Su abrigo le daba una apariencia fantasmal. Fumaba. A Rosendo le quitaron al entrar todo objeto personal. La sangre se le estancó, estatuizándose en feas costras.

—¿En qué trabajaba? —prosiguió el Jefe.

—Era vigilante.

—¡Ah!... —comentó. Y en ese ¡Ah!... cabían reflexiones y responsabilidades.

—¿Y antes?...

—Fui obrero.

Mentía. El Jefe cogió la linterna y la aproximó al preso. ¡Esas manos no conocían ni el peso del martillo ni el rudo pelaje de las limas!

—No mienta, mi amigo: usted no ha sido obrero en su vida...

Rosendo inclinó la vista. ¿Valía la pena proseguir el diálogo que no era sino un truco dilatorio?

—Sea lógico, mi amigo, y dígame de dónde sacó esos papeles.

Tosió el Jefe. La puerta abierta, a sus espaldas, trazó un pincelazo de luz. Pasaron varios hombres. Rosendo midió su riesgo y lo aceptó:

—Ya dije que no sabía nada... Me los dieron... No sé quién...

La situación era difícil: ¿por qué los aceptó y lanzó? El Jefe comprendía, de sobra, que se trataba de un acto de partido y que lo único que procedía era castigar. En un mutuo engaño colmarían la eternidad: ellos, tratando de coger los hilos ilegales; y el preso, procurando impedirselo.

—Puesto que no quiere decirnos nada, habrá que proceder... —amenazó el Jefe. Llamó. Dos hombres obedecieron y desnudaron a Rosendo. El hielo de la noche lo engranujó, completamente. Fue llevado a una celda y, allí, le tiraron grandes y repetidos baldes de agua. El líquido lo besaba con saña. El cuerpo le temblaba; en el suelo, se apozó el agua para recrudecer la medianoche. Esto duró bastante. Fue arrojado, nuevamente, a la sala primitiva. Lo dejaron. Rosendo se secó, como pudo y, aunque le dolía el cuerpo, esbozó algunos movimientos para entrar en calor. Se percibían ruidos. Voces. Llantos. Se tiró al suelo y el cuerpo crujió adolorido.

. . . .

La cabeza le pesaba y la fiebre le pinchaba la frente. Cayó en un largo sopor. Los párpados le oprimían, lo mismo que dos cáscaras de fuego. Adentro de su cabeza, el mundo era un escenario a media luz: *en el centro, se alzaba la celda donde yacía; los barrotes gemían, como niños enfermos; los ladrillos cobraban la forma de un rostro y no era la celda sino un extraño y macabro cubo de faces humanas que lloraban en silencio; se oía una zarabanda grotesca y agrios pregones significaban la única vida que latía fuera de su extraña prisión:*

—¡Vendo a mi hija por una bolsa de oro!

—¡Soy la Sífilis, la Aurora del Amor!

—¡El corazón de Cristo vale dos reinos!

Rosendo hablaba a los rostros que le retenían, y las respuestas eran lágrimas. El escenario se enrojecía. Un avión cruzaba la escena con las alas repletas de cadáveres. La feria tremenda no cesaba:

—¡El silencio de la Prensa cuesta una mujer de Gerente!

—¡Dadme Licor y ganaréis la bendición papal!

—¡La Guerra me premió con un palacio y una querida!

Los rostros retornaban a su estado primario. Callaron los barrotes. Un chorro de sangre reventó en medio de la celda y Rosendo contempló cómo crecía el volumen líquido que le asfixiaría.

Despertó con el corazón agitadoísimo. La espalda punzaba. La claridad goteó por algunas rendijas.

Le buscaron hacia las diez de la mañana: el juez, el interrogatorio, la condena...

Cuando ingresó a la Cárcel, respiró serenidad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EN LA CÁRCEL SE JUEGA CON FANTASMAS

LA CÁRCEL se encuentra rodeada por hogares tranquilos: vieja leona cercada por un centenar de palomas. Adentro, los hombres se aburren y sus almas se pudren. Rosendo anda de un lado para otro, con el corazón fresco. Es un reo político. Los demás le miran con desconfianza. El no dobla su dignidad. El cielo se extiende con tierna pereza infantil. Las nubes corren, cuando atraviesan este cuadrado sin gloria. Rosendo, misteriosamente, levanta los ojos hacia el firmamento y piensa que las nubes son el correo natural de los nostálgicos. Sus ropas han sido lavadas y la sangre ya no grita su fuerza en la pobre camisa.

Un pitazo levanta a otro, y, así, un cordón de alertas recorre el espacio. En las noches, los pitos silban su vigilia y el aire propaga sinfonías brujas.

—¿Un cigarrito, compañero?...

—¡Los piojos son respetables!...

—Me quedan todavía siete meses...

Rosendo escucha. Su paso es de hombre seguro. Los presos, al sol, se despiojan: es la tarea solemne del Penal. Cuando caen las sombras y la Cárcel remeda un féretro gigantesco, la voz de alguien se entretiene en conectar las tristezas. Rosendo evoca la hermosura de los gritos a la orilla del mar, esos que lucen vértebras de lejanía:

*"El chileno pa' pelear
no guerve nunca la esparda:
por eso la "Esmerarda"
está en el fondo'el mar..."*

La patria se torna, aquí, un sentimiento encendido. Rosendo sonríe. La patria es el puñadito de tierra que llevamos en las manos para taparnos la boca en el instante de morir.

—La patria está por sobre tóo... —barbulla un reo al que apodan “El Damajuana”. Rosendo no discute. Pero, se atreve a replicarle:

—¡Lo malo es que nosotros, compañero, no tenemos patria!...

—No hable tonteras —ruge el “Damajuana”.

Los reos hinchán la sorpresa.

Rosendo recuerda que dialoga entre pequeños despojos. Mas, recuerda, también, que nunca se pierde algún grano de la siembra:

—Chile no nos pertenece —explica con suavidad—; lo pisamos; pero, no es nuestro: el salitre, el cobre, todo, está, acá, junto a nosotros; sin embargo, los que aprovechan nuestras riquezas viven distantes, sin idea de nuestras miserias... ¡Ellos creen que Chile es la gallina de los huevos de oro!...

Un muchacho mueve la cabeza:

—¡Claro! El compañero dice la verdad... ¡Nos chupan a reventar los gringos ladrones!...

“El Damajuana” manotea sin acertar réplica. Rosendo sigue:

—La patria no es, solamente, una bella palabra; es más: ¡es la tierra libre con todos sus hijos felices, sin látigos ni hambre!...

Su índice marca un sitio remoto:

—Bien lejos de aquí, en *Wall Street*, gozan los dueños de Chile... Fuman puros del porte de un brazo, hablando inglés entre dientes y cálculos fantásticos...

Los reos tratan de imaginar aquel sitio: ¿será una jaula de oro, toda salpicada de diamantes; será una ciudad con policías brutales; será un templo donde Dios exhibe el ombligo cerrado por una libra esterlina?...

Triunfal, “El Damajuana” ingenia qué argumentar:

—Está hablando porque los gringos de “arriba” “le cortaron el cuarenta”... Habla pa’desquitarse... ¡Comunista!

Rosendo recibe esto último con una sonrisa:

—¡Soy comunista! ¿Lo he negado? Los comunistas no pretenden nada inmoral. ¡Pretendemos que el mundo, en vez de ser un nido de víboras, sea un nido de águilas!...

¿Por qué contestó de este modo? Rosendo no se lo explica. Los reos no entienden bien. Entonces, desliza un punto de apoyo:

—Los comunistas no desean que haya injusticia. El mundo marcharía mejor si, en vez de arrastrarnos, volásemos...

Los reos se ríen. Todos los hombres, aun los obesos, aun el sargento Rondón, con sus 120 kilos, volando, con alitas lindas y limpias, llenos de gracia. ¡Volando! ¡Qué fácil resultaría escapar de la policía! —sacan sus cuentas los más perversos.

El grupo se dispersa. El sol pinta un adiós desesperado en lo alto de las celdas. Pronto vendrán la noche, el silencio. La noche en la Cárcel es una pesadilla. La obscuridad grava el corazón. Y en el silencio, los espectros del alma se desfiguran y agrandan.

. . . .

Rosendo comparte la celda con dos presos comunes: un asesino y un contrabandista. El primero frisa los 40 años; el otro es un tanto mayor. El contrabandista fuma buenos cigarrillos. El que asesinó a su amante vive preocupado de los piojos y no es varón de muchas historias. Rosendo cumple un mes de Cárcel y fraterniza con casi todos los presos. Sólo 'El Damajuana' suele provocar disturbios. Pero, Rosendo se impone. Los reos le gritan: *Camarada*. Y gustan de tirarle la lengua para aprender parte de los libros que el "Ajicito Colorao", como le apodan, parece ocultar intactos en su cabeza.

El contrabandista, por las noches, en voz baja, le cuenta hermosas aventuras. Es hombre de mapa en el pecho. Su padre era minero y a Rosendo le agrada que Zenón le narre episodios de heroísmo:

—Mi abuelo —destaca Zenón— fue de los mineros que el "79" trajeron piedras pa'alzar el primer menumento a Prat, en cuanto se supo lo de Iquique. En los Minerale de Flor de Puquios y La Descubridora, los rotos que los trabajaban, tan pronto conocieron el fin de la "Esmeralda", se juntaron y, piedra a piedra, levantaron el menumento al Comandante... ¡Así, eran los mineros!... ¡Así, era mi abuelo!...

. . . .

*"P'al corazón: toronjil,
Pa'la dama: la platita.*

*Un billetito "de a mil"
pa'dejar a La Mardita..."*

La Mardita es la cueva de hastío donde se desesperan estos hombres. Rosendo recibe, domingo a domingo, la visita de los compañeros del S. R. I. El primero, fue emocionante: no creía que lo visitaran. Medía el patio, con su sombra, cuando le gritaron:

—Rosendo Aguilera, ¡a las rejas!

Sorprendido, marchó. Un rostro se le acercó y, con palabras simples, le entregó un paquete que contenía cigarros, frutas, té y azúcar. Después, la charla diáfana. Todos los domingos se afeita para estas entrevistas. Recuerda que a Luisa la conoció con bonos del S. R. I. y que fue ella su primera confidente en la Revolución. Cuando retorna al patio, juzga que las manos obreras son flores maravillosas que un polen infinito ha levantado.

El domingo, en la Cárcel, surge con un feo olor a incienso. Un cura flacuchento y narigón, al que llaman "Tres Pulmones", llega, de alba, a revivir los clavos de Cristo. Los reos no se aficianan a esta ceremonia que reúne a diez o a doce adulones en torno al cura, y que asisten a misa para asaltar, después, a "Tres Pulmones" y apertrecharse de algo con que distraer la semana: revistas y cigarrillos. El cura es asistido por un preso repulsivo: es tuerto y mató a un turquito viejo, en *Pampa Unión*, dándole de pedradas en la cabeza, hasta convertirla en una trágica siembra de trocitos palpitantes y colorados.

Los presos amanecen con ganas de cantar más que de costumbre y las coplas se suceden, ácidas, por los aires.

Cuando el tuerto coge el Misal, Jesucristo se avergüenza bastante en su casita de nubes. La cabellera le vuela, libre y rubia. Y la herida del costado cobra el aspecto de una boca, clamando:

—¡Basta! ¡Basta!

"Tres Pulmones" ignora ésto. Ríe con el alma azulada y pueril. Los presos asocian, por su amplia sotana, el recuerdo de una, de diez polleras amadas.

—La Lucha besaba, como yegua enloquecía...

—¡Lamiera los ojos de las pecosas Lillo!...

—¿Te acordai del poto e' la turca?...

Jesucristo contempla, amorosamente, el jardín más puro que

nadie ha cultivado: guarda el corazón de Magdalena convertido en una rosa de perenne frescura; ahí, también, los labios de las prostitutas que le seguían, por los celestes caminos de Judea, son diminutas flores de un rojo fascinador.

. . .

Zenón se goza contando cómo hallábase predestinado para la vida salobre de las aventuras:

—Era yo bien chiquito, una guagua, cuando mis padres trabajaban en Chimbero. Una mañana, mi madre sola trajinaba por la casa, cuando un hombrón con cara de gringo penetró a la cocina y, con lengua enredada, pidió que comer. Mi madre lo caló de arriba a abajo, y se dio cuenta que si le negaba algo a ese carajo, sería cadáver.

—Síntese, señor —le invitó. Luego le traeré alguna cosita...

—Le preparó huevos; le obsequió con una botella de vino, con harto pan. El gringo removía, con un palo largo, la tierra de la pieza y dibujaba extrañas cosas. Satisfecho, pidió permiso pa' quedarse en casa, un ratito, y jugueteó conmigo en sus brazos; me besaba la frente. Echó sus lagrimones y se fue. Mi madre respiró tranquila.

A Rosendo le gustan las anécdotas que abren hoyos al pasado.

—En la tarde, todo Chimbero lloraba excitado. Un gringo había degollado a una familia entera, porque le negaron un plato de comida... Mi madre calló el secreto. Nadie sabía dónde se encontraba el criminal. Acaso, salió a la costa y se perdió, o se embarcó: ¡vaya el demonio a preguntar! Mi madre me acercaba a su pecho y me besaba:

—Ricurita, con tal que el gringo no me lo haya contagiado...

—Y me contagió —concluía Zenón, chupando su rubio cigarrillo.

. . .

En la modorra de la Cárcel, las moscas enhebran bostezos. A Rosendo los reos le consultan. Es como un libro presto al que se le pueden averiguar cosas:

—Y en Rusia, compañerito, ¿no hay hambre, no hay cárceles, no hay tuberculosos?...

Rosendo les habla del país donde el trabajo se realiza en función de una ley consciente que no tiende a superproducir ni a mercar con sangre humana; les habla de cómo el robo carece de razón en una sociedad en que la necesidad no asfixia a nadie; les habla del respeto a la vida que se cultiva en los *soviets* y de la consigna que les preside: a todos los capitales supera el capital humano.

Los presos oyen, dibujando en el aire un caminito de paz. Se descuelga la sombra. Un reo le grita al tuerto:

—¡Rézate un Padrenuestro por las verijas del mono!

El tuerto escupe. Sus espaldas negrean. Rosendo se propone formar una “célula”. Mentalmente, elige: Zenón, el marino Cruz, don Reina, Godofredo Veas...

Zenón no se cansa de reconstruir historias. La noche les sirve de marco:

—Los salares, compañero, crujen, como demonios, por la noche...

Cuando no se está habituado a ello, uno se llena de miedo y ha de caminar más blanco que la misma sal... Anda que anda... Y atrás: crac, crac, crac... Uno cree en diablos y apresura el paso. Y nada: crac, crac, crac...

Rosendo atisba la pampa que se enredó en su alma: los ríos se han secado y al evaporarse el agua, la sal rodó al fondo, naciendo, así, el salar —que es un ojo blanco y triste, el ojo que forma las lágrimas de todos los hombres del desierto. Crac, crac, crac...

—Una vez, un minero se decía perseguido por un fantasma. Vivía, como con una sombra afirmada en su espalda. El minero enflaquecía y ya no había “contra” que usar; dócil a los consejos, visitó a un cura, y aunque pagó caraza el agua bendita pa’ librarse de su “socio”, el minero juraba que atrasito, haciendo escolta a su cuero, seguía “el otro” sin soltarle ni perderle pisada... Una vieja le sopló el remedio infalible:

—Váyase, m’hijito, pa’ un salar y lo atraviesa de noche sin luna. Como a la mitad del salar, se da güelta, y se planta a echarle carretoneras a su compaire; ¡verá cómo se espanta y lo eja tranquilo!

—El minero entró al salar, temblando. Los pasos del “otro” no le abandonaban; a medio camino, el minero se paró en seco y, muerto de susto, giró una vuelta, lanzando chorros de puteadas... ¿Cómo

le salían las palabras? ¡Quién sabe!... El minero recogió el aliento y, ¡zas! se mandó saltar adelante, corriendo, como un perro... Juraba que, a medida que se alejaba, oía los trancos del "otro", escapando en dirección contraria...

Zenón suspira, largamente. Los tres reciben el sueño con un crespón sombrío en los ojos. A medianoche, un pitazo le hace sangrías al aire.

El marino Cruz, don Reina, Godofredo Veas, Zenón y Rosendo constituyeron "célula". Se logra recibir alguna literatura elemental. Se impulsan protestas. Rosendo no perora solo en las tardes, cuando explica el capitalismo, como un cuerpo grangrenado y sin remedio... Los reos simpatizan con los hombres que afuera agitan una bandera roja y entienden que no se trata de maleantes más despreciables que ellos. El S. R. I. colabora, con eficacia. Los paquetes a Rosendo llegan más gordos: la fraternidad es un fruta jugosa.

—Estos comunistas son como los "canutos"... —margina alguno.

—Los "canutos" se lo pasan cantando, compañero... ¡Van a entrar al cielo, con una guitarra auestas! Los comunistas se preocupan de la tierra. No sacamos nada con fijar los ojos en el cielo, cuando los ricos los fijan en nuestros pulmones... ¡Es muy fácil rezar de rodillas sobre un cojín de seda, cuando la barriga suena contenta!...

. . .

Rosendo recibe del Sur una carta gimiente de su madre. Rosendo no se inquieta. Su destino no se extraviará en manos de nadie. ¡Es suyo! Lo moldeó, sangre a sueño, en unos cuantos meses de verdadera vida humana. El mundo es bello; pero, sucio. Es necesario que alguien le lave —para siempre— el rostro inmortal. Los obreros le dejarán diáfano, como la primera mañana de la Creación.

HISTORIAS A RAS DE LA NOCHE

LOS CORAZONES despiden un fuego misterioso. Salta el fuego y cae en la mitad de la celda: de este modo, surge una hoguera que no ilumina al exterior, sino que hacía dentro, lamiendo las almas. Rosendo permanece inmóvil, tendido cara al techo, como una ciudad silenciosa. El techo se despliega en una trágica suciedad: parece que la desesperación fuera una tiza muy negra que manos delirantes corren por este cielo maldito, sin que jamás consiga, allí, la luna su epifanía de gran iluminada. Los reos contemplan el techo, y unos puntitos temblorosos suben y bajan y, así, se forma el calidoscopio de la soledad. Entonces, llenan los ojos geometrías imprevistas y a falta de horizontes, la mirada es una casa de rayas y colores desconcertantes. La noche engorda en los pastizales del sueño. Los reos conversan, en voz baja. Conversar es la única forma de evasión. Con las palabras se puede trepar hasta las ventanas y se puede, también, trenzar la escalera de la fuga para salir, libremente, a sortear los charcos del destino.

. . .

—Yo conocí a La Mugre. A La Mugre en persona. Se dice La Mugre... Se dice La Fatalidad... ¡Como si no pudieran hallarse, un día! Fue en la época que trabajaba en una patrulla caminera próxima a Chungungo, entre Antofagasta y Tocopilla, cerca de Cobija y de Gatico. (Zenón detalla la geografía de su aventura con aires de padre de los mapas). ¡Sí que era La Mugre!...

Los otros dos reos se achican en su atención. Las pupilas blanquean la obscuridad:

—Apareció, lentamente, un bulto por el camino. Pensamos que se trataba, como siempre, de un pobre diablo que marchaba tras de su suerte. El bulto demoró en acercarse al Campamento. Cuando lo distinguimos, nos asqueó. Era un hombrecillo insignificante, a pies descalzos...

Por encima de los conversadores pasan dos enormes pies hiedondos. Dos pies que avanzan desde el fondo del tiempo, sudorosos de siglos, tranqueando hacia quién sabe qué posada de la vida!

—Eran unos pies gigantescos p'al cuerpo del vagabundo. No se pueden olvidar unos pies de esta forma: los caminos les habían petrificado.

Una marcha de pies fatigados golpea la cabeza de los oyentes. ¿Con pies como esos se atravesarían los barriales de la muerte?

—El capataz le preguntó:

—¿Quién eres, cómo te llamas?

—Soy un pobrecito, señor... Me llamo Cantillana. Juan Cantillana.

—Y, ¿qué quieres?

—Un trabajito pa'no morir de hambre en estos desiertos...

—La figura provocaba náuseas. La melena quiscosa le abultaba la cabeza pequeña y la frente se mostraba demasiado estrecha. Cejijunto y bizco, Cantillana era un muchachote idiota que nunca rozó el agua...

Los oyentes conocen cómo la suciedad crece, hasta derramar su invasión silenciosa, de seda siniestra, oliendo a cuartos vacíos. Porque la suciedad es la peluca de la Nada y la barba del Abandono.

—¡Sucio hasta el alma! El capataz le aceptó, no sin cierta repugnancia. Pronto supimos que era ladrón; un ladrón insignificante...

—La palabra ladrón debería suprimirse en estos sitios —declara el asesino pasional. Nadie le discute. Y Zenón:

—Existía una confabulación de aislamiento contra Cantillana. Se le dejaba libre...; pero, sufría más atado que ningún otro reo!... Calculen la vida de un atorrante que no puede llegar a ningún puerto, a la más insignificante caleta, destinado a ir y venir por las huellas; a dormir en cualquier sitio, a orillas del mar; a comer de lance... En el Campamento nadie se le juntó. Dormía lejos de las carpas, botado sobre unos sacos, tapándose con papeles

y, al alba, se levantaba pa' comenzar su eterno y monótono canturreo:

*"Yo soy un pobre presidiario
qué no tengo más que penas:
he de cubrir mi sudario
con desdenes y cadenas..."*

(Las estrellas lejanas baten su tejido a lo ancho del mundo).

—La voz era pegajosa. Todo Cantillana era pegajoso. Solo bajaba y solo comía su ración, pidiendo, como un chiquillo:

—Más comía... Más comía...

—Era la gula. Tanta mugre junta reclamaba una alimentación de más. Cantillana logró aquerenciarse con la cocina. La vieja Moncha le tiraba la comida al tarro insatisfecho. Y Cantillana:

—Gracia... Hambre tonto... Hambre fuerte...

—Cantillana vivía por años junto al agua, ¡y no pensó siquiera mojarse la punta de los pies!

—El mar danzaba y Cantillana le huía. ¡Era demasiado mar para tal insignificancia! Lo extraño residía en esto, precisamente: Cantillana tenía a su disposición un baño colosal y jamás su piel se unía al agua, jamás refrescaba su cuerpo con la caricia salina, jamás disfrutó del mar... ¡Mugre y mugre!

Zenón agría la caricatura:

—Cantillana —le ordenaba el capataz—, ¡ándate a los cerros a buscar palos pa'la comida!

—La Mugre se agachaba, tímido:

—Tengo miedo... El león me ve. El león me come. El león anda cerca...

—Constituía *el cuento del león* toda la defensa de su flojera. Los hombres le gritaban:

—Ya, pus, maricón, ¡hácele pelea al león!...

—Y Cantillana se recogía y, silenciosamente, partía a los cerros, pa'volver, muchas veces, con las manos vacías. Y la disculpa:

—El león me correteó... El león echaba chispa por los ojos...

—La Mugre no servía para nada.

—¿Por qué no te lavas, chascón? —le recomendaba alguien.

—Cantillana se reía y empezaba:

—Y su voz traposa barajaba los insultos.

Rosendo medita en la mugre de Jesucristo: una mugre oliente a eternidad. Sus pies fueron dos navíos en la tarde judía. Y como vagó rodeado de meretrices y de pescadores, de chiquillos y de perros, toda la grey de la miseria, cargó otra aureola, además de la divina: una aureola de perfume agudo, de mar y tierra suspendidos.

—La historia de Cantillana no concluye aquí. Un camión trajo a la hija de doña Moncha: ¡unos quince añitos de partirlos con l'uña!... La Mugre se volvió loco de alegría. Se lo pasaba cerquita de la cocina, "devorando", ahora, a la muchacha. Los cantos seguían:

*"Si por pobre me desprecias
te concedo la razón:
leña verde poco arde,
arde cuando hay ocasión".*

—La muchacha se reía del desdichado. Y confiaba sus gustos al chofer —"El Mono", como le apodábamos. Una noche, Cantillana, furioso, porque detrás de la cocina los pilló besuqueándose, fingió un ataque y se botó al suelo, revolviéndose en un dolor imaginario y terrible. Todos acudimos al asunto, y cuando "El Mono" se incorporó al grupo, La Mugre saltó, ligero, con una cuchilla en la mano, dispuesto a rajarle la guata... "El Mono" esquivó, a tiempo, y contestó con una bofetada certera. Cantillana cayó de espaldas y, ahí, se quedó... Cuando volvió en sí, nadie le cercaba. Por el Campamento se cantaba, se fumaba. La muchacha y su madre presidían un grupo donde "El Mono" triunfaba rotundo. El pobre Mugre se escurrió, en silencio...

La muchacha, al otro día, comentaba, cruel en su inconsciencia:

—De puro mugriento, este roto no podrá subir p'al cielo, cuando se muera...

—La Mugre siguió, rodando encima de su propia desdicha.

—Si te bañai, a lo mejor te miro —le replicó, una vez la muchacha.

Y el Campamento glosó:

—¡Pa'bañarse, La Mugre necesita vivir toa su vida escobillándose!...

Zenón se calla. El ha visto de cerca a La Mugre. Como otros a la Soledad. El asesino pasional juguetea con las palabras antes de echarlas al auditorio:

—Donde yo sentí el peso de la soledad fué en Cobija, la ciudad abandonada que alza sus murallas derruidas al ladito de Gatico.

(Cobija fue primero asiento de "changos", nómades que vivían de la pesca y que se ignora de dónde provenían: ¿de Perú, o de la altiplanicie andina? En 1825, Simón Bolívar la ascendió de caleta a pueblo, y en homenaje al general de Colombia don José Lamar, adoptó de éste su apellido. La fiebre amarilla de 1869 volcó la muerte en la boca de sus habitantes y la ausencia pobló sus calles; después se precipitaron, de nuevo, el desastre, la ruina, hasta que se quedó de pie, como un espectro).

—Me tocó atravesarla una mañana: entré a La Ciudad Muerta, como a un recinto de locura.

(Las calles delineadas conservan en Cobija ese hálito de presencia humana que resta en las ciudades cuando el hombre duerme, o no está... Es como si las puertas escondieran a un fantasma, como si por las ventanas escaparan, a galope, las sombras de sus muertos... El silencio y el mar se disputan a la ciudad. Lejos, por una esquina en que el viento golpea al único farol en alto, se divisa el cementerio; los jotes y las gaviotas se mueven arriba de la muerte, como olas de un mar terrible.

Cobija es el nido de la serpiente del tedio. Se aburren sus casas habitadas por las Estaciones que se deslizan imperceptibles por el desierto, casi iguales, sin que se noten sus diferentes paramentos; se aburren sus muertos, frente a frente, sin que ninguna muerte joven venga a contarles los sucesos que transcurren más allá de su cal; se aburren las estrellas de envejecer paradas sobre su sombra, huérfana de todo suspiro enamorado; se aburre el mar de no escuchar alguna canción que lo convierta en confidente).

Rosendo comenta en gris:

—Las noches, allá, deben ser atroces... Noches para el crimen más ruin.

El asesino pasional coge su monólogo:

—Imaginen lo que es hallarse dentro de una ciudad sin ruido, sin movimiento, como dispuesta para que alguien le indique:

—¡Comienza a vivir!

(Y la vida resbalaría en manos de los muertos. Todo, allí, exuda muerte. El olor es de cadáver. El viento baila cubierto con mortaja de polvo. Y las “ánimas” se encargan de ayudar al tiempo a salirse de los límites de esta comarca, verdadera cuna del desamparo).

El reloj de la Plaza Colón murmura el santo y seña de la soledad. Las campanadas viajan, a saltos, por los aires y se rompen contra el pecho de los cerros. Zenón resulta incansable:

—¿Les gustaría la historia de don Nicolás Naranjo?

Rosendo oyó hablar, en la pampa, de la mina de oro que jamás se halló y cuyo secreto bajó al fondo del mar con su único poseedor. El asesino pasional, como todos los nortinos, escuchó cien leyendas acerca de esta fortuna. A Zenón no le importa y desenreda sus palabras:

—Hace años que este tesoro espera a su patrón... En 1806, don Nicolás se dispuso, en la plazoleta de un convento serenense, a construir un barco.

(Los arbolitos veían cómo sus hermanos se ufanarían en mitad del mar, con ramazones de cordeles y frutos de pájaros).

—El barquito estuvo listo muy luego: Naranjo lo necesitaba pa' comerciar congrios, tan abundantes por las costas de Atacama.

(Los serenenses contemplaron atónitos este barco que simulaba un brote de la tierra. El jefe de la ciudad le proporcionó un piquete de soldados a don Nicolás, para que arrojara la embarcación al agua. Y partió el día que celebraban al patrón del pueblo, a San Bartolomé. Las músicas atraían al viento. Los marinos sonreían. Y don Nicolás ordenaba las maniobras, con voz llena).

El perdido resplandor de la hazaña enciende la noche aplastada de la celda; un silbido amarra al Penal; y otro, y otro...

—¡Qué molestan los perros con sus chiflidos!

—Navegando al norte, don Nicolás desembarcó en Calera y vendió la barca. Hombre de minas, se metió desierto adentro. ¿Qué lo inspiró, por qué cambió de rumbo, quien lo mandó a coquetear con la fortuna? Una noche, sintió grandes aullidos. Se orientó por el eco y fué tras él que clamaba desorbitado: era un indio enfermo que se moría. Don Nicolás le reanimó con aguardiente, lo acom-

pañó durante la noche. Y, al amanecer, el indio fué otro. Agradecido, le musitó, como queriendo impedir que las arenas escuchasen:

—¿Quieres que te pague con una fortuna de oro?

—Don Nicolás no contestó.

—Tú eres bueno. Caballero bueno: ¡ven!

—Y lo condujo a donde cuentan que el oro es una fuente de ojos amarillos, de un amarillo penetrante y fascinador. El indio se perdió con su secreto, entregando gratitud y oro. Don Nicolás retornó a La Serena. Los parientes batieron palmas, cuando el viajero sacó de una bolsa piedrecillas salpicadas de puntitos áureos:

—¡Se acabaron los pescados!... El mal olor... ¡Seremos ricos!...

—Don Nicolás decidió partir el día de Navidad en busca de su fortuna. Una nueva barca le aguardaba. Viajarían con él Juan Pastene y ocho hombres arriesgados y de confianza. Al enfrentar la Punta de Teatinos, el mar, celoso, les tumbó y, a dos carrillos, se devoró la barca, los tripulantes y el derrotero maravilloso...

Desde entonces, duele El Naranjo a los mineros. ¿Está en *Coloso*, en *Bolfín*, en *Botija*, en *Jorgillo*?... El oro de Naranjo vive en la leyenda cruel y obsesionante. Es como una mujer fatal que se entretiene en desorientar a sus amantes. Quintrala de cateadores, El Naranjo se tiende, desnudo y desprevenido, sobre la tierra. Y, sin embargo, ninguna mano, desde 1806, le acaricia...

Dicen que se le reconocerá por una brillantez dorada que alcanza hasta el cielo... Dicen que cuando un hombre logre cruzar la última legua que lo separa del mineral, sin temblar un segundo, a causa de los mil ruidos y carcajadas, llantos y bufidos, que se sienten, El Naranjo se entregará vencido... Dicen que cuando la mujer de un minero muera enloquecida por una fiebre desconocida revelará, en la agonía, el nombre del indio aquél y éste aparecerá, por el aire, a dictar el derrotero... Dicen...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

E L C O N T R A V E N E N O

PEDRO CARREÑO se estiró satisfecho. La noche transcurría agujereada de estrellas y de cantos. La calle *Eleuterio Ramírez* —que la gente maliciosa y divertida bautizara con el simbólico nombre de “El útero Ramírez”— hervía, en el amanecer, de chicha y vino y era una sola mancha de lascivia. En las puertas, que cuidaban, como perros hediondos, los braseros trasnochados, aun negreaban mujeres en la vigilia de su oferta. Pedro tentó, bajo las sábanas, a la hembra que roncaba, segura y desnuda. Sus manos se acercaron al tibio bosque enmarañado de su Monte de Venus y la mujer rezongó casi despierta:

—¡Aguante un ratito más...!

Pedro dejó, allí, la mano áspera y ardiente. De las otras piezas venía un ruido confuso de besos y risas. Alguna voz perdida trataba de juntar palabras en la calle. Pedro imaginó, con rapidez, el paisaje sucio de *Eleuterio Ramírez*: no alcanzaba a cuatro cuadras y entre sus casas reposaban la tradición de “la Flor María” y el gesto salobre y desencantado de “la Esmeraldita”, cuya fama de extraña y extenuante amorosa fué el tema de los aventureros del sexo en lejanos años de exotismos carnales; casas de cenas y conventillos alternaban con prostíbulos y era posible conocer la media de seda que se gana con mordiscos desesperados y la pierna proletaria que apenas sostiene un cuerpo desgraciado —que es como una caricatura de la mujer; de esta calle se podía salir, tranquilamente, al hospital o a la cárcel. Pedro no se iría a ninguna. Despedíase de Santiago, pues se marchaba al Norte, a las salitreras espejeantes y rendidoras.

Su mano se aquietó sobre el desorden tentador. La hembra dor-

mía sin recato. Hedía el camastro a sexo, a vino, a sudor. La casa apagó sus últimos ruidos y sólo se percibían murmullos, quejidos. Pedro pensaba en su porvenir. Conocía el Norte. Lo conocía bien: allá, en la desolación de sus noches, la cama pedía la solidaridad de otro cuerpo. En "la Pedro", la Compañía no toleraba mujeres y el sexo era un pájaro de llamas amarrado a una estaca de hierro, testaruda y profunda. Los ojos de Pedro, en la penumbra del alba, contemplaron a su compañera. No era fea. La boca, grande. Y en ella: la ausencia nacional de los dientes. Pero, en los ojos no escaseaba nada para el momento feliz: eran ojos de abismo, con dos monedas de sombra para comprar el ensueño.

Pedro, de golpe, maduró una idea. Esta mujer le gustaba. Como él, seguramente, no tenía a nadie a quien rendirle cuentas. Era un trozo de carne joven que el placer agitaba en sus manos. Como Pedro, carecía de un oriente respetable. Rodaría, hasta envejecer, como "la María la loca", de mano en mano, ajándose, abriéndose en una mentira de ternura, para que los hombres creyeran que latía en ellos una gota divina...

Como "la María la loca".

La pobrecilla era una vieja atroz y borracha; merodeaba a la salida de los burdeles, con gesto lívido; y un absurdo sombrerote de hombre la vejaba; con los pechos al aire, cantaba tangos y su voz era de las que echan sal en las venas... Como "la María la loca", que se alzaba las polleras por veinte centavos, para exhibirle a los más bajos borrachos la inmundicia de su miseria.

—No —meditó Pedro—: ésta se merece otra suerte.

No sabía, certeramente, qué suerte merecía su compañera de adíos. ¿Un hogar, acaso...?

Dueña de su alma, la mujercita dormía, tranquilamente. Los pechos se le hinchaban plenos y en la cara se estampaba el reflejo de una vida sin urgencias.

. . .

~No era, seguramente, amor lo que le llenaba, de súbito, las arterias. Pero, ¿cuándo se fija el instante exacto en que el amor amanece en nuestra sangre? Pedro evocaba la acritud de las noches pampinas, su foco de fiebre en mitad del instinto. Eran larguísimas

temporadas en las que el hombre mordía las sábanas, como las olas de un mar sin término... El trabajo brutal no apaciguaba el deseo y, entonces, la única claridad del hombre era una luna borrosa y lejana que se deslizaba, quemante, por la carne: esta luna despedía un resplandor siniestro y cegaba los ojos ávidos de muslos, como tentáculos. Límite del día, el deseo mordía. Mordían los recuerdos. La boca se colmaba de besos funestos y por el cuerpo se extendía una corriente de fuego. Pedro temía a la soledad. Su coraje soportaba todo, menos aquella estadia en el redondel del caliche, donde las cosas sugerían los contornos enloquecedores de la mujer, hundiendo todo en una polvareda de locura: la planicie misma era un vientre sedoso, una espalda dispuesta para las caricias más fuertes; algún montecillo remoto sobresalía a la manera de un pezón largo y pródigo... Pedro experimentó la desesperación del amor en esos parajes, y ahora, le invadía un sobresalto feroz: ¡no!, no era posible retornar solo al martirio. Era menester la compañía de una mujer para suavizar la desventura del desierto.

A su lado, una mujer insignificante. La mañana se repartía por las rendijas; era posible leer los diarios que empapelaban el cuarto. En la pampa, esta mujer cobraría un volumen de gracia imponderable. La pampa era mujer. Y, como con los males terribles, sólo otra mujer podía reducirla.

—¿Qué querís...? —murmuró la hembra, cuando Pedro la remeció. La carne debió prepararse para un futuro asalto. De malas ganas se acomodó para ello. Mas, Pedro, no intentó nada.

—¡Bah! ¿qué queríais, entonces...?

—Hablarle...

—Chis, ¿seguís curao...? ¿Te da por hablar a vos...?

Pedro sonrió.

—Oye —le dijo—, ¿qué te parece que nos casemos?

La hembra coqueteó con el cuerpo:

—Si ya nos “casamos” hartó anoche, pus...

Pedro aprisionaba esta idea: él rescataría a esta mujer. Costara lo que costara. Con ella se escudaría del tedio. Ablandaría la soledad:

—Le digo a la buena, m'hijita: ¡casémonos! Yo soy solo. Usted también. ¿Por qué no juntamos nuestros huesitos?

La hembra se empequeñeció. Buscó el cuerpo del hombre que

la hablaba, como no soñó jamás oírlo, y se acurrucó, hecha un ovillo de terneza. En la noche anterior, el mundo era para ella una bola de infamia. Como cien noches, o trescientas, se hastiaba a la puerta del “salón” de doña Toca, pintarrajeada y banal:

—Pst... Venga a “casarse”, simpático...

Los hombres pasaban.

—Venga a “hacer cosita rica”, gordito...

El gordito, sobresaltado, apuraba el paso.

Y, así, hasta que, un día cualquiera, el cuerpo se le convirtiera en una gusanera y en todas partes le reventaran roseolas, las únicas flores con que es dable adornar el retrato del Abuelo Satanás.

Pedro no pasó de largo. Andaba en trance de hartazgo carnal. La sonrió. Se acercó a la ventana, tras la que se aburrían otras mujeres, como ella:

—No es fea la tonta... — Y cruzó la puerta. Lo demás, no lo mencionaría ni el peor de los cronistas de la noche podrida.

Ahora, “la flaca Ulalia” despertaba no, solamente, al día, sino que a una promesa que le revolvía entero el acomodo triste y pequeño de su vida vulgar y sin verdaderas alegrías. ¿Le hablaría en broma este cliente que, tan de mañana, la despertaba para sorprenderla con algo, absolutamente, insólito para su condición...? Pedro asistía a una transformación maravillosa y simple: reintegraba en mujer a una que no lo era desde quién sabe cuándo...! Actuaba convencido. La vida le tocó el hombro:

—¡Llévatela! —le susurró, al amanecer.

Y cumplía.

La hembra, por su parte, no atinaba a contestar. La esperanza le vertía una lágrima sin fondo en las pupilas. ¿Sería posible que la guardase el respeto, que anduviera erguida, con su marido, sin asco a la noche que hasta hoy le traía borrachos, enfermos y locos que gustaban morderla, como perros babosos...?

—Dígame —aventuró—; ¿pa'qué quiere casarse conmigo...?

Pedro comprendía el porqué; pero, resultaba difícil expresarlo.

—Porque me gusta... Porque me “tinca” que seremos, como dos angelitos... Porque no quiero andar solo en la vida... ¿Me entiende, linda?

Claro que “la flaca Ulalia” lo entendía. La vida, a pesar de no colocarla nunca un silabario en sus manos, la enseñó cuántas co-

sas...! Entendía la hembra que el hombre cabal sólo requiere un rincón en el mundo, que le reserve un colchón, una mujer y una ventana por la que se divisen las estrellas.

Para Pedro, el matrimonio sería una alianza poderosa contra la soledad, la fea soledad que se desdobra en agujas de espanto. Para "la flaca Ulalia", era el premio a una existencia dedicada a la dulce mentira; era el ascenso; era la reivindicación. Las meretrices sufren mucho. Su oficio es de dar: dan desde el beso, hasta la buena ilusión que se espanta con la primera hacha del alba. En cambio, ¿qué reciben? Un billete, un golpe, una espiroqueta... Algunos suelen confesar que les gustaría ser ramera: ¿cómo se reirán las cortesanas cuya belleza engendró a diez mil gusanos; cómo se reirán los esqueletos de las recién muertas, tendidos, por fin, sin el sobresalto del cuerpo que les cae brutal!

—Si es su gusto, ¡casémonos! Yo sé cocinar, sé zurcir... No le pido mucho... Usted también me gusta...

—Le voy a pedir una cosa, m'hijita... No me haga renuncia una porquería...

"La flaca Ulalia" era prostituta. Mas, respetaría al hombre que la incorporaba a un mundo gris —es cierto—; pero, libre del desprecio, de la policía, del fantasma continuo de la sala común. Un mundo, como el de su madre.

—Se lo prometo —juró a media voz.

Y en la promesa se anudó un jirón de luz. No hablaron más: ya "eran" marido y mujer.

. . . .

Al medio día, varió el escenario de *Eleuterio*: las casas de remolienda, cerradas, parecían viejecitas acurrucadas al sol. Nada dejaba sospechar que tras aquellas puertas se convulsionaba un cosmos piojoso y blasfemo. Verdulerías y despachos mostraban sus entrañas olorosas. Los obreros transitaban seguros.

Pedro se irguó en el lecho. "Ulalia" saltó desnuda a prepararle algún comistrajó. Tan pronto se levantaran las "niñas", Pedro, en persona, propalaría la noticia. El sol invadió el cuarto de "la flaca". Se sintieron ruidos en la casa. Las "niñas" empezaban a levantarse. La noche concluyó, flojamente: dos "quedadas", "la flaca Ulalia" y una chiquilla, untuosa y tonta, llamada Nelly. Las caras

bobas aparecieron en el patio. En las ojeras, se agitaba un último colgajo de la noche. En el "salón", el vino agriaba el aire y asqueaba; el "tormento" —ahí "el curco Durán" palmoteaba, rabiosamente, las cuecas— brillaba en su mudez; los sillones distendían sus músculos viejos. Los braseros impresionaban, como grandes ojos cubiertos de ceniza. Pedro, en pantalones, con medio cuerpo al sol, salió con "la Ulalia" en busca de doña Toca: ocupaba la pieza de la calle —el puente de mando de este barco del amor. Las "niñas" supusieron una discusión peligrosa. Mas, luego, comprobaron que nada malo aleteaba en casa. "Ulalia" alcanzó a gritarle a Nelly:

—¡Nos vamos a casar...!

—¡Media novedá! —soltó la chiquilla untuosa y tonta.

—Lesá, nos vamos a casar, como Dios manda... —corrigió "la flaca".

Y el burdel se arremolinó.

. . . .

Golpeó Pedro en la puerta de doña Toca. La voz gangosa de la vieja contestó con un:

—Aguántese un momentito.

Después:

—Dentre nomás.

La "cabrona" juzgó una contienda del oficio y se dispuso a defender "el prestigio de la casa". Pero, casi rodó catre abajo, cuando Pedro, risueño, le contó su deseo, (el catre de bronce naufragaba entre chucherías, retratos, santos y bordados).

—Güeno, ya sé, se gustan... ¿Se quieren casar por las dos leyes...?

Pedro se casaría por todas las leyes que fueran necesarias. En "la flaca Ulalia", reventaban antiguos colores de infancia. Se trocaba el vano descoco en una ingenuidad burda y, sin embargo, grata.

—Güeno... Yo no soy su mama... Pero, la "Ulalia" está endeudá conmigo, como en ochocientos pesos... Me debe un traje-cito, unas prendas, la comía...

Pedro advirtió que por pesos más no toleraría que su mujer se pudiese en la casa. Pagaría. Y aun más: se casaría el mismo día y solicitaba que ella —casi una madre para su hembra— le sirviera

de madrina. Doña Toca comprendió que, acaso, por única vez, gozaría, un rato, a lo vieja decente, siendo un alguien importante. Aceptó con gilimoteos y mandó al “curco Durán” para que arreglara la casa. “La flaca” la besó y corrió al patio a comunicarles a las demás esclavas, que la liberaban.

. . . .

Pedro pisó de nueva forma en el burdel. Doña Toca se vistió, disponiendo que serviría de padrino “el curco Durán”:

—“El curco” pa’la suerte . . . —sentenciaron las mujeres.

Durán sonreía, malicioso, y golpeaba, paternalmente, a la pareja. Doña Toca no entendía de estas cosas, y “el curco” sospechaba algunas:

—¿Quién de éstas sabe firmar . . . ? —preguntó.

—¡Yo! —saltó Nelly.

Faltará otra que sepa —pensó, rápido, “el curco”.

—Se necesitan dos testigos pa’darle gusto a la ley civil —enseñó, doctoral. Entonces, el que pasó la noche con Nelly se ofreció. De este modo, únicamente, faltaba partir al Civil, para allegarse a San Isidro al anochecer.

La casa se revolucionó: reaparecieron “pilchas” de seda y las bocas se dieron “rouge” de un peso veinte. “La flaca Ulalia” era un maniquí absurdo y emocionado. Nadie reclamó almorzar; a todos mordía una urgencia fatal: no dejar enfriarse los corazones. Tranqueó la comparsa en demanda del Civil. Aquí, Pedro habló, tartamudeando. No precisaba un discurso el Oficial para resolver tantas emociones:

—Eulalia Vargas.

—Pedro Carreño.

—Nelly García.

—Juan Torres.

Las firmas temblaron en un libro grandote.

El Oficial pronunció algunas palabras enredadas; doña Toca respiró con pulmones de importancia. P pulmones de oro, por la manera cómo echaba y recogía el oxígeno.

Ganaron la calle. En la esquina, un hotel (*Camas para matrimonios, desde \$ 3*) dardeaba su ironía de vidrios alcahuetes. Y prin-

cipió la fiesta. "La flaca", del brazo de su marido, no cesaba de sonreír. ¿A qué, a quién? Los compadres se abrazaron. Rosalba buscó las "cantoras" y "el curco Durán" alabó su mano ideal para las cazuelas de ave: la tarde adquirió un tufillo simpático. Pedro y su mujer sonreían felices. Por los bordes de la noche, caminarían, paso a paso, en busca del cura. Llegaron las "cantoras" (dos moles gritonas) y las cuecas saltaron de la garganta al patio, sucio y herido. La primera la bailó el matrimonio:

*"Qué planeta reinaría
al tiempo de nacer yo,
qué estrella me guiaría
que tan desgraciada soy".*

Las mujeres de las casas vecinas comentaban:

—Comenzaron muy fuerte...

—Temprano empiezan...

. . . .

"El curco Durán" sirvió la cazuela. Las "niñas" reían, locamente. Doña Toca creyó de su deber aparentar gravedad, y volaba casi. Le faltaban dos alas de terciopelo... Comieron entre decires y lindas tonadas que hablaban de amor y de campos apretados de gracia. Pedro brindó por todos; doña Toca lo besó, grotesca y solemne.

—Déjame que lo bese yo... —reclamaba Nelly.

—Pa'que se le pegue el Espíritu Santo... ¡Egoísta!

Pedro se impacientaba por partir. Comprendía que a su mujer le convenía abandonar, sin demora, el hoyo siniestro de su pasado: cada tabla, cada hojita del clásico helecho meretricio, cada metro de esta casa, eran pruebas de su ayer. El ansiaba conducirla lejos, donde nada ni nadie pudiera convertirse, por obra de la maldad, en una acusación:

*"De los siete planetas
que hay en el Cielo
cuatro vienen en contra
porque te quiero".*

Cuando cayó la noche, curados y chillones, rumbearon a "San Isidro". "Asiladas" y "cafiches" curioseaban:

—Se casó 'la flaca' del 367...

—Sorpresa la del novio, oh...

El cura se desconcertó. Doña Toca y "el curco Durán" asistían rígidos. En un rincón de la iglesia se celebró la boda. Un olor fuerte disputaba el aire al incienso. La seda chirriaba.

Una diestra trazó la cruz en los aires. Y la Ley de Dios ató a la pareja, que escapó, presurosa, entre el manoseo y los parabienes de sus acompañantes. En casa, doña Toca multiplicó amistades y la remolienda ardió. Pedro y su mujer, en un momentito libre, corrieron a la pieza y se encerraron.

—Chitas, el apuro... —barbotó Nelly.

—Déjalos, pus, pa' eso son marío y mujer...

Pedro y "la Ulalia" se contemplaron, hondamente, en la soledad del cuarto. Desde fuera tronaban las voces teñidas de alcohol:

*"Por que te quiero sí
yo no lo ignoro:
las aguas se acrecientan
de lo que lloro".*

—M'hijito, me ha hecho muy feli... Por fin, seré otra... Como mi vieja... ¡Una mujer decente...!

Pedro no habló: la aproximó a su carne y la besó en la boca quemante. Dispusieron marcharse, al momento: ¿Qué más esperar? Llamaron a la madrina y le avisaron.

Doña Toca —¡por suerte!— aprobó en su nebulosa mental que eso era lo prudente. Y los despidió, silenciosamente. "El curco Durán", que los vio salir, fue a protestar y la "cabrona" le obligó a callar, con una seña. La fiesta proseguía.

—¡Chas que son golosos...!

—¡Comiéndose enteros...! —subrayaba Nelly.

. . .

El equipaje de "la flaca" se reducía a un paquetito de prendas íntimas, a una Virgen del Carmen y a desvaídos retratos y afeites.

Del brazo de su hombre, ocupó "el 36". Las estrellas correteaban en el cielo resbaloso de vino de la calle *Eleuterio*.

Se bajaron en la Estación Mapocho y escogieron un hotelito. Un mundo turbio se movía en la cuadra. Tranvías y "corteras". El río se cuajaba de sombras.

Desde la ventana de su cuarto, los novios observaban la vida que se desgarraba en esas esquinas. Pedro respiraba contento. A su lado, palpitaba una mujer: el contraveneno de la soledad. "La Ulalia" sería su defensa en el desierto. La mujer restregaba, ingenua y lenta, en su hombro, la cabeza de melena retinta. Dos náufagos de la vida pisaban tierra firme.

—¿Está cansá?

—Un poquito...

Hasta el lenguaje sería diverso. Serpenteaba en las voces una delicadeza primitiva que les volvía niños asombrados. Se acostó la esposa. Pedro encendió un cigarrillo. *Bandera* se poblaba de músicas. El "Zeppelin" resonaba. Y el "Shangay". Apagó la luz y se tendió al lado de su mujer. Los cuerpos se toparon, suavemente. Y, como si fueran marido y mujer desde la eternidad, se fueron durmiendo sin espasmo.

Ella caía en un mundo desconocido y que, no obstante, amaba. El, por su parte, deseaba enfrentar la pampa para reírse de su asedio: regresaba apertrechado del arma infalible. Ahora, la vencería, de frente. Deseaba que el tiempo volase, para desafiar aquella inmensidad.

Los ronquidos. Por las calles de Dios, andaba el Diablo en las bocazas coloradas y pecadoras.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

EL TIEMPO NO TIENE IMPORTANCIA

LOS RELOJES se mueven, como perros ciegos. Las esferas se han puesto blancas a fuerza de hastiarse. El tiempo picotea los números y una raya de sangre se encarga de limitar las horas. Rosendo quisiera que los relojes fueran un ojo tremendo al que se le pudieran robar visiones con qué entretener su aburrimiento. El Penal es una caja de gelatina. Las palabras se debilitan. No es posible que el niño travieso del eco corree por las celdas. Se habla, como esperando que las palabras retornen, en un salto hacia atrás, inesperado. Los presos suelen cantar, es cierto. Pero, se arrastra una serpiente negra en los cantos que hablan de tormentos y de angustias.

Llega un viejo con una guitarra. Los presos se le acercan, al momento. La guitarra es la estatua de una mujer: un día, un amante feroz, mató a su hembra y la estilizó, a besos y a cuchilladas, resultando este instrumento que gime, como las novias cuando soportan el infinito del amor atravesado en el pecho.

—Parece mujer desnuda —sentenció el viejo.

—Con unas caderitas... —se paladea Rojas, “el consentido”.

Y la guitarra se duerme, murmuradora, en los brazos de su dueño. Los presos se ríen con tristeza:

—A lo mejor, el viejo se acuesta con la guitarra...

La guitarra les enseña su sexo redondo, de luna ausente, por donde van y vienen las manos del viejo, en una caricia que le saca la armonía y la trizadura del corazón:

*“Nunca dejes que te bese
una mujer que tiene lacho:*

*entre sus labios florece
la traición y el descaro”.*

El alba se equilibra por encima de los torreones de la Cárcel y, esquivando a las carabinas, se instala, medio a medio, del patio. Los presos comienzan su día: se barren las celdas; la escoba pasa de uno a otro; las camas se estiran, como un oleaje muerto, y el tedio se desplaza con sus alas de fieltro amarillo.

En los talleres, se desfigura el cansancio. Algunos reos afilan su instinto con obras obscenas: “La sorpresa” llaman a unos ataúdes que fabrican, dentro de los que se esconde, presto para el salto, un falo grotesco de madera. Los pobres, a fuerza de quemarse, no atinan sino a rodar más adentro de su desesperación: mariposillas viciosas en torno del dios que es la columna de la vida.

Los baños descubiertos obligan a mostrarse “calato”; cientos de espectadores no desdeñan gritos:

—¡Potito lindo...!

—Sea güeno, guatoncito, con los pobres presos...

Es una prueba que no se repite más. Cuesta afrontar aquellas miradas que devoran el cuerpo. Así, las manos se ensucian y el sexo borra sus fronteras sagradas.

Rosendo ha vivido en dos hoyos de fuego: en la pampa, la ausencia de mujeres irrita el alma. El recuerda que en los retretes de “la Pedro” leyó encargos avergonzantes: “Me gusta Juanito Puebla”, “Yo estoy dispuesto a que Julio Troncoso me “haga el favor”... Escupe. En la Cárcel, la carne destapa los sótanos de la bestia: hay “matrimonios”. Por celos, las herramientas equivocan su destino y los cuchillos de mesa y los tenedores suelen ensangrentarse...

Una noche, cuenta a Zenón una historia que sucedió “arriba”:

—Un roto diablo trajo una ramera, presentándola por su esposa. Sólo quería tener mujer y “ayudarse” con su cuerpo... La hembra sabía que “subía” a proseguir su “negocio”, que formaba parte de una extraña sociedad... Hábil, “pelándole los dientes” a medio mundo, llamó la atención de los pampinos. Y, sencillamente, comenzó su período de “las vacas gordas”... Cuando “su marido” salía al “turno”, se iniciaban las visitas... Tres, cuatro, cinco “amigos”... El roto andaba feliz con “los cuernos” —que

no le pesaban nadita... En las mañanas, seco y urgido, preguntaba:

—¿Cuánto?

—Y la mujercita contabilizaba:

—Ciento diez... Ciento treinta... Ochenta...

—En un pato de yeso caían los billetes. Los hombres compadecían a nuestro amigo del cuento:

—¡Chitas que es ciego el compadre...! —se soplaban al comprobarle tan ingenuo.

(El roto ladino, muerto de risa por dentro, acariciaba a su “mina” y gastaba el lapicillo de los cálculos optimistas).

—Un día, creyó oportuno “liquidar el negocio”. Había ganancias demás para volverse al “puerto”:

—Si usted quiere, preciosa, acabamos con la custión a fin de este mes...

—La mujer consintió. Era el mes que rebalsaría las faltriqueras ambiciosas. Duro mes. Cuando la pareja anunció que se iba, muchos fueron los que se dieron cita para despedirla en la estacioncita de la Oficina. El roto se echó el “bolón” en el bolsillo derecho del pantalón: era plata suficiente para remoler y amoblar un hogar. Entre ambos habían sudado y las ganancias se partirían, a medias.

—La pareja se despedía. Por lo bajo, los amantes de la mujer se intercambiaban sonrisas irónicas. Apareció el tren. El roto proseguía en su farsa de “marido burlado”. El bolsillo donde es posible tentar el “bolón”, con seguridad y rapidez, le pesaba demasiado. Cuando la pareja subió al tren y éste se puso, lentamente, en marcha, un roto que no se aguantó más le tiró a la cara a nuestro amigo, su desgracia, gritándole:

—¡Hermano...!

—Era como decirle:

—Hemos “comido en el mismo plato”.

—Nuestro amigo, entonces, echó mano al “bolón” y, riéndose ya a mandíbula batiente, le respondió, mientras le enseñaba el fajo de billetes con la diestra y con la otra le significaba una demasía:

—¡Hermanos...!

Zenón celebra la historia. Las estrellas sacan lustre a sus peche-

ras delicadas. En la ciudad, los ruidos duermen. El mar brama bajo la camanchaca. Alguien ronca: los ronquidos impiden que la muerte se meta por la boca de los durmientes. Es una defensa. Una especie de muralla sonora. Rosendo medita en las montañas que el viento de la pampa transporta de un lado a otro: la tierra —polen siniestro— vuela en brazos del viento y es un ejército negro el que oscurece los aires; el viento se fatiga y suelta su presa: surge una montaña. Esta montaña no alcanza a envejecer: cualquier día, vuelve el viento y la engancha, soltándola donde le venga en ganas. ¡El viento de la pampa, viento de veinte mil dedos...!

. . .

El tiempo no tiene importancia... En la Cárcel, se juega un ajedrez trágico en un tablero compuesto de Lágrimas (espacios blancos) y Blasfemias (espacios negros); la Reina es la última meretriz que se adormió en los brazos; el Rey, el animal que patea dentro; y el Caballo, la llamada —que tarda tantísimo— para irse a la calle.

—El tiempo no tiene importancia, hermano fatal... Los zapateros del Penal remiendan los caminos que se quedaron en los zapatos viejos; los carpinteros canturrean y en los clavos brillan sus pupilas aburridas... Aquí, el reloj es la boca de un abismo que cae a la locura.

. . .

La "célula" de la Cárcel se reúne, día a día. Rosendo escribe, en hojas de cuaderno, un periódico que circula, clandestinamente, entre los presos. La aventura entusiasma a los hombres. Con letra abierta, para ayudar la lectura difícil de los reos, y dibujos sencillos, Rosendo cumple su empresa: "EL CAMARADA" destila ideas que los reos acogen con simpatía:

"... cuando el mundo haya logrado ser una obra, socialmente, perfecta, es decir, cuando en vez de existir dos bandos —el bando de los que explotan y el bando de los que son explota-

dos— no haya sino HOMBRES, y cuando no se produzca, locamente, sin sentido de las necesidades, la vida tendrá una nueva forma: seremos hermanos, parte de la gran familia humana, y el trabajo evitará que el robo y el crimen entristezcan la vida: ¿para qué robar y matar si no habrán ni hambre ni maldad? ...”

Algunos presos preguntan:

—¿Y cómo será posible que esto suceda?

Zenón declara:

—La Revolución, compañeros, barrerá todas las basuras...

Y otro:

—La dictadura del proletariado formará la nueva conciencia.

Los presos acarician las paredes. La mayoría ha robado, porque la crisis se chupa todo en sus hogares. El hambre alarga las manos. Cuando un niño pide pan y el pan no enternece la mesa mugrienta, el padre se convierte en una sola garra que busca el men-drugo:

—¡Pan!

Los chiquillos lo nombran con la simplicidad del que llama a un amigo dócil. Pero, resulta que el pan no es un amigo dócil para los pobres. Y es preciso rodearlo, a veces, de una franja de sangre para que escuche y permanezca al alcance de la boca pedigüeña:

—¡Pan!

El pan piensa:

—¡Debiera ser grandazo, como el cielo!...

Y su breve surco despidе un resplandor. Los ricos sacan joyas de este resplandor. Los hambrientos lo asimilan en sus ojos: por esto es que los ojos de los hambrientos poseen un fulgor estremecedor...

—¡Pan!

—¡Pan!

. . .

Rosendo recibe un periódico de fuera, “Justicia”:

¡VALIENTE ACTITUD DE LOS COMPAÑEROS MARÍTIMOS! AYER, EN CIRCUNSTANCIAS QUE INVESTIGACIONES TRATÓ DE PENETRAR

AL LOCAL DE LA F. O. C. H., DONDE SESIONABAN LOS CESANTES, LOS MARÍTIMOS IMPIDIERON EL PASO DE LOS AGENTES, IMPONIÉNDOSE CON SU SOLA PRESENCIA.

—Me imagino la fachita de los marítimos: altos y macizos, como una pared... Y los “tiras”, helados, con “la chacra helada”...

En efecto, los marítimos se colocaron a la puerta del local y fueron el linde infranqueable. Los agentes no se atrevieron a despejarlos y los cesantes terminaron, tranquilamente, su reunión. Cada pecho obrero: una puerta de hierro. (El límite de la mal-dad es una pechera de *frac*, atravesada por un clamor de niños hambrientos).

. . . .

Cuando el calor se aprieta a la carne, Rosendo voltea sus ojos hacia el ayer y, salto de espejos, surge la pampa: ¡cómo devora la siniestra! Es una tentación que chupa, en los caminos de Chile, la juventud y el seso. Se mira al Norte con la gula de un hambriento. Imán vital, succiona para su despotismo. Lo que importa es llegar a las Oficinas. ¿Cómo? ¡Averigue el diablo! Una mañana, en el puerto, una larguísima fila de obreros aguarda la aparición de una pizarra que anuncie lo que “arriba” se precisa. El sol tuesta a los futuros “enganchados”, que pasan días de aburrimiento a la puerta de los oficinas de las Compañías. Sale un caballero de rostro seco y coloca: “*Se necesitan 10 “barreneros”*”. ¿Qué es ésto? ¡Lo que sea! Los obreros se atropellan, gritan. Se inscriben los 10; lo demás, ¡ya lo sabemos! El hambre logra abolir pudores. Ninguno de los 10 inscritos conoce el oficio. Lo importante es pisar la pampa. Una vez allá, se quiebra la ilusión, y sin medir cuestiones, el obrero que “subió” por si acaso, es devuelto al “puerto”. Y, así, cuando el letrado anuncia: “*Se necesitan 5 “huincheros”*”... Las Oficinas cogen y escogen. El obrero chileno que apenas sabe firmarse, grita en inglés. Y existe un control minucioso para la población de estos mundos: las empresas cuentan con una información que abarca muchos años para atrás en la vida de pampa de cada hombre que la vive. De este modo, las “listas negras pampinas” no toleran que hombres tormentosos, amigos de la juerga, o, simplemente, conscientes en su derecho humano, se reintegren a las

faenas salitreras, cuando salieron de ellas: es el abismo que no se colma con ningún clamor de hambre.

Rosendo nunca más podrá intentar siquiera la vuelta a tantos kilómetros de abandono. ¿Lo entristece esta certeza? No. Recuerda los ojos bondadosos de Rosaura, el gesto de alas que ostentaba en sus conversaciones la camarada Luisa, como quien evoca un sueño salobre.

La pampa es un mecanismo complicado. No hay vallas para la huida y, sin embargo, nadie escapa, nadie pretende burlar su vigilancia de soles envenenados.

Rosendo retiene, casi textualmente, una carta que escribió a Lina y que no la envió jamás: ¿en qué metro de la pampa revolverán aquellas páginas?: *“Es curioso admirar el sentido de coquetería, de cosa femenina, de los obreros en estos mundos: los sombreros se adornan, unciosamente; les recortan las alas, los picotean con admirable simetría; algunos le han suprimido la cinta y en su vez, le han hecho una serie de hoyos por los que trenzan una cinta tricolor; otros, los ciñen con una franja de hojalata, tan brillante que refulge al sol con una fuerza violenta. Y sigamos: todos usan anillos, pulseras y cinturones fabricados y decorados por ellos mismos: el cobre es vencido y un arte primitivo y sonriente adorna estas bagatelas...”* ¿Es esta preocupación, como una válvula de escape al sentimiento en medio de tanta fibra de muerte?...

* * *

Rosendo se entrega a las confidencias de un hombrecillo de no más de un metro. Gran alcohólico, Rosendo se inquieta, cada vez que el mamarracho le cuenta sus andanzas: ¿dónde le cabrá tanto vino a este cristiano? El hombrecillo se ríe:

—¿Bienestar Social en la pampa?... ¡Ja, ja, ja! Dirá, pues, patroncito, Malestar Social... ¡Cueva de futrecillos!... Muchos años atrás, en la Oficina “Cecilia”, mandaba un gringo Administrador muy rebuena persona, tan buena persona (las manos del Baco “encanado” se agitan buscando una copa), que por toos lados la llamaron: La Sociable “Cecilia”... Era otra cosa, pues, compairito... ¡Pampinos de pelo en pecho!...

* * *

Rosendo rehuye el pasado. Zenón se dejó una barba hilarante: ¡un Cristo en mangas de camisa se aburre en la Cárcel! La pampa es una cárcel: por la pampa pasean cientos de hombres de los que no resta una huella; el viento brutal del desierto los priva, también, de su recuerdo; no es posible retener una idea de los miles de hombres que la cruzaron. Cualquiera genealogía tropieza con el vacío. En la Cárcel, sucede lo mismo: tal vez, la diferencia está en las marcas que suelen escribirse en las paredes: AQUÍ ESTUVO INJUSTAMENTE EL "PATO ROJAS"; LLEVO TRES AÑOS JODÍO POR CURPA DE LA NEGRA ESTELA; MAMASITA SOI INOCENTE LO JURO POR DIO... Las confesiones temblorosas han tatuado el pecho frío de la celda: cada letra costó una lágrima: son surcos sin esperanza aquellos trazos... ¡Cómo debió sufrir la mano torpe que escribía su única obra de sangre en la soledad de estas cuatro murallas! Rosendo cree sentir, a veces, que los muros cuchichean y que sube de todas partes una especie de sollozo.

El tiempo no tiene importancia... En la noche, las esferas de los relojes son pupilas que controlan el equilibrio del mundo.

* * *

Rosendo no se impacienta. Resignado contempla caer al patio de la Cárcel los goterones negruzcos de la vida. Y una mañana, alguien le golpea la cara con la sorpresa:

—Compañerito, ya puede irse... ¡Al tiro!

Es, en verdad, demasiado violento el efecto. Una pedrada en mitad de un charco. Rosendo sin amar esta vida, logró fundirse con la oleaginosa armazón de los días en el Penal. Y hasta se siente mordido por una nostalgia súbita. Todo quedará tras de sí: las calles le volverán a conversar con sus faroles y sus esquinas; verá el mar echado a los pies de la ciudad, y para él, las noches destrenzarán la vibración de un gigantesco laúd.

Zenón y los demás compañeros de "célula" le rodean. Todos los presos le encargan algo. Y la cabeza de Rosendo se llena, como una pizarra:

—Si puede, camarada, alléguese pa' los barcos italianos y nos consigue algunas tabletitas de vino en pasta...

—No se olvide de los pobres presos, pues, camarada... Ya sabe cuánto se desean los "pitillitos"...

—Váyase pa'onde mi mama y le ice que es mi amigo... Verá lo güena qu'es la vieja...

* * *

Es la hora de partir. El sol se revuelca en medio de la ciudad. Cuando abandona las rejas, Rosendo mira hacia sus compañeros, hacia su cuadrado de ayer —que será para siempre como una escultura singularísima de su destino— y recoge esta sola visión: todo el Penal lo saluda con el puño cerrado de los combatientes. La semilla que arrojara tiembla en estas manos y la sonrisa del preso que sale a la ciudad barnizada de oro, es alegría en la conciencia y recompensa a los muchos meses que, ahora, fructifican en la luz instalada y sana que asoma en la frente de los reos, los que acarician hoy una esperanza más alta: una estrella colorada que palpita encima de sus andrajos y sus sueños.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

LA REVOLUCION HABLA

ROSENDO aguardaba sentado en un rincón de la imprenta. Hallábase libre en Antofagasta. En el local de la F. O. CH., disfrutaba hasta de las pequeñas alegrías de una vida plena de apreturas y de esperanzas. El viejo soñador de las cafeterías populares estaba roto. La pampa le talló un corazón de piedra. Era más bello el martillo que el pincel y la hoz sugería más cielo que el pobre óleo azul que se arrastraba, pesado y lento, de los pomos. Su instinto le localizó al otro lado de la vida fácil. Era un aventurero que, de golpe, descubría que todos los mapas son falsos y que sólo resulta digno aquel que semeja un lejano trozo de plata, abriéndose casi en la punta del mundo, como un pañuelo fraternal que llamara para una cena grandiosa a los hambrientos de la tierra!

La tarde se tendía, dorada y plácida, en los techos del puerto: en la imprenta, destilaba filamentos de luz pálida y ya las sombras se apoderaban de las paredes. Aguilera fumaba en silencio. Los obreros —de pie— “componían” el material del próximo número de “Justicia”. Los dedos salían de las “cajas”, con un fuego interior, secreto y poderoso. Salían las letras de sus nidos, como pájaros resueltos. Rosendo las veía en su arrojo y decisión, y, mentalmente, se repetía que en su unidad formaban las consignas ardientes y decisivas que encolerizaban a los enemigos. Los gráficos fumaban, con lentitud.

El camarada Héctor, en una mesa destartalada, corregía las pruebas. El camarada Héctor era un hombrón recio y locuaz. Sufría cesantía, como los demás compañeros del taller. Ninguno era gráfico de profesión. Pero, mantenían una viva lección aprendida;

una lección de *don Reca*: los comunistas deben saber cómo se “paran” los tipos. El camarada Héctor trabajó antes en una fundición y sus manos proclamaban el antiguo oficio: eran fuertes y amenazaban destrozarse el lapicillo agónico que le temblaba en las manos.

Los hermanos Devia constituían con una muchacha y un militante de la Juvenil, el personal del periódico. Los hermanos eran bajitos y fornidos, de vieja cepa pampina; su acción valiente les dejó al margen de todas las “pegas” de “arriba” y del “puerto”. El mayor era casado y su hijo crecía alimentado con agua de porotos en vez de leche: un chico de grandes ojos vivos que se arrastraba por entre las sillas y los útiles del taller.

El camarada Héctor hablaba fuerte y leía, con entereza, los párrafos que corregía, como hablando en un mitin. Los Devia se chanceaban con frecuencia y Pancho —el mayor— solía escapar, a momentitos, para besar al retoño que le crecía con un penetrante olor a tinta de imprenta y a miseria dignificada por la lucha.

—¡El “cabro” será un león! —vaticinaba su ternura.

En el taller, este pedazo de carne, sucia y ágil, volcaba una insólita atmósfera de suavidad. Era más que un muñeco y menos que un niño: un sueño de carne y hueso proletarios que los hombres de la imprenta besaban, acariciando un anticipo del mundo que pretendían.

El camarada Héctor vivía mal. En un barrio terroso y mal oliente, tiraba sus huesos. Desde la mañana permanecía en el local, dale que dale al trabajo.

Y en el atardecer con hambre, el teatro le retenía una o dos horas más, porque eran las de ensayo para las funciones que los sábados y los domingos presentaba el Conjunto “Germinal”, creado por Recabarren sobre la consigna “Arte y Revolución”.

El escenario se alzaba delante del taller. Abajo del escenario, la máquina impresora. Pieza a pieza de esta imprenta, las compraron los obreros del Norte, por inspiración de Recabarren. Pancho Devia lo repetía, diariamente:

—No podemos “meter la pata”, niños: ¡“el Viejo” está aquí!...

—Y mostraba los chibaletes, el “rodón”.

En un lugar visible de la pared, colgaba un retrato de Recabarren. Posaba el líder con sus ojos de sombrías alas y su gesto de

padre. Se distinguían inscripciones. Viejos carteles. Aguilera, con algún esfuerzo, leía: *¡Viva el 1° de mayo!*, *¡Abajo el capitalismo!*, *¡Viva la U. R. S. S.!*, *1° de mayo de 1925, Rosa Luxemburgo, F. J. C., Juan Puig...*

La vida en el local transcurría agitada. Se imprimía "Justicia" y los miércoles y los sábados debía venderse, costara lo que costara. A mediodía, la compañera de Pancho Devia servía alguna comida liviana. Engullían, de pie, los camaradas, sin perder tiempo. Héctor acostumbraba a mascar, violentamente:

—¡Así, hay que devorar a los fascistas!— Sus dientes sanos blanqueaban, gloriosamente, en la boca enérgica.

A veces, visitaba la imprenta el compañero Juan: delgado y moreno. La calvicie le confería un aspecto solemne. Era la cabeza lúcida del Partido. Hablaba con elocuencia y estudiaba con ahinco; le preocupaba, realmente, "el problema chino" y su pieza era una biblioteca aprovechada y numerosa. Trabajaba en un camión y este empleo le permitía apoyar, con eficacia, al movimiento revolucionario. El compañero Juan era un reflejo poderoso del valor proletario que se cultiva a conciencia.

. . . .

Habría reunión de "C".

Rosendo escuchaba el ruido del trabajo. La tarde huía vencida. La sombra reinaría pronto en el taller; paralizado por sus problemas, esperaba.

Le preocupaba la primera reunión a que asistiría en "el puerto". Terminó la jornada. Los hermanos Devia se sentaron próximos a él. Llegó un hombrecito silencioso y dijo algunas palabras en secreto al camarada Héctor. Aguilera conversaba con Pancho. Entraron dos obreros más, un muchacho con trazas de estudiante, que contrastaba con la pobreza del conjunto. Le recibieron bromas, cuando empezó a repartir cigarrillos rubios:

—Chanchito burgués... —le llamó, cariñosamente, Pancho Devia, mientras encendía el fósforo. Sacó unos papeles el estudiante y los colocó en manos del camarada Héctor, quien, además, dirigía el periódico:

—¡La Revolución no quiere poesías, carajo! —bramó éste. ¡Necesitamos balas!

El estudiante se sonrojó. En verdad, el poema brillaba absurdo, cuando sus compañeros luchaban, a ración de hambre, y el Partido vivía con la mitad de su corazón en la ilegalidad.

Aguilera recordó sus dibujos de Bellas Artes; las noches de la calle *San Diego*, donde paseaban sus amigos, en grupos ruidosos, recitando, en voz alta, y piropeando a las "busconas" que negreaban, como árboles dolorosos, en la turbiedad de la Plaza Almagro. El viaje a la pampa le endureció, expulsando de su alma zarandajas y banalidades, para extraer de ella a un Hombre Nuevo, al servicio del Hombre.

. . .

La sombra era absoluta. No convenía sesionar con luz. Sonaba la hora más impresionante para Rosendo. Esta obscuridad no era la que le llenaba de fantasmas en la soledad de su puesto de vigilante. Era una obscuridad preñada de presagios. Una obscuridad de vientre materno, una obscuridad creadora.

No se distinguían los rostros. La voz era lo único vivo en aquel momento:

—¿Empezamos?...

—Falta Solín.

—No tardará. No perdamos tiempo.

Aguilera "veía" a los compañeros, a través del acento. Pancho Devia no cesaba de bromear con el estudiante. El estudiante respondía, con familiaridad. Rosendo oía emocionado. Íntimos hilos les amarraban sin preocupaciones de ropa. Se respiraba un aire cordial. El estudiante no extrañaba el medio. El olor de sus cigarrillos odorizó el taller en forma grata, al confundirse con el de la tinta.

Pancho preguntó al estudiante si conocía a Rosendo. Era obvia la pregunta: "se conocían". Pero, era preciso el conocimiento, de frente a frente. El estudiante elogió el comportamiento ejemplar de Aguilera. Se juntaron sus manos. Rosendo aventuró un tímido:

—Yo dibujo...

Tímido, porque aquello yacía muy perdido en su conciencia. ¿Cuándo...? ¿Un año, un siglo atrás?...

Se abrió la puertecilla y una voz desconocida voló por el taller:

—¡Salú!

—Llegaste, hom... — contestó el camarada Héctor.

Era Solín. Aguilera pretendió delinearle por la voz: entera, baritonal. Volvió a insinuar alguien:

—¿Empezamos?

—¡Ya!

—¡Que presida Pancho! —se propuso. ¿Cuántos asistían, ahora? Rosendo no lo calculaba. Probablemente, diez personas. El hijo de Pancho lloró:

—¡Qué se calle el “cabro”! —jugueteó una voz.

La “tabla” resultó reducida. Aguilera concurría, alerta y anheloso. Las voces poblaban el aire de sonidos rotundos. Por una ventanilla, se divisaban algunas estrellas. Los artículos a medio “componer” esperaban en sus “galeras”, como un oleaje inconcluso.

Pancho dio la bienvenida a Rosendo. Este se enrojecía en la sombra:

—Es necesario que nosotros felicitemos al camarada Aguilera: se comportó como un comunista hecho y derecho.

Rosendo juzgó que sobraban las palabras. Pensó en Rosaura y en Genaro, orgullosos de haberlo ganado para su causa. Al Sur no escribía una línea. Ignoraban que hoy era un eslabón útil y ensangrentado de la Revolución.

El camarada Héctor habló, en seguida:

—Lo que ha hecho el compañero Aguilera es un ejemplo para muchos. Se supo proletarizar, en cuerpo y alma. Se trata de ayudarle. Acá, no se puede quedar, eternamente... Por “Cesantía” podrá volverse al Sur; pero, entretanto necesita arreglarse, reponerse, olvidar los golpes...

—Eso es —intervino Pancho. La cuestión está en juntarle algo para sus gastos. El es solo. No conoce a nadie fuera de nosotros..., ¡y nosotros no somos ricos!...

Rosendo cortó el diálogo:

—Compañeros, no quiero que se molesten. Yo no pido nada. Sólo cumplí lo que me dictaba mi conciencia militante. Les agradezco la intención y ojalá tratemos de otro asunto...

En aquel momento, Solín habló:

—Ustedes saben, camaradas, que yo trabajo bien, como pintor... ¿Dónde está el camarada Aguilera?

Aguilera se puso en pie. Solín avanzó por la sombra; sus diestras se encontraron...

—No es mucho, compañerito; pero, le servirá de algo...

Aguilera protestó e intentó devolver los billetes. Solín se alejó:

—Ahora sí que no discutamos el asunto —sonrió con la voz.

Los billetes se juntaban en su derecha. En el brevísimo lapso de la entrega, Rosendo apenas entrevió unas facciones finas. La voz de Solín persuadía.

—Acepte, compañero —concilió Pancho—, aquí no hay las sutilezas del “mío” y del “tuyo”: ¡somos camaradas!

La sesión continuó. Rosendo pesaba las intervenciones y aprendió a reconocer la tónica grata de Solín. Los rostros se agitaban patinados de sombra. Voces y noche.

Cuando el último “punto de la tabla” se agotó, Pancho ordenó cautela. De a uno en uno, fueron yéndose los hombres. Solín desapareció de los primeros. Rosendo no le conocería sino que a través de sus palabras.

Con Pancho cerró la marcha. En el teatro ensayaban una comedia. Las galerías estaban cubiertas de polvo. Hacía frío. En la puerta del local grupos dispersos discutían. Rosendo se despidió de Pancho y se lanzó a la calle. Necesitaba soledad. La plata se ovillaba olvidada en un bolsillo. La vereda intransitable le obligó a caminar por la calle. Dobló una esquina. Acababa de oír la Voz de la Revolución. Era una fuerte, clara voz de Hombre. El rostro se lo admiró aquella tarde que los carabineros pretendieron golpearlo a la bajada de la “Granuladora” y los obreros le defendieron, gritando:

—¡Viva el Partido Comunista!

. . .

La Revolución tiene una voz. En todos los idiomas lleva consuelo y aliento. Es una voz que traspasa los continentes y burla la vigilancia de las cárceles. Una voz que enardece y que en los arrabales detiene al sol, quemando, como la brasa más encendida.

Rosendo la escuchaba, esta noche, por primera vez, en su total grandeza. Pero, otros la conocieron antes y muchos la conocerían después. A todos, La Voz Maravillosa les indicaría el camino para alcanzar la Vida Humana!

QUITERIO TAVILO, MAS AVENTURAS

EN LAS CIUDADES, siempre suele encontrarse una pluma del fantástico pájaro de las sorpresas. Pájaro con dos ágatas por ojos que anidó en un rincón de la noche para lanzarse, desde allá, a picotear, con resuelto afán, las migajas del sueño. Rosendo no entiende qué razones le asisten para alejarse del local obrero donde come, duerme, y se le trata con simpatía. Pero, existe algo sutil en la atmósfera del puerto que lo incita a vagabundear. Y el turista del *por si acaso* no rehusa ninguna tentación: arrodilladas en la dureza de los cerros, hay unas viviendas miserables; allí, el sol sujeta sus últimos latidos y el viento hace crujir el sueño de los niños.

—Son el sombrero triste del cementerio— acota Aguilera. Y piensa en los fuegos fatuos que, de noche, garabatearán sus frentes; en las “ánimas”, orinando con olvido estas paredes...

Son los ranchos del puerto millonario: colofón de una riqueza y sus miserias. Las luces trémulas de los ranchos tratan de domesticar la sombra y cada andrajo que flamea es una advertencia de clase en la indolencia de la ciudad. Rosendo no olvida que sus manos dibujan y quisiera llevárselos en un profundo tatuaje sobre su corazón. Los ranchitos se agrupan en torno de El Calvario: una cruz grandaza y amarillenta, un verdadero pastor de vientos indomables, con los brazos abiertos en una inútil llamada de ternura; las distancias gustan de enrollarse en estos brazos y el sol crepuscular la muerde con su rojiza dentellada.

Rosendo toca esta madera agujereada por el taladro del abandono. Lee nombres, fechas, groserías... El mar declama su incansable monólogo y es un *pierrrot* frente al espejo del hastío: las espumas le regalan una golilla que envidiaría Garrick.

A veces, Rosendo desiste de sus paseos por el suburbio y recorre la costa; se tiende en la arena y junta, con paciencia, treinta, cien piedras que amontona, cuidadosamente; en seguida, comienza a dispararlas al océano, con pintorescas exclamaciones: de este modo, desahoga sus nervios. El eco es borrado por el ruido de las olas, sólo las rocas escuchan:

—¡Para tu ojo derecho, Bellísimo Rufián!

La piedra corta el aire en un vuelo de sorprendida paloma.

—¡Rómpele con este diamante la cabeza a las sirenas!

El mar contesta: ¿qué contesta? Es una respuesta silbante. Rosendo suelta la carcajada. Las piedras parten certeras: un viaje de aerolitos venidos a menos; descienden y, al caer, fabrican todas las “oes” de los S. O. S. . . .

. . . .

“El Barrio de los Chanchos” le recibe una vez: los cerdos, aquí, se cultivan, meticulosamente. Un hedor de perjurio. Barro y trompas. El suelo exhala olores despreciables. Los puercos engordan, como si se alimentaran con señoras opulentas. Un encaje de moscas cuelga de alguna varilla del día.

Rosendo mide aquello de “chancho burgués”: muchos, muchísimos, hozan, como estos animaluchos torpes, en las llagas de la miseria y de ella extraen el resplandor de su fortuna . . . Esta observación es tonta y cruel; pero, dramáticamente, cierta: el “chancho burgués” engorda con lágrimas ajenas. Las lágrimas parecen frutos de cristal: con un poco de *champagne* no se percibe su amargura. Rosendo juzga que para matar al “chancho burgués” es preciso que el horizonte se afile y se trueque en magnífica cuchilla.

Próximo a este caos de la fetidez, pobremente, vive don Quiterio Tavilo.

Rosendo, asociando ideas, reconstruye, idealmente, “El Barrio Colorado” de Iquique: el compañero Ocaranza le ha trazado una curiosa imagen suya. También, fué barrio azotado por el hedor: ahí, se descargaban los abrómicos y se echaban al mar para que éste los depurase. Los abrómicos eran retirados a medianoche y la medianoche cruzaba por los aires el olor del mar y el olor de la miseria humana . . . Los que trabajaban en esta faena contrarresta-

ban el concepto despectivo que les caía, vistiendo, cual príncipes de opereta: por las tardes, de hongo y bastón, lucíanse por la plaza de Iquique. La elegancia, sin embargo, les escudaba poco. Y el Agua de Colonia que les bañaba, copiosamente, apenas si servía para que los perros no les huyeran con asco...

—¡El hombre del abrómico!... —clamaba un chiquillo. Y el pobre hombre veía que sobre su hongo imperturbable se descargaban las saetas del desprecio...

. . .

Don Quiterio bordea los cincuenta y tantos años; su estatura pequeña ayuda al lucimiento de sus ojos, donde se forma una legaña que viene a ser como el residuo de tantos desengaños apoyados en esta mirada que se conoce, palmo a palmo, el desierto. "Mancomunado" y pampino, cateador y cordial, ha brindado, en el local de la Federación, espléndidas tardes a Rosendo:

—Yo no sé por qué algunos muertos se echan fuera de su tumba, por las noches... Y otros se quedan, ¡tan dormidos!

Rosendo escucha.

—Cuando yo era mozo, trabajaba en "Centro Lagunas" y supe de un futre que salía a dar su vueltecita... Era por un lao que, por lo durazo pa'trabajarlo, llamaban Tigrecillo...

Don Quiterio mueve sus manos casi negras, secas; sus manos de mil quinientas tentativas:

—No había carretero, no había trabajador, que no se topara con el futre:

—¡Me salió el futre, por Diosito! Y el extraño paseante de Tigrecillo nos tenía alocados.

Don Quiterio precisa: el "79", escaparon del Perú un médico y un sargento, con tres cargas de *soles*, destinadas al pago de la tropa. Al llegar a "Centro Lagunas", alguien se encargó de regalarles un ojo en la nuca... Cuando los descubrieron, allá por el año 1905, se acabó la leyenda del futre:

—Y oiga, camarada: el doctor vestía de negro riguroso, con las manos amarradas, y el sargento era de los de dos jinetas... El pobre futre salía pa'que le desamarraran las manos a objeto de poderse agarrar, a gusto, en los huecos helados del infierno!...

Rosendo duerme en el Teatro Obrero, sobre una banca. El techo es de "calaminas". Le cuesta dormirse. En la vigilia, sigue oyendo a don Quiterio:

—El Naranjo, camarada, revienta en el mar, bien cerquita de Coloso...

El oro colorea el corazón de los ilusionados. Don Quiterio cree que la tradición perdida se vuelve voz en su garganta:

—Mire, Rosendo, está como a diez metros de la costa y, cuando la marea baja, se ve un ojo de oro grandazo...

La fábula áurea se sirve en plato de azul frío. Rosendo imagina cómo andarán, sobrecogidos con su secreto, por la Muerte, todos los dueños de un derrotero: les pesará el secreto, como el "capacho" de 70 kilos de los "apires". Y, a lo mejor, este don Quiterio locuaz va a sumarse al cortejo sorprendente. Imagina qué sería de la Muerte, si todos los mineros se dispusieran, un día, a catear más allá de sus lomas sombrías...

Es la noche que torna musicales los caminos para entretener la lejanía. El silencio pesa, como el mundo. Mientras Cristo muere, una vez más, en los templos, apedreado por las sombras, Rosendo cuenta —como un avaro vital— todas las experiencias que le brinda la vida. Al día siguiente, don Quiterio le repetirá:

—Acuérdate, camaradita, que yo estuve en la masacre "del 7". Y que sé que los muchachos de *La Esmeralda* fueron leales con los obreros, porque, cuando se les ordenó disparar, lo hicieron desviado el plomo... Se les "quinteó" y, ¡nadie supo nada!... (En la historia chilena de la solidaridad de clase, este hecho marca, sin duda, el alfa centelleante).

Rosendo ambiciona pintar, alguna vez, todas las muertes que la pampa esconde. "El 7" (cuenta don Quiterio) moría la gente a montones, y todo estaba dispuesto para tragarse el verdadero dolor: los hospitales fueron desalojados, las fosas comunes se abrieron días antes, los carretones municipales, alineados, aguardaban sus cargas sangrantes... Frente a la Escuela Santa María, los huelguistas agitaban sus banderas. Y cuando el baleo fué una mancha

de azufre en el aire, las puertas se ennegrecieron con la sombra de los cientos de cadáveres y heridos que se arrumbaban...

—Pampa que no ha conocido otro riego que el de la sangre —apunta Rosendo en la tapa de un libro. Este riego vitaliza. Y, acaso, por ello, los pampinos ostentan esa apostura de árboles en los que la rama y la flor, el fruto y la sombra, el trino y el aroma, son, esencialmente, un concentrado de energía vital en la base de sus destinos.

. . .

A Rosendo Aguilera le preocupa una palabra y la delinea: "changos"; con rara conciencia, establece que ella sugiere algo corto y negruzco: el espectro de los changos, (brevedad morena de gordas manos y espaldas anchurosas) flota a la orilla del Pacífico, como un fantástico bordado funeral.

Y cuando la lucha en la que vive le remece para recordarle que se le necesita, dobla sus sueños y, en perfecta paz, los echa a su bolsillo.

—¿En qué anda el camarada? —le preguntan los Devia.

Y Aguilera:

—Saboreando la pampa en los labios de don Quiterio.

Antofagasta sabe, entonces, a eternidad madura.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

SE GANAN LAS CALLES

EL PARTIDO ordenó “mitines relámpagos”.

La situación política obligaba a extremar las medidas agitativas. El pueblo sentía la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros. En los muelles, amanecían carteles contra el Gobierno. Las calles sorprendían con audaces dibujos de hoces y martillos. Y los trenes de carga traficaban escritos de consignas.

Rosendo, aquella tarde, esperaba al camarada Héctor para el cumplimiento de la tarea. Compañeros de diversos sectores aguardarían dispuestos por el “centro” de la ciudad.

Cuando se hallaron, Rosendo le preguntó:

—¿Armas?

—No —le contestó éste—. Nos batiremos a puño limpio.

En verdad, no se trataba de pelear. Caerían algunos a la Sección. Se pretendía caldear los ánimos, abofetear, con gritos, los atropellos que se inferían al proletariado.

Las calles se veían convulsionadas. La policía no esperaba estos encuentros. Rosendo caminaba con seguridad. El camarada Héctor, en mangas de camisa, fingía indiferencia.

La tarde era una naranja perfecta en el horizonte.

En una esquina, se juntaron a un grupo que comenzó, inmediatamente, a avivar al Partido y a la Revolución. El nombre del Presidente se arrastraba por los suelos.

Rosendo se unió, valientemente, al grupo. Los transeúntes se hacían a un lado. El mitin llenaba de palpitaciones las paredes, los vidrios, los balcones:

—¡Mueran los enemigos de la clase obrera!

Rosendo gritaba a pulmón pleno. La policía no estaba prepa-

rada. Los escasos carabineros que se atrevían a enfrentarse con el mitin, fueron vencidos por el número y el empuje. Rosendo actuaba sin temores: precisaba que el cielo, las nubes viajeras, los faroles, las veredas, las puertas, todo, oyese la protesta popular:

—¡ Viva la unidad de la clase obrera!

—¡ Abajo la burguesía internacional!

—¡ Viva el Partido Comunista!

Llegaron refuerzos en raudos camiones. Los garrotazos se desplegaron ágiles. Los obreros se disolvieron. Rosendo logró escabullirse por una esquina. Gritos aislados rayaron el crepúsculo.

Desde un extremo de la ciudad, avanzaba otro mitin. Y hacia el sur, se organizaba un tercero. Rosendo buscó el camino que lo llevaría a reunirse con sus camaradas. La policía se multiplicaba. Las calles zumbaban repletas de inquietud. Los ¡vivas! zigzagueaban, como pájaros invisibles. Rosendo se orientó. Por una calle próxima crecía un rumor de multitud. Rosendo no vaciló. Corrió a sumarse a sus fuerzas. La multitud traía una bandera roja y cantaba "La Internacional". Los carabineros no tardarían en colocarse, frente a frente, y sería preciso avanzar algunos metros más con el clamor revolucionario.

Rosendo ante el mitin grita y lo atraviesa. Y ya no es más Rosendo Aguilera, sino que masa: la noble masa que desafía a los carabineros y a las pezuñas de plomo de sus caballos, clamando por la pureza de su pan.

La multitud agita la bandera y sus pulmones retumban. Las casas se estremecen. Las puertas y las ventanas bajan sus párpados. Aparecen carabineros. Comienzan los bastones de luma a descargarse con furia. Los hombres se dispersan. El que portaba la bandera cae entre las patas de un animal. La bandera apresura la sangre del día y de los obreros. ¿Dónde está Rosendo Aguilera? Un carabinero asesta un golpe. Un grito. Se gime. Los hombres vuelven a rehacerse, a la distancia. Hay sangre en las veredas.

Santiago de Chile, 9 de diciembre de 1942.

Antofagasta, 15 de marzo de 1959.

NOTAS

Significación de las abreviaturas:

"P": Partido.

"C": Célula.

P. C.: Partido Comunista.

P. O. S.: Partido Obrero Socialista.

S. R. I.: Socorro Rojo Internacional.

I. C.: Internacional Comunista.

F. O. CH.: Federación Obrera de Chile.

P. S. N. C.: Pacific Steam Navigation Company.

CAPÍTULO 16

El discurso colocado en boca de Recabarren es la versión casi literal de los Considerandos que determinaron el rompimiento de los primeros militantes del Partido Obrero Socialista con el Partido Demócrata.

CAPÍTULO 18

Con la Respuesta a la Acusación Fiscal de Luis Emilio Recabarren se documentó este capítulo. El folleto es de 1904 y se conoce con el nombre de *La Mancomunal*. Además, se consultó las colecciones de 1903 a 1905 de "El Trabajo", de Tocopilla.

CAPÍTULO 20

La Cooperativa Obrera del Pan era una "sociedad fundada para fabricar pan limpio, bueno y barato", según anunciaron los avisos de su constitución, aparecidos en "El Despertar de los Trabajadores", hacia las postrimerías de 1912. Su capital fue de \$20.000, en mil acciones de \$ 20 cada una. Las acciones podían pagarse hasta en 20 semanas a razón de un peso semanal. El Comité Administrativo de esta Cooperativa fue el siguiente:

Secretarios: Enrique Corvett y Arturo Espinoza.

Tesorero: Ruperto Gil.

Vocales: Manuel J. Véliz, Luis Guzmán, N. Aguirre Bretón, Miguel Carrasco, Domingo María Agüero y M. A. Ariza.

Los Estatutos de la Cooperativa Obrera del Pan se publicaron en el núm. 141 de "El Despertar de los Trabajadores", del martes 19 de noviembre de 1912.

CAPÍTULO 30

"El Cantor del Pueblo" nos proporciona los anatemas contra Silva Renard. Circuló en abril y en diciembre de 1908, en Coquimbo, siendo una forma ideada por el periódico "El Trabajo", de allegar dinero para "*adquirir una prensa de mayor formato*". Su material fue exclusivamente poético.

En su primer número, colaboraron Alejandro Escobar y Carvallo, Eduardo Gentoso, Francisco Pezoa, Luis Olea y otros. Escobar, en su extensa "¡Maldición!", dedicada al Gobierno, señalaba que:

*Mientras el pueblo se prepara mudo
a dar el golpe que lo vuelva libre,
sea el sufragio su mejor escudo,
la pluma el arma que en su mano vibre!*

Eduardo Gentoso exaltó el valor de La Prensa del Pueblo, en un poema de este título, exclamando:

*Que viva la prensa que nunca se humilla,
que vivan los pueblos que saben luchar;
que sea la prensa cortante cuchilla
y sepa con honra imponer libertad!"*

En *Selva Lírica* de Julio Molina Núñez y Juan Agustín Araya (1917), se califica a Francisco Pezoa como la primera figura de la poesía ácrata chilena. En "El Cantor del Pueblo" publicó su celebrado poema "Anarkos" y, además, su "Canto de Venganza" que con música de "La Ausencia" se canta en Chile y en el extranjero; este canto —que no es sino una feroz marginal a la matanza de 1907, en Iquique— se conoce, también, con el nombre de "La Pampa".

El segundo y último número de "El Cantor del Pueblo" se redujo a una sola hoja que traía un poema de Gentoso, recordatorio del 21 de diciembre de 1907.

CAPÍTULO 30

Se recomienda la lectura del artículo de Luis A. Sepúlveda: "De las Luchas Sociales en Chile: 21-XII-1907", en "El Riel", Órgano Oficial de la Federación Industrial Ferroviaria de Chile, Año IV, Santiago de Chile, diciembre de 1943, número 44.

CAPÍTULO 34

Lo esencial de este capítulo fue estudiado en el Informe presentado a la directiva central de la Federación Obrera de Chile, por los miembros que ella envió, directamente, al sitio de la masacre.

CAPÍTULO 38

Las informaciones publicadas por Jenaro Valdés, en "Justicia", de Santiago, de la época 4ª, correspondiente a junio-julio de 1935, posibilitaron las bases de este capítulo.

CAPÍTULO 59

Luis Olave se llama el personaje creado por Baldomero Lillo en su incumplida novela del salitre (*La Huelga*), proyectada en 1908, a raíz de la masacre de Iquique, del 21 de diciembre de 1907.

VOCABULARIO

- Abrómicos:* Barriles portátiles que servían de letrina.
- Achillarse:* Animarse; de la voz mapuche "chilla", que designa una especie de zorra más pequeña que la europea común.
- Aguatar (aguatarse):* Llenar (llenarse).
- Al interior:* A las salitreras, a la pampa.
- Andar al palo:* Sin mujer.
- Azuleados:* Despedidos; el sobre del desahucio es azul.
- Barreteros:* Los que realizan la perforación inicial de los "tiros" en la pampa.
- Bogates:* Yugoeslavos; de una exclamación usual en los hombres de esta raza.
- Bolón:* Un fajo de billetes.
- Buques:* Dormitorios colectivos de cuatro y seis camas, unas encima de otras, como en los regimientos.
- Cabro:* Niño.
- Cafeteros:* Muchachos encargados de llevar café a los trabajadores durante su permanencia en la pampa.
- Calaminas:* Planchas de zinc acanaladas.
- Calamorros:* Zapatos burdos de trabajo.
- Calato:* Desnudo, peruanismo.
- Caleteros:* Vapores que recalán en todos los puertos.
- Canario:* Pagador; se le designaba así por estar encerrado en una caseta durante sus funciones; desde ella llamaba a los operarios para la entrega del dinero.
- Cantar:* Confesar.
- Cantinas:* Casas donde se da de comer a los operarios en las Oficinas.
- Capachos:* Sacos en que el apir echa los metales para subirlos desde el fondo de la mina (69).
- Capotear:* Poseer, por fuerza, entre muchos, a una mujer.

Carretoneras: Groserías.

Casarse: Acostarse.

Colizas: En la acepción de sombreros pajizos.

Combos: Martillos pesados para machacar el caliche, los metales, etc.

Comisionados: Agentes encargados de vigilar el cumplimiento de la Ley Seca en prostíbulos y cantinas de la zona salitrera. Cumplían sus funciones en grupo. El grito de alerta era: "¡La Comisión, la Comisión!...".

Coquear: Mascar hojas de coca.

Cortar el cuarenta: Descalificar, entrar el habla, despedir, matar.

Costras: Pedazos de caliche al natural.

Cotonas: Camisas blancas, de sacos harineros, sin mangas, para el trabajo.

Cuicos: Bolivianos.

Chancadoras: También puede decirse *Chanchos*: Aparatos para triturar el caliche.

Chuscas: Meretrices.

Doblar el asta: Dormirse.

El Cartucho: La virginidad.

Empatillar: Ocuparse.

Engallarse: Envalentonarse.

Engatuzar: Convencer con engaños.

Entonarse: Cobrar ánimo, reponerse.

Fichado: Prontuariado en la policía, como revolucionario (término de lucha).

Fochistas: Miembros de F. O. CH.

Gallo: Muy hombre.

Gangocho: Restos de sacos.

Golondrinas: Perforadoras.

Guaguas: Perforadoras más grandes.

Hacer cosita rica: Copular.

Hacer el favor: Condescender, sexualmente.

Herramenteros: Muchachos encargados de entregar las herramientas a los trabajadores de la pampa, cargándolas en burros.

Los chanchos: También puede decirse *chancadoras*.

Lacho: Amante.

Loncheros: Maletitas de hojalata de varios colores, para llevar comida a los sitios del trabajo; del inglés *lunch*.

Longino: FF. CC. Longitudinal de La Calera a Iquique.

Jaibón: Del inglés *high born*; bien nacido, regionalismo.

Mona: Borrachera.

Monos: Bártulos, equipaje.

Mentado: Popular, muy conocido, nombrado.

Pana: Coraje.

Pancho: Nombre que los marinos dan a Valparaíso.

Patero: Adulón.

Pega: Empleo.

Piloto: El que paga todo el consumo de una fiesta.

Piques secos: *"Pozos de extracción de las salobres aguas salinas del desierto, de 60 a 90 metros de profundidad"* (Genaro Valdés).

Pitear: Reclamar.

Pitillos: Cigarrillos.

Quisca: Cuchilla.

Rajos: Descomposición de la palabra "rasgos", definida por don Aníbal Echeverría y Reyes, como: *"Zanja extensa y continua que sirve para unir en el terreno los "tiros" o puntos de extracción del salitre; superficie de terreno que se entrega al "particular" para separar el mejor caliche"*.

Rampa: Sitio donde llegaban las carretas a vaciar su caliche a los convoyes.

Ripiadores: Los que botan el ripio de los "cachuchos", estanques disolvedores, cuadrangulares para lixiviar el caliche.

Rucia: Rubia.

Salnatrones: Costras de caliche que se queman en los cerros durante las grandes festividades.

Salones: Burdeles.

Tirar: Copular.

Tiras: Agentes de Investigaciones.

Tira: Ver definición de rasgos.

Uno: Regimiento chileno.

BIBLIOGRAFIA

Fundamental en este libro

- I.—ARCE, Isaac.: *Narraciones Históricas de Antofagasta*", 1930, Antofagasta, W. T. Uriarte, Impresor. Imp. "Moderna".
- II.—ECHEVERRÍA Y REYES, Aníbal: *"Vocablos Salitreros"*, 1934, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile.
- III.—FIGUEROA, Marcial: *"Tras el Espejismo de la Pampa"*, 1931, Santiago, Talleres de la Editorial Roberto Barrington.
- IV.—HERNÁNDEZ, Roberto: *"El Salitre"* (Resumen Histórico desde su Descubrimiento y Explotación), 1930, Valparaíso, Fisher Hnos.
- V.—ALBUM de Antofagasta, Oficinas Salitreras, Mejillones, Calama y Coloso, editado por H. Meza, 1910.

INDICE

	Pág.
Dedicatoria	7
Epígrafes	9
Cronología	11
Comentario bibliográfico	17

I

El ojo se llena de horizonte	19
Juan Zuleta ha gritado: ¡Salitre!	21
Fundación de Antofagasta	26
Los Puñales: Silverio Lazo	29
Los Puñales: Que trata de "El Picoteado" y su amigo "El Rancho"	32
Personaje peligroso	36
Descubrimiento de "Caracoles"	38
Los cateadores	42
Los Puñales: Sanguínea	45
Los Puñales: "El Colorado" se acerca al llanto	48
El "79"	52
Veneno de color	56
Hombres en las huellas	58
"El Rey del Salitre"	60
Elegía de las mulas "vareras"	65
Los "mancomunados"	68
P. O. S.	73
Uno más	77
Mar de 1912 a 1900 y tantos	80

	Pág.
Recabarren y el pan	83
Tito Soto, varón 1918	86
El Mundo en Antofagasta	91
Alabanza del pimiento	93
Las cochinas	95
El "enganchador"	98
El frío es padrino	103
El "capote"	107
"El 137"	144
Oro por latidos	116
Cosas de la Sangre: El sudor de la frente	120
"El Calameño"	124
El "Cielito lindo"	125
Una huelga	128
Cosas de la Sangre: Historia de una masacre	130
"La Vuscovich"	135
La Oficina abandonada	137
Los "18" de mi infancia	139
Cosas de la Sangre: "Palomear rotos"	141
"La Abuela de la Revolución"	147
Las "niñas"	151
Las "chatas"	154

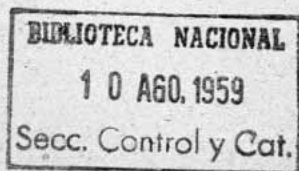
II

El primer turno	155
Domingo, evocaciones	161
Cierta mañana, un "enganche"	166
Biografía del tren	169
Pedro González está triste	171
La pampa al desnudo	175
¿Diestra o siniestra?	177
La muerte no asusta a nadie	179
"La Chana"	181
S. R. I.	191
Aguafuerte nocturno	193
Rosaura tiene un orgullo	197
Los pulmones de Tirso Cantoya	200
La noche en el Catecismo	204

	Pág.
Donde Mr Bark habla de los pampinos que no temen a la muerte . . .	208
Soldado de la I. C.	213
Pampa vieja	221
Donde los hombres son pentagramas	226
La prueba de fuego	229
Cuesta ser hombre	234
En la Cárcel se juega con fantasmas	241
Historia a ras de la noche	248
El contraveneno	255
El tiempo no tiene importancia	265
La Revolución habla	274
Quiterio Tavilo, más aventuras	280
Se ganan las calles	285

A P E N D I C E

NOTAS	287
VOCABULARIO	291
BIBLIOGRAFIA	295
INDICE	297



Este libro se terminó de imprimir el 25 de julio
de 1959, en los Talleres Gráficos de
Encuadernadora Hispano-Suiza Ltda.,
Santa Isabel 0174,
Santiago, Rep. de Chile.

CABO DE HORROS, Francisco Coloane
(5ª Edición).

EL ÚLTIMO GRUMETE DE LA BAQUEDA-
NO, Francisco Coloane (4ª Ed.).

MAPU, Mariano Latorre (4ª Edición).

CASA DE INFANCIA, Luis Durán (2ª
Edición).

CÓMO SE ESCRIBE UNA NOVELA, H.
Ochoa Mena.

LA DIFÍCIL JUVENTUD, Claudio Giaconi
(2ª Edición).

PARA REIR Y RABIA, Enrique Bunster.

ARMIÑO NEGRO, Rafael Maluenda, (2ª
Edición).

ORO DEL INCA, Luis Toro Ramallo.

ESCRITORES IBERO AMERICANOS, Ma-
nuel Ugarte.

RUTAS PATAGÓNICAS, Hugo K. Sievers.

EL CERRO DE LOS YALES, Byron Gious,
James.

AZUL DEL SUR, Guillermo Koenen-
kamp.

GANDHI, Juan Guixé.

MALVI, Servio Quiroz.

EL FANTASMA DEL CASTILLO, Dick
Turpin.

Un libro de verdad, de ternura y de cultura social; un libro que ha marcado el primero y más hondo hito del Norte en la literatura patria.

ANDRES SABELLA



NACIO en Antofagasta, el 13 de diciembre de 1912. A los 17 años, inició su carrera literaria. De entonces, permanece fiel a la literatura y a su pueblo. Francisco Santana dice que Sabella "Ama la vida literaria como un ser dominado por el resplandor de la fantasía", ("La Nueva Generación de Prosistas Chilenos", Nascimento, 1949). Al establecer, en 1953, la I. Municipalidad de Antofagasta la "Orden de Caballero del Ancla", fue el primero en obtener tal distinción. Ya en los poemas de "La Sangre y sus Estatuas", prologados por Angel Cruchaga Santa María, (1940), aparecen rasgos de esta conducta de amor por su tierra calichera, que palparán, luego, en "Norte Grande", cuya primera edición, (1944), provocó larga y apasionada polémica literaria y social: tuvo amarga la censura y rotundos los elogios. Encuestado por la revista "ERCILLA" don Gabriel Amunátegui Jordán, Director de las "Bibliotecas y Archivos de Chile", en torno a "¿Cuáles son los 15 libros de una biblioteca ideal sobre Chile?", colocó esta novela entre los escogidos. En "Síntesis de la Literatura Chilena", (Cuentistas y Novelis-

tas), "ANTÁRTICA", N° 21, septiembre de 1946), Lautaro Yankas la encontró "densa y rica de elementos dramáticos"; Juanuario Espinosa, en una de sus crónicas, la juzgaba "nutrida y plena de enseñanzas". En Buenos Aires, César Tiempo destacó su prosa, alabándola, como la más entrañable surgida en un joven americano de aquellos años. Hoy, "Norte Grande" vuelve al lector y retorna después de un riguroso trabajo de enmienda: el autor, con responsabilidad de artesano, pesó cuanto se escribió en su pro y en su contra y, sin alterar la sustancia de esta obra, nos la presenta, ahora, corregida y depurada de excesos líricos y bizarrías verbales que disonaron antes en su texto de pasión y poesía.

Actualmente, Sabella dirige, en Antofagasta, los Cuadernillos "HACIA" —La Tierra, El Hombre, La Poesía—, de singular jerarquía; es Profesor de Literatura Chilena; y su reciente exhibición de dibujos, expuestos en el local de la Asociación Uruguaya de Escritores de Montevideo, marcó otro aspecto de personalidad, viva en estas páginas que reconstruyeron 70 años de la vida salitrera, (1866-1936).

RETRATO POR RAÚL CAMPAÑA.

